

MAMEN SÁNCHEZ

La
flor
y nata



se

La joven protagonista de nuestra novela, una periodista recién salida de la facultad y del cascarón, se ha criado, literalmente, entre la flor y nata de la sociedad, esa misma que cada semana aparece retratada en las páginas de la revista de su familia.

A raíz de un providencial encuentro en París, deberá enfrentarse al primer reto importante de su carrera: conseguir el reportaje del compromiso y la boda de un irresistible lord con su insoportable (y bellísima) novia italiana.

Para lograr el éxito de su misión, nuestra intrépida heroína tendrá que enfrentarse a situaciones que pondrán a prueba no sólo su temple sino también sus principios, pues entrarán en conflicto el deber profesional y los dictados de su descontrolado corazón.

La flor y nata, a medio camino entre la autobiografía novelada y la comedia romántica, descubre desde dentro, con simpatía e inteligencia, el inaccesible mundo que se refleja en la crónica social o en las películas de Hollywood.

Mamen Sánchez ha conquistado a más de trescientos mil lectores. Esta es su novela más encantadora. No te la puedes perder.



María del Carmen Sánchez Pérez

La flor y nata

ePub r1.0

orhi 10.05.16

Título original: *La flor y nata*
María del Carmen Sánchez Pérez, 2016
Ilustración de cubierta: Gonzalo Goytisoló

Editor digital: orhi
ePub base r1.2



Para todos los protagonistas de este libro que, en la vida real, me ayudaron a romper el cascarón y aprender a volar. Mis padres, mis abuelos y mis hermanos: compañeros de nido y de aventura.



Mi padre había hecho suya una teoría que había escuchado una vez en alguna parte, y que, según él, se adaptaba a su persona como un guante: «En este mundo de los negocios —explicaba con las aletas de la nariz un poco abiertas, señal de que hablaba más bien en broma—, existen dos tipos de empresarios: en primer lugar, están aquellos que creen que, por una casualidad cósmica de dimensiones sobrenaturales, sus hijos han venido al mundo dotados de capacidades asombrosas: una inteligencia extraordinaria, una clarividencia y un talento innatos o unas aptitudes fabulosas para llevar a cabo, con éxito, cualquier proyecto que se propongan —aquí hacía una pausa dramática—. En segundo lugar —añadía solemne—, están los empresarios que no tienen hijos».

Siguiendo esta filosofía al pie de la letra, y considerando que, en su opinión, mis hermanos y yo éramos tres fenómenos de la Naturaleza, se propuso tenernos al corriente de los avatares de nuestra empresa familiar y, desde muy niños, nos fue aleccionando en el apasionante mundo de la comunicación, compartiendo con nosotros sus preocupaciones cotidianas y escuchando pacientemente nuestras sugerencias.

Por eso, recién cumplidos los veintidós años, y obedeciendo a mis más entusiastas deseos, me envió a París, enfundada en un traje de chaqueta azul de Armani, como corresponsal de moda de nuestra revista y, libreta en mano, me propuse entrevistar a los grandes diseñadores de entonces: Versace, Valentino y Lacroix.

Viajaba protegida por una arrebatadora duquesa: interesante, esbelta y distinguida, que había sido modelo de alta costura en su juventud y había hecho gran amistad con todas las casas de moda del mundo y, sobre todo, con sus inaccesibles genios creativos. Ella me abrió las puertas de los ambientes más exclusivos y me consiguió un asiento en primera fila para poder contemplar el maravilloso espectáculo de la moda en todo su esplendor. Yo asistí boquiabierta a los fascinantes desfiles, tuve ocasión de conversar con alguna de las mujeres más bellas del planeta y de conocer a los autores de aquellas colecciones tan asombrosas.

La tarde del último día, nos sentamos a tomar una copa en el bar Hemingway del hotel Ritz junto a dos amigas muy queridas de la duquesa. Ambas eran más o menos de su edad; unos cincuenta años muy bien disimulados, más o menos de su posición social y más o menos de su estupenda habilidad para la charla ligera y divertida.

La más alta, dueña por matrimonio de un apellido histórico, era inglesa de las de verdad, de las que pueden trepar por su árbol genealógico hasta lo más alto del firmamento británico y encontrar entre sus antepasados a uno de esos reyes capaces de encerrar reinas en torres y cortar cabezas de amantes despechadas.

La más menuda, una mujer tremendamente simpática y risueña, poseía, en cambio, raíces mediterráneas, en concreto italianas. Era habladora, gesticuladora y excedida en sus muestras de cariño. Aunque me la presentaron formalmente como la honorable duquesa de Noland, ella insistió en que la llamara Cara, que era su nombre de guerra.

Nuestra amistad comenzó de manera instantánea, en cuanto la duquesa (la mía) le explicó que mi familia era propietaria de una de las revistas más célebres de España y la italiana, que, según nos contó, tenía muchos amigos en Sevilla, reconoció el nombre de nuestra cabecera y, exagerada como era, declaró amar profundamente la publicación, las maravillosas casas que

ustedes publican, las reinas y princesas que engalanan sus páginas, las fiestas tan fastuosas, las bodas tan románticas... y luego, suspirando, se lamentó de que no existiera una versión italiana, para así poder leerla en su lengua materna.

Apunté mentalmente aquella idea para plantearla en la siguiente reunión de trabajo y le pedí que me proporcionara su nombre completo y su dirección de Inglaterra, para hacerle llegar un ejemplar de mi revista, aunque estuviera en español, cada semana.

—*The duchess of Noland*; Noland Towers, Oxfordshire —me dictó a toda prisa, sin darme tiempo a memorizar los datos, después se excusó con la urgencia de una llamada importante que estaba esperando en su *suite*, y subió elegantemente por la escalera de mármol blanco alfombrada en rojo y dorado.

En cuanto desapareció de la vista, las otras dos damas se echaron para delante en actitud confidencial.

—Cara es un encanto —en eso estaban de acuerdo las dos—, pero tiene un marido que es un carcamal. —En eso también estaban de acuerdo—. Y muy excéntrico. Se rumorea que ha dilapidado toda la fortuna familiar. Que están más tiesos que la mojama —eso lo dijo mi duquesa en español.

El duque de Noland, en efecto, era un personaje muy peculiar. Había heredado el título y el dinero de su padre «*The late duke of Noland*», según se refería a él la inglesa de apellido histórico, a mediados de los años cincuenta, y a partir de entonces, se había dedicado en cuerpo y alma a sus dos grandes pasiones: las expediciones transoceánicas y las mujeres exóticas. Había escalado el Kilimanjaro y el Everest, atravesado el Polo Norte y recorrido el Himalaya, vivido un apasionado romance con la hija de un guerrero masái, a la que amó muchísimo pero con la que no pudo contraer matrimonio por estar a su vez casado con una dama de la alta sociedad noruega.

Al cumplir los cincuenta, le diagnosticaron una afección cardíaca que le impidió continuar con sus viajes, pero no con su azarosa vida sentimental. A los cincuenta y cinco se casó en segundas nupcias con una condesa de rancio abolengo, propietaria de un castillo en Escocia y de una educación exquisita, la cual se propuso transmitir al único hijo de la pareja, Nelson, un joven bastante atractivo, algo especial también, como su padre, que había sido recientemente nombrado presidente de la Oxford Union y había logrado que

el mismísimo Ronald Reagan asistiera a uno de sus famosos debates.

—Cara es su tercera mujer —me explicaron—. Le echó el lazo hace dos años, en una cena de gala en Balmoral, y se casó convencida de que hacía un gran negocio. El duque había cumplido ya los ochenta; tenía dificultades para respirar, asma, tos, el castillo de su esposa fallecida y el palacio de los Noland.

—Y un agujero en el banco del tamaño de una galaxia.

De cualquier modo, los duques de Noland se las habían apañado para proyectar una imagen de prosperidad acorde con su posición. Conservaban su palco en Ascot, pasaban sus veranos en Italia y nunca faltaban a las *garden parties* a las que les invitaba de vez en cuando la reina Isabel.

En aquel momento, aturdida como estaba por la *folie* del París de la moda, sus excesos y excentricidades, no supe valorar la importancia de mi primer encuentro con Cara Noland, ni imaginé el papel que aquella mujer llegaría a desempeñar en los acontecimientos posteriores de mi existencia. Poco después de abandonar ella el bar Hemingway, hizo su aparición Valentino Garavani, escoltado por su corte de socios, antiguos amantes, jóvenes efebos, mujeres despampanantes y perrillos falderos, y mis interlocutoras perdieron inmediatamente el interés en mi instrucción para centrarlo en aquel grupo variopinto de artistas circenses.

No volví a encontrarme con Cara, ni aquella noche en la cena de despedida a la que nos invitaron en el restaurante La Grande Cascade, en el Bois de Boulogne, ni al día siguiente, durante el desayuno de *pain au chocolat* con el que la duquesa y yo rematamos aquel viaje de trabajo en París.

Precisamente para poder justificar como laborados aquellos tres días de cuento de hadas, pasé toda la semana siguiente delante de mi máquina de escribir relatando, con todo lujo de detalles, las maravillas que acababa de vivir durante mi aventura parisina. En algún momento, entre las notas de mi libreta, apareció la dirección de la duquesa de Noland y entonces recordé la promesa que le había hecho en el Ritz. Hablé con el departamento de suscripciones, solicité que le hicieran titular de una suscripción gratuita, me preguntaron que por cuánto tiempo, respondí que por un año o dos, ya veríamos, y me aseguraron que a partir de la siguiente semana la duquesa

recibiría un ejemplar de nuestra revista en su casa —palacio, les corregí— todos los sábados sin faltar uno.

Veinte días después, una soleada mañana de finales de junio, me sorprendió encontrar un paquete postal con la corona y las letras amarillas sobre fondo rojo del Royal Mail, esperándome en la mesa de mi despacho. Era bastante milagroso que hubiera llegado hasta allí, dado que los únicos datos que aparecían en el apartado del destinatario eran mi nombre de pila, el de la revista y el de mi ciudad. En aquel momento, achaqué el prodigio a la diligencia del servicio de correos inglés, a pesar de que, ahora que lo pienso, los verdaderos responsables tuvieron que ser los carteros de Madrid, quienes, con gran sagacidad, dieron conmigo buscando la dirección de mi oficina en las páginas amarillas.

Abrí la caja. Sonreí. Cara Noland me enviaba un tarro de mermelada de naranja amarga.

Una delicada tela de flores, atada con un lazo de arpillera, envolvía la tapa, y de su extremo colgaba una pequeña etiqueta con el nombre de su casa: Noland Towers y la leyenda *organic preserves*.

Mi abuela materna era una auténtica experta en el arte de confeccionar mermelada de naranja amarga. En la cocina de su casa de la calle Velázquez, que todavía conservaba el fogón de leña de principios de siglo, preparaba kilos y kilos de rica confitura que luego repartía generosamente entre sus numerosos hijos y nietos. Las naranjas se las enviaba una amiga que tenía una huerta en el Arahal. Si no eran precisamente esas naranjas, si, por ejemplo, su amiga caía enferma o ese año la fruta se echaba a perder, mi abuela se negaba a elaborarla. Decía que no era lo mismo. Que sin las naranjas de su amiga la receta se resentía y que para eso, para que saliera mal, prefería cocinar dulce de membrillo.

Se me ocurrió que la mejor manera de evaluar la calidad de la mermelada de naranja amarga de Noland Towers era someterla al sabio juicio de mi abuela, y esa misma tarde me presenté en su casa con el tarro. Nos sentamos las dos muy serias a la mesa de su comedor. Servimos primero el té, esperamos a que se tostara el pan, y acto seguido derretimos una buena cucharada de mantequilla sobre cada rebanada. Por fin abrimos el frasco de cristal, respiramos el aroma dulce y amargo de su contenido y, con la boca

hecha agua, untamos el pan con aquella confitura deliciosa.

—Son unos maestros —concluyó mi abuela—. Los ingleses —aclaró. Y luego, evocando los tiempos en los que recorría el mundo del brazo de mi abuelo, añadió suspirando—: Deberías probar el *afternoon tea* del hotel Connaught, en Mayfair. La carta se compone de treinta tipos de té entre clásicos y aromáticos. Las confituras, compotas y mermeladas son artesanales. Las sirven sobre crujientes *scones* recién hechos, con una gruesa capa de crema batida encima, o debajo; en eso todavía no se ponen de acuerdo los expertos. Siempre que íbamos a Londres, parábamos a tomar el té allí. Tu abuelo, que era muy exquisito, tampoco perdonaba el desayuno en el Dorchester. Decía que la tortilla francesa de ese hotel era la mejor del mundo, incluyendo la tipo *soufflé* del Mont Saint Michel, que a su juicio resultaba algo pesada. —Aquí, mi abuela se detuvo a coger aire, a cambiar de escenario, de recuerdo—. Cuando vayas a Normandía —me advirtió—, no dejes de visitar ese lugar tan extraordinario. Hay una abadía que se aparece de repente entre la niebla; la marea avanza y retrocede a la velocidad de un caballo al galope, y cuando sube, el monte se convierte en una isla coronada por las torres picudas del monasterio. Allí la tortilla se comprende como una espuma de claras y yemas batidas a golpes, en grandes vasijas de cobre. La sirven en jarras de barro. Casi se puede beber.

Todas estas vivencias se las evocó el sabor de la mermelada de Cara Noland. Me pareció suficiente demostración de su excelencia y así se lo hice saber a la duquesa en una carta que le escribí al día siguiente en respuesta a la suya.

Porque junto con la mermelada, había también una carta.

«*Poverina Diana*», se compadecía Cara en una caligrafía elegante, como de colegio de monjas. Se refería, claro, a la princesa de Gales, que aquella semana había roto a llorar en público tal y como mostraba la portada de mi revista bajo el título «Diana no pudo más», el cual se le había ocurrido a mi padre en cuanto vio la fotografía de su adorada Lady Di hecha un mar de lágrimas durante la inauguración de una residencia para ancianos con cáncer, en Londres.

El motivo de dicho llanto no era tanto la compasión hacia aquellos enfermos —que también habría pesado en el delicado estado de ánimo de

Diana—, sino su propia desgracia personal. Hasta entonces, según decía mi padre, la procesión había ido por dentro. Su matrimonio con el príncipe Carlos se tambaleaba desde hacía mucho tiempo. Ya no nos llegaban aquellas imágenes de los primeros años, en las que los recién casados se besaban a escondidas detrás de los caballos de polo, sino gestos de hastío, de frialdad, o hasta de ira contenida, como aquella vez en la que el pequeño William se abrió la cabeza jugando al rugby y su cara era un poema de Baudelaire. Pero el día de la residencia de ancianos —que, visto lo mal que lo estaba pasando la mujer, ya podrían haberle asignado la apertura de una guardería o la botadura de algún barco—, la pobre perdió los papeles, faltó a su deber de mantener la compostura en público y se vino abajo. Lloró con tanta lástima, tanto sentimiento, que mi padre, nada más ver la foto, exclamó aquello de «Diana no pudo más» y lo puso en la portada, en grandes letras negras.

«Es triste constatar que todo el mundo la adora excepto su marido —escribía la duquesa de Noland—. Hay tanta mezcla de dulzura y amargura en esta imagen que no he tenido más remedio que hacerte llegar un tarro de nuestra mermelada de naranjas amargas. En Noland Towers —no en el palacio, sino en el *cottage*—, hemos abierto un pequeño expositor de productos orgánicos procedentes de los campos y los bosques de la propiedad. Iba a enviarte una jarrita de miel, pero ya ves, con semejante desdicha en la portada de tu revista, he cambiado de opinión. Espero que la disfrutes tanto como saboreo yo cada página que leo y que me transporta a lugares divinos que conozco muy bien. Magnífico, por cierto, el reportaje de la villa de Gianni Versace, en el lago de Como. Tristan y yo pasamos allí un inolvidable fin de semana el verano pasado. El tiburón oriental que aparece en la fotografía de la derecha, en la página siete, se lo regalamos nosotros. Me ha hecho mucha ilusión comprobar que le gustó de veras y lo conserva sobre el buró, donde lo colocó aquel día».

Así terminaba la carta. Comprendí que aquella era su manera de darme las gracias por haber cumplido mi palabra, y entonces yo, a mi vez, le escribí una nota para agradecerle la mermelada: «Mi abuela materna, la mayor experta del mundo en mermeladas de naranja amarga, considera que la de Noland Towers es la mejor que ha probado en su vida —le notifiqué—. Espero poder probar pronto la de fresas silvestres, cuando llevemos en

portada alguna noticia más alegre».

Con estas palabras dio comienzo mi relación epistolar con la duquesa de Noland, un placer casi semanal en el que ella comentaba, con pluma inglesa y humor italiano, las noticias que nosotros publicábamos, y yo le respondía con anécdotas ciertas de mi familia.

Se puede decir que Cara Noland y yo nos hicimos amigas por carta.

Las tuyas solían llegar envueltas en una nube de perfume de lilas, con aquella caligrafía inconfundible y la tinta violeta que se convirtió en su seña de identidad. Yo atesoraba las tarjetas tan bonitas que me enviaba, con litografías antiguas de plantas y flores y sus nombres en el latín de la botánica académica. Me contó que las adquiriría en un pintoresco establecimiento de Turl Street, en Oxford, al que se llegaba atravesando un estrecho callejón entre viejos *colleges*. El lugar en cuestión se anunciaba en la luna de cristal del escaparate como «*Scriptum fine stationery*». Tenía una puerta de madera pintada de azul a través de la cual se accedía a un mundo mágico, a una casa de muñecas victoriana con sus mueblecitos en miniatura y sus juegos de té de porcelana fina. Era lo más parecido a entrar en un cuento de Beatrix Potter, ese en el que dos ratones traviesos destrozan sin proponérselo todo lo que encuentran a su paso en una habitación infantil. Las paredes de *Scriptum* estaban cubiertas de libros antiguos encuadernados en cuero. Allí podían adquirirse primeras ediciones y ejemplares de coleccionista a precios razonables, todo tipo de tarjetas y tarjetones ilustrados, papel de carta, tinta de colores, escribanías, plumas, secantes y hasta ceras para lacrar con sus correspondientes sellos. También conservaba una escalera estrecha, de madera, por la que se accedía a una segunda planta de cuyo techo colgaba una colección de globos aerostáticos a pequeña escala, y en cuyos rincones era posible toparse con máscaras venecianas, brújulas y astrolabios. El propietario era un personaje siniestro que gastaba barba de chivo y monóculo, pero que en ocasiones excepcionales era capaz, incluso, de regalar un marcapáginas a un recién llegado si consideraba que estaba a la altura de su selecta clientela.

«Sé perfectamente de quién hablas —le aseguré—. *Scriptum* es una de mis tiendas preferidas de Oxford y conozco muy bien al dueño. Me duele que jamás en la vida me regalara uno de esos marcapáginas a los que te refieres.

Durante el verano que estuve en Exeter College, solía pasar horas enteras contemplando sus estanterías y me gasté un buen dinero allí. Hasta me compré un caleidoscopio. No sé para qué. Fue un impulso, supongo. A mi abuelo le gustaban esas cosas. Tal vez he heredado su sensibilidad».

Mi abuelo paterno tenía alma de poeta. De estudiante en Ronda escribía versos en los márgenes de sus libros de derecho, para mortificación de sus padres, que le auguraban un destino de bohemio en la miseria. Se equivocaban. Como, además de aquella vena artística, poseía un excepcional espíritu emprendedor, logró el éxito en los negocios y en el amor. Conquistó a mi abuela, que era una belleza de almanaque, y se le ocurrió la idea de fundar juntos una revista a la que bautizó con el extenso título de «semanario gráfico de amenidades» y que en pocos años alcanzó fama internacional.

Coleccionaba estatuillas de marfil, cajitas de plata y esmalte, tibores orientales, códices benedictinos y libros de horas, que andaban desperdigados por toda la casa y aparecían donde uno menos lo esperaba. Era como si todo el espacio que rodeaba a mi abuelo conformara un universo estético personal e intransferible.

Solía contarme la historia que escondía cada una de las piezas: el buscador de perlas, la vendedora de pescado, los patinadores, la anciana hechicera... y yo escuchaba con la imaginación desbordada esos relatos fantásticos que se le iban ocurriendo a él según recorríamos, yo subida en sus brazos, su casa de cuento.

Cara Noland me envió un marcapáginas de Scriptum dentro de la siguiente carta que recibí. Era detallista y cumplidora. Se alegraba de saber que, dos años después de la trágica muerte de su marido, la princesa Carolina de Mónaco volvía a bailar en la noche de la Cruz Roja del principado. Estaba muy guapa, vestida de negro, con el pelo recogido sobre la nuca y una sonrisa de las de tripas corazón, de las de retirarse a la Provenza y no querer saber nada de nadie durante meses.

—Claro —comentó mi madre tras leerle yo la carta en voz alta, sin darle importancia a lo que vino a continuación—. La duquesa de Noland debe de sentirse muy identificada con Carolina, ahora que ella también se ha quedado viuda.

Mi madre se enteraba de todo lo que ocurría en la Gran Bretaña a tiempo

real. Dormía abrazada a una pequeña radio portátil en la que había instalado una antena supersónica con la que captaba la BBC. A veces comentaba las noticias de la noche durante el desayuno, si tenía ocasión de meter baza —ella que siempre ha sido tan discreta y prudente—, en la tertulia mañanera en la que participábamos, a voces, el resto de los miembros de la familia.

—¿Cómo que viuda? —la increpé.

—¡Ah, no te has enterado! —se extrañó, como si yo también fuera una fanática del programa *Woman's hour* y estuviera al tanto de todo lo acontecido a lo largo y ancho de la Commonwealth—. Resulta que el duque de Noland ha fallecido esta noche de un infarto.

—¡Claro que no lo sabía! —repliqué—. Me parece increíble que no se te haya ocurrido contármelo hasta ahora.

La verdad es que aquella mañana estaba siendo especialmente bulliciosa.

—Pero si no me dejáis hablar —protestó mi madre.

Me quedé perpleja. La noticia de la muerte del duque de Noland había hecho aflorar en mí una tristeza insólita. Yo, que en esa época de mi vida era una persona bastante insensible —egoísta, vaya—, como corresponde a una criatura que a duras penas acaba de superar la adolescencia y todavía padece problemas de acné, me descubrí de pronto profundamente afectada.

—*Poverina* —suspiré. Y un lagrimón delató mi debilidad.

—¿Estás llorando? —Mi madre no daba crédito a los efectos secundarios de la BBC en el ánimo de su hija.

—¡Qué va! —mentí. Me pareció feo no haber derramado una sola lágrima en el entierro de su tía Dolores, y en cambio echarme a llorar ahora por un desconocido.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Era cosa más bien de mi familia paterna aquello de emocionarse en público. Mi abuela pasaba la mayor parte de su tiempo enjugándose las lágrimas. Hacía ocho años que mi abuelo se había ido al cielo y todavía le quedaba un manantial de llanto por derramar. Una de sus primas llegó a decirle en una ocasión que hiciera el favor de beber un poco de agua, que se iba a deshidratar y se iba a quedar sin lágrimas. Por lo visto, a ella le había sucedido alguna vez y era muy desagradable tener los ojos secos durante un sofoco. «Escuecen como demonios», sentenció.

—Me gustaría ir al entierro —se me ocurrió de repente.

—Pero si a ese señor no le conocías de nada —intervino mi hermana.

—Ya. Pues como si le conociera —dije—. Conozco a Cara.

—La has visto una vez en toda tu vida —replicó.

Hice ademán de levantarme de la mesa. Estaba decidida a vestirme de luto y salir disparada camino del aeropuerto, cuando mi padre, que se acordaba a la perfección de los tiempos del acné descontrolado, exclamó que adónde creía que iba yo sola, que si me había vuelto loca.

Aquella era una de las pocas discrepancias que mantenía con él. Yo consideraba que a mi avanzada edad y con mi exquisita preparación académica, estaba perfectamente capacitada para emprender cualquier viaje en solitario. Había pasado los últimos veranos realizando cursos de literatura en Londres, Oxford y París. Creía que el peligro era un cuento chino con el que los padres aterrorizaban a sus hijos pequeños para evitar que se extraviaran al volver a casa del colegio.

Pero él, que hubiera sido el mejor experto del mundo en control y prevención de riesgos, era capaz de visualizar las amenazas más imposibles en cualquier situación. Este terror paterno infundado era absolutamente incompatible con mis ganas de comerme el mundo; mi planteamiento vital: las asombrosas noticias que perseguiría por las cuatro esquinas del planeta y el ático en el que viviría con mi perro y decoraría con objetos procedentes de los países exóticos que iba a conocer.

—Puedo ir y volver en el día —protesté—. De verdad, papá, no entiendo qué te preocupa esta vez.

Le preocupaba el sistema de mantenimiento de los motores del avión, la posibilidad de que un bando de gansos migratorios se estrellara contra la aeronave, que un terrorista internacional subiera a bordo dispuesto a canjear el pasaje por un cabecilla preso, el movimiento punk y la violencia que llevaba aparejada, el estado de las carreteras secundarias inglesas y el hecho de que en la isla se condujera por la izquierda, entre otras muchas cosas.

—Yo voy con ella y así no va sola —se ofreció mi hermana, una amante del riesgo a la que el invierno anterior acompañé yo cuando se apuntó al campeonato de España de esquí por universidades y bajó toda la pista haciendo la cuña.

—Muy bien. Doble preocupación —se rindió mi padre.

De este modo, a pesar de la oposición paterna, mi hermana y yo nos embarcamos en un viaje de ida y vuelta a Inglaterra que cambiaría nuestra manera de ver la vida —al menos la mía— para siempre.



Con no pocas dificultades, logré localizar a mi duquesa, la que me había acompañado a París, en la algarabía de su palacete de Sevilla y la informé del triste suceso. Ella me dio las indicaciones oportunas para llegar a Noland Towers desde el aeropuerto de Heathrow. No le era posible asistir al sepelio, según me explicó, porque esos días albergaba a un montón de invitados en su casa, pero me rogó que presentara sus respetos a nuestra común amiga, la duquesa de Noland.

—A pesar de su edad propecta me ha sorprendido esta noticia. Llegué a creer, lo mismo que Cara, que Tristan Noland era inmortal. Pero ya ves —se lamentó—, a todos nos llega la hora tarde o temprano.

Después de un viaje con olor a *curry* en British Airways, alquilamos un moderno coche automático, recorrimos un buen trecho de autopista y siguiendo las indicaciones de la *Guía Michelin*, nos desviamos por una vía estrecha y curvilínea que nos escupió en uno de esos pueblos perdidos por la campiña británica. Constaba de veinte o treinta casas idénticas y una calle comercial en la que había un pub, una sucursal de banco, una peluquería y una oficina de correos. Allí compramos una postal que enviamos a casa con

la siguiente nota: «Querido papá. Hemos llegado estupendamente. Besos». Sabíamos que la misiva llegaría a Madrid mucho después que nosotras, pero nos pareció un bonito detalle, ya que era una tarjeta conmemorativa del décimo aniversario de boda de los príncipes de Gales, que se había celebrado el verano anterior, y Diana salía muy guapa.

Preguntamos por Noland Towers a la dueña del establecimiento, una amable octogenaria, que nos indicó el camino, pintando con rotulador una línea temblorosa en nuestra *Guía Michelin*.

—Van ustedes al entierro del duque de Noland —adivinó—. Una lástima. Una auténtica lástima. Una familia estupenda. Un gran hombre. Una bonita casa. Un campo muy fértil. Unas mermeladas deliciosas. De naranja amarga. De fresa. De limón. De ciruela. De arándanos...

Cuando salimos de su tienda, ella aún seguía entretenida enumerando sabores mientras asentía con la cabeza.

Después de una infinidad de curvas, por fin alcanzamos nuestra meta. Supimos que habíamos llegado a la propiedad gracias a la casita de paredes blancas cubiertas de hiedra que nos salió al encuentro en el camino de entrada. Y también, claro, por el cartel que anunciaba «Noland Towers».

—Este debe de ser el *cottage* —adiviné.

—Me encantaría vivir en un *cottage* —replicó mi hermana, soñadora—. Pintaría las paredes de verde pastel y los muebles de blanco. Los sofás los tapizaría de flores, a juego con las cortinas y la ropa de cama sería vaporosa, ligera... ¿Cómo se llama eso que usan los suecos para dormir?

—¿Edredones?

—No, edredones no. Fundas nórdicas.

—¿No es lo mismo?

En la era anterior a la proliferación de las grandes superficies de decoración escandinavas, existía una cierta confusión en torno a la lencería doméstica: todo lo que se saliera de la sábana bajera, la encimera, la manta y la colcha formaba parte de un universo paralelo.

—Me refiero a lo que es como un plumífero pero para la cama.

—¿Un saco de dormir?

Mientras tratábamos de resolver nuestras dudas existenciales, atravesábamos un frondoso bosque de robles y hayas cuyas hojas empezaban

a amarillear o a enrojecer con las primeras lluvias del inminente otoño. Era un 12 de septiembre húmedo y tristón. El escenario perfecto para un entierro distinguido.

Al tomar la última curva del camino, la silueta de la mansión apareció entre la bruma, fantasmagórica pero imponente, y ante su majestuosidad, mi hermana y yo, aleladas, fuimos incapaces de pronunciar palabra alguna hasta que hubimos detenido el coche en la explanada frente a la verja de hierro fundido donde ya se alineaban otros muchos vehículos con sus correspondientes chóferes encorbatados.

El edificio, una obra maestra del barroco tardío, era tan grande como el palacio de La Granja, por poner un ejemplo, y poseía dos torres fabulosas: las que le daban el nombre. La entrada principal estaba flanqueada por cuatro columnas de unos diez metros de alto. Los jardines eran infinitos, los laberintos de un verde deslumbrante, las fuentes inmensas, los prados inabarcables.

—¿Pero no estaban en la ruina? —se extrañó mi hermana, a la que durante el vuelo había puesto al corriente de la delicada situación económica por la que supuestamente atravesaba la familia Noland.

—Eso me habían dicho.

Entonces comprendimos que, en lo que se refiere al dinero, o más bien a la falta de este, ocurre igual que con el tiempo: que es una unidad de medida relativa. La desdicha económica de los Noland no podía compararse con otra cualquiera. Solo adquiriría su auténtica dimensión dentro de un contexto muy concreto; precisamente el que estábamos a punto de conocer mi hermana y yo.

Nos situamos a la derecha de la verja y nos mimetizamos con la negritud del luto general. A nuestro lado, silenciosos y solemnes, en protocolaria comitiva, se encontraban algunos de los aristócratas cuyos rostros solían aparecer adornados por pamelas y chisteras o por maravillosas tiaras de diamantes y perlas en las páginas de nuestra revista. Ahora se veían algo despojados de su esplendor natural —el duelo y la expresión compungida envejecen muchísimo—, y era difícil reconocerlos. No obstante, mi hermana y yo fuimos pasando lista mentalmente: los duques de Gloucester, los príncipes Michael de Kent, los vizcondes de Linley, las hermanas Mitford y

los duques de Marlborough, entre otros, formaban una fila de respeto.

El personal de servicio de la casa se situó a ambos lados del camino; al menos cuarenta personas de uniforme, veinte a cada lado, y en medio del silencio general se escuchó el azote de un látigo.

Entonces apareció un coche fúnebre tirado por dos caballos engalanados con plumas negras de marabú. Lo conducía un cochero con chistera y lo flanqueaban otros dos mozos también vestidos de gala. Las paredes del vagón eran de cristal traslúcido y en su interior, arropado por un manto que llevaba bordados los escudos de la familia, viajaba el féretro entre flores.

Pude distinguir a Cara, menuda y frágil, caminando al frente del cortejo, el tocado negro y el velo de encaje, del brazo de un hombre joven, alto, fuerte y moreno. Se les veía muy solos. Muy huérfanos. Desamparados y perdidos entre la gente.

—Esa es Cara —le indiqué a mi hermana con un movimiento de cabeza cuando mi amiga pasó por delante de nosotras sin vernos.

—¿Y el chico?

—Será el hijo de su marido, supongo.

No hacía falta el comentario inevitable. Las hermanas se comprenden sin palabras. No obstante, la mía es de las que prefieren expresar en voz alta lo que pasa por su cabeza, sea o no sea necesario.

—Qué cañón —murmuró.

Las filas se fueron rompiendo y una mezcla de duques y príncipes, sirvientes, paisanos, hombres y mujeres llegados de las cuatro esquinas de las islas británicas se pusieron en marcha tras el lúgubre enganche.

El entierro fue triste y silencioso. La tumba abierta frente a la iglesia, el graznido de un cuervo, la niebla densa, la oración cansina, el sonido macabro de las cinchas de cuero y el golpe sordo de la caja en el fondo de la tierra, las lápidas viejas y el musgo verde, una tos, un suspiro, las campanillas y bufidos de los caballos inquietos, el doblar de las campanas, el murmullo callado de los pésames y las pisadas sobre la grava, el desfile desolado de amigos del alma que consuelan a la viuda antes de despedirse de ella con la promesa de volver pronto a tomar el té.

Nos llegó el turno de acercarnos.

—Hola, Cara —susurré—. Lo he sentido muchísimo por ti.

La abracé. Comprobé lo desvalida que parecía. Noté sus huesos quebradizos, su piel pálida y fría, sus mejillas húmedas. Ella se sorprendió al verme. No me esperaba. Me apretó las manos con fuerza, haciéndome entender que mi presencia allí la sostenía, la reconfortaba.

—Esta es mi hermana —dije.

A la vuelta condujo ella. Yo estaba muy afectada, qué cosas.

—¿Se puede saber por qué le has hecho una reverencia a Cara?

Mi hermana, inopinadamente, se había abalanzado sobre la viuda, rodilla en tierra, como si estuviera ante la reina de Inglaterra. Había sido la única de todos los presentes en escenificar semejante muestra de respeto y yo había percibido cierta sorna en las miradas que se cruzaron algunos de los aristócratas de mayor postín. La expresión de la cara del atractivo huérfano había sido lo más bochornoso de todo. Era la segunda vez que nos miraba así. Durante el sepelio, en el instante exacto de arrojar la primera palada de tierra sobre el féretro, se me había escapado un gemido de plañidera manchega. Discreto, recatado, pero impropio. El joven Noland me había taladrado con su par de enormes ojos aguileños. Como un ave rapaz en pleno vuelo, había detectado la presencia de dos elementos discordantes en la escena. ¿Quiénes eran esas pánfilas, evidentemente extranjeras, a las cuales no había visto en toda su vida, y que sin embargo parecían tan desoladas por la muerte de su padre?

A Nelson Noland no le gustaban las sorpresas. Con asombrosa meticulosidad, había planeado hasta el más mínimo detalle del funeral de su padre. Sabía, por ejemplo, que en esa época del año, la luz del sol caía oblicua sobre el palacio, a las cinco en punto de la tarde; que los caballos debían ser alimentados al menos cuatro horas antes del comienzo de la ceremonia fúnebre para evitar deposiciones inoportunas y que en la explanada lateral había espacio suficiente para aparcar un centenar de coches.

En el ojal de su chaqueta, aquella mañana, había colocado un pañuelo de hilo blanco con sus iniciales bordadas. Le había parecido un adorno de buen gusto, lo mismo que la corbata negra y los zapatos nuevos, pero no había sido consciente de su utilidad práctica hasta que al escuchar el tañido triste de las campanas, sintió una especie de ganas de estornudar y se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

Ese embarazoso impulso era lo único que no había previsto Nelson Noland. Eso, y el gemido de plañidera manchega que escuchó en ese instante y que, afortunadamente para él, le evitó el bochorno de la lágrima furtiva. Debería estarme agradecido, pienso, en lugar de taladrarme con la mirada del modo como lo hizo.

—Ay, no sé —protestó mi hermana—. Es que me he dejado llevar por la emoción. Con tanta parafernalia he creído que estábamos en el funeral de la Reina Madre.

A los noventa y dos años de edad, Elizabeth Bowes-Lyon, soberana consorte de Inglaterra y última emperatriz de la India, conservaba la misma fortaleza de espíritu que demostró durante el reinado de su marido. Siempre sonriente, vivaracha y divertida, aparecía por sorpresa en las carreras de caballos, bebía ginebra con Dubonnet, hielo y limón, bromeaba en voz alta y organizaba grandes fiestas en el jardín de Clarence House. A pesar de que gozaba de una salud de hierro, los responsables de protocolo, muy previsores, llevaban años ensayando sus funerales. Todos los veranos sin faltar uno, para deleite de los turistas, hacían desfilar a un batallón de soldados por las inmediaciones de la abadía de Westminster, formales y compungidos como si de veras acompañaran los restos mortales de la adorada Lilibet, mientras esta, sospecho, se tomaba un trago a su salud. Lo cierto es que a muchos de esos intendentes tan agoreros les llegó la hora mucho antes que a ella. Aunque en aquel otoño del noventa y dos nadie podía adivinarlo, a la Reina Madre le quedaban todavía otros diez fabulosos años por delante.

No sé qué le parecería a ella. A mí, la verdad, me hubiera impresionado muchísimo ver marchar mi cortejo fúnebre por debajo de la ventana de mi casa. Tal vez ella se lo tomara con buen humor y hasta invitara a sus amigos a mirar desde el balcón; seguramente le pediría a su fiel mayordomo que les sirviera un jerez y se asomarían todos muy ufanos, con los binoculares de la ópera desenfundados, a disfrutar del espectáculo, como si estuvieran en Sevilla y pasara la Macarena por la calle Sierpes.

—Hay que ver lo crueles que son los ingleses —dijo mi hermana sin venir a cuento.

—¿Por qué dices eso? —me extrañé.

—Pues por tu amiga Cara —respondió—. ¿Sabes que la echan de su

casa?

Una de las capacidades extraordinarias de mi hermana consiste en enterarse de todas las intimidades de las personas que la rodean. Es un don. Una especie de fuerza hipnótica que obliga a aquel que tiene delante a desnudarle su alma. No sé cómo lo hace, pero yo he presenciado casos memorables. Y ella, con sus privilegiadas dotes de retención, no olvida jamás ni una cara, ni un nombre, ni una desgracia.

—He tenido una charla muy interesante con una de las doncellas de la casa. Me ha contado que, tal y como ordena la ley, la propiedad la hereda ahora el nuevo duque de Noland, es decir, el hijo del difunto, y por lo tanto, *her ladyship*, o sea, tu amiga Cara, deberá abandonarla ipso facto. Mañana mismo, vaya.

Mientras hablaba, conducía con cierta despreocupación por aquellas carreteras del demonio. Yo me estaba poniendo nerviosa. La vía era demasiado estrecha para albergar a más de un vehículo a la vez, así que, de encontrarnos de frente con alguien, nos convertiríamos indefectiblemente en las víctimas de un lamentable siniestro, y nuestro padre, en medio de la desolación por nuestras muertes prematuras, tendría un motivo extra de desesperación; «¡Qué razón llevaba! —gritaría—. ¡Más razón que un santo!», y golpearía la mesa con el puño cerrado, como hacía cuando se enfadaba de veras.

—Esta mañana, mientras se velaba al difunto, algunos miembros del personal del palacio han estado vaciando los armarios y guardando en cajas las pertenencias de Cara. Hasta han hecho inventario de lo que embalaban para evitar que desaparezca alguna pieza valiosa de la familia. No te habrás fijado, pero en la parte posterior de la casa había un camión de mudanzas, qué feo, con las puertas abiertas de par en par, y un grupo de mozos subiendo paquetes a bordo. Mañana no quedará en Noland Towers ni rastro de la duquesa.

—Cuidado con la curva.

—Tal vez sería diferente si ella fuera la madre del chico, que no lo es, como sabes. Cara se casó con el duque de Noland en el año noventa. Era muchísimo más joven que él, italiana, sin título ni fortuna, ni patrimonio. Había estado casada antes con un empresario milanés, simpático y vividor,

pero no excesivamente rico, que al morir la dejó bastante desamparada. Cuando se comprometió con Noland todo el mundo sospechó que Cara era una cazafortunas, que la boda le reportaría grandes beneficios. Y es verdad que ha vivido como una reina durante estos tres años. De fiesta en fiesta, de viaje en viaje. Ahora habrá que esperar a la lectura del testamento para comprobar si tu amiga hizo un buen negocio o no.

—Viene un tractor de frente. Lo ves, ¿verdad?

De un golpe de volante acabamos en la cuneta derecha. Me percaté entonces de que mi hermana llevaba un rato conduciendo, más bien, por el carril contrario. Había empezado a llover y al otro lado de la carretera se vislumbraba un pub entre la niebla. Decidimos parar a tomar un té. Las dos estábamos destempladas. Sentíamos un frío raro, de huesos húmedos.

El establecimiento se anunciaba con un pintoresco letrero en el que se apreciaban una corona, un escudo y un león. En la parte trasera había un jardín con mesas de madera y bancos, y una baranda que hacía de frontera con un bosque por el que transcurría un riachuelo. Creo que vimos gansos. De los migratorios.

Como hacía frío, entramos dentro y nos hicimos fuertes en un rincón junto a la chimenea. Yo pedí un té y un *crumble* de manzana. Mi hermana dijo que no quería nada pero luego se comió la mitad de mi plato.

Han pasado muchos años y todavía no he olvidado el sabor del *crumble* de manzana de aquel pub de carretera. Cada pedazo parecía derretirse en la boca. Era posible distinguir la dulzura del caramelo mezclada con el punto ácido de la fruta y el cálido gusto de la canela, todo en uno, caliente y cremoso, saciante y a la vez adictivo, enviando la señal del placer satisfecho directamente al cerebro, antes de desparramarse por el estómago y cubrir sus paredes con la mantequilla de la masa quebrada.

—¿Me estás escuchando? —Mi hermana me miraba con el ceño fruncido y una cucharada de compota desbordándose a medio camino entre el plato y su boca—. Te decía que le he preguntado a la chica qué tal se llevan Cara y su hijastro. Se ha encogido de hombros. Me ha dado a entender que la relación es distante, pero correcta. Al fin y al cabo, según me ha explicado, se han visto en muy contadas ocasiones. Ya sabes cómo suelen educar a los niños ricos en Inglaterra: a los siete años los envían internos a uno de esos

colegios de renombre; después los mandan una temporada a Suiza y luego directos a la universidad. No vuelven a aparecer por su casa hasta que les llega la hora de heredar.

—Supongo que habrá de todo —le rebatí—. Aunque en este caso me parecería razonable que Cara no tuviera mucho trato con su hijastro. Son diametralmente opuestos. Él tan serio, tan formal, y ella tan caótica y extrovertida. Me figuro que al chico no le haría ninguna gracia que su padre se volviera a casar a los ochenta años. Le repugnaría la idea. Se los imaginaría juntos en la cama. ¡Qué escena tan grotesca! Porque Cara es una italiana de sangre caliente. Al menos en sus cartas.

—Y él es más rancio que don Florencio.

Don Florencio era el cura del colegio de monjas donde habíamos estudiado las dos. A consecuencia de la polio le había quedado una pierna más corta que la otra, y para disimular la cojera, calzaba un zapato ortopédico con un alza de diez centímetros. Hacía un ruido raro al caminar; como escurrido, que distraía el recogimiento de la oración. También tenía una verruga muy fea a un lado de la nariz y el pelo negro, muy liso y repeinado, aplastado contra el cráneo. Hablaba despacio. Pronunciaba sus sermones con el tono amanerado de los viejos cronistas de provincias, utilizando tantas palabras en desuso que parecía comunicarse en una lengua muerta y olvidada. No era mala persona; al contrario. En su parroquia del extrarradio atendía gravísimos problemas de exclusión social, violencia y narcotráfico; el tiempo que pasaba en nuestro colegio debía de ser para él lo mismo que para nosotras el recreo.

Estaba yo recordando la atribulada figura de don Florencio, cuando se abrió la puerta del pub. Se me tuvo que quedar cara de boba, porque mi hermana, que se había colocado de espaldas a la calle, se giró intrigada a ver quién entraba.

Nelson Noland, metro noventa, chaqué elegante, corbata negra, pañuelo blanco con sus iniciales bordadas, hombros mojados de lluvia y pelo revuelto, se acercó a la barra sin mirar hacia nuestro rincón junto a la chimenea y pidió una pinta, de las grandes, que se bebió de golpe, en tres tragos. Se sentó después en un taburete, se llevó las manos a la cabeza, y se echó a llorar.

Mi hermana y yo nos miramos con ojos de pez que muerde el anzuelo y

sabe que su vida termina. Boqueamos un poco también, como si nos faltara el aire. Nelson Noland acababa de derrumbarse delante de nuestras narices. Sus hombros subían y bajaban al ritmo de sus sollozos y el dueño del pub, desde el otro lado de la barra, trataba de calmarlo palmoteándole la espalda como si fuera un tambor. Se limpió la nariz con el paño de secar los vasos. Se sacudió la lluvia con las manos húmedas. Se hundió todavía un poco más.

Mi hermana estaba ya en pie, dispuesta a acercarse a él y abrazarlo o algo, cuando la agarré de la manga de la chaqueta y la detuve a tiempo.

—Vámonos de aquí antes de que nos vea —la apremié en voz baja.

Hay una cosa en este mundo que se llama inteligencia emocional. Es una habilidad natural que consiste en identificar, entender y manejar las emociones de modo que facilite las relaciones con los demás. El que goza de esta destreza reconoce sin esfuerzo los sentimientos humanos, es empático y compasivo, tiene capacidad de escucha y la voluntad de involucrarse en el sufrimiento ajeno. En este terreno, mi hermana es una fuera de serie. Sin embargo —opino—, también es importante saber dominar nuestros impulsos, por muy bienintencionados que estos sean. Y ahí es donde ella pincha.

—¡Cómo vamos a irnos! —me recriminó—. ¿No ves que el chico está hecho polvo?

La empujé de mala manera hacia la puerta. Pasamos sin detenernos por detrás de la espalda de Nelson Noland y salimos a la calle húmeda. Lo dejamos solo, llorando como un niño. Tal y como él había decidido afrontar su pena.



Regresamos a nuestra vida normal y aquella escapada a Inglaterra se perdió entre los avatares del día a día. Un par de semanas después del entierro recibí una nueva carta de Cara en la que me informaba de su cambio de residencia. A partir de entonces le envié la revista al número diez de Grosvenor Crescent, en el barrio de Belgravia.

Nuestra relación volvió a ser la misma de siempre. De vez en cuando nos escribíamos para comentar las noticias que aparecían en las portadas. Ella me sugería temas y entrevistas que a su parecer podían resultar interesantes y yo los trasladaba a las reuniones de redacción.

Cara Noland, «esa amiga tuya con la que te escribes tan a menudo», como la llamaba mi padre, llegó a ser apreciada y valorada en la distancia por mi familia y mis compañeros de trabajo, y nuestra correspondencia bastante fluida, si bien no tanto como ellos creían.

La realidad era que en aquella época también recibía cartas de otra persona. Estas venían sin remitente, en discretos sobres blancos, pero como igualmente procedían de Inglaterra, todos daban por hecho que las enviaba la muy respetable *duchess of Noland*.

No. Cualquiera con un poco de malicia habría notado la diferencia: para empezar, la letra difería muchísimo entre uno y otro correspondal. Cara, como ya he explicado, poseía una caligrafía delicada y elegante; solía utilizar pluma y tinta color violeta, sus trazos eran suaves y sus líneas rectas. Nada que ver con la pasión con la que estaban escritas las otras misivas, ni con las emociones que despertaban en mi joven e inexperta naturaleza romántica.

Un observador más perspicaz habría notado enseguida que el matasellos de los sobres blancos no se correspondía con el de las cartas de Cara. Ella las había enviado siempre desde la pequeña *post office* en la que nos detuvimos mi hermana y yo de camino al entierro, hasta que, después de su desahucio, empezó a hacerlo desde Londres. Mi admirador secreto, en cambio, residía en uno de los viejos *colleges* de la Universidad de Oxford, se llamaba Matt, y solo lo había visto una vez en mi vida.

No es que esta historia tenga especial relevancia en el relato de los acontecimientos posteriores al enviudamiento de Cara, pero sí sirve para explicar cuál era el estado de mi tierno corazón durante aquel septiembre del noventa y dos en el que conocí a Nelson Noland y el motivo por el que en aquel momento no supe calcular la verdadera importancia de ese encuentro. Debido a que la imagen desdibujada de Matt, o más exactamente su recuerdo lejano, empañaba cualquier otra posibilidad romántica, Nelson me fue totalmente indiferente, a pesar de que, tal y como mi observadora hermana había expresado en voz alta, «era un cañón».

Mi querido Matt —yo siempre comenzaba las cartas que le enviaba con estas palabras, haciendo énfasis en el adjetivo posesivo mi, mío, mi Matt— tenía veinte años, estudiaba historia de Inglaterra y capitaneaba el equipo de remo de su universidad. Llevaba años preparándose para participar en las Olimpiadas. Decían de él que era la gran esperanza británica; la gran promesa. Nuestros caminos se cruzaron la noche del 25 de julio de 1992 en Barcelona.

No sé qué misteriosos hilos tuvo que mover o qué desembolso económico le supuso a mi padre; el caso es que de alguna manera había logrado hacerse con cinco entradas para asistir a la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, y aquella noche mi familia y yo, sentados entre el público, formábamos parte de los afortunados espectadores que no solo

presenciábamos el espectáculo sino que participábamos en él obedeciendo las órdenes de los organizadores: cincuenta y seis mil personas, entre las cuales la más motivada era yo, coreamos las canciones, bailamos, gritamos, hicimos la ola, levantamos cartulinas de colores, agitamos bastoncillos de luz y aplaudimos hasta que nos dolieron las manos. En medio de la emoción desbordada, a eso de las nueve de la noche dio comienzo el desfile de los participantes: doce mil deportistas pertenecientes a ciento setenta y dos delegaciones se pusieron en marcha detrás de sus abanderados. La pista se llenó de atletas procedentes de las cuatro esquinas del mundo y su poderosa energía se extendió como una corriente magnética por el estadio.

Era difícil que Matt se fijara en mí en medio del gentío: él era uno entre doce mil y yo una entre cincuenta y seis mil, pero la vida nos tenía reservada una dulce sorpresa esa noche en Barcelona y, cosas del destino, al pasar él por donde estaba yo, nuestras miradas se cruzaron, nos sonreímos, nos reconocimos como personajes de una novela rosa, él me hizo una señal, yo bajé dando brincos por la escalera central, un policía trató de detenerme, yo logré zafarme de su brazo y conseguí alcanzar la barrera que separaba las gradas del campo de atletismo, a tiempo de rozar, solo un instante, la mano de Matt.

Era muy alto y muy fuerte, tenía hombros de titán, sonrisa pícaro, ojos azules, el pelo llamativamente rubio, la piel tostada, los dientes muy blancos. Iba vestido con el uniforme del equipo británico: traje de chaqueta azul marino, camisa blanca, corbata oscura a rayas y sombrero de panamá.

Como estábamos desperdigados por el estadio, ni mis padres ni mis hermanos se dieron cuenta de que, en esa milésima de segundo en la que toqué sus dedos con mis dedos, me enamoré como una tonta de él. Le esperé en mi asiento hasta que las gradas se vaciaron de gente. Estaba segura de que volvería a buscarme.

Cuando por fin se extinguieron los fuegos artificiales y se encendieron las luces sobre el estadio descubriendo una barahúnda de campo de batalla, apareció Matt, en mangas de camisa, aún con la corbata alrededor del cuello, saltó con facilidad todos los obstáculos y se sentó a mi lado.

—Hola, soy Matt —se presentó—, y me gustaría muchísimo invitarte a cenar.

A mis padres les dije que me había encontrado con unos amigos de la universidad y a mi hermana que no me esperara despierta.

Llegué al hotel a las siete de la mañana, entré de puntillas en la habitación que compartía con ella y me metí en la cama, aún con el sabor de los besos de Matt en los labios, con el calor de sus manos en las mías y no quise dormirme para no tener que amanecer unas horas después echándolo tanto de menos que su ausencia resultara mucho más verosímil que su existencia.

No volvimos a vernos nunca más. Yo seguí todas las retransmisiones de televisión en las que informaban sobre la disciplina de remo. Asistí desvelada a sus triunfos y le vi emocionarse, en el podio de los vencedores, el día en que recibió entre lágrimas su medalla de oro.

En sus cartas me decía que yo era su talismán. Que mientras remaba pensaba en mí e imaginaba que yo estaba esperándole en la meta, igual que aquella noche en la grada vacía. Que por eso ganó.

Después de aquel verano, Matt regresó a la universidad para terminar su licenciatura en historia. Sus cartas, al principio apasionadas, se fueron enfriando con rapidez, hasta que, como era de temer, dejaron de llegar.

Había algo tremendamente romántico en el desasosiego de esperar sus cartas. Pasaban tres o cuatro días sin noticias, y yo me mortificaba pensando que ya no habría más. Que cualquiera de aquellas tardes de finales del verano, se cruzaría otra persona en su camino. Alguien que no fuera de papel y tinta sino de carne y hueso; que no viviera a miles de kilómetros de su casa, que olera a champú, a colonia, cuyas palabras pudieran escucharse, no solo leerse una y otra vez, mañana y noche, obsesivamente.

Nunca le llamé por teléfono ni le envié una fotografía por mucho que él me insistió. Pero le escribí un millón de cartas y disfruté de la emoción de comprar el papel, aislarme del mundo, convertir los sentimientos en letras, doblar las cuartillas, introducirlas en el sobre, besarlo, dejarlo caer con cuidado, como si pudiera romperse, en el buzón amarillo de la plaza... y también padecí el melancólico tormento de esperar. Imaginar mi carta en el avión y luego en la oficina de correos, en la saca, en el buzón de su *college*, en sus manos, en su boca. Y la suya, de vuelta en la misma saca, en el mismo avión, hasta mis manos y mi boca.

Era romántica, anticuada, ridícula, preciosa, esa angustia tan dolorosa y a

la vez tan adictiva de aguardar respuesta. Subíamos y bajábamos por una montaña rusa de emociones; teníamos paciencia, ansiedad, mariposas en el estómago, frío y calor, felicidad y miedo.

Aquello no podía durar más de un par de meses, claro. También teníamos veinte años él, veintidós yo, y creíamos que la vida hay que atraparla al vuelo, si no se escapa.

Un día conoció a otra chica, o temió volverse loco, o alguien de su equipo de remo le advirtió seriamente que debía regresar al mundo real, antes de echar su futuro a perder. Lo acusaron de haberse quedado dormido en los laureles del éxito. Descolgaron su medalla de oro del cabecero de su cama y la colocaron en una vitrina a la vista de todos. Su última carta llegó después de varios días sin noticias. Me pedía perdón por la tardanza; me prometía volver a escribirme pronto.

El corazón es una pieza muy delicada; es mejor conservarlo en formol que exponerlo al peligro de romperse. La próxima vez que un campeón olímpico me haga señales desde la pista de atletismo, miraré para otro lado.

Aquel primer encuentro con Nelson Noland me sorprendió, pues, con el alma en cuarentena. No tenía la menor intención de hacer amistad con otro inglés veinteañero, también alto, fuerte y guapo, también educado en Oxford y también fuera de mi alcance. Cuando, doce meses después del sepelio del duque de Noland, recibí una llamada telefónica de Cara, ya había olvidado el fascinante atractivo de su hijastro.

Era la primera vez en toda nuestra historia de amistad en la que Cara levantaba el auricular del teléfono para hablar conmigo. Entre nosotras se había establecido una especie de pacto tácito según el cual nos comunicábamos únicamente por escrito. Era incómodo, además, el asunto del teléfono en el año noventa y tres. Mi hermano, que estaba estudiando en el salón, escuchó el timbre y lo dejó sonar varias veces, antes de molestarse en levantarse y responder.

—Mi hermana no está en casa —dijo—. Creo que ha salido a dar un paseo con mi padre. ¿Quién la llama? ¿Quiere dejarle algún recado?

Lo normal, entonces, era ofrecer todo tipo de explicaciones sobre dónde, cómo y con quién se encontraba la persona por la que uno preguntaba. Después se solía indagar un poco acerca de la identidad y las intenciones del

sujeto al otro lado del cable. A veces se llegaban a construir auténticos lazos de amistad, solo por tomar nota de las llamadas ajenas, y uno se descubría de pronto interesándose por la salud del padre o de la madre de tal o cual tío lejano, o por la situación amorosa de alguno de los cientos de amigos de los demás hermanos.

El teléfono solía estar en una de las zonas comunes de la casa, junto a una libreta en la que, con toda naturalidad, quedaban registrados los asuntos más íntimos de sus habitantes: citas médicas, llamadas románticas, reuniones de negocios o los indiscretos mensajes de algún admirador secreto, todo a la vista de todos. Bastaría con recopilar aquellos cuadernos de notas para escribir la crónica de cualquier familia de los noventa. También había un listín donde se apuntaban nombres y números por orden alfabético, en una mezcla sin sentido de edades, intereses o parecidos. Aunque también es cierto que en aquella época, la gente tenía una capacidad de retención asombrosa y era capaz de memorizar treinta o cuarenta números sin problema.

—Por favor, dígame que me llame. Es importante.

Tengo que reconocer que realicé aquella llamada con el corazón en un puño, temiendo que hubiera sucedido algo tan terrible y urgente que no pudiera esperar los tres o cuatro días que tardaría su carta en llegar a su destino. Sin embargo, la encontré tranquila, incluso alegre, diría, al otro lado del hilo telefónico.

—Mi hijastro, Nelson, se casa —me informó con la misma entonación que hubiera utilizado para cantar un aria de ópera—. Con una italiana —añadió—. Teresa Trotti, de los Trotti de Milán. ¿La conoces?

La conocía, sí. Pero me hice la tonta.

—No —respondí.

—¡Pero si sale todas las semanas en tu revista! —protestó Cara.

—Sé perfectamente quién es —aclaré—, pero creí que me preguntabas si la conocía personalmente.

El duque de Noland y Teresa Trotti de Visconti habían coincidido en una fiesta en Roma e inmediatamente habían sucumbido al amor —estas fueron las palabras exactas que utilizó mi amiga Cara—. Se habían vuelto inseparables y llevaban juntos seis meses maravillosos, a caballo entre Londres y Roma, escondiéndose de los *paparazzi* y viviendo *la dolce vita*.

—He hablado con Nelson y Teresa —me explicó Cara—, y los he convencido para que anuncien su compromiso en vuestra revista. Les he dicho que tarde o temprano tendrán que hacer público su noviazgo, si no quieren encontrarse un día con su foto publicada en la página tres de algún asqueroso tabloide, junto a una mujer medio desnuda.

Me puse nerviosa. Preventivamente. Por adelantado.

No me había sucedido nunca hasta entonces que mis intereses profesionales se mezclaran con los personales hasta el punto de poner en peligro el equilibrio entre esos dos mundos que prefería mantener en esferas separadas.

Sentí de repente un peso raro, como de responsabilidad desbordada, y después de darle mil veces la enhorabuena, prometerle que trasladaría la buena nueva a mi padre en calidad de director de la revista y colgar el teléfono, tuve tiempo para reflexionar sobre lo que se me venía encima.

Por una parte, el reportaje que me ofrecía Cara era un auténtico bombazo: Teresa Trotti de Visconti era una de las *socialités* más bellas e inaccesibles del momento y la noticia de su romance, no digamos la de su compromiso y su futura boda con un aristócrata inglés, podría ser la llave que arrancara mi carrera.

Pero, por otra parte, mi olfato de mujer recelosa me advertía que aquel encargo acarrearía graves problemas. Aún no sabía cuáles, pero adivinaba que mi amistad con Cara, a partir de ese momento, cambiaría de forma, se enrarecería, y si no iba con cuidado, podría llegar a romperse.

De entrada, ya me había visto obligada a mentirle una vez. Le había asegurado que solo conocía a Teresa Trotti de oídas, y la realidad era muy distinta. Había sido una mentira piadosa —la prudencia y la discreción son virtudes del buen periodista—, pero lo cierto era que había faltado a la verdad y sabía que aquella noche mi conciencia se ocuparía de reprochármelo.

En mayo de 1992, un par de meses antes de coincidir con Cara Noland en París, me habían enviado a Montecarlo con la misión de escribir la crónica del tradicional *Bal de la Rose* que desde 1954 se venía celebrando en el principado y que gracias a la mítica Grace se había convertido en el acontecimiento social más glamuroso del mundo.

Presidía el baile, como primera dama de Mónaco, la princesa Carolina,

todavía de luto por la reciente pérdida de su marido, Stéfano Casiraghi, y llevaba puesto un vestido largo de encaje negro de Chanel con escote en uve que, la verdad, provocaba más envidia que lástima.

A la entrada de la Salle des Étoiles del Sporting se congregaba aquella noche una multitud de curiosos, fotógrafos y agentes de seguridad, a la espera de que hiciera su aparición la princesa del brazo de su padre Rainiero y acompañada por su joven, atractivo y soltero hermano Alberto, sobre el cual se contaban todo tipo de historias. Se decía que era un vividor, un mujeriego, que tenía vicios sucios y aficiones extrañas. Pero lo cierto era que a su alrededor revoloteaban las jóvenes casaderas como mariposas hambrientas.

Apareció enfundado en un *smoking* clásico, recibió los aplausos con naturalidad, hizo su entrada en el salón del baile y, como digo, se organizó cierto alboroto entre las invitadas.

Yo, muy astuta, logré mimetizarme con el entorno gracias a un vestido *vintage* de Pedro Rodríguez, que pertenecía a mi abuela paterna y que habíamos elegido juntas para la ocasión entre las fantásticas piezas de su ropero. Por suerte, mi abuela y yo hemos tenido siempre la misma talla y el gusto parecido. Su colección de vestidos —nunca se ha deshecho de ninguno— ocupaba una habitación entera; la contigua al cuarto de juegos en el que, cuando mis hermanos y yo éramos pequeños, hizo instalar una cocinilla de juguete que cubría las cuatro paredes.

Se trataba de un palabra de honor de terciopelo negro, con una abertura lateral que dejaba la pierna al descubierto hasta la mitad del muslo. Siempre ha sido moderna y atrevida, mi abuela.

Me senté a la mesa —una de las más apartadas del escenario— y entablé conversación con otras periodistas que, como yo, libreta en mano, apuntábamos nombres y anécdotas y poníamos en común algunos de nuestros descubrimientos.

—¿Sabes quién es esa belleza rubia que acaba de entrar? —inquirió la corresponsal de una revista de sociedad inglesa que andaba un poco perdida entre tanto monegasco, italiano y francés. También había muchos árabes, pero estos eran igual de conocidos en Londres que en París, así que en ese terreno, ella era mucho más experta que yo.

—Claro. Es Teresa Trotti de Visconti. Hija de uno de los hombres más

ricos de Italia. Su padre es el propietario de la cadena de supermercados Trotti. ¿Te suena?

Años antes de la irrupción de las grandes superficies comerciales, el negocio fundado por los Trotti había logrado un rotundo éxito por la sencilla razón de haber inventado el sistema del autoservicio. Por primera vez en la historia, el ama de casa se paseaba por los pasillos repletos de estantes y sin necesidad de ayuda podía escoger a su antojo entre cientos de productos. Era libre, por ejemplo, de manosear la fruta, comparar precios y calidades o decidir caprichosamente dejándose guiar por su instinto de sabuesa. El día en que se abrió el primer comercio con autoservicio, nacieron el *marketing*, la publicidad, el *product placement*, la imagen de marca y todas las técnicas de venta modernas que intentan desequilibrar la balanza en favor de un artículo que en esencia es idéntico al de su competidor.

—Parece una *top model* —me respondió.

No había otra medida de la belleza, en los noventa, que la que encarnaban Claudia Schiffer, Carla Bruni, Elle Macpherson, Naomi Campbell y Cindy Crawford.

—Pues no es modelo —la corregí—. Estudia ciencias políticas en la Universidad de Roma. Además de guapa, es culta.

Después de la cena, una orquesta comenzó a tocar. La princesa Carolina prefirió quedarse sentada junto a su padre y la encargada de abrir el baile en esta ocasión fue la princesa Antoinette con su horripilante vestido de seda rosa. Pronto, la pista se llenó de parejas y de jóvenes miembros de la *jet set* internacional, la música subió de tono y el champán hizo efecto.

En un momento dado me vi en la necesidad de ir al cuarto de baño. Bajé las escaleras con cuidado de no pisarme el vestido con los tacones, a los que no estaba acostumbrada en absoluto, y mientras ideaba el modo de desabrocharme el corsé sin ayuda, escuché voces y risas en la planta baja.

Por el tono, que no por las palabras, deduje que se trataba de una pareja en pleno arrebató amoroso. Como ya era tarde para darme la vuelta y escapar corriendo, decidí hacerme a un lado, quedarme muy quieta, oculta detrás de una maceta, y confiar en que aquellos amantes tan fogosos no me vieran al pasar.

Pero las voces callaron, nadie subió por las escaleras, y al cabo de un

buen rato no tuve más remedio que continuar bajando. Me hacía pis. Era urgente.

Me extrañó que no hubiera ni rastro de ellos. Me los imaginé amándose en algún rincón oscuro, lejos de la vista del resto de los invitados. Tal vez escondidos en el armario de las escobas o acurrucados en el hueco del ascensor. Lo que menos podía figurarme era que —indiferentes a cualquier intromisión— me los encontraría de frente, nada más entrar en el cuarto de baño.

Empujé la puerta del tocador al tiempo que, de uno de los cubículos de los retretes, salieron ellos: Teresa Trotti de Visconti y un muchacho árabe; los dos a medio vestir, ella descalza, él abrochándose los pantalones, besándose y riéndose. Se acercaron al espejo, compartieron una raya de cocaína y se marcharon de allí tropezándose conmigo al salir.

Pensé que me había vuelto invisible. Tuve que mirarme al espejo para comprobar que aún conservaba mi humilde presencia física y corpórea. Luego comprendí que les daba igual que yo los viera. En aquel ambiente nadie se escandalizaba por una inocente ración de sexo y drogas.

—¡Lo que han visto mis ojos! —recuerdo que le anuncié a mi hermana nada más encontrarla, al día siguiente, esperándome en el aeropuerto.

Por supuesto, nada de todo aquello lo plasmé en mi crónica.

De Teresa Trotti de Visconti solo destacué su belleza excepcional y su maravilloso vestido de Versace. El muchacho árabe, según me contaron, era un sobrino de Adnan Khashoggi y se alojaba en el Nabila junto al séquito que acompañaba al hombre más rico y poderoso del planeta.

Aunque había pasado más de un año desde entonces, yo había sido incapaz de borrar aquel episodio de mi memoria. Me había causado una profunda impresión. Hasta ese momento no había tenido más experiencia amorosa que la de los besos de Matt, y he de decir que el muchacho era dulce pero patoso, como buen inglés.

—¿Crees que debería contarle a Cara lo que sé de su futura nuera? —le consulté a mi hermana en el *office* de nuestra cocina mojando magdalenas en leche, como solíamos hacer después de una noche de juerga o cuando nos surgía alguna duda importante.

—Ni loca —me respondió ella con la boca llena.

Esperé a que se tragara el bocado. La dejé hablar.

—Mira —dijo—, todo el mundo tiene un pasado. Quien más quien menos se equivoca alguna vez. Puede ser que presenciaras el único desliz que ha cometido la pobre chica en toda su vida. El único borrón en su impecable expediente.

—¿Tú crees?

—No es lo más probable —reconoció—, pero concédele al menos el beneficio de la duda.

Mi hermana, en cierta ocasión, tuvo un fugaz episodio con un muchacho argentino al que acabábamos de conocer. El chico era tremendamente atractivo, servía como guardiamarina en el buque escuela *Libertad*, y solo iba a permanecer en tierra doce horas, así que no contábamos con tiempo suficiente para pensar con la cabeza fría. Los vi alejarse por los callejones del casco histórico de Cádiz y cuando mi hermana, desde lejos, se volvió para solicitar mi bendición, levanté el pulgar haciendo la señal de shaka, como si nos encontráramos en Hawái y ella me estuviera consultando sobre la idoneidad de una ola para el surf. Lástima que al día siguiente, antes de soltar amarras su barco y despedirse de él agitando un pañuelo blanco desde el pantalán del puerto, me confesara su decepción: «Ha pasado por casa esta mañana y sin el uniforme no valía nada», se lamentó.

—Cara me ha dicho que su hijastro, Nelson, me llamará esta tarde a las seis en punto.

—Pues pon un cartel —me recomendó.

Cuando esperábamos alguna llamada importante, solíamos pegar una nota informativa junto a los dos teléfonos de la casa, el de la cocina y el de la sala de estar, para impedir que otra persona acaparase el aparato en el periodo de tiempo comprendido entre la hora precisa y los diez minutos anteriores y posteriores. Esta medida no siempre funcionaba. El asunto del teléfono daba lugar a muchísimas discusiones entre hermanos.

En aquella ocasión, previendo posibles enfrentamientos fraternales, me apoltroné en el sofá de la sala de estar a las seis menos cuarto, dispuesta a defender mi territorio con uñas y dientes.

A las seis en punto sonó el teléfono. La línea se entrecortaba y el sonido llegaba distorsionado por mil ruidos.

—Al habla Nelson Noland —entendí.

—Buenas tardes, míster Noland —respondí.

—Lord Noland, si no le importa —me regañó.

A partir de ahí, nuestra comunicación fue de lo más formal. Yo inventé un tratamiento protocolario para dirigirme a mi interlocutor, ya que ignoraba el auténtico, y él me corrigió entre carraspeos. Me explicó que la idea del reportaje había partido de la última esposa de su padre: la duquesa de Noland, y que hasta que ella lo propuso, jamás había cruzado por su mente semejante posibilidad. «Sin embargo —me dijo—, hemos sopesado los pros y contras y creemos que podría ser aconsejable dar a conocer públicamente esta noticia, siempre que tengamos el control del cómo y el cuándo».

Quise saber a qué se refería. Me comunicó que exigiría su aprobación expresa sobre todo lo que publicáramos: fotografías, textos, titulares y hasta pies de foto.

Le aclaré que nosotros no trabajábamos así. Que tendría que confiar en nuestra experiencia, y que nunca habíamos recibido quejas de nadie por nuestra mala praxis profesional.

—Es una lástima —me advirtió—. Esta es mi única condición. Si no está usted dispuesta a concedérmela, será mejor que lo dejemos pasar.

Se me hizo un nudo en el estómago, la verdad. No podía perder una oportunidad como aquella en tan solo diez minutos de conferencia telefónica. Traté de negociar los términos.

—Se me ocurre una manera más o menos aceptable —me arriesgué—. Me refiero a una labor conjunta con su alteza serenísima.

—No me llame alteza serenísima —protestó bastante indignado—. Ese ridículo tratamiento solo se utiliza en paraísos fiscales como Liechtenstein o Montecarlo. Yo soy duque.

Me estaba tocando un poco las narices el estirado de Noland. Decidí sacarlo de sus casillas sibilinamente, haciéndome la tonta.

—Alteza —dije para fastidiar—, lo que le estoy proponiendo es que trabajemos en equipo, su alteza serenísima y servidora, durante unos días. Que pongamos en común los textos y titulares hasta que lleguemos a un consenso. No creo que sea difícil.

Lo pensó en silencio. Carraspeó.

—Bueno —concedió—; la cuestión es que yo sepa con antelación lo que usted vaya a publicar, y que sea correcto.

—Exacto.

—No entiendo dónde está la diferencia —replicó.

—En mi dignidad —respondí.

El plan, entonces, se desarrollaría del siguiente modo: primero tendría lugar un encuentro en Noland Towers, durante el cual yo trataría de hacerme valer como periodista y él decidiría si me concedía o no su aprobación. Una vez pasada esta prueba, pondríamos en marcha el reportaje. Señalaríamos una fecha, coordinaríamos un equipo, haríamos venir a Teresa Trotti desde Roma, tomaríamos las fotografías, elaboraríamos los textos y sobre lo que surgiera de semejante trabajo, Noland y yo nos sentaríamos a discutir.

Cuando colgué, me di cuenta de que estaba temblando. Aquel era el punto de partida de mi incipiente carrera profesional y yo era perfectamente consciente de ello.

Cara volvió a llamarme unos días más tarde. Me entristeció comprobar que empezaba a perder la buena costumbre de escribir. Hacía varias semanas que no había recibido ninguna de aquellas tarjetas tan bonitas que me enviaba antes, escogidas con tanto cariño en Scriptum o en alguna tiendita parecida, y garabateadas con su letra de niña bien, con su tinta violeta y sus irónicos y divertidos comentarios. Había algo mágico en aquellas cartas; tal vez la sensación de acariciar el papel que ella había doblado y perfumado, o el placer de figurarse en qué bolso había viajado aquel sobre, o el de adivinar si tal o cual manchita era de té, de lágrimas o de lluvia.

El teléfono, a cambio, me permitía escuchar su voz. Pero de alguna manera también la reconocía antes al leerla, y sobre el papel no sonaba tan atropellada, ni tenía aquel tono de urgencia.

Lo dicho, nuestra amistad —qué lástima— comenzaba a mutar hacia lo que nunca había sido: un intercambio de intereses comunes.

—Probablemente Nelson no te haya comentado nada —me advirtió—; es demasiado orgulloso para reconocer ciertas cosas. Pero sería importante que en el reportaje se mencionaran los productos ecológicos de Noland Towers. Tal vez podrían salir las mermeladas en alguna fotografía —sugirió—. En un segundo plano, por supuesto. Como en las películas de James Bond, que dan

a uno ganas de tomarse un Martini.

—Eso se llama publicidad encubierta —apunté.

—Bueno, no exageres —se defendió Cara, que era muy lista—. Solo te estoy pidiendo que aparezcan los productos como parte del atrezzo, no que hagáis publicidad de nada, a ver si me entiendes.

Aunque no me gustó el tono ni la exigencia, respondí que encontraríamos la manera de cumplir su deseo. Podríamos, por ejemplo, decorar la mesa con el maravilloso juego de té de Limoges de la familia y colocar estratégicamente algún tarro de mermelada entre las tazas. Ningún aristócrata inglés en su sano juicio permitiría que se sirviera la mermelada en otro recipiente distinto al tradicional cuenco de cristal que se viene utilizando desde tiempos inmemoriales, pero, sorprendentemente, a Cara le pareció una buena idea.

—Por cierto —añadió ya más tranquila—, me harías muy feliz si vinieras a tomar el té a mi casa antes de ir a Noland Towers. ¿A qué hora aterriza tu avión?

—A las tres.

—Perfecto. Te espero entonces a las cinco en punto.

—Allí estaré —le prometí—, y te llevaré un tarro de mermelada de naranja amarga de mi abuela.

Resultó que mi abuela estaba jugando al golf y como guardaba sus mermeladas bajo llave no había modo de conseguir un tarro hasta que regresara. Por no quedarme sin el detalle para Cara decidí salir en su busca. Una vez en el club, alquilé uno de esos vehículos eléctricos tan fardones y recorrí el campo de golf tratando de reconocer su pelo blanco entre las cabezas de los demás jugadores.

Mi abuela materna había sido siempre una gran deportista. De recién casada se proclamó campeona de España de tenis en la modalidad de dobles mixtos junto a mi abuelo. En su casa, sobre la chimenea en la que se exhibía la colección de pipas y los premios deportivos, había una fotografía enmarcada del momento en que el presidente de la federación les hacía entrega de aquella copa inmensa que siempre presidió su salón. La mujer que aparecía en esa imagen era la misma que yo conocía, pero con el pelo muy negro. La misma determinación en la mirada, las mismas piernas compactas

de atleta poderosa, la misma sonrisa de satisfacción y su otro trofeo: mi abuelo. Tan alto, tan guapo, tan interesante. Ella vestía falda blanca de tablas, larga hasta los tobillos; él, pantalón de pinzas y el jersey que había puesto de moda Fred Perry en los años treinta.

Unos meses después de cumplir los ochenta y cinco años, estábamos dando raquetazos a una pelota amarilla contra la pared del frontón de su casa de campo, cuando de pronto se detuvo, apretó la pelota entre sus dedos y con mucha tristeza me confesó que empezaba a sentirse algo mayor para jugar al tenis.

—Me parece que ha llegado el momento de parar —se rindió—. Llevo setenta años jugando al tenis y creo que a este deporte ya le he sacado todo el jugo.

Se quedó pensativa. Soltó la pelota, que botó un par de veces antes de desaparecer rodando colina abajo, entre los lilos en flor.

—Así que voy a aprender a jugar al golf —resolvió.

Desde entonces, mi abuela recorría casi a diario los dieciocho hoyos del campo —unos diez kilómetros sobre la hierba verde y fresca—, cargando con dos o tres palos y una bolsa alargada que contenía los *tees*, las pelotas, los guantes y su gorra de visera.

Hasta que cumplió noventa y tres, se negó a utilizar un coche eléctrico, pero cuando por fin claudicó, lo encontró práctico y divertido y se convirtió en una conductora avispada, un poco imprudente, que no permitía a nadie arrebatarse el volante de su bólido.

La descubrí a medio camino entre el hoyo siete y el ocho; de buen humor, como siempre, y no se sorprendió demasiado al verme, ya que era frecuente que algún hijo o nieto se presentara sin avisar para comer con ella en la terraza del club.

—Me voy a Londres en un par de horas —le expliqué—. Me gustaría llevarle un tarro de tu mermelada de naranja amarga a mi amiga Cara, pero no sabemos dónde está la llave del armario donde las guardas.

—¿Por qué crees que guardaría las mermeladas en un armario si todo el mundo supiera dónde está la llave?

—¡Ah, que es un secreto! —comprendí.

—El secreto —me reveló misteriosa— es que, junto con las mermeladas,

también guardo otra cosa. ¿Te acuerdas del anillo de pedida que me regaló tu abuelo?

—Sí, el del solitario.

—El mismo —carraspeó—. Está escondido en uno de los tarros.

Se desabrochó un par de botones de la blusa y sobre su pecho asomó una cadenita de la que colgaba una llave. La ayudé a sacársela por encima de la cabeza.

—No vayas a llevarte, precisamente, el bote del anillo.

—¿Y dónde te dejó la llave?

—Debajo de la almohada de mi cama —me susurró al oído, mirando recelosa, a ambos lados—. Y prométeme que jamás le contarás a nadie lo que sabes.

Cumplí aquella promesa. Nunca desvelé a nadie nuestro secreto. Pero sospecho que la existencia del armario, la llave, la mermelada, el anillo y el escondrijo bajo la almohada de su cama era un secreto compartido con todos y cada uno de mis hermanos, primos y tíos. Simplemente, mi abuela nos hacía creer a todos por igual que éramos la única persona del mundo en quien ella podía confiar.



El veredicto de Cara Noland sobre la mermelada de naranja amarga de mi abuela, como era de esperar, resultó de lo más positivo. Cara probó la confitura hundiendo una cucharilla de plata en el dulce contenido del tarro y tras llevársela a la boca, entornando los ojos, evocó los buenos momentos vividos en Sevilla: el perfume de la flor del azahar, las noches de campanillas y faroles, los paseos al caer la tarde por el parque de María Luisa, las veladas en el Alfonso XIII, el olor a incienso y cera derretida y el de las ramitas de romero, agasajo de gitana, que siempre flota en el aire en el pórtico de la catedral.

Residía en una de esas casas gemelas del barrio de Belgravia, de fachada blanca de estuco, verja de hierro y puerta enmarcada por cuatro columnas dóricas que sostienen un balconcico con flores. El súmmum del refinamiento y la elegancia.

Llamé al timbre y me sorprendió que acudiera ella misma a abrir la puerta. Estaba sola. Me explicó que a las cinco en punto finalizaba la jornada laboral del servicio y que tendríamos que apañarnos mano a mano con el té. Parlanchina como era, me enseñó su casa mientras me hablaba de la buena

noticia del compromiso de Nelson y Teresa. Yo escuchaba a medias, al tiempo que admiraba aquella obra maestra del diseño de interiores.

El rincón donde finalmente nos sentamos a tomar el té no estaba en el espléndido salón de la primera planta, sino en una pequeña habitación contigua a su dormitorio en el piso de arriba. Era tremendamente íntima y acogedora aquella estancia donde se respiraban serenidad y perfume de rosas. Había una chimenea sobre la que colgaba un espejo antiguo, en cuya repisa Cara había colocado algunas fotografías de su álbum familiar. Pude ver, por fin, al viejo duque de Noland en su hábitat natural y debo decir que no era, ni por asomo, aquel carcamal del que me habían hablado en París.

El aristócrata aparecía en una sobrecogedora imagen en blanco y negro, totalmente cubierto de hielo; cejas y barba incluidas, a bordo de un trineo tirado por perros en algún paraje polar. En otra era el vivo retrato de Lawrence de Arabia, rubio y de ojos claros, tocado con un turbante, a lomos de un camello. En una tercera, algo más mayor, sonreía al volante de un bólido de carreras y, en la más reciente, saludaba desde un globo aerostático.

Solo había una en la que, a su lado, enhebrada a su brazo como un adorno bellissimo, estaba Cara, alegre, delicada y encantadora.

Me dije que mi amiga era todavía muy joven para plantearse un futuro en soledad. No creo que hubiera cumplido aún los cincuenta y cinco.

Observé que en una mesita auxiliar se amontonaban varios ejemplares de la revista *Tatler* y me fijé en que algunas de sus páginas estaban dobladas o marcadas, tal y como hacemos las mujeres cuando algo nos llama la atención. Esperé pacientemente hasta que Cara bajó a la cocina para rellenar la tetera (actividad que realizó con cierto fastidio, protestando por las abusivas condiciones laborales del servicio) y entonces aproveché para abalanzarme sobre las publicaciones y curiosear en su contenido.

Me quedé de piedra. Aquello parecía un catálogo de millonarios en exposición: solteros, casados, jóvenes, viejos, gordos, flacos... todos fotografiados junto a sus mansiones victorianas, sus caballos de carreras o sus perros de caza. Pero lo que realmente me contrajo el estómago hasta el punto de impedirme hacer la digestión del único sándwich de pepino que ingerí aquella tarde fue descubrir, rodeado por el trazo grueso de un rotulador negro, el nombre de Tomasso Trotti de Visconti: ni más ni menos que el

padre de Teresa, la prometida de su hijastro.

Me pregunté —retóricamente, claro— qué habría sido primero, si el hallazgo del viudo o el encuentro de los jóvenes casaderos. La propia Cara se encargó de sacarme de dudas.

—Nelson y Teresa se conocieron en Roma —me fue relatando mientras me servía la tercera o cuarta taza de té—. Resultó que una prima mía muy querida celebraba una gran fiesta por sus bodas de plata, en el antiguo templo de Venus, cerca del Coliseo, ya sabes. Estaban invitados todos los millonarios de Italia y los miembros más distinguidos de la vieja aristocracia (la prima Filippa está muy bien relacionada por su matrimonio con el conde de Monzo). Me moría de ganas de ir, pero no podía aparecer así, sin más, sola y desenlutada, antes de cumplirse un año del fallecimiento de mi marido, así que fui a visitar a Nelson y le pedí que me acompañara.

—¿Y él aceptó?

—Sí —afirmó con una sonrisa muy pícara—. Le prometí, a cambio, que cumpliría al pie de la letra los deseos de su padre con respecto al reparto de la herencia. A Nelson le preocupaba que ciertas piezas de valor pudieran ser motivo de litigio entre nosotros. Más concretamente, mi retrato al óleo.

—O sea que renunciaste al cuadro a cambio de asistir a la fiesta.

—Del brazo del duque de Noland, sí.

—Buena jugada.

Cara me describió los detalles de aquella fastuosa fiesta en Roma y yo recordé otra muy parecida, a la que había tenido ocasión de asistir junto a mis padres un par de años antes, para conmemorar el aniversario de una conocida firma de joyas. Nunca olvidaré la conversación que escuché a mis espaldas entre dos de las encoquetadas damas que se reencontraron allí después de muchos años sin verse. Después de los besos de rigor, una de ellas le preguntó a la otra si estaba casada y su interlocutora le respondió muy seria: «Sí, querida, de vez en cuando».

—Filippa había prometido colocarme junto a uno de los mejores amigos de su marido —continuó Cara haciéndose la inocente.

Tomasso Trotti.

Se me ocurrió de repente una maldad:

—¿Sabía tu prima, la anfitriona, que irías a Roma acompañada por tu

hijastro?

—Claro —reconoció—. Ella misma fue quien me lo sugirió. Me advirtió que Tomasso Trotti, desde que se había quedado viudo, se mostraba bastante reticente a las reuniones de sociedad. Sin embargo, su adorada Teresa era el alma indiscutible de cualquier fiesta. Teníamos que encontrar algún aliciente para que la hija animase al padre a salir de la cueva.

—Y se os ocurrió utilizar a Nelson.

—Es guapo, joven y duque.

—Ya veo.

—Al final, *tutti contenti!* —exclamó triunfal—. No te imaginas lo enamorados que están. Llevan seis meses en el séptimo cielo, y por fin han decidido casarse.

En el coche alquilado, con el volante a la derecha, escuchando una canción de Brian Adams en mi *walkman* Sony última generación, reflexioné sobre los cimientos de mi amistad con Cara. Para una veinteañera como yo, era emocionante que una dama tan cosmopolita e interesante, fuente inagotable de historias fantásticas y experiencias únicas, me honrara con sus atenciones. La mayor parte de las personas con las que me relacionaba en aquella época eran chicos y chicas de mi edad, aficionados a salir de noche, tomar copas, hablar de banalidades, presumir de moto o de coche nuevo, que palidecían al lado de personajes como la duquesa de Noland, a los que yo tenía acceso gracias a mi trabajo.

El mundo de Cara, en el que ella se movía como pez en el agua, estaba peligrosamente lleno de trampas, zancadillas, fines que justificaban los medios y motivos que yo, afortunadamente, ignoraba. Si me paraba a pensar qué teníamos en común Cara Noland y servidora, solo se me ocurría una cosa: la ambición de ser felices. Pero sabía también que el significado de dicho anhelo era muy diferente para cada una de nosotras. Yo ansiaba amor, familia y un trabajo que me diera algunas satisfacciones. Ella, lujos y comodidades, fortuna, influencia social y una vida regalada en la que jamás tuviera que trabajar.

Sonreí para mis adentros al recordar la frase con la que se había despedido de mí, bajo una lluvia densa y un frío atroz, en el porche de su casa.

—¡Qué harta estoy de este tiempo infernal! —estalló—. ¡Qué no daría yo por vivir de nuevo en Italia!

Llegué a Noland Towers pasadas las nueve de la noche. Reconocí el pequeño *cottage* de la entrada y el camino entre alcornoques, robles y hayas que conducía a la casa. Todavía llovía, pero era una lluvia sosegada, silenciosa y lenta, de las que caen sin prisa y terminan por empapar tierra y huesos.

Salió a mi encuentro un mayordomo con un paraguas abierto. Me dio la bienvenida en nombre de lord Noland y sus disculpas por no haber podido llegar a tiempo de recibirme él mismo, me condujo por el impresionante recibidor del que partía una escalera de piedra inmensa, hasta el salón principal y, una vez se aseguró de que me encontraba confortablemente instalada en un sofá frente a una chimenea encendida, me ofreció una taza de té. Le respondí que no, que muy amable, pero que prefería no desvelarme, y a cambio le pedí permiso para utilizar el teléfono.

—El teléfono —carraspeó, visiblemente violento.

—Es que en mi familia tenemos la costumbre de llamar a casa para decir que hemos llegado bien, ¿sabe? —le expliqué—. Mis padres se preocupan si no tienen noticias de sus hijos cada tres o cuatro minutos.

No le hizo gracia la broma. Estiró el cuello como una grulla, salió de la habitación muy tieso y regresó al rato con un teléfono negro y un cable muy largo que venía arrastrando desde quién sabe qué rincón oscuro del palacio.

—Gracias —le agasajé con la más encantadora de mis sonrisas.

En cuanto me quedé sola, marqué el número de mi casa. Mi hermana, que a esas horas solía hacerse fuerte junto al aparato, respondió con el tono esperanzador que utilizaba siempre.

—Soy yo. He llegado a Noland Towers.

—¿Por qué hablas en voz baja?

—No lo sé.

—¿Has visto ya a la bestia?

Nos habíamos estado riendo, unos días antes, de la similitud entre mi visita al palacio de los Noland y la película *La Bella y la Bestia*, de Disney, que se había estrenado hacía dos años y se había convertido en uno de los grandes éxitos de taquilla. En ella, la delicada, intelectual y autodidacta Bella

quedaba atrapada en un siniestro castillo junto a un príncipe embrujado, al cual, entre otras cosas, enseñaba a leer.

—Aún no —respondí todavía susurrando—. Pero la casa es espectacular. Todavía más impresionante por dentro que por fuera. Ahora mismo estoy sentada en un sofá victoriano, de terciopelo rojo, pisando una alfombra persa, o india, y contemplando el retrato de una antepasada que se parece muchísimo a Sissi emperatriz. El techo está a unos diez metros de altura; tiene un artesonado de madera con escudos de armas, y encima de mi cabeza hay una lámpara de araña idéntica al famoso *chandelier* de *El fantasma de la Ópera*, el del principio, ¿te acuerdas?, el que se cae haciendo un ruido de mil demonios y te da un susto de muerte.

Las dos éramos fans del musical que arrasaba en el West End londinense. Habíamos visto aquella función al menos cuatro veces en dos años. Cada vez que viajábamos a la capital británica conseguíamos dos entradas —gracias a la diligencia del conserje de nuestro hotel—, y volvíamos a emocionarnos con *The music of the night* o *That's all I want of you*, pieza que, por cierto, fue la escogida por Lady Di para darle a su marido la sorpresa más embarazosa de su larga vida de príncipe, el día en que ordenó cerrar el teatro para una función privada con motivo de su cumpleaños y apareció ella misma sobre el escenario, vestida con una especie de camisón de seda, y se marcó un baile de lo más sensual ante el estupor de su esposo y el desconcierto del resto de los invitados. «¡Ámame! Es todo lo que te pido», le suplicaba la protagonista de *El fantasma de la Ópera* a su amante cada noche en el Her Majesty's Theatre de Londres.

—Qué bien, qué bien. —Noté que mi hermana tenía prisa por terminar aquella conversación—. Mañana me lo cuentas despacio, ¿vale?

—¿Qué pasa? —me ofendí un poco, la verdad—. ¿Esperas alguna llamada o algo?

—No, petarda —me respondió—. Es que se te ha ocurrido llamar justo cuando empieza *Twin Peaks*.

Claro. Aquello explicaba su falta de interés en mi aventura. Ya podía yo estar prisionera en un castillo hechizado, a punto de ser devorada o violada por una bestia peluda, que si emitían *Twin Peaks* en la televisión, lo demás daba lo mismo.

Imaginé la escena con una claridad meridiana: mi padre y mi madre tomados de la mano en el sofá. Mi hermana junto al teléfono, mi hermano tumbado en la alfombra con un cojín debajo de la cabeza y mi butaca vacía. Por culpa de Nelson Noland me estaba perdiendo el capítulo en el que se descubriría, por fin, la identidad del asesino de Laura Palmer.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Grábamelo!

Con las emociones de mi viaje al corazón de las tinieblas de la Inglaterra profunda, había olvidado la única razón de mi existencia de los últimos meses: el desenlace de aquel misterio que nos tenía a todos atrapados, una vez por semana, a las diez de la noche, frente al aparato de televisión.

Mi grito alertó al mayordomo, que debía de estar escuchando detrás de la puerta, dado lo poco que tardó en irrumpir en el salón con cara de susto —por lo visto nadie levantaba la voz en aquella casa, ni siquiera si se estaba perdiendo el final de *Twin Peaks*—, y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, que no se preocupara, pero que si era tan amable me trajera un vaso de agua para digerir el disgusto. Le devolví el teléfono y se fue arrastrando la maraña del cable por el suelo.

Fue en ese momento cuando me pareció ver una luz moviéndose por el jardín. Primero creí que había sido un rayo, pero luego descubrí que se trataba del destello de una linterna. Me asomé a una de las altísimas ventanas del salón. Supongo que desde la calle a mí se me divisaba perfectamente, iluminada como estaba por la lámpara de araña. Yo, en cambio, solo logré intuir una figura grande y desgarbada, vestida con lo que parecía un poncho para la lluvia y un gorro calado hasta las orejas, portando todo tipo de cachivaches: cañas, botas altas de pescador de salmones, cestos, mochilas de loneta y hasta, me pareció, uno de esos asientos plegables que se utilizan en las monterías.

«La bestia», comprendí.

Esperé con el corazón en un puño a que mi anfitrión hiciera su entrada en el salón, pero pasó un buen rato y nadie llamó a la puerta. Después de que se apagara la luz de la linterna y la oscuridad volviera a adueñarse del jardín, el mayordomo vino a traerme el agua, me observó mientras la bebía y luego me condujo hasta mi dormitorio en el primer piso.

Volvió a disculparse en nombre de lord Noland por no haber podido

recibirme él mismo, me notificó que el desayuno se servía a las siete en punto, comprobó que mi maleta estaba colocada sobre un práctico escabel y salió dejándome sumida en la mayor de las incertidumbres.

No creo que haya existido una noche más siniestra que aquella primera que pasé en Noland Towers, a no ser, tal vez, la tenebrosa, tormentosa e insomne noche de Mary Shelley en Villa Diodati, pero a ella, al menos, la acompañaban el láudano y la inspiración mientras que a mí solo me rodeaban la negrura y el silencio, en aquella habitación gélida que me habían adjudicado en el primer piso.

Mi cama tenía un dosel de terciopelo verde y mi estómago, un agujero negro supermasivo provocado por el desastre del sándwich de pepino y las cinco tazas de té que había tomado en casa de Cara.

Sabía a ciencia cierta que no lograría pegar ojo —el frío y el hambre son los únicos elementos capaces de mantenerme despierta—, y aun así traté de hacerme un ovillo y olvidarme de Frankenstein, Polidori y Lord Byron, a pesar de que el entorno no acompañaba.

Un antepasado de Nelson Noland me observaba muy circunspecto desde la pared de enfrente. No tuve más remedio que descolgar su retrato de la pared y esconderlo en el armario ropero. Imaginé que a través de aquellos tabloncillos centenarios se llegaba al mundo helado de Narnia, donde tan pésimamente convivían Aslan y la Bruja Blanca.

Tuve mucho tiempo para pensar durante aquella noche tan larga.

Al día siguiente debía presentarme ante el duque de Noland y tratar de convencerle de que no había nadie más competente, ni más digno de confianza, ni más indicado que yo para llevar a buen término el reportaje de su compromiso y su boda.

La dificultad residía en que yo misma dudaba seriamente de mis capacidades. Aparte de las mencionadas crónicas sobre la moda de París, la regata Colón 92, la inauguración de los Juegos Olímpicos, la Expo de Sevilla, y un par de fiestas glamurosas a las que había asistido en calidad de reportera, sumadas a un manojillo de entrevistas a unos cuantos personajes de relativa relevancia social, tales como el protagonista de *Sensación de vivir* o una compañera de reparto de Kevin Costner, y a alguna tímida intervención en las ruedas de prensa que se organizaban en los salones del hotel Ritz cada vez

que una estrella de Hollywood se dignaba a promocionar alguna de sus películas en Madrid, lo cierto era que hasta ese momento no había tenido ocasión de demostrar —ni a mí misma ni al resto del mundo— el verdadero alcance de mis habilidades profesionales.

Hay que ser muy zorro en este mundo de la crónica social. Tener mucha mano izquierda y conocer los límites. Uno no debe, por ejemplo, escribir una novela supuestamente «ficticia» en la que, cambiando los nombres auténticos por otros figurados, desvele los trapos sucios de quienes han compartido confidencias *off the record* con el cronista. Algo así le ocurrió a Truman Capote con sus cisnes, y por ello fue condenado al ostracismo más absoluto y al desprecio general, a partir de la publicación de *Plegarias atendidas* y hasta el final de su vida. Tampoco ha de excederse en los halagos, ni convertir al protagonista de su historia en un héroe; debe tener presente que no solo está en juego su credibilidad, sino también la del medio para el que trabaja.

Aunque era consciente de que la transcendencia histórica de Nelson Noland y su romance con Teresa Trotti no podía compararse con otros casos más sonados, como el de Kennedy y sus deslices amorosos, o el de Nixon y sus escuchas ilegales, debía ir con pies de plomo si quería retratar con precisión al personaje, y lo cierto era que, hasta ese momento, la imagen que tenía de Noland era más difusa que la densa niebla que envolvía aquella noche.

Hice recuento mental de los pocos datos que obraban en mi poder: sabía —porque me lo habían contado las duquesas mientras tomábamos el té en el salón Hemingway del hotel Ritz de París— que había nacido hacía unos veinticinco años, fruto del segundo matrimonio del viejo duque de Noland con una aristócrata escocesa. Que era «especial» como su padre, que se había educado en los mejores colegios de Inglaterra y que, hasta la muerte de su progenitor, había residido en el campus de la Universidad de Oxford.

Había tenido ocasión de comprobar por mí misma, con la ayuda inestimable de mi querida hermana, que el chico era un cañón. Lo había estado observando mientras se celebraban las pompas fúnebres del viejo duque y había llegado a la conclusión de que era más frío que un témpano de hielo, pero inmediatamente después lo había visto derrumbarse ante una pinta de cerveza y llorar como un niño la triste pérdida de su padre.

Había mantenido una desabrida conversación telefónica con él que me había reafirmado en aquella primera impresión: el flamante duque de Noland era un estirado y un pedante; un insensible con sangre de horchata, lo cual chocaba frontalmente con la historia que me había contado Cara de su enamoramiento pasional a primera vista, su alocada persecución de la Trotti por media Europa, sus escapadas románticas huyendo de los *paparazzi* y su declaración formal en tan solo seis meses de noviazgo.

Todos esos eran los ingredientes de mi particular puchero, el cual se aderezaba con la imagen del extraño ser empapado que había cruzado el jardín cargado con todo tipo de cachivaches y que no se había dignado a saludarme, ni a ofrecerme algo de comer, ni siquiera una sencilla, fría y frugal *supper*, que es lo que toman los ingleses para evitar irse a la cama con el estómago tiritando.

En ese momento recordé de repente que en el fondo de la maleta, envuelto en papel de seda y adornado con un lazo muy bonito, había guardado el paquetito con los *marrons glacés* que había traído desde España para ablandar en corazón del duque de Noland y ponerlo de mi parte.

El asunto de la elección del regalo no había sido fácil. Menos mal que contaba con el consejo de la mayor experta del mundo en el arte de obsequiar y agasajar: mi abuela paterna, capaz de retener en su prodigiosa memoria las tallas de todos sus hermanos, hijos, nietos, primos, sobrinos, amigos y conocidos, o de recordar sus gustos gastronómicos, musicales o literarios, sus flores favoritas, si eran más partidarios de los bombones que de los buñuelos o si preferían el champán a un vino tinto de reserva.

Analizamos juntas todas las posibilidades: desde la socorrida corbata de seda, que en mi opinión era un detalle demasiado manido, hasta los más originales objetos de coleccionista, si bien, observé, dado que desconocíamos sus aficiones, nos iba a resultar difícil escoger alguna pieza de su interés.

La idea de los *marrons glacés* fue mía, lo reconozco, y la mantuve a pesar de la oposición de mi abuela. A ella le parecía poco. Defendía que una invitación de tres días a uno de los palacios más impresionantes de la Gran Bretaña merecía un regalo de mayor alcurnia. Ella abogaba por una magnífica chaqueta de caza, de las que deben su nombre al conde de Teba, Carlos Mitjans Fitz-James Stuart, el cual las popularizó en sus tiempos de campeón

de tiro al pichón, tras recibir una similar como obsequio del rey Alfonso XIII y contratar a una costurera de Zarauz, donde veraneaba, para que le confeccionara unas cuantas a su gusto. Pero yo objeté que no me alojaría en Noland Towers en calidad de invitada, sino de reportera, y como tal, debía ser discreta, no fuera a pensar el duque que pretendía amedrentarle con mi regalo, o algo peor, comprar su confianza. Así que me decidí por aquellos deliciosos dulces de castaña que se deshacían en la boca al aplastarlos contra el paladar, y que de delicados y singulares se podían comparar con joyas, hasta el punto de que en todas las bomboneras del mundo se dispensaban en estuches, como si en lugar de azúcar estuvieran bañados en oro.

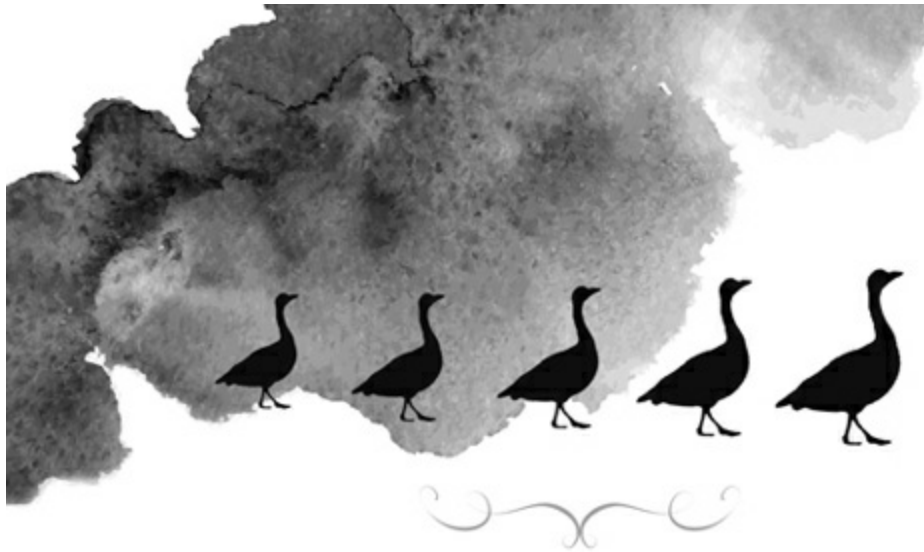
El recuerdo repentino de aquel tesoro fue haciéndose fuerte en mi cabeza y pronto ocupó hasta el último de mis pensamientos de hambrienta. No pude evitarlo. Subí la maleta a la cama, la abrí con manos temblorosas, lancé por los aires toda la ropa que contenía, extraje el paquete, rasgué su fino envoltorio y ante mi boca hecha agua, aparecieron las golosinas soñadas. Me las comí todas. Una docena de castañas glaseadas, las cuales chupé, mordisqueé, aplasté, saboreé y disfruté tanto que no pude evitar algún suspiro, algún gemido.

La última —eran pasadas las cinco de la madrugada—, la tomé junto a la ventana. Todavía no había amanecido pero ya alboreaba la mañana y la oscuridad empezaba a perder su intensidad.

Desde mi dormitorio, en el primer piso, se contemplaban el jardín, la fuente y la explanada donde aparcamos mi hermana y yo el día del entierro. Las rejas de hierro fundido, que me recordaron entonces a las del palacio de Buckingham, estaban cerradas a cal y canto.

No había más que una luz encendida en todo el edificio, la de una habitación a mi derecha, en el ala que hacía ángulo con mi cuarto, y pude ver una figura moviéndose detrás del cristal. Un par de minutos más tarde, la puerta principal se abrió y por ella salió Nelson Noland cargando de nuevo con todos sus bártulos. Esta vez, desde mi posición cenital, observé que uno de los objetos que llevaba, y que la noche anterior había tomado por algo parecido a una caña, era un trípode de fotógrafo. La cámara colgaba de uno de sus hombros. De nuevo calzaba botas de goma, altas hasta la cintura, como las que se usan para pescar salmones, y cubría su cabeza con un

sombrero de lona, su cuello con una bufanda de lana, sus manos con guantes de cuero y el resto de su anatomía con un poncho verde para la lluvia. Lo vi alejarse por el camino, sortear la verja por una puerta lateral y desaparecer engullido por los robles milenarios y las hayas, hacia quién sabe qué misterioso claro de luna en el bosque.



Se levantó el día poco después. Me encontró adormilada. Había, por fin, conciliado el sueño solo un par de horas antes de que sonara la alarma de mi despertador. Logré con gran trabajo levantarme de aquella cama con dosel, recogí la ropa y los envoltorios de las castañas, me duché temblando de frío, restauré al antepasado Noland en su cerco de la pared y respirando hondo me encaminé hacia el comedor, donde se me había prometido un succulento desayuno inglés junto a mi misterioso anfitrión.

Nelson Noland me esperaba sentado a la mesa, concentrado en la lectura de un periódico inmenso que había doblado en cuatro y todavía le resultaba difícil manejar. A un lado del comedor, sobre una alacena de caoba, estaba expuesto el bufé de desayuno. Consistía en varias bandejas de plata que contenían diversos manjares: huevos revueltos, beicon, salchichas, puré de patatas, alubias con tomate, arenques ahumados y champiñones rellenos. El aroma de semejante festín subía por la escalera, salía al jardín, daba dos o tres vueltas a la explanada y despertaba los estómagos de todos los seres hambrientos del bosque.

Al lado contrario, sobre otro mueble idéntico al anterior, estaban los

brioques, las tostadas, el extenso muestrario de compotas y mermeladas fabricadas en la propiedad, la mantequilla, la crema y unas elegantes jarras de cristal llenas de zumo de naranja. Sobre la mesa, delante del periódico de Noland, habían colocado las teteras y cafeteras, las jarritas de porcelana para la leche y los cuencos de cristal para el azúcar.

El duque de Noland se había situado de espaldas a la puerta, frente al amplio ventanal que se asomaba al bosque. Por un momento temí que se me hubiera asignado el lugar más alejado de mi anfitrión, al otro lado de la infinita mesa, como en aquella novela tan cursi, escrita por Frances Hodgson Burnett y titulada *Little Lord Fauntleroy*, que tan exitosamente había sido llevada al cine en 1980 con Alec Guinness y Ricky Schroder como protagonistas, y que mi madre había comprado en vídeo y se empeñaba en volver a ver cada vez que nos juntábamos más de tres primos en casa.

El pequeño lord se había convertido en todo un clásico en mi familia; habíamos llegado a odiarla tanto que solo la música del principio nos provocaba ganas de vomitar. Un verano la hicimos desaparecer. Mientras mi madre dormía la siesta, mi hermano se coló en su cuarto de puntillas, robó la cinta, la metió en una mochila, y esa misma tarde, los ocho o diez primos que formábamos parte del complot nos trasladamos en bicicleta hasta la colina donde jugábamos a enterrar tesoros, junto a las ruinas de una iglesia, a la sombra de la única pared que aún permanecía en pie, y calculando siete pasos desde la silueta del vértice de la torre, la sepultamos bajo veinte paladas de tierra, la cubrimos con piedras y tejas, y escupimos sobre su tumba.

Luego nos dio lástima ver a mi madre buscando su película preferida por toda la casa, repitiendo: «No lo entiendo, no lo entiendo, juraría que estaba en este cajón», y sospechando en secreto de alguno de los primos como el más probable ladrón de películas.

Afortunadamente, la mesa en Noland Towers había sido dispuesta de una manera mucho más lógica: mi mantelito, plato, cubiertos, taza y vaso se encontraban frente a los de Noland; separados de su imponente presencia solo por el metro y medio que medía el ancho de la mesa y no por los seis o siete del largo.

—Buenos días —saludé tímidamente desde la puerta.

Nelson Noland bajó el periódico y me dedicó una mirada muy intensa.

Tenía unos enormes ojos del color de las avellanas, los pómulos altos, los labios gruesos. Durante un par de segundos no dijo nada. Parecía estar procesando quién era yo y qué diantres estaba haciendo en la puerta de su comedor. Entonces, súbitamente, debió de recordar a qué se debía mi presencia allí y su expresión se dulcificó.

Se puso en pie, me saludó muy formal con un apretón de manos y unas palabras bastante atropelladas con las que vino a decirme que se alegraba de verme, que esperaba que hubiera dormido bien, que lamentaba no haber podido recibirme la noche anterior debido a que ciertos asuntos impostergables se lo habían impedido, que por favor me sentara a la mesa y que me sirviera con libertad de aquel bufé tan espléndido.

He de reconocer que los *marrons glacés* no habían sido suficientes para satisfacer las necesidades de mi estómago postadolescente. Tenía más hambre que Carpanta, y los ojos se me iban en pos de los huevos revueltos y de las salchichas frescas. Me serví una buena ración y me senté frente a Nelson Noland, el cual me observó divertido.

—Nunca había visto a una chica disfrutar tanto comiendo —comentó—. Mi novia, Teresa Trotti, suele mordisquear una galleta con desgana como todo desayuno. ¿A usted no le preocupa engordar?

—Tengo un metabolismo formidable —respondí—. Puedo comer de todo en cantidades industriales y sigo estando tan flaca como un espantapájaros.

—Yo no diría «espantapájaros» —me corrigió—. Un colibrí o una golondrina sería algo más acertado. Al menos estéticamente.

—Gracias —sonreí—. Mi padre suele compararme con una espingarda, ya sabe, esos fusiles antiguos de cañón largo y...

—¿De veras? —replicó—. ¿Le gustan a su padre las armas de fuego?

—Muchísimo.

—Yo las odio —sentenció.

Guardé silencio. Me recordé que la misión que me llevaba hasta allí era delicada. No debía poner en peligro la imagen que quería proyectar ante Nelson Noland con conversaciones temerarias sobre la actividad cinegética, los toros, la política, la religión o el dinero. Al cabo de unos segundos, fue el propio Noland quien tomó la palabra.

—Mi padre era muy aficionado a la caza —murmuró—. Pasaba largas

temporadas lejos de casa, ocupado en sus interminables expediciones y safaris.

—Entiendo —asentí.

Y era cierto. A lo largo de mi corta existencia, había conocido a muchos hijos desatendidos por sus padres debido a la afición desmesurada y casi obsesiva de estos por la caza. Estos niños, de personalidad sensible o asustadiza, sufrían muchísimo al saberse incapaces de disfrutar en los ojeos y monterías a los que asistían sus progenitores. En mi caso, por ser niña y haber crecido rodeada de primos muy machotes, la cuestión era la contraria: perseguía a mi padre como un auténtico perro de muestra, ansiosa por salir al monte con él, y me ponía furiosa el día en que no me avisaba para acompañarle al puesto o llevarle el morral.

Entendí que Nelson Noland era uno de esos huérfanos de la caza y no quise incidir en el tema. Pero él insistió.

—¿Y a usted, le gusta la caza?

—Me gusta más bien el campo —respondí cautelosa—. Me gusta el olor del monte, el modo como cambia de forma y color según las estaciones, observar a los animales...

—En eso nos parecemos —sonrió, y entendí que había dicho algo acertado—. A mí me apasiona la ornitología. A eso me dedico —añadió—. ¿Lo sabía usted?

—No tenía ni idea.

—Estoy escribiendo una tesis sobre las aves anseriformes de la familia Anatidae, en concreto la barnacla cariblanca. ¿Conoce usted esa especie?

La conocía. Milagrosamente.

Mi padre —lo decía todo el mundo— era una de las personas que más sabía sobre el campo. Había estudiado la carrera de ingeniero agrónomo; era un auténtico naturalista del siglo XX, y de su mano yo también había aprendido a distinguir entre varios cientos de especies de aves, mamíferos, reptiles, insectos, hierbas, flores y árboles. Por una cuestión de ósmosis inexplicable, de tanto perseguirlo por el monte, me había convertido en algo parecido a un embrión de bióloga.

—Claro —asentí, igual que si me hubiera preguntado por una marca de perfume—. La barnacla cariblanca es una preciosidad. Pasa los veranos en

Groenlandia y los inviernos en Inglaterra, tiene el cuello negro y la cara blanca; de ahí su nombre.

Noland abrió los ojos como platos.

—¿De verdad le interesan estas cosas?

—Bastante —afirmé.

A partir de ese momento se obró el milagro. Mi anfitrión se transformó ante mis asombrados ojos en un entusiasta orador. Me habló de su pasión desmedida por el universo de las aves, principalmente las migratorias y más en concreto las anátidas: ánades, ánsares, cisnes, serretas y, por supuesto, las barnaclas, que a su parecer eran las criaturas más bellas e interesantes del planeta Tierra.

Mientras duró su exposición, yo engullía huevos y salchichas con ansia feroz, tostadas untadas con mantequilla y mermelada, *scones* desbordados de nata, tartaletas de melocotón en almíbar y varias piezas de fruta fresca, hasta que pasados unos buenos quince minutos, Noland detuvo su discurso para preguntarme si ya había terminado de desayunar y quería acompañarlo a la biblioteca donde, con mucho gusto, me mostraría su colección de álbumes ilustrados.

Me pidió que le llamara Nelson, ya que, al compartir ambos nuestra común afición por los ánades, formábamos parte del selecto grupo de seres afortunados, dotados de la suficiente sensibilidad para apreciar la belleza de la Naturaleza. Que éramos como hermanos, vaya, y que en circunstancias tales, podía apearle del tratamiento de *his lordship*, que le correspondía por nacimiento. Él, a su vez, si no me parecía mal, también se dirigiría a mí por mi nombre de pila.

Le contesté que nada en este mundo me parecía más natural que mi nombre de pila; que para serle sincera, nadie me había llamado nunca de otro modo (excluyendo a mi abuelo paterno que me llamaba Pippi Langstrump; al materno, que me llamaba Chinita; a mi padre, que me llamaba Piti-Piti, y a mi tío Manolo, que me llamaba Roti).

Sonrió. Y se le formaron unas líneas muy atractivas a los lados de la boca. Pícaras, diría.

Entonces se levantó de la mesa y me indicó el camino hacia la biblioteca.

—En la casa hay dos bibliotecas —me explicó—. O dos pabellones, si lo

prefieres. En el ala oeste están los libros y los mapas de mi padre. Todos versan sobre lo mismo: geografía, cartografía, alpinismo, navegación, y las inevitables biografías y tratados de viajes. En el ala este, hacia donde nos encaminamos, he reunido los míos. Por fin he logrado catalogar y colocar en un orden lógico los miles de volúmenes que he ido adquiriendo durante los últimos años en Oxford. Por lo visto llegué a convertirme en el principal usuario de la Biblioteca Bodleiana —volvió a sonreír—, y en el mayor dolor de cabeza del departamento de títulos descatalogados.

En nuestro camino hacia la biblioteca «Nelsoniana», atravesamos varios salones suntuosamente decorados con muebles de época, vistosas alfombras, tapices y cuadros, ricos artesonados en los techos, lámparas de cristal de roca, enormes chimeneas y amplios ventanales vestidos con cortinas de terciopelo. Aproveché para recabar alguna información relevante para mi reportaje.

—¿Cuántos años pasaste en Oxford? —le interrogué.

—Siete —respondió sin mirarme, más atento al laberinto de pasillos y estancias que a mi conversación—. Tres como alumno y cuatro como académico.

—¿En el campus?

—Sí. —Se detuvo un momento al llegar a una elegante escalera de madera que subía al segundo piso. Acarició pensativo el pasamanos—. Creo que si no hubiera fallecido mi padre, aún seguiría allí. —Suspiró, o eso me pareció a mí—. Pero en fin, siempre supe que llegaría el día en que tuviera que hacerme cargo de todo esto.

—Sería interesante —me arriesgué— que visitáramos la universidad. Que me mostraras cómo era tu día a día en el claustro. Podrías presentarme a tus compañeros de departamento, enseñarme el lugar donde te alojabas...

—¿Crees que es importante para el reportaje?

—Claro. Me ayudaría mucho a hacerme una idea del personaje —reulé—, digo, del *background* de la historia.

Reflexionó en silencio durante unos segundos. Se giró hacia mí y volvió a taladrarme con aquellos ojos de avellana.

—Iremos mañana por la tarde. Hoy tenemos mucho que ver por aquí: la biblioteca, la granja, los campos, el monte... Si de verdad te interesa la barnacla cariblanca, sería un placer que me acompañaras esta noche a mi

observatorio de la laguna. Como sabes, la barnacla solo está de paso por estas latitudes; prefiere establecerse más al sur, en los pastizales de Southampton, Plymouth y Bath. Pero si logramos interceptarla, es posible que asistamos al espectáculo maravilloso de un bando de barnaclas en pleno vuelo. O mejor aún, que decidan posarse en la laguna, delante mismo de nuestros prismáticos. ¿Has traído prismáticos? —me preguntó de repente.

—Pues no, la verdad.

—No importa —dijo—. Hay de sobra en el pabellón de caza. ¿Y pantalones de goma?

—Tampoco.

Me lanzó una mirada contrariada. A su parecer, nadie en su sano juicio debería emprender un viaje —cualquier viaje— sin cargar con unos prismáticos y unos pantalones de goma. De cualquier modo, aquello no constituía ningún problema para Nelson Noland, como pude comprobar esa misma tarde, al encontrar, sobre mi cama, un equipo completo de ornitóloga: botas altas, poncho para la lluvia, gorro impermeable, prismáticos y hasta uno de esos asientitos plegables como el que él mismo llevaba colgando del hombro la noche anterior.

Después de un buen rato persiguiendo la estela de Nelson Noland por los laberintos del palacio, nos plantamos ante las inmensas puertas de la biblioteca prometida. A los dos nos faltaba el aire. Por la emoción, o por la caminata, o por la digestión del opulento desayuno. Cuando, finalmente, mi anfitrión empujó la puerta, reconozco que estuve a punto de perder el conocimiento. Aquel lugar era el equivalente cuerdo y erudito a la cueva de Alí Babá o al gabinete sangriento donde Barba Azul descuartizaba a sus víctimas.

Igual que yo, Nelson Noland se había quedado pasmado ante su colección de libros, clasificados con precisión matemática por tamaños, colores, fechas, autores y vaya usted a saber qué insondables criterios más. Y no solo había miles de tomos repartidos por las cuatro inmensas paredes en dos alturas (al segundo piso se accedía por una escalera móvil instalada sobre unos raíles que rodeaban todo el perímetro), sino también una espectacular exposición de fotografías impresas en gran formato y colocadas estratégicamente, aquí y allá, entre los libros, sobre las estanterías, dentro de unos marcos de cristal

impolutos.

La primera cuestión que me vino a la mente fue la de quién diablos sería el responsable de la limpieza de este santuario. Menos mal que no la expresé en voz alta, porque fue el propio Noland quien me sacó de dudas cuando, frunciendo el ceño, se acercó a una de aquellas fotografías, la escudriñó, descubrió que en el marco se intuía lo que podía ser una huella dactilar, e inmediatamente, algo molesto, sacó un pañito del bolsillo superior de su chaqueta de *tweed* y se afanó en frotar con esmero la invisible sombra.

Dios santo, pensé, aquel hombre joven y arrebatadoramente atractivo estaba más chiflado que un sombrerero. Se ocupaba personalmente de mantener la biblioteca aséptica como un quirófano, fría como un sepulcro y limpia como una patena. Calculé mentalmente cuántas horas diarias dedicaría a su enfermiza obsesión y de nuevo fue él mismo quien se adelantó:

—Aquí es donde paso la mayor parte de mi tiempo.

A pesar de mi naciente inquietud —empezaba a pensar que estaba atrapada en un castillo con un maniático obsesivo—, reconozco que mi estado mental, en aquel momento, era de total sobrecogimiento. Probablemente se me había desencajado la mandíbula y mi cara debía de ser el más fiel reflejo de mi alma estupefacta porque Noland, atravesándome con la misma mirada de ave rapaz que hacía un instante le había dedicado a aquella huella dactilar, quiso saber si me encontraba bien, porque había perdido el color y se temía que tal vez hubiera sufrido un corte de digestión: «El zumo de naranja ha de ingerirse siempre antes, y nunca después de la leche», me advirtió.

Tomé asiento en una butaca bastante cómoda desde la que se disfrutaba de toda la biblioteca en perspectiva.

—Estoy bien —le tranquilicé—. Ha sido por la impresión. Este lugar es una locura.

No se tomó al pie de la letra mi observación. Al contrario, más bien lo entendió como un cumplido y eso le dio pie para describirme, durante más de dos horas, sin descanso, su colección al detalle.

Además de las plumizas enciclopedias, los áridos tratados de zoología, las numerosas publicaciones científicas sobre las cuestiones más disparatadas que a uno puedan ocurrírsele o las miles de biografías que se han editado en

el mundo sobre los primeros artífices de la historia natural, había cientos de álbumes ilustrados, los más antiguos con litografías anteriores a la teoría de la evolución de las especies, y los más modernos con imágenes en alta definición, semejantes a las que tomaba el propio Noland con su flamante cámara Canon EOS y revelaba él mismo en un cuarto oscuro del pabellón de caza que anteriormente, en tiempos de su padre, se había utilizado para guardar los rifles y las escopetas.

—Me gustaría mucho visitar ese famoso pabellón de caza —suspiré.

Él asintió un poco contrariado. En parte por tener que abandonar su guarida y, en parte, porque —imaginé— consideraba aquel lugar como feudo de su padre y rival de sus afectos en aquel viejo corazón.



Llovían gatos y perros, varillas de escaleras, mares, cántaros, chuzos de punta. El pabellón de caza quedaba a una distancia demasiado corta de la casa para tomarse la molestia de arrancar el Land Rover, y lo suficientemente larga como para terminar empapados hasta los mismísimos huesos, que es lo que nos sucedió a Nelson y a mí durante aquellos dos o tres minutos de diluvio transversal. El agua nos impactaba de lado, impulsada por un viento huracanado que igual venía del norte que del sur, del este que del oeste. Cuando al fin alcanzamos el edificio de estilo rococó, réplica casi exacta del célebre palacete que ordenó erigir el emperador Carlos VII para su adorada esposa María Amalia de Austria en los alrededores de Nymphenburg —y que yo reconocí de inmediato por haber visto publicado recientemente en mi revista junto al Taj Mahal, el Pequeño Trianón de Versalles, el castillo de la Golondrina y la torre de Giglio, bajo el epígrafe «caprichos arquitectónicos erigidos por amor»—, estábamos tan mojados, y teníamos tanto frío, que no hubo más remedio que encender la enorme chimenea del salón para entrar en calor.

El interior del pabellón de caza era confortable y acogedor; nada que ver

con el original diseño de François de Cuvilliés, sino más bien decorado al estilo Cara.

Caí en la cuenta entonces —y la idea me fulminó como un rayo— de que aquel había sido, en efecto, su capricho, el de Cara, y que muy probablemente a Nelson no le había hecho ni pizca de gracia que se levantara aquel «monumento a la extravagancia de su madrastra», en medio del bosque —su bosque—, con la consiguiente tala de robles centenarios —sus robles.

—¿De qué año data este edificio? —le interrogué con bastante crueldad, lo reconozco.

—En realidad —carraspeó—, lo terminaron de construir hace menos de dos años. Fue un regalo de mi padre a su última mujer.

¡Ajá! Mis sospechas se confirmaban. Me divirtió hurgar todavía un poquito más en la herida.

—¿Te refieres a Cara?

Nelson se puso tenso. De repente pareció recordar que la mía no era una visita de cortesía, sino algo parecido a una reunión de trabajo. Y que la ocurrencia de airear su vida sentimental en un ostentoso reportaje había partido, originalmente, de su madrastra.

Cierto era también que él jamás habría accedido a semejante suplicio de no haber sido por la insistencia de Teresa, su prometida, a quien, probablemente debido a su sangre latina, aquella le había parecido la mejor de las ideas. Las dos italianas habían celebrado un cónclave de risas y gritos al tiempo que planeaban qué vestidos luciría la novia y qué complementos, y quién la peinaría, y si sería oportuno fotografiarse a caballo, simulando una partida de caza, o tal vez mejor pasearse en la carroza por la explanada central, como una princesa de cuento de hadas.

En el fondo, me dije, Noland hijo y Noland padre compartían una misma debilidad: la de rendirse sin presentar batalla ante los deseos de la mujer amada. Romántico, novelesco, pero poco práctico y bastante ruinoso. Presidiendo el salón, sobre la chimenea, se pavoneaba el retrato al óleo de Cara, el valioso cuadro que Nelson, a fin de evitar un incómodo y extenuante litigio con su madrastra, había canjeado por su presencia en aquella fiesta en la que había conocido a Teresa Trotti.

Lo malo fue que a partir de ese momento y durante el resto del extenuante

día que pasamos juntos el duque de Noland y servidora recorriendo la propiedad bajo la lluvia, Nelson se mostró receloso, distante, cauto, porque comprendió que yo formaba parte de aquel complot, que en el asunto del reportaje estaba del lado de Cara y Teresa y que, por lo tanto, todo lo que él hiciera o dijera en mi presencia podría ser utilizado en su contra.

Almorzamos solos en el frío comedor y mantuvimos una conversación intrascendente sobre el arte de la elaboración de compotas y mermeladas, preludio de la visita guiada que había programado para mí a la pequeña manufactura donde se fabricaban las famosas Organic Preserves de Noland Towers.

Me aburrió mortalmente aquella excursión, me apena reconocerlo, porque el lugar no era más que una desangelada cocina industrial donde una docena de operarios con bata blanca realizaban sus mezclas y mediciones mecánicamente, sin ganas ni ilusión. «El proceso es siempre el mismo, señorita —me explicó el más desmotivado de todos—. Por aquí la fruta, por aquí el azúcar, por aquí el corrector de la acidez, por aquí el conservante».

Menos mal que en octubre, en las islas británicas, anochece temprano. No eran todavía las cuatro de la tarde, cuando Nelson, visiblemente impaciente, dio por terminado el *tour*, se despidió de sus empleados con la promesa de ir por allí más a menudo y se encaramó de un salto al volante del Land Rover, después de abrirme a mí la puerta caballerosamente, eso sí.

—¿Nos espera alguien en el palacio? —le pregunté intrigada por aquella urgencia.

—¡Es la hora de las barnaclas! —me contestó.

La sangre había regresado a sus venas, la luz a sus ojos, la vida a su cuerpo. Algo parecido a lo que me sucedía a mí cuando escuchaba la música de *Twin Peaks* y veía pasar los créditos. Cada uno tenía su pasión, vaya.

—¡Qué emocionante! —lo dije de verdad, estaba contagiada por su entusiasmo.

—¿Entonces, vienes conmigo a la laguna?

—Pues claro. No me lo perdería por nada del mundo.

Había acompañado a mi padre en varias esperas de jabalí a lo largo de los años. Sabía muy bien de qué estábamos hablando.

La técnica de la espera o aguardo del cochino consiste en escoger una

noche de luna llena y un árbol —normalmente una encina o un roble— frondoso, eso sí, al que uno trepa, bien pertrechado de todo lo necesario: rifle, balas, linterna, etcétera, y básicamente pasa varias horas en silencio, sentado en una rama, aguardando a que le pase un jabalí por debajo. Previamente se suele preparar el terreno de la siguiente manera: durante las dos o tres semanas anteriores a la noche de actos, se esparce el contenido de un saco de maíz alrededor del árbol, y se vierte una lata de gasolina en un pequeño hoyo o «bañera» cercana al tronco. Se entiende que el jabalí, animal de costumbres, adoptará enseguida la de revolcarse en laapestosa tina o incluso la de hacer de ella su lugar de descanso. Y así, si el cazador tiene la suficiente suerte y paciencia, se hará con su presa con nocturnidad y alevosía.

Esta práctica, que de niña me resultaba de lo más emocionante, se nos fue haciendo pesada a mi padre y a mí según íbamos creciendo. Él terminó por considerarla traicionera y cobarde, yo agotadora e incómoda. Al final, optamos ambos por otras actividades cinegéticas más acordes con nuestra auténtica pasión: el campo, y nos volvimos más partidarios del rececho, o de cazar en mano recorriendo kilómetros y kilómetros de montes y valles.

Nelson me esperaba ansioso al pie de la escalera. Llevaba puestos aquellos fascinantes pantalones de pesca, altos hasta más arriba de la cintura y colgados de los hombros con unas cinchas de cuero, el poncho para la lluvia y el sombrero de loneta impermeabilizado con cera de la marca Barbour. Parecía un hombre orquesta, cargando con todos sus bártulos al mismo tiempo: la cámara, el trípode, las bolsas, el taburete...

Mi aspecto no debía de ser muy diferente al suyo. Yo también calzaba unas gigantescas botas de goma e iba ataviada con el chubasquero que había encontrado sobre la cama.

Casi sin cruzar palabra volvimos a subirnos en el Land Rover y nos internamos en el bosque por un camino de barro. Después, anduvimos un buen trecho entre humedales, pisando la hojarasca con nuestras botas de lluvia, hasta que nos asomamos, con todo el sigilo del mundo, a una laguna que quedaba unos metros por debajo de nuestra posición.

Había tres o cuatro patos en la orilla.

—Son azulones —me aleccionó, como si yo no lo supiera.

Conocía perfectamente el azulón o ánade real por ser un ave bastante

común en España. Recibe su nombre por las dos franjas azules que luce en las alas. Las plumas del macho son de colores vistosos; sobre todo las de la cabeza, que son de un verde esmeralda muy brillante. La hembra, en cambio, es más sosa, parduzca y sin mucho misterio, la verdad.

—Es su época de apareamiento —comentó—, por eso van por parejas.

Yo sabía, además —y podía habérselo contado—, que los azulones son unos patos muy ávidos de sexo, violadores de patas, incluso las de otras especies, promiscuos, viciosillos y poco selectivos para sus cópulas. No sé por qué preferí conservar aquel dato para mí misma. Me limité a asentir y a mantenerme alerta, por si Nelson Noland necesitaba la cámara de vídeo que me había ofrecido a llevar, dado que no lo vi capaz de cargar con tantos cachivaches él solo.

Me señaló con la linterna un pequeño refugio de unos dos metros cuadrados construido con juncos de los cañaverales, oculto entre la maleza y, afortunadamente, cubierto con un techo de paja, que al menos nos protegería del viento y la lluvia.

Allí nos metimos los dos, algo justos de espacio. Desplegamos nuestros asientos y nos dispusimos a esperar la visita de las barnaclas.

Sería la proximidad inevitable con el duque de Noland, el aroma que percibí a campo y lluvia y que sorprendentemente identifiqué con su persona, la oscuridad que nos envolvía a ambos, el silencio, la tensión de cada uno de los músculos de su cuerpo, incluidos los de la mandíbula (y a mí siempre me han llamado mucho la atención las mandíbulas), la intensidad de su mirada, el ceño algo fruncido, los labios gruesos que de vez en cuando humedecía con la lengua, el pelo revuelto y mojado, las manos poderosas con las que sostenía los prismáticos.

O sería quizá la aventura de compartir cobertizo con un desconocido sobre el que empezaba a hacerme una idea aproximada: «Niño solitario ávido de cariño que crece lejos de casa, abandonado a su suerte por un padre adicto a la adrenalina, construye una coraza de protección alrededor de su frágil corazón para que nadie descubra lo sencillo que es herirle, desarrolla una pasión obsesiva por las aves, dedica a ellas cada momento, cada pensamiento, cada latido, cada bocanada de aire, y se deja seducir por una bella mujer que le es indiferente». Esto último me parecía evidente, ya que Nelson no había

hablado de Teresa Trotti más que una vez en todo el tiempo que llevábamos juntos, no la había telefoneado, ni recordado. No había una sola fotografía de ella en la casa, ni un objeto olvidado: tal vez un pañuelo, o un libro, o unos guantes.

No sé qué fue. La cosa es que empecé a notar que mis piernas perdían la rigidez del día, que el cuerpo entero se relajaba y se esponjaba, que mis pensamientos se liberaban y revoloteaban inquietos por aquel refugio tan íntimo.

La química, dicen, actúa de manera espontánea, sin que podamos controlar los desbarajustes que provoca el corazón en la razón. ¡Ay, qué ganas me entraron de besar a Nelson, de hundir mis dedos en su pelo revuelto, de notar el contacto de su cuerpo contra mi cuerpo!

Iba a tener tema de conversación con mi hermana para varias semanas — me dije—, aquella atracción repentina hacia el duque de Noland era la cosa más impropia, inoportuna, temeraria, inesperada, peligrosa, cómica, grotesca y absurda que me había ocurrido jamás. En medio del silencio se escuchaban nuestras respiraciones acompasadas, el murmullo del viento entre los árboles y de vez en cuando, en la lejanía, los graznidos de aquellos patos salvajes.

—¿Tienes frío? —me preguntó de repente, en un susurro muy cálido.

—No, qué va —le dije—. Más bien calor.

—Es extraño —observó—. Ahí fuera debe de estar helando, y sin embargo...

Nos relocalizamos en nuestros asientillos plegables, los dos al mismo tiempo, como buscando una postura más acorde con nuestra relación profesional. Regresó el silencio, la oscuridad se intensificó. Volvió la tensión a cada fibra de su cuerpo, los prismáticos a su cara.

¡Qué ridícula me sentí en ese momento! Había estado a punto de ponerme en evidencia; de alargar mi mano y colocarla sobre la suya, o de darle a entender que la temperatura febril del cobertizo se debía al incendio que se había declarado en mi garganta. Tragué saliva. Inspiré profundamente. Me llevé los dedos a las sienes.

—Necesito un poco de aire —logré decirle al oído—, salgo un minuto. No haré nada de ruido.

Se preocupó, me dio la mano para ayudarme a levantarme.

—Estás temblando.

—Es la emoción... por las barnaclas, ya sabes.

Estuve dos o tres minutos recuperando el pulso y la respiración, apoyada en el tronco de un roble. Cuando regresé a su lado lo encontré ocupado con su cámara, su trípode, su *flash* de última generación.

El peligro había pasado.

En esas estábamos, ajustando objetivos y preparando carretes, cuando nos pareció que a lo lejos se levantaba un rumor de voces, algo así como el zumbido de un enjambre.

Nelson me apretó el brazo con su zarpa de leñador.

—¡Las barnaclas! —exclamó, y noté que su corazón se disparaba y que todo su cuerpo se tensaba.

Me pidió que me ocupara del vídeo, él era más aficionado a la fotografía. Yo conocía muy bien el funcionamiento de aquella cámara Panasonic JTS25-4 1992 Olympic Games porque a mi hermano le habían regalado una igual por su cumpleaños y nos habíamos pasado el verano entero filmando bobadas con los primos. No era muy grande, se manejaba cómodamente con una sola mano, tenía *zoom* digital y micrófono incorporado. Mi misión era sencilla.

En unos pocos segundos en los que tanto Nelson como yo sostuvimos la respiración, el murmullo de las barnaclas se intensificó hasta convertirse en un auténtico estruendo de aleteos y graznidos. A contraluz, vimos aparecer el bando: más de cien ejemplares, un ejército de ánales en plena migración.

Nelson repetía, como un mantra, entre dientes, la frase que quedó registrada en el vídeo —que, por cierto, salió desenfocado, borroso y confuso debido a que, con los nervios, olvidé utilizar el trípode y a que la luz del *flash* que disparaba la cámara de fotos de él no resultó suficiente para iluminar la escena—: «Es un milagro. Es un milagro. Es un milagro...».

—Estos animales llevan días viajando —se emocionó—. Vienen desde Svalbard, Nueva Zembla, Vaigach y Kolgúyev, unas diminutas islas del Ártico, al este de Groenlandia, donde crían en verano. Anidan en lo alto de los arrecifes, a unos cien metros de altura y pasados unos días, los pollos se lanzan en picado desde el nido al mar cuando todavía no saben volar. La caída es suicida, desconcertante, sobrecogedora. Yo logré captar unas

magníficas imágenes del momento en el que un pollo se golpea salvajemente contra un saliente de la roca y, contra toda lógica, sobrevive, solo para ser devorado, instantes después, por un oso polar.

—¡Qué espanto!

—La Naturaleza es cruel a veces, de ahí su hermosura.

El vídeo salió también movido porque me temblaban los brazos de la emoción. El entusiasmo del duque de Noland resultaba contagioso. A veces me olvidaba de tomar aire para respirar.

Las barnaclas se posaron en la laguna haciendo un ruido de mil demonios. Los azulones levantaron el vuelo y huyeron en busca de un lugar más tranquilo para dormir. Nosotros —ya me lo temía yo— pasamos la noche en vela, vigilando el comportamiento de aquellos gansos cariblancos, a los que Dios vistió de gala para convertirlos en los pájaros más elegantes y valientes de la creación. Nelson, mientras confirmaba su teoría de que aquello era un milagro, me sonreía a veces, me apretaba la mano, me contaba anécdotas de sus viajes al norte de Europa persiguiendo barnaclas, garcetas y cormoranes.

No hablamos más que de patos, aquella noche de luna llena, pero su ilusión de chiquillo, la felicidad del sueño cumplido, el disfrute, el abandono, la satisfacción me mostraron la verdadera naturaleza del duque de Noland; el ardiente, febril, impetuoso y apasionado Noland.

—Llevaba viniendo a la laguna diecisiete días —me confesó cuando, ya de amanecida, las barnaclas levantaron de nuevo el vuelo y desaparecieron en el horizonte—; estaba a punto de tirar la toalla de puro agotamiento, pero apareciste tú y se obró el milagro. Me trajiste buena suerte, compañera.



Eran pasadas las siete de la mañana, las ocho en España, cuando atravesamos de vuelta la verja del palacio. Nelson continuaba en aquel estado de excitación incompatible con el sueño, pero yo —que como ya he contado antes, soy capaz de dormir de pie a no ser que tenga hambre o frío— ya empezaba a sufrir los estragos de la noche en blanco. Temblaba un poco, los ojos me escocían y la cabeza me daba vueltas, como si estuviera subida en un barco y se acercara una tormenta.

Una doncella del palacio acudió presurosa a abrirnos la puerta. Estaba pálida.

—Señorita —me dijo preocupada—. Algo alarmante debe de haber ocurrido en su casa. Su hermana ha llamado ya tres veces esta mañana preguntando por usted.

—¿Mi hermana?

—A las siete menos cuarto, a las siete en punto y a las siete y cuarto.

—Ya —respondí con calma—. Y probablemente continuará llamando cada quince minutos hasta que logre hablar conmigo.

—Espero que no sean malas noticias —me animó Nelson propinándome

una palmadita en la espalda.

Yo los tranquilicé a los dos. Les expliqué que las comunicaciones con mi hermana eran siempre así: de extrema urgencia. Pero que no había motivo para angustiarse, sino más bien para rogar al cielo que los investigadores de Motorola dieran pronto con la fórmula para hacer asequible al gran público el invento de la telefonía móvil. «Llegará el día —solía augurar mi hermana— en que cada uno llevaremos un teléfono en el reloj, ya lo veréis». De momento nos apañábamos con un armatoste inmenso que le habían instalado a mi padre en el coche para que pudiera hablar con la oficina cuando iba y venía del tenis. Tenía el tamaño de un ladrillo y una antena larguísima.

Y a ningún guardia de tráfico se le ocurrió jamás ponerle una multa. En primer lugar, porque no estaba prohibido atender al teléfono al volante —se daba por hecho que el ser humano era capaz de realizar ambas actividades a la vez—, y en segundo lugar, porque si alguien recibía una llamada en el coche, se entendía que aquella debía de ser tan importante como las que recibía el magnate de las finanzas Gordon Gekko cuando se bajaba de su helicóptero en Wall Street.

También teníamos un fax. Se lo había encargado mi abuela a uno de sus sobrinos de Cádiz, que solía viajar a Ceuta. Pero, en realidad, solo nos servía para comunicarnos con la imprenta ya que ninguno de nuestros amigos o conocidos tenía otro aparato de esos por aquel entonces. Y un contestador automático, que no sabíamos usar, el cual grababa nuestras conversaciones privadas y luego las repetía, como un loro, a la primera persona que llamaba a casa.

Éramos una familia tecnológica, sí señor, pero aún estábamos lejos de alcanzar la perfección.

Nelson me dijo que pasaría el resto de la mañana en el cuarto oscuro del pabellón de caza revelando las fotografías, que sabía a ciencia cierta que no podría pegar ojo hasta que estuvieran terminadas, pero me aseguró que a la una en punto, después de comer algún bocado, me acompañaría a Oxford, tal y como me había prometido el día anterior, y yo podría regresar a Londres por la tarde, a tiempo de tomar el vuelo de las nueve, como estaba previsto. Contaríamos con tres o cuatro horas de visita. La ciudad era pequeña y ambos la conocíamos bien, así que tendríamos más que suficiente.

No se cambió de ropa. No desayunó conmigo.

El mayordomo apareció en el comedor cargando con el teléfono, arrastrando el cable larguísimo, y me anunció que mi hermana había vuelto a llamar. Que estaba al aparato. Eran las siete y media.

—¿Dónde diablos te habías metido? —exclamó.

Tuve que describirle con pelos y señales, paso a paso y deteniéndome hasta en los más nimios detalles, todo lo acontecido durante las horas previas a su llamada. De vez en cuando el mayordomo se asomaba a la puerta para comprobar que todavía seguíamos al teléfono, se encogía de hombros, ponía los ojos en blanco y volvía a la cocina renegando. Mientras hablábamos, yo daba buena cuenta de unos huevos benedictina con tocino, un zumo de naranja dulce como la miel y media docena de tostadas de pan blanco con mantequilla salada y mermelada de melocotón.

Cuando llegué al episodio de la noche de las barnaclas y le confesé lo de mi repentina atracción física hacia el duque de Noland, que había estado a punto de echar por tierra mi fama de persona cabal y responsable, mi hermana puso el grito en el cielo.

—¡Tú estás loca o qué te pasa! —me regañó—. Este es el primer trabajo importante de tu vida, tienes la oportunidad de demostrarle a papá y a todos nosotros que puedes sacar adelante este reportaje tú sola, sin ayuda, y vas y te cuelgas del estirado este, que además, no sé si lo has olvidado, tiene novia. Es más. Va de camino.

—¿Cómo que va de camino?

—Me lo ha contado la doncella indiscreta de la última vez. Ha contestado ella al teléfono, y como tú no aparecías por ninguna parte, pues hemos estado hablando un ratito —me explicó—. Que Teresa Trotti llegará esta noche al palacio, procedente de Milán.

—¿Y lo sabe Nelson?

—Yo qué sé. ¿Él no te ha dicho nada?

—No.

Debí de sonar muy triste, con ese no tan escueto, porque mi hermana, que es un sol de persona y, como ya he dicho, una maestra en lo que se refiere a inteligencia emocional, se preocupó por mí y por la facilidad que tengo para que me rompan el corazón. Se puso hecha una fiera: empezó a gritar que

menudo sinvergüenza había resultado ser el duque de Noland.

—¡Mira que tratar de seducirte, sabiendo que su novia está en camino!
¡Llevarte a un cobertizo oscuro, intentar abusar de ti!

—¿Pero qué dices? ¡Que no ha sido así! —Yo quería calmarla, de verdad, pero no conseguí otra cosa que alterarla más todavía.

—¡No le defiendas encima!

Lo malo era que aquellas locuras de mi hermana me estaban haciendo bastante gracia. En el fondo, sin darse cuenta, estaba contribuyendo a alimentar mis esperanzas. ¿De verdad había tratado de seducirme el duque de Noland llevándome a pasar la noche en aquel cobertizo?, me pregunté. Tal vez, me respondí; al fin y al cabo era un aristócrata inglés y vaya usted a saber cómo hacen los aristócratas ingleses para seducir a la gente.

Cuando colgué, después de aquella conversación tan surrealista, las emociones de la noche en vela me pasaron factura. Subí a mi cuarto mareada, soñolienta, confundida, alborotada y obsesionada con los ojos de avellana de Nelson Noland. Creo que soñé con él; que nos besábamos apasionadamente en el cobertizo, mientras un bando de barnaclas cariblanas cruzaba el cielo azul.

Supongo que lo lógico habría sido interrogar a Nelson sobre la inminente visita de Teresa Trotti de Visconti a Noland Towers. Pero cuando lo volví a ver, esperándome al pie de la escalera, esta vez vestido de *gentleman*, con corbata de rayas y abrigo Loden, dispuesto a emprender el viaje prometido a Oxford, se me borró de la mente la existencia misma de la rica italiana cuya fama —no la de Noland, que al duque, en España, no le conocía nadie— era la que daba auténtico valor a mi reportaje. Así que, libreta en mano y maleta a rastras, me despedí de Noland Towers, de su mayordomo, sus doncellas, sus largos pasillos y sus altos techos, sus caminos entre robles, su laguna, sus bosques, sus dulces mermeladas, y conduje hasta la ciudad de los viejos *colleges* en mi coche alquilado, detrás del Land Rover de Nelson.

Me puse nostálgica, lo reconozco, cuando me salieron al encuentro las praderas y los primeros edificios del campus. En verano, mientras la mayor parte de los estudiantes británicos pasaban sus vacaciones «en el continente», muchos jóvenes norteamericanos y europeos como yo ocupábamos sus nidos vacíos, sus rincones secretos, sus restaurantes, sus pubs, sus calles de piedra y

hasta los bancos de sus iglesias, donde durante los meses de julio y agosto se celebraba un festival de música clásica, y era sobrecogedor escuchar a Mozart o a Vivaldi, interpretados por las más célebres orquestas de Inglaterra, en el interior de aquellos templos fabulosos.

También se organizaban conciertos al aire libre, en los inmensos campos verdes que rodean al Magdalen College, y era tradición sentarse sobre la hierba y comer fresas con nata y beber champán mientras sonaba el *Canon* de Pachelbel.

Pero Nelson Noland me mostró un Oxford diferente, más auténtico y menos apacible que aquel que yo creía conocer tan bien.

Para el joven profesor de zoología, la universidad era un campo de batalla.

Sus apartamentos privados en Hertford College —que para entonces habían sido ya ocupados por otro académico, muy amable, que se alegró mucho de saludar al duque de Noland y nos permitió visitar su cueva, a pesar de su «embarazoso» estado de desorden y nuestra falta de educación al presentarnos sin avisar— consistían en una sencilla sala de estar atestada de libros y un dormitorio con una sola cama y dos ventanas que se asomaban a un callejón sombrío.

—Hace unos meses rodaron una película de espías en esta callecita de aquí debajo —me indicó Nelson—. Vino un actor famoso de Hollywood.

—¿Tom Cruise?

—¡Ese! —exclamó—. Se armó un tumulto de mil pares de narices. Dos de mis alumnas fueron detenidas por la policía.

—¿Con qué cargo?

—Escándalo público.

—Me lo temía.

Recorrimos las instalaciones del colegio en medio de la algarabía de los estudiantes, la oscuridad de la tarde otoñal, la nostalgia mía y la de Nelson, y ese característico olor a barniz para madera que lo envuelve todo. Me habló de las rencillas internas, la lucha de poderes entre los académicos, las zancadillas y pisotones; la cara amarga de la vida universitaria que permanece oculta para los no iniciados.

Visitamos el comedor y la biblioteca; cruzamos por el pintoresco puente

de piedra sobre la calle silenciosa y admiramos la hiedra que siempre trepa por las paredes centenarias y que en aquella época se había vuelto de un rojo fuego.

Teníamos una cita con el director del *college*, Timothy Carter, en la sala común. Allí nos encaminamos para tomar el té y lo encontramos ya esperándonos, cómodamente sentado en un sofá frente a una chimenea encendida.

Se levantó a saludarnos, ceremonioso pero afable, consciente quizá de que la última vez que había visto a Nelson no era más que uno de los profesores más jóvenes de su claustro y ahora estaba ante el muy respetable duque de Noland.

—Sus alumnos le echan de menos —le aseguró—. Se han enterado de que venía a tomar el té y le han preparado una sorpresa.

Por las ventanas que daban al jardín interior del edificio, vimos acercarse a una tromba de chicos y chicas portando botellas de champán y vasos de plástico. Ante mis atónitos ojos, secuestraron a Nelson y se lo llevaron a empujones lejos de mi vista. Iban cantando canciones de borrachera y el más gamberro de todos se había disfrazado de pájaro, con pico y alas que agitaba como si fuera a salir volando.

—Espero que no lo emborrachen demasiado —suspiró el «principal»—. Míster Noland nunca ha tenido mucho aguante para el alcohol.

Nos quedamos pues, a solas, el señor Carter y yo frente a una chimenea encendida y una taza de té. Aproveché para someter a un astuto interrogatorio al buen hombre que, sin darse cuenta, casi como si se le sublevaran las palabras, me reafirmó en muchas de las conclusiones a las que había llegado yo solita durante los días anteriores.

—Es cierto que, como usted dice, Nelson era, y sigue siendo, un chico solitario. Como sabe, su padre, *the late duke of Noland*, dedicó su vida al alpinismo, la espeleología y la exploración de tierras inhóspitas. No pasaba mucho tiempo en casa. Tampoco su madre era una mujer excesivamente maternal. Cuando falleció, Nelson tenía diez años y llevaba cinco en el internado. ¿Novias? No me consta que haya tenido ninguna relación seria. Salió con varias chicas, creo, durante los años que vivió en Oxford, pero no llegó a presentarme formalmente a ninguna de ellas. Eso sí, míster Noland era

el profesor preferido de sus alumnas. Bebían los vientos por él. Todos los años había alguna que le declaraba su amor no correspondido; unas veces por carta, otras lanzándole piedrecitas a la ventana, y en una ocasión...

—¿Sí?

—Bueno, tuvimos un caso tremendamente embarazoso —carraspeó—, con una jovencita que se coló en su dormitorio y... pero, en fin, él se portó como un auténtico *gentleman*. Le pidió que se vistiera y se fuera por donde había entrado, sin armar escándalo, para no herir sus sentimientos, ya sabe.

Me vino a la memoria la escena de Indiana Jones, esa en la que las alumnas de la Universidad de Barnett se pintan la palabra amor en los párpados y seductoramente pestañean cuando entra el atractivo profesor de arqueología. Y sentí unos celos absurdos.

Yo, que estaba allí en calidad de investigadora, no podía quitarme de la cabeza la imagen de la alumna en *deshabillé* metida en su cama, ni podía aguantar más rato sin saber adónde lo habían llevado aquellos insensatos disfrazados de pájaro. Se me hizo eterna la media hora que tardó en regresar. Cuando volvió, tenía plumas blancas por todas partes: enredadas en el pelo, enganchadas en la ropa, asomando por los calcetines y por los bolsillos, como si hubiera participado en una guerra de almohadas. Parecía un pelele al que acabaran de mantear en las fiestas de un pueblo muy primitivo.

—¿Ha sido interesante la conversación con el «principal»? —quiso saber cuando por fin salimos de aquella prisión en la que se había convertido para mí la sala común.

—Mucho —respondí bastante alterada—. Hemos hablado, sobre todo, de tu trabajo en el departamento de zoología y tu prometedor tesis sobre las aves anseriformes. Probablemente la publique la editorial de la universidad, ¿lo sabías?

Ya nos íbamos cuando Nelson reparó en que las luces de la capilla estaban encendidas. Me condujo hasta allí casi a empujones, abrió la puerta con sigilo y cuando hubo comprobado que estábamos solos, me mostró el viejo piano que había a un lado. Nos sentamos en el banquito, muy juntos. Nelson abrió la tapa, limpió el polvo con la manga de su chaqueta y comenzó a tocar.

—No me habías dicho que sabías tocar el piano.

—Hay muchas cosas que no te he dicho sobre mí —sonrió sin dejar de acariciar las teclas—. No creo que puedas contarlas todas en un solo reportaje.

Era un magnífico intérprete de jazz. Sus dedos se movían con maestría, al tiempo que su cuerpo entero marcaba el ritmo de un conocido tema de Aretha Franklin.

No es por presumir, pero yo siempre he cantado muy bien. A los siete años, me escogieron para representar a Annie en la función de fin de curso de mi colegio y desde entonces acepté, sin falsa modestia, mi condición de niña prodigio. Sin ir más lejos, en cierta ocasión, en París, puse en pie a todo el público de un karaoke por mi magistral interpretación de *Purple Rain* de Prince y en otra...

La cuestión es que soy una persona bastante proclive a romper a cantar cuando me tocan el piano. No lo puedo evitar. En eso he salido a mi madre. Así que aquella tarde, mano a mano con Nelson Noland en la intimidad de la capilla de su *college*, cantamos *Oh me, oh my* a pleno pulmón, y al terminar, después de mucho grito, mucho oh y mucho *my*, le había confesado a Nelson que me había convertido en una tonta por su culpa, que estaba chiflada y que por hacerle reír estaba dispuesta a hacer el ridículo (al menos eso era lo que decía la canción).

Cuando terminó de tocar se me quedó mirando pensativo. Tomó aire, sonrió, comenzó una frase: «Eres...», pero entonces le regresó la cordura y sacudió la cabeza, dejando caer un par de plumas blancas que aún llevaba entreveradas en el pelo.

—Vamos —logró decir al fin—. Antes de irte tienes que conocer el Turf.

Ya lo conocía. Se trata del pub más antiguo de Oxford, destino inevitable para alumnos extranjeros; el primer sitio al que te llevan en cuanto pones un pie en la ciudad, vaya. Pero me guardé mucho de hacérselo saber. Me estaba encantando su actitud de cicerone y, además, la cerveza del Turf era una de las mejores del mundo.

Pidió para mí una inglesa, nos apoyamos en la barra; él de espaldas a la puerta, yo de frente. Tal vez había llegado el momento de las confidencias.

Iba a ponerme en ridículo, sospecho, hablándole de mis recién nacidos sentimientos hacia su persona, cuando ocurrió lo más inesperado. Desde el

otro lado de la barra, alguien gritó mi nombre.

Nelson se volvió intrigado hacia el fornido muchacho que se acercaba a zancadas hacia nosotros. Era muy alto y muy robusto, tenía hombros de titán, sonrisa pícara, ojos azules, el pelo llamativamente rubio, la piel tostada, los dientes muy blancos. Se llamaba Matt.

Habría vendido mi alma a un tratante de ganado si con eso hubiera logrado detener el tiempo, dar marcha atrás al reloj, volver a la escena del piano y negarme en redondo a acompañar a Nelson al Turf. Cualquier mentira habría bastado: que soy alérgica a la cerveza, que soy abstemia, que a mí los pubs me huelen a pis... Todo menos tener que explicarle a Nelson quién era Matt, de qué modo lo había conocido y cómo había mantenido una romántica relación epistolar con él, durante meses, después de una única noche de besos bajo las estrellas.

El hecho de haber perdido la cabeza por un total desconocido no era algo de lo que me sintiera orgullosa. No se lo había confesado nunca a nadie. Solo a mi hermana, y ella no cuenta. Siempre pensé que si por casualidad volvíamos a encontrarnos Matt y yo en esta vida, sería al cabo de muchos años, ambos casados con otras personas, abuelos tal vez, y entonces nos sentaríamos a recordar, tiernamente, nostálgicamente, aquel encuentro de juventud, con la distancia que proporciona el tiempo.

Pero Matt tenía otra idea sobre lo que se suponía que éramos el uno para el otro. Apartó a Nelson con sus manazas de remero olímpico, se abalanzó sobre mí y me propinó un beso de película, idéntico al del soldado de la famosa foto que celebra el final de la guerra con la enfermera en Times Square.

Cuando recobré el conocimiento —porque durante varios segundos creo que lo perdí—, presencié un apretón de manos, algo tenso, entre los dos antiguos alumnos de Oxford.

—¿Qué tal? —se estaba presentando Matt medio en broma—. Soy el amor de su vida.

—Mucho gusto. El duque de Noland —respondía Nelson, de nuevo el estirado, gélido y distante Noland del primer día.

Noté que sus hombros caían a plomo a ambos lados de su cuerpo.

—Tienes plumas en la chaqueta, duque —observó Matt.

Solo le dije, mientras le acompañaba hasta la puerta del Turf, que Matt era un bromista redomado, que por supuesto no era el amor de mi vida, ni nada parecido; un viejo amigo nada más al que hacía mucho tiempo que no veía, y sí, desde luego estaríamos en contacto. Yo le telefonaría, o mejor esperaría a que me llamara él, para concertar el día y la hora de nuestro reportaje. Porque se haría pronto, ¿verdad? El reportaje, digo. ¿Pasé la prueba? ¿Aprobé el examen?

—Teresa se pondrá al habla contigo un día de estos —me tranquilizó—. A partir de ahora, lo dejo todo en sus manos.

Salió a la lluvia. Me deseó un buen viaje. Le di las gracias. Hubiera querido decirle que aquellos tres días que habíamos pasado juntos habían bastado para desbaratarme el alma. Me habían mostrado a un ser humano desconocido y fascinante; arrebatador, irresistible. Pero solo pude decirle dos palabras.

—Adiós, compañero.

Y él sonrió con tristeza antes de abrir el paraguas y desaparecer por la callecita estrecha.



Así que volví a casa hecha una piltrafa, sintiéndome la más despreciable violadora de la ética profesional de toda la historia del periodismo universal.

—¿Qué periodista que se precie va y se enamora de su entrevistado? — me pregunté retóricamente mientras mojaba una magdalena en un tazón de leche.

—¡Véronique Passani! —exclamó mi hermana de inmediato—. ¡Ay, qué bonita historia de amor la suya!

Sabía que iba a contármela. No importaba lo que hiciera o dijera a partir de ese momento, o que tuviera o no tuviera ganas de conocer la bonita historia de amor de la señorita Passani —de la que, por cierto, no había oído hablar en toda mi vida—, que mi hermana iba a relatarme con pelos y señales los pormenores de aquel chisme. Sin remedio. Así que me dispuse a escuchar, mansamente, sin ofrecer resistencia. En eso apareció mi abuela, que venía a desayunar en bata de seda, precedida por el intenso perfume a Chanel número 5 que la caracterizaba.

—¿Véronique Passani? —asintió nostálgica—. Por supuesto, sé perfectamente de quién estáis hablando. Aquel romance fue muy sonado. Un

amor de leyenda. Ocupó varias portadas, muy vendedoras, por cierto.

Se sentó a la mesa, con su melena caoba desparramada sobre los hombros, y se sirvió una taza de té, mientras buceaba en los recuerdos de su juventud. «Yo me hice periodista por amor», solía explicar a quienes le preguntaban por el origen de su carrera.

En una época en la que muy pocas mujeres trabajaban fuera de casa, mi abuela logró alcanzar el éxito profesional del brazo de mi abuelo. Ella, que jamás había necesitado ganarse la vida, puesto que pertenecía a una familia ilustre y adinerada, demostró poseer capacidades extraordinarias para los negocios: intuición, valentía, entusiasmo y una determinación a prueba de bombas, que en ocasiones fue lo que salvó la empresa en momentos de dificultad. Disfrutaba también de una memoria privilegiada en la que almacenaba infinidad de datos sobre las vidas y milagros de todos los protagonistas de nuestros archivos. Era una hemeroteca viviente, mi abuela.

—Véronique Passani era casi una niña cuando saltó a la fama. No tendría más de veinte o veintiún años la primera vez que publicamos una fotografía suya, y recuerdo que me pareció una de las mujeres con más *charme* que había visto en mi vida. La suya era una belleza serena y enigmática, pero también astuta e inteligente. Era muy delgada, muy francesa. Había nacido en París y por aquel entonces trabajaba para el periódico *France Soir*. De hecho, era una de sus más avispadas y prometedoras redactoras —hizo una pausa, acarició a su perro y dejó escapar un suspiro a lo Dama de las Camelias—. Un día le encargaron entrevistar al famosísimo galán de Hollywood Gregory Peck, que iba camino de Italia a filmar *Vacaciones en Roma*, junto a Audrey Hepburn. Se daba la circunstancia de que, en aquella película, interpretaba a un periodista que... bueno, supongo que conocéis la trama, ¿no?

Respondimos que claro, cómo no íbamos a conocerla, si era la historia de amor más bonita de todos los tiempos. Esa en la que una jovencísima Audrey Hepburn se corta el pelo *a lo garçon*, con un flequillo muy *chic*, y se pasea en Vespa con el desconocido que la encuentra dormida en un banco y que enseguida cae en la cuenta de que se trata de la princesa Ana que se ha escapado del palacio y la invita a bailar, y llama a un *paparazzi* para que le tome fotos comprometedoras, y al final, enamorado de ella hasta las trancas, decide entregárselas en un sobre y quedarse con el recuerdo de aquella dulce

e inolvidable aventura en Roma.

—Véronique lo entrevistó —continuó mi abuela—, y debió de causarle una profunda impresión al galán, que, por aquel entonces, dicho sea de paso, estaba casado con Greta Kukkonen, aunque, al parecer, aquel matrimonio ya hacía aguas por culpa de una infidelidad de él con Ingrid Bergman. Los actores, ya se sabe.

»Digo que debió de impresionarle mucho aquella chica, porque cuando regresó a París, seis meses más tarde, llamó a la redacción preguntando por ella. Por lo visto, desde el otro lado de la línea escuchó la voz de la telefonista que anunciaba por megafonía, «Véronique Passani, el señor Gregory Peck al aparato», y el silencio que siguió a estas palabras: las máquinas que dejaron de escribir y las conversaciones que se detuvieron. Él la invitó a comer y ella se resistió durante un buen rato.

—¿Por qué?! —Yo había empezado a visualizar a Gregory Peck con los ojos de avellana de Nelson Noland y me había encarnado por arte de magia en aquella Véronique que absurdamente estuvo a punto de perder la ocasión de su vida.

—Pues porque en esa época no estaba bien visto salir a comer con un hombre casado... y también porque ella tenía programada una entrevista con el eminente médico, filósofo y misionero Albert Schweitzer, que aquel año había recibido el Premio Nobel de la Paz. Se habían dado cita en casa de Jean-Paul Sartre. Imaginaos qué difícil tuvo que ser para ella renunciar a semejante oportunidad.

—¿Qué dices, abuela! —saltó mi hermana, burlona—. Si pones en un lado de la balanza a Peck y en el otro a Schweitzer, supongo que la cosa cae por su propio peso.

—¿Y se enamoraron? —quise saber yo, cada vez más partidaria de la afortunada parisina.

—Claro que sí. Desde ese día se volvieron inseparables. Se casaron el 31 de diciembre de 1955; al día siguiente de obtener él el divorcio.

—¿Y fueron felices?

—Mucho. Y lo siguen siendo. Llevan casados casi cuarenta años.

Busqué en nuestro archivo las fotografías de aquella pareja tan ejemplar e inspiradora y pude observar que ni la diferencia de edad (ella veinte, él treinta

y seis), ni la distancia física, ni las dificultades legales y civiles habían conseguido detener un amor verdadero y legendario como el suyo. Mi caso era, en cierto sentido, menos difícil que aquel: a nosotros solo nos separaban un par de años, vivíamos en el mismo continente y Nelson no era un hombre casado, solamente comprometido, y además estaba el ejemplo de mi padre, que siempre que contaba cómo había conocido a mi madre y se la había birlado al pardillo con el que salía, sostenía que «un novio estorba pero no impide», dotándome a mí, en consecuencia, de alas para volar.

Colgué un retrato del matrimonio Peck en el corcho de mi rincón en la oficina, junto a otras fotografías de personajes que me había propuesto entrevistar algún día, y a su lado coloqué un recorte del *Times* en el que aparecía Nelson Noland vestido de luto en el funeral de su padre. Tuve que telefonar al departamento de documentación del célebre periódico y pedirles, por favor, que me enviaran una fotocopia del artículo que habían publicado el año anterior, puesto que —mentí— estaba escribiendo un reportaje de investigación sobre la nueva aristocracia británica.

Todo esto ocurrió en octubre, y hasta bien entrado el mes de noviembre no tuve noticias de Teresa Trotti, ni de mi amiga Cara, ni por supuesto del duque de Noland. Empecé a temer que se hubieran echado atrás en bloque: madrastra, novia y desalmado, y me hubieran dejado tirada, sin reportaje ni explicación. Mi padre, de vez en cuando, se interesaba por el «asunto que tienes entre manos», con auténtico entusiasmo primero y cierta prevención después, consciente de que mis respuestas eran vagas y mis esperanzas empezaban a tambalearse.

—Entonces —me cuestionó en cierta ocasión—, ¿de verdad no le preguntaste nada de nada sobre Teresa Trotti?

—Es que no encontré el momento —me disculpé avergonzada.

—Pues vaya entrevistadora que estás tú hecha —se burló divertido.

Qué razón tenía. Durante aquellos días sin noticias de Noland, me sentí la más ridícula de las aprendices de periodista. Más aún cuando mi padre apareció un día en mi cuarto y me regaló el libro *Entrevista con la Historia*, una recopilación de los valientes interrogatorios a los que había sometido Oriana Fallaci a Henry Kissinger, Golda Meir, Yasser Arafat, Hussein de Jordania o Indira Gandhi, entre otros.

Yo, en cambio, continué con mis ruedas de prensa y mis estrenos de cine, mientras me peleaba con mis hermanos para que dejaran el teléfono libre por sí al duque de Noland o a Teresa Trotti se les ocurría llamarme.

Por fin, una anodina tarde de sábado, mientras veíamos *Regreso al futuro* por enésima vez y comíamos palomitas preparadas en el microondas para hacernos la ilusión de que estábamos en el cine, sonó el teléfono, y era ella. Mi padre nos había vuelto a advertir sobre los efectos nocivos de las ondas electromagnéticas emitidas por aquel invento del demonio que parecía la cámara acorazada de un mago y hacía un ruido tremendo. Se nos murió el canario, que llevaba diez años viviendo en una jaula junto a la ventana de la cocina, y aquello fue la prueba irrefutable de la malignidad del aparato. «Primero el canario —vaticinó—, luego se nos caerán las pestañas, después los dientes, y acabaremos todos contagiados de cáncer». (Hay que hacer notar la palabra «contagio» en este contexto. Era un mundo hostil aquel del cáncer, el sida, el aceite de colza y la heroína).

Aquellas palomitas radioactivas se me atragantaron en la garganta cuando levanté el auricular preguntándome quién diantres llamaba a una casa decente a la hora de la siesta de un sábado, y una voz tremendamente sensual me respondió en italiano: «*Buon giorno. Mi chiamo Teresa Trotti de Visconti*».

Debí dar un salto mortal en el sofá, porque tanto mi hermana como mi hermano se me quedaron mirando alarmados y tuvieron la deferencia de darle al *pause* en nuestro aparato de VHS. Hicieron bien. La conversación duró un buen rato.

—Supongo que sabe quién soy —me dijo en un inglés con mucho acento, después de un intercambio de frases incomprensibles en las que ambas mezclamos las tres lenguas románicas a nuestro alcance: el español, el italiano y el francés, de una manera disparatada y sin sentido y llegamos a la conclusión de que nos costaría menos entendernos en el básico idioma de los anglosajones.

—Claro. Usted es la novia del duque de Noland.

—Prometida —puntualizó.

—Eso, perdón.

—Nelson me ha pedido que me ponga al habla con usted para coordinar nuestro reportaje. Yo he tratado de explicarle que no es en absoluto necesaria

la intervención de nadie en este asunto. Yo misma puedo organizar todo a las mil maravillas. Yo, y mi futura suegra, Cara Noland, claro. Si no le parece mal, le enviaremos un presupuesto con los gastos de la producción y lo único que tendrá que hacer usted será darle el visto bueno.

—¿Los gastos de la producción? —Digamos que todavía era nueva en esto.

—No pretenderá que me peine sola —me respondió airada.

En aquel momento no supe calibrar la magnitud del cataclismo que se me venía encima. Sorprendida por lo inesperado de su discurso, solo alcancé a aceptar sin rechistar todas sus exigencias. De acuerdo, esperaría pacientemente a recibir sus instrucciones; de acuerdo, firmaría aquel presupuesto; de acuerdo, me ocuparía de conseguir los contactos necesarios y si había que hablar con Valentino en persona, le llamaría encantada; de acuerdo, buscaríamos una fecha conveniente después de Navidad para poder lucir la maravillosa colección Crucero; de acuerdo, nos encargaríamos de las flores, y del atrezo para modernizar esos salones tan rancios, y del *catering* para el equipo, y de un millón de detalles más que Teresa Trotti me fue leyendo, probablemente de una lista elaborada mano a mano con Cara Noland, en la que no dejaban nada al azar. Parecía que estuviéramos organizando una boda, en lugar de una sesión de fotos.

—¿Tiene usted un fax donde pueda enviarle el documento?

—¡Sí! —exclamé, y tuvo que notar mi entusiasmo. Por fin iba a tener una utilidad práctica aquella maravilla de la electrónica.

Algo preocupada por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, me presenté el lunes a primera hora en el despacho de mi padre con la ristra de las exigencias de Teresa Trotti y la cifra astronómica de aquel presupuesto desorbitado, que si en libras esterlinas daba susto, al traducirlo a pesetas resultaba pavoroso.

Para mi sorpresa, a mi padre no se le demudó el gesto, ni se le vino el mundo encima, como yo había imaginado. Muy por el contrario, ignoró el desglose de los «gastos de producción» y fue directamente al monto total.

—Entonces —sonrió—, lo has conseguido, Piti-Piti. Eres tenaz.

Ahora que lo pienso desde la perspectiva que dan los años y los hijos, el pobre debía de andar inquieto, lamentándose por mí y mi primer desengaño

profesional. ¿Habría sido aquel fracaso un punto de inflexión en mi naciente carrera? ¿Habría derretido mis alas de cera, como le ocurrió a Ícaro? ¿Me habría convencido para siempre de mi incapacidad, como el elefante de Bucay? Probablemente no. La que nace terca, terca se queda. Y en testarudez a mí no me gana nadie. Sin embargo, el éxito —a cualquier precio— es trampolín, impulso, bocanada de aire. Eso lo sabía mi padre por haberlo vivido en carne propia. De ahí que accediera a los delirios de Teresa Trotti y Cara Noland sin rechistar, por mucho que nuestro presupuesto editorial sufriera un descalabro grave.

—Vas a tener mucho trabajo durante los próximos meses —me advirtió—. Dile a tu hermana que te ayude. Ya sabes que tiene un don para organizar viajes y fiestas, para hacer hablar a los mudos y camelarse a los curas.

—No sé si ese último don nos va a servir de mucho en este caso.

—Nunca se sabe —profetizó.

Entonces me pidió que me sentara un momento, abrió un sobre color sepia que descansaba a un lado de su mesa y de dentro sacó un panel de diapositivas. Me alcanzó un cuentahilos.

—Ayer compré estas fotos —me reveló en tono confidencial—. Tenemos que darnos prisa o la noticia saltará antes de lo previsto.

Se me cayó el alma a los pies. Mi padre, que era un gran experto en el arte de analizar sentimientos humanos, tuvo que notar mi desolación, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se limitó a estirarse el jersey, como acostumbraba a hacer cuando no sabía muy bien dónde poner las manos.

Aquellas diapositivas eran tan explícitas que noté perfectamente la lengua de Nelson recorriendo mi cuello, enredándose con la mía y deteniéndose en el lóbulo de mis orejas. Y también sus dedos, ávidos de mi piel, levantándose la camisa e investigando en mis recovecos. Por mi parte, convertida por arte de magia en Teresa Trotti, hundí mis dedos en su pelo, acaricié su nuca y atraje aquellos ojos de avellana hacia los míos, mordí su boca, tensé todos los músculos de mi cuerpo y hasta me puse de puntillas para besarle.

Igual que me ocurrió en el cobertizo, mis piernas perdieron su rigidez natural, el pulso se me aceleró y necesité sentarme para recobrar el ritmo normal de mi respiración.

—¡Madre mía! —exclamé—. ¡No he visto un beso más apasionado que

este en toda mi vida!

—Era cuestión de tiempo que acabaran por hacerles una foto —se lamentó mi padre—. Uno no puede esconderse para siempre de los *paparazzi*.

—¿Dónde están?

—En Portofino, creo. O en algún pueblecito de la Liguria. Los fotógrafos no han querido revelarme el lugar exacto. Dicen que desembarcaron de un yate inmenso que pertenece a la familia de Teresa, que dieron un paseo muy romántico por las calles empedradas, que cenaron en un pequeño restaurante del puerto y volvieron a subir a bordo. Que desconocen cuál será su próximo destino, pero que seguramente conseguirán tomar más fotos y nos las enviarán.

Me abaniqué con unos papeles, bebí agua directamente de la botella. La mezcla de mis sentimientos era explosiva: estaba sorprendida, preocupada, enfadada y un poquito celosa, la verdad. Hasta ese momento daba por sentado que Nelson, de vez en cuando, besaba a Teresa. Pero jamás imaginé que lo hiciera del modo hambriento y lascivo que mostraban aquellas imágenes.

Me engañé convenciéndome a mí misma de que eso no era amor, solo sexo, sucio y asqueroso sexo, y que Teresa lo tenía atrapado en una relación física, adictiva y dominante.

—¡Qué escándalo! —bramé—. Tengo que advertir a Nelson del peligro que corren.

Me puse manos a la obra. Era urgente. Comprendí que el interés de la noticia menguaría drásticamente si la relación se hacía pública antes de darme tiempo a organizar el reportaje. De hecho, recordé horrorizada que el único motivo por el que el duque de Noland había accedido a aparecer en mi revista había sido el de evitar que su vida privada terminara siendo aireada del peor modo, en un tabloide sensacionalista o en una de esas publicaciones de escándalos y desnudos que proliferaban por aquella época en Italia. Si yo no era capaz de proteger nuestra primicia, lo más probable era que Nelson se echara atrás. «Si ya estamos en boca de todos —argumentaría con toda la razón del mundo—, ¿qué necesidad tenemos de exponernos todavía más a la opinión pública?». Y esa reflexión daría al traste con todo: el glorioso comienzo de mi carrera periodística, las esperanzas que mi padre tenía

puestas en mí y, sobre todo —tuve que admitir—, la posibilidad de volver a ver a Nelson.

—Entonces, tú qué prefieres —me interrogó mi hermana—, ¿que se celebre la boda y se publique el reportaje, o que Nelson se dé cuenta del terrible error que va a cometer casándose con Teresa y perdiendo la oportunidad de casarse contigo?

—¡Lo segundo! —repliqué sin pensar—. No me gusta nada Teresa Trotti. No creo que Nelson vaya a ser feliz con ella. Pero la cuestión, en este momento, es otra, te recuerdo: conseguir contactar con el maldito barco y advertirles de que los acechan los *paparazzi*.

Habíamos logrado hacernos entender en un ininteligible inglés de la India con alguien que trabajaba en casa de Cara. La señora estaba de viaje y no había modo de hablar con ella. Allá donde se encontraba no había teléfono. Volvería a principios de enero, nos aseguró, y le darían el recado. Supusimos que Cara Noland estaba embarcada en el mismo yate, con los mismos anfitriones, y eso me hizo pensar que tal vez había logrado ya su propósito de conquistar al multimillonario Tomasso Trotti, el padre de Teresa.

—¿Cómo te ha llegado esto? —me preguntó mi hermana, qué lista, señalando el presupuesto.

—¡Por fax!

A ambas se nos encendió la bombilla en el mismo momento. Deprisa y corriendo escribimos una nota en la que rogábamos a quien quisiera que estuviera al mando de las comunicaciones a bordo que pidiera, por favor, a Cara Noland que se pusiera al habla con nosotras. Que era cuestión de vida o muerte. Exageramos un poco, lo reconozco. Pero surtió efecto. Veinte minutos después sonó el teléfono y una voz muy lejana, envuelta en ruidos, nos explicó que aquella era una comunicación vía satélite y que por ese motivo era probable que la línea se cortara o se distorsionara el sonido. «Háganse cargo —señaló el capitán del yate muy ufano—, nos hallamos en alta mar; la señal ha de alcanzar el satélite en la estratosfera y volver a atravesar la atmósfera terrestre hasta llegar a ustedes. ¿No es milagroso?». Después nos dejó esperando, ansiosas, durante un buen rato, mientras visualizábamos mentalmente aquel satélite vagando por el espacio con nuestra voz a bordo.

—¿Qué ocurre, por el amor de Dios? —fue lo primero que escuchamos al otro lado del aparato.

—Cara, querida —respondí en el mayor volumen que pude—. ¿Me oyes bien?

—Sí, te oigo estupendamente, ¿cuál es la urgencia? —No parecía muy contenta de haber tenido que interrumpir aquello que estuviera haciendo a las diez de la mañana. Tal vez la habíamos despertado demasiado temprano, o habíamos entorpecido, sin proponérselo, su asedio al millonario Trotti.

Le expliqué lo mejor que pude el caso: que una agencia de prensa nos había vendido unas fotografías bastante elocuentes en las que se evidenciaba que Nelson y Teresa estaban viviendo un tórrido romance. Que los *paparazzi* eran italianos. Que sabían dónde estaban y adónde se dirigían, y que estaban convencidos de que volverían a fotografiarlos juntos. Que le rogaba que pusiera a Nelson sobre aviso, para evitar que, en breve, volvieran a ofrecernos un nuevo y carísimo juego de fotos como el que acabábamos de retirar de la circulación.

—¡Dile a Nelson que no vuelva a besarla! —me traicionó mi subconsciente—. En público —aclaré—. Que no la bese en público. De hecho, te rogaría que le pidieras que no vuelva a poner un pie en tierra con Teresa. Que se queden en el barco.

—No creo que haya ningún problema con eso —me tranquilizó—. Estamos camino del Caribe. No volveremos a ver tierra firme hasta dentro de dos semanas. ¿Hay *paparazzi* en las Antillas?

Aquellas no prometían ser las Navidades más alegres de mi vida. Poco importaba que, como cada fin de año, hubiéramos organizado una masiva reunión familiar en nuestra casa de campo, ni que supiera —de buena tinta— que los Reyes Magos iban a traerme de Jerez una jaca blanca, cartujana y requetevieja para que de una vez por todas aprendiera a montar a caballo sin miedo a romperme la crisma. Ni que mi padre se hubiera comprometido a subir conmigo al páramo para fotografiar avutardas, ni que mi madre estuviera dispuesta a volver a ver juntas *Un pasaje a la India* y *Una habitación con vistas* en inglés y que ya las hubiera alquilado en el videoclub de la esquina sin enfadarse por la multa que le hicieron pagar debido a que alguien no había devuelto a tiempo *Memorias de África*, mi película favorita

y, por lo tanto, la prueba irrefutable de mi culpabilidad.

A pesar de todo lo bueno que estaba por venir, yo no podía quitarme de la memoria la imagen de Nelson Noland comiéndose a besos a Teresa Trotti de Visconti en un callejón estrecho y empedrado de Portofino, ni su mano investigando lo que ocultaba el jersey de ella.

Caminaba como alma en pena por la casa y la oficina y hasta las noticias que publicábamos por aquellos días en nuestras portadas me parecían tristísimas. Lo eran, es verdad, pero el infortunio ajeno, sobre todo el de los famosos, no suele afectar personalmente a la gente corriente, a no ser que se sienta de algún modo identificada con ellos por estar sufriendo en carne propia alguna desdicha parecida.

El drama de la princesa Diana de Gales iba de mal en peor. Tras anunciarse oficialmente su separación del príncipe Carlos en diciembre de 1992 como consecuencia más o menos directa de la publicación del libro *Diana, su verdadera historia*, escrito por Andrew Morton, las hostilidades en el seno de la familia real se habían hecho evidentes. En el transcurso de aquel *annus horribilis*, como ella misma lo calificó en su discurso televisado a la nación, a la reina Isabel se le había quemado el palacio de Windsor, se la había obligado a pagar impuestos, se le habían separado dos hijos: primero Andrés, después Carlos, y su hija Ana se había liado la manta a la cabeza y se había vuelto a casar, con el vicealmirante Tim Laurence, tan solo unos días después de obtener el divorcio de su primer marido, Mark Phillips.

Aquel fatídico 1992 aún coleaba a finales de diciembre del noventa y tres cuando, sin previo aviso, vestida de negro y con el semblante tan sombrío que daba pena verla, Diana se despidió de la actividad pública con lágrimas en los ojos. Argumentó que la atención mediática le resultaba abrumadora. Que su prioridad eran sus hijos William y Harry. Pero durante años siguió luchando contra las minas antipersona, pisando sin miedo los campos sembrados de bombas, y por eso el día en que murió, pilotada por un chófer borracho, huyendo a toda velocidad de los *paparazzi*, en un túnel de París, junto al hijo del magnate egipcio Al Fayed, mi padre lo lamentó profundamente: «Merecía haber muerto en un accidente de helicóptero sobrevolando los campamentos de refugiados», sentenció.

Yo, de Al Fayed, solo sabía que era el propietario de los grandes

almacenes Harrods, porque en la primera planta, al final de las escaleras mecánicas, se alzaba su estatua de bronce a tamaño real.

Aquella muestra alarmante de arte faraónico, digna de haber sido fabricada en cera por Madame Tussauds y monumento al éxito empresarial del incómodo personaje, debía de irritar profundamente a la corona ya que, por mucho que el egipcio solicitaba la nacionalidad británica, la reina Isabel se negaba en redondo a concedérsela.

También sabía, por propia experiencia, que en todos los confines de su particular imperio era preciso respetar las normas. Lo confieso: fui expulsada de Harrods, acusada de escándalo público o algo parecido —según me explicó amablemente el guardia de seguridad que me acompañó a la puerta— porque llevaba una camiseta demasiado corta para el gusto del señor Al Fayed. «Se le ve a usted un poquito el ombligo, *young lady*», me aclaró.

Tuve que regañar a mi abuela porque aquella camiseta me la había comprado ella en una de las tiendas caras que le gustaba visitar.

El verano anterior me había regalado un bikini tan diminuto que mi madre me había prohibido llevarlo en público. «Abuela —le recriminé—, si sigues vistiéndome de moderna me van a prohibir la entrada en el Joy Eslava», y nos dio la risa a las dos. Ella había sido una de las primeras mujeres de su época que se había atrevido a llevar pantalones de pinzas, y aseguraba que siempre que fueran elegantes, no le daban ningún miedo los escotes en uve. Pedro Rodríguez le había recomendado en cierta ocasión que para sus hechuras, cuanto menos tela, mejor, y ella había acatado aquel consejo al pie de la letra. Posó para uno de los grandes retratistas del momento y cuando lo recibió mi abuelo, salió corriendo, con el óleo bajo el brazo, camino del estudio del pintor, para rogarle que añadiera un par de centímetros, por el amor de Dios, y unos tirantes, al palabra de honor que había escogido su mujer para el cuadro.

—No fue el vestido —se defendió siempre mi abuela como gata panza arriba—, sino la imaginación desbordada del artista.

Doy fe. Yo misma he visto y me he probado muchas veces aquel modelo de terciopelo color zafiro. Era una de las joyas de la colección de vestidos que mi abuela conservaba en el inmenso ropero de la habitación contigua al cuarto de juegos. En su diseño original sí existían los tirantes y el escote era

bastante recatado. La elegancia, nos aleccionaba, está reñida con la vulgaridad.

Después de la portada de Diana despidiéndose de sus obligaciones oficiales, publicamos aquella otra de Lola Flores con carita de luna llena. «Estoy así por la cortisona —explicaba la Faraona—. Pero que esté la gente tranquila, que sepan que yo soy muy verdadera y que el día que yo tenga un mal que me llevará a la muerte, lo diré por esta boca que se ha de comer la tierra, y de mi propia palabra».

Y a mí me dio una pena honda, honda, gitana, gitana, porque a Lola le había abierto muchas veces la puerta de mi casa, que estaba encima de la redacción, y le había ofrecido unas aceitunas verdes, un plato de jamón, unas patatas fritas, lo que ella quisiera, mientras esperaba a que subiera mi padre del despacho. La realidad era que estaba enferma, pobre Lola, aunque ella todavía no lo quería saber. La perseguía Hacienda —se angustiaba— y bastaría con que cada uno de los españoles pusiéramos un durillo de nada para poder saldar su deuda. Tenía manos de adivinadora de futuros. Me encantaba abrirle la puerta a Lola.



—Te noto mustia —me soltó mi abuela materna, mientras regaba los geranios de su terraza—. Todavía me queda un poco de dulce de membrillo en la despensa. ¿Nos lo tomamos con queso?

El queso era de oveja, curado pero no en exceso. Lo compraba en el mercado de Velázquez, lo mismo que los polvorones y el mazapán. El dulce de membrillo lo confeccionaba ella misma en su cocina de carbón y el secreto de su éxito residía en encontrar el punto exacto de azúcar; ni muy dulce ni muy ácido, y el cuerpo blando pero no pringoso, ni gelatinoso, sino firme, con la consistencia de un paté francés.

—No es bueno empeñarse en alimentar un amor que no es correspondido —me advirtió sin que yo le contara nada, lo juro, sobre Nelson Noland—. Te puede ocurrir como a mi tía Carmen, que se pasó la vida bebiendo los vientos por un muchacho que jamás reparó en ella... y al final se quedó soltera.

—¡Qué tragedia!

—No te burles —me recriminó—. Para una mujer de su época sí lo era. Una tragedia, y de las gordas. Cuando él se casó con otra, hizo la promesa de leer únicamente vidas de santos. Murió en olor de santidad. Yo lo sé porque

el día de su entierro estaba allí y te juro que el perfume a rosas se nos quedó impregnado en la ropa durante varios días.

Será una tontería, pero la historia de mi tía bisabuela Carmen, la santa, me persiguió como el perfume de rosas de su sepultura durante todas aquellas vacaciones de Navidad. Pensé muchísimo en su mal de amores. Incluso las tardes en las que, aterrada, me subía a lomos de mi yegua vieja, no lograba sacarme de la cabeza la idea de que iba a quedarme soltera, y además —me temía— jamás llegaría a ser santa, porque yo, al contrario que ella, me negaba en redondo a renunciar a la buena literatura, además de a las mieles del amor.

Cuando, a principios de enero, recibí la segunda llamada de Teresa Trotti, ya no sabía lo que sentía en realidad hacia el duque de Noland. Analizando serenamente mi situación, me convencí de que lo mejor era olvidarle. No como sujeto de mi investigación —claro—, sino como ser humano. Y de este modo fui capaz de enfrentarme con mucha más templanza a mi nueva interlocutora: la famosa, glamurosa, envidiada y muy imitada Teresa Trotti de Visconti, que conmigo gastaba unas formas despectivas y groseras, como habría hecho con una empleada doméstica a la que considerara una incompetente redomada.

—¿¡Es que voy a tener que ocuparme yo de todo!?! —me regañó cuando le dije que todavía no había podido hablar con Valentino porque el señor estaba de vacaciones, en su barco, con sus invitados: Claudia Schiffer, Rosario Nadal, Naty Abascal... y no se esperaba que regresara hasta mediados de enero.

—Los yates suelen tener teléfonos vía satélite —dejó caer, condescendiente, como si yo no lo supiera.

—Sí, para emergencias —le respondí muy cauta.

—¿Y acaso no es esto una emergencia?

—Hoy mismo me pondré al habla con su secretario personal —traté de tranquilizarla—. Él también ha estado de vacaciones. Pero no se preocupe. Estoy segura de que cuando le diga para quién necesitamos los vestidos...

—Más le vale —me amenazó muy airada antes de colgar—. Podría hacerlo yo misma, ¿sabe?, llamar directamente al *atelier*, pero no me da la gana. Ese es su trabajo. ¿No es cierto?

Eso me preguntaba también yo. ¿Era ese mi trabajo? Llevaba media vida preparándome para ser una gran periodista, como lo fueron mi abuelo y mi padre; profundizando en el intrincado mundo de las letras y las humanidades. Conocía al dedillo la obra de Chomsky y Saussure, por no hablar de Beckett o Joyce, y había leído las siete partes de *En busca del tiempo perdido*. ¿Había sido todo aquello, como diría Proust, una pérdida de tiempo?

Al parecer, y según la opinión de Teresa Trotti, mi labor consistía en custodiar vestidos y joyas y convencer a maquilladores, peluqueros y fotógrafos, de la gran oportunidad que representaba para ellos contribuir a inmortalizarla para la posteridad. Peor aún. Mi hermana, que con gran esfuerzo había sacado adelante la carrera de ingeniero técnico agrícola y hablaba tres idiomas, además de contar en su currículum con un máster en dirección y administración de empresas y otro en algo llamado «Organic Farming and Food Production Systems» por la Universidad de Newcastle, llevaba varios días atendiendo al teléfono, tratando de complacer los caprichos de la Trotti y aguantando estoicamente sus malos modos.

—Este reportaje va a ser la bomba —me animaba siempre que veía que mi optimismo habitual se tambaleaba.

Lo hacía por mí. A ella no le iba su futuro en ello. Siempre ha sido un sol, mi hermana, dispuesta a sacrificarse por el primero que se lo pida.

La fecha había sido fijada para el 14 de febrero, día internacional del maldito amor, así que trabajábamos contrarreloj para poder tener todos los detalles listos a tiempo.

—Quiero a Richard Avedon —exigió Teresa— o a Helmut Newton.

—Eso va a ser imposible —la desengañé con sudores fríos—. Avedon vive en Los Ángeles y Newton, en París. Son dos maestros de la fotografía, dos leyendas vivas absolutamente inalcanzables. Conseguir que accedan a fotografiarla sería como lograr que Tintoretto, Rubens o Velázquez se levantaran de sus tumbas para retratarla a usted.

—No voy a consentir que me hable en ese tono —protestó—. París está tan solo a un par de horas de avión. No puede ser tan difícil como usted hace que parezca.

—Puedo conseguirle a uno de los mejores fotógrafos del mundo. Es peruano, se llama Mario Testino y tengo acceso a él a través de una duquesa

que conozco.

—¿Peruano? —replicó con cierto desprecio—. Pues no he oído hablar de él en toda mi vida.

Aunque a Teresa Trotti pudiera parecerle mentira, la realidad era que aquel remoto país andino llevaba algún tiempo engendrando personajes de interés general, como el exótico presidente Fujimori, el secretario general de las Naciones Unidas Javier Pérez de Cuéllar, el aclamado escritor Mario Vargas Llosa, y sí, el fotógrafo Mario Testino, quien, por esa época, había firmado ya varias portadas en las más prestigiosas revistas de moda de Francia e Inglaterra. Es cierto que todavía no había sido tocado por la varita mágica de Madonna y que aún quedaban cuatro años para que inmortalizara a la princesa Diana en actitud de estrella de Hollywood, pero ya empezaba a ser bastante admirado entre la gente que, como yo, estábamos al día sobre lo que se estaba cocinando en el mundillo.

Testino era una especie de Oscar Wilde del siglo XX que, procedente de Lima, se había instalado en el Londres de los setenta. Había formado parte de la bohemia más excéntrica, se había teñido el pelo de rosa y había dado por casualidad con su vocación de fotógrafo, que, con el paso de los años, lo había encumbrado de manera inesperada y le había abierto las puertas del exclusivo mundo de la moda. Entre sus consentidas estaban las jovencísimas Kate Moss y Helena Christensen. Entre sus amistades, mi querida duquesa, a la cual había retratado en varias ocasiones sofisticada, provocativa y misteriosa como era.

La llamé para pedirle el favor de que intercediera por mí ante su amigo Mario y ella quiso sonsacarme algunos datos confidenciales que yo no estaba dispuesta a revelar. Lógico, por otra parte, que me preguntara cuándo, cómo, dónde y por qué.

—No puedo decirte el motivo —me excusé—, solo que el día 14 de febrero necesitamos a Mario Testino para una sesión de fotos con Teresa Trotti de Visconti. Te agradecería en el alma que me pusieras en contacto con él a ver si llegamos a un acuerdo. Sé que es caro —añadí—, que es complicado, que tiene la agenda hasta arriba, que escoge con lupa sus trabajos, pero creo que le interesará este reportaje. Dile que yo le llamo cuando él quiera, o que me llame él a mi casa, que no me moveré del lado del

teléfono aunque tenga que dormir en el sofá, pero explícale que es un asunto tan delicado que no podré revelarle a ningún asistente, secretario, mánager o intermediario de qué se trata.

—¡Madre mía! —se emocionó ella—. Adivino que la Trotti se casa con Alberto de Mónaco. ¡Qué noticia! ¡Ya tenemos sucesora para la princesa Grace!

—¡No es eso! —traté de aplacar su entusiasmo.

—A mí no me engañas —me aseguró—. Tú la viste, igual que yo, en el Baile de la Rosa, sentada a la mesa presidencial, formando parte del abanico de candidatas al puesto. Y esta niña (según me han contado) es ambiciosa. Tiene todo el dinero del mundo, pero le falta abolengo, no tiene apellido que acompañe su fortuna, vaya. Como comprenderás, no es lo más elegante del mundo que los millones de su familia procedan del negocio de los supermercados.

—¡Que te juro que no es eso! —Era imposible hacer cambiar de idea a la duquesa.

Sea lo que fuere, aquella confusión favoreció mis intereses. Diez minutos después de colgar con ella, volvió a sonar el teléfono y su secretaria me dictó el número al que debía llamar, aquella misma tarde, a las seis en punto, si quería hablar con el señor Testino en persona.

—¡Que manden flores a la duquesa! —exclamé agitando la libreta, y mi hermana, para quien mis deseos empezaban a ser órdenes, se ocupó de encargar unas orquídeas en Bourguignon.

A la hora acordada, con sudores fríos y el corazón al galope, marqué los diez dígitos de una línea telefónica de Londres. Mario Testino respondió en español, como si supiera que era yo quien temblaba al otro lado de la línea. Divertido y afable, me contó que su madre era una asidua lectora de nuestra revista desde hacía muchísimos años. Que el día que la recibía, por correo postal, invitaba a merendar a todas sus amigas para leerla en corrillo, que estaba al tanto de todo lo que ocurría en España y que le haría una grandísima ilusión ver el nombre de su hijo rubricando una de nuestras portadas. Después se refirió al *pop art* y me hizo saber que también en los círculos más vanguardistas existía un enorme interés por nuestra cabecera. Que éramos como la lata de sopa Campbell's o la chapa de Coca-Cola y que se había

enterado de que Moschino acababa de diseñar un vestido de volantes imitando las páginas de nuestra revista.

Vista su buena disposición, me atreví a exponerle la situación. Teresa Trotti de Visconti acababa de comprometerse en matrimonio con el joven duque de Noland y...

—¿Entonces no se trata de Alberto de Mónaco?

Tragué saliva.

—No, señor Testino, el afortunado es Nelson Noland, noveno duque de Noland, propietario del palacio de Noland Towers, no sé si sabe usted de quién le hablo.

—¿No será el hijo de Tristan Noland?

—El mismo.

—¡Pero qué noticia tan fantástica! —De repente, Mario Testino elevó varios tonos su voz de tenor—. ¡El gran Tristan! ¡Vaya elemento! ¿Sabía usted que subió al Machu Picchu en el treinta y siete, cuando todavía no existían caminos, ni otro medio de transporte que las mulas de carga? Mi padre lo conoció en Lima y nunca olvidó su porte de aristócrata inglés, su aguante con el pisco sour y lo mal que cantaba. Se lo presentó el agregado comercial, creo, o el embajador, ya no recuerdo. Solía contarnos historias de su amigo el duque de Noland: que había subido al Everest, atravesado el desierto del Sahara, explorado el Polo Norte...

—Falleció el año pasado —le informé.

—¡Qué lástima! —se lamentó—. Me hubiera gustado mucho conocer al héroe de mis cuentos de niño.

—Pero podrá conocer a su hijo Nelson.

—¿Se parece al padre?

—En cierto modo sí, mucho —mentí.

Hubo suerte. La fortuna me sonrió y Mario Testino reorganizó su agenda para poder fotografiar a la aristocrática pareja. En un fax posterior —se comprometió—, me enviaría todos los detalles de la producción.

Di saltos de alegría, toqué el techo con la cabeza, me abracé a mi hermana y pataleamos juntas. ¡Pero qué poco dura la felicidad en la casa del pobre! A nosotras, exactamente una noche y una mañana, hasta que llegó el documento prometido y comprobamos que aquel presupuesto superaba cualquier locura

que hubiéramos podido temer. Desplazamientos, hoteles, viáticos, transporte de material delicado, alquileres, seguros y el confort de un equipo de siete personas durante dos días y dos noches, quedaban bajo mi responsabilidad y mi presupuesto editorial, del cual desconfiaba hasta el punto de no atreverme a consultar con mi padre esta segunda partida de gastos.

—¿Qué hacemos? —pregunté retóricamente a mi hermana en la mesa del desayuno abanicándome con aquel papel de fax que parecía mi sentencia de muerte.

En eso aparecieron de nuevo la bata de seda y el perfume de Chanel de mi abuela paterna, esta vez seguidos por su fiel caniche, el que se alimentaba de trufas y foie. Nos encontró tan desoladas, con el café a medias porque no teníamos garganta para tragar y un par de lágrimas en la recámara, que se asustó de veras.

—No te preocupes, abuela —le dije antes de que comenzara el interrogatorio—, es solo trabajo. Nada importante.

—Se trata de tu reportaje —adivinó—. Se ha cancelado. No me digas más.

—Todavía no —me resigné—, pero habrá que suspenderlo. La producción es ruinosa. Ni en mis peores pesadillas imaginé que una sesión de fotos pudiera resultar tan carísima.

Ella se tomó su tiempo para reflexionar. Se sirvió un té muy negro y le metió una pasta de mantequilla en la boca a su perrito.

—En cierta ocasión —recordó—, vuestro abuelo tuvo la tentación de cerrar la revista. O de venderla, que hubiera sido más doloroso todavía. Fue al principio de todo; cinco o seis semanas después de ponerla en marcha. Llegó una tarde a casa con la misma cara de angustia que se os ha puesto a vosotras dos esta mañana y me dijo que nuestros ahorros se habían consumido y que si queríamos seguir adelante íbamos a tener que endeudarnos. Me contó que un señor venezolano le había hecho una oferta bastante interesante y que estaba dándole vueltas a la idea de desprenderse del negocio.

Entonces, lo juro, el cielo de la mañana se tornó naranja y violeta de repente y a mi abuela la iluminó un haz de luz igual que a Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, y de las entrañas le brotaron casi las mismas

palabras antológicas: «A Dios pongo por testigo de que no podrán derribarme. Sobreviviré, y cuando todo haya pasado, nunca volveré a pasar hambre, ni yo ni ninguno de los míos. Aunque tenga que mentir, robar, mendigar o matar, ¡a Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre!».

Mi abuela se puso de pie. El caniche, que estaba en su regazo, rodó desde sus rodillas hasta el suelo.

—¡Nunca!, le advertí a vuestro abuelo: ¡no mientras yo viva! ¡Si hemos de morir luchando, moriremos como valientes! —Volvió a sentarse, recuperó la compostura—. Como comprenderéis, la guerra estaba muy reciente, y yo todavía tenía el espíritu bélico a flor de piel. Pero es que me negaba a ver a mi marido fracasar. Aquella revista era nuestro proyecto, nuestro sueño, y no estaba dispuesta a dejarlo hundirse sin más. Sabía que aquel empeño podría llegar a arruinarnos. Pero preferí correr el riesgo. Y vuestro abuelo, al contemplar mi entusiasmo, se contagió también de aquella ilusión renovada y seguimos adelante.

—¿Tuvisteis que pedir prestado?

—No. Al final bastó con apretarnos el cinturón durante unos meses de incertidumbre. Yo perdí siete kilos y él un mechón de pelo, pero al final salimos a flote.

Mi hermana tuvo entonces una iluminación repentina. Se puso en pie. El haz de luz la iluminó a ella esta vez.

—Abuela —dijo solemne—. ¿Tú nos prestarías el dinero que necesitamos para el reportaje?

Yo me atraganté con el café.

Mi abuela se levantó a su vez y el perro rodó de nuevo por sus rodillas.

—¡Por supuesto! —bramó—. ¡Que me traigan el libro de cheques! ¡La pluma que me regaló mi marido! ¡Las gafas de leer!

De un plumazo —nunca mejor dicho—, lo que hasta entonces parecía un problema insalvable se resolvió con un cheque firmado que nos proporcionaba suficientes fondos como para contratar dos veces a Testino e invitarlo además a cenar en la Tour d'Argent.

A nosotras nos devolvió la fe y la alegría. Nos animó a reanudar el trabajo, a continuar con los preparativos, a pelearnos con agendas,

maquilladores, peluqueros, aerolíneas, hoteles, servicios de *catering*, aseguradoras, dependientes, secretarios, asistentes varios y alquiladores de coches, equipos fotográficos y demás elementos desquiciantes.

Los responsables del *showroom* de Valentino en Italia se comprometieron —por orden directa de su jefe, el cual me recordaba muy bien de nuestro último encuentro en París— a enviar a Londres varias piezas de la colección Crucero por avión. Y la directora de la tienda de Bvlgari en Roma accedió a prestarnos, sin costo alguno, un collar valorado en varios millones, si bien deberíamos hacer frente a la desorbitada cláusula del seguro y a los gastos de viaje del custodio de semejante joya.

—No sé a qué se refiere con «custodio» —me disculpé.

—Me refiero al encargado de vigilar el collar en todo momento. Lo suele llevar dentro de un maletín cerrado con llave y esposado a su propia muñeca. Duerme con el estuche en su cama. Para robarlo, tendrían que arrancarle el brazo.

—Muy gráfico.

—Va armado. Necesitamos los permisos pertinentes. Tendrá usted que firmar un montón de documentos.

Durante esos días hablé con Cara en varias ocasiones. Ella quería intervenir también en los preparativos. Solía recomendarme a tal o cual persona, de tal o cual tienda de Londres. Y su ayuda fue esencial a la hora de dar con el decorador de interiores que contratamos para que renovara el rostro del palacio y lo transformara en el moderno y acogedor escenario donde se tomarían nuestras fotos.

—Se llama Michael Smith. Es norteamericano, pero trabaja en el Victoria and Albert Museum, y es el mejor, sin ninguna duda. Él ha decorado la residencia de verano de los príncipes de York y creo que también ha hecho reformas en Balmoral. Tiene un estilo muy *british*, pero sabe combinar lo clásico con lo moderno de una manera muy original. En este momento está colaborando con las obras de reconstrucción del palacio de Windsor. Te enteraste de que se quemó, ¿verdad?

De Nelson no recibí ni una sola llamada, ni un fax, ni un recado a través de su madre o de su novia. Nada. Lo que, por una parte, aliviaba mi carga de trabajo, pero, por otra, me resultaba tremendamente decepcionante. En mi

fuero interno, deseaba escuchar su voz, aunque solo fuera para hacerme llegar alguna petición caprichosa como las cientos que se le ocurrían diariamente a Teresa, de quien, en cambio, no obtuve jamás ninguna muestra de agradecimiento ni de respeto.

La única carta que llegó en su nombre la firmaba un tal William Carson, que se identificaba como propietario de la firma Gieves & Hawkes, proveedores oficiales de la reina de Inglaterra, el príncipe de Edimburgo y el príncipe de Gales, y lucía tantos escudos en el sobre que, antes de abrirla, creí que por fin nos invitaba la reina a una de sus *garden parties*. Pero no. Leí en voz alta para que lo oyera mi hermana:

—«El muy honorable duque de Noland se ha puesto en contacto con nosotros para mencionarnos que próximamente será fotografiado para su prestigiosa publicación. La familia tiene en su haber una larga relación con esta casa y por ello me siento muy honrado al poder ofrecer, en esta ocasión, a su empresa, un treinta por ciento de descuento sobre el precio habitual en nuestros trajes y complementos».

Después de un instante de perplejidad, caímos en la cuenta de que, elegantemente y sin ensuciar sus impolutas manos, Nelson nos estaba obligando a comprarle un traje en aquella exclusiva sastrería londinense fundada en el año 1771 para abastecer las necesidades de la Royal Army y la Royal Navy.

Estuve a punto de responder a semejante chantaje con otra misiva igual de amable en la que le explicaría al propietario de G & H que lo normal, en mi negocio, no era ir por ahí comprando trajes y corbatas, zapatos y calcetines al personal, sino, como mucho, pedirlos prestados, o utilizar la ropa existente en los armarios de nuestros entrevistados, pero, tras obtener la espléndida y desinteresada financiación de mi abuela, la cual me había dotado de una generosidad desconocida en mi naturaleza postadolescente, decidí magnánimamente concederle su capricho a Nelson. Al fin y al cabo, la inversión en aquel traje era discreta comparada con partidas tales como flores, mudanzas y alojamientos.

«Acepto su generosa oferta con mucho gusto», escribí muy ufana y aquel fue el último escollo que salvamos antes de poner rumbo hacia la Gran Bretaña.



Tres días antes del día D, mi hermana y yo nos despedimos de nuestros padres, hermano y abuelas y partimos, una vez más, a la aventura. Durante aquel tiempo, además de ultimar los detalles de la producción fotográfica, aprovecharíamos para volver a ver *El fantasma de la Ópera*, comprar el último disco de Queen en Tower Records y unas zapatillas Nike que solo vendían en Lily Whites, y para conseguirle a nuestro hermano unas Dr. Martens en el mercado negro de Camden Town. Pero al llegar a nuestro hotel nos esperaba una desagradable sorpresa.

—Tiene usted un mensaje de la policía —me comunicó el conserje con un carraspeo al tiempo que me entregaba un papel impreso con el logo de Scotland Yard.

Lo leí estupefacto: «Obra en nuestro poder un baúl que contiene cuatro vestidos de la firma Valentino, valorados en varios miles de libras. Se retendrá dicha mercancía en la oficina de aduanas del aeropuerto de Heathrow hasta que sean abonados los aranceles pertinentes y se demuestre que su importación en el Reino Unido no se debe a fines comerciales».

—¿Tú crees que utilizarlos en una sesión de fotos se puede considerar un

fin comercial? —le consulté a mi hermana, que había leído la nota por encima de mi hombro.

—Puede que sí —dudó—. Aunque supongo que se refiere más bien a que está prohibido venderlos o subastarlos, o sacar algún beneficio económico, ¿no?

—¿Y ahora qué hacemos?

Nuestra habitación parecía una bombonera, toda cubierta con un papel de florecillas blancas y fresas rojas, a juego con la colcha y las cortinas, y con la moqueta verde, los cojines ribeteados de terciopelo y las butacas descalzadoras tapizadas en la misma tela de flores y fresas. Llamamos a casa desde el teléfono de la mesita de noche, y mi abuela, que debía de llevar un buen rato apostada junto al teléfono, respondió al primer timbrado. Se dio cuenta enseguida de que algo no marchaba del todo bien.

—Conque en la aduana, ¿eh? —Su tono era divertido más que preocupado.

Se puso a divagar sobre los tiempos en los que las fronteras españolas estaban cerradas a cal y canto y recordó la historia de nuestra oronda tía Flora, la cual volvió de Biarritz con tres gorras de marinerito en la cabeza, dos collares de perlas alrededor del cuello, tres relojes en cada muñeca, dos pares de gafas de sol, un chaquetón de astracán y una boa de visón. «Consumo personal», declaró con un aplomo tal que logró convencer al oficial de guardia.

Aquella anécdota sirvió para que mi hermana llegara a la conclusión de que, con un poco de cara dura, en este mundo todo es posible. «Mañana, ya lo verás, a primera hora, me personaré en el aeropuerto y rescataré los Valentinos», me aseguró.

Me vino muy bien su arranque de optimismo para dormir del tirón. Cuando amaneció y después de unos deliciosos huevos revueltos, cada cual salió al húmedo y frío Londres con una importante misión que cumplir.

La mía era sencilla. Consistía en personarme en la sastrería Gieves & Hawkes, pagar la factura y recoger el traje a medida que había encargado el duque de Noland. Es decir, nada que no pudiera resolver un botones de mi hotel al que previamente hubiera incentivado con una módica propina. ¿Por qué no delegué aquella tarea y acompañé, en cambio, a mi hermana al

aeropuerto? Supongo que seguí los dictados de mi corazón e ignoré los de mi cabeza. Quería ver con mis propios ojos el lugar en el que Nelson Noland compraba la ropa, se probaba las camisas y los zapatos, decidía el color de sus corbatas y, probablemente también, el diseño de su ropa interior. Hubiera apostado cualquier cosa a que gastaba calzoncillos bóxer, de esos que las chicas de mi edad nos poníamos con una camiseta para jugar al tenis. De hecho, estaba decidida a hacerme con unos para mi uso personal y otros para el de mi hermana, como recuerdo de nuestra aventura londinense.

La tienda, ubicada en el número uno de Savile Row, una elegante calle aledaña a Regent Street, superó mis expectativas. Ocupaba los dos primeros pisos de un edificio blanco al que se accedía a través de una puerta rodeada de hiedra y presidida por una enorme bandera de Inglaterra. El escaparate, a la izquierda de la puerta, tras la verja de hierro, consistía en un inmenso ventanal que permitía a los viandantes asomarse a las maravillas de su interior iluminado y espacioso. Una vez dentro, resultaba difícil no sentirse intimidado por las dimensiones dramáticas del lugar y por el porte aristocrático de sus empleados. Tenía un espacioso recinto central rectangular, alfombrado y amueblado con cómodos sofás, al que se asomaban los palcos de una especie de anfiteatro repleto de trajes. La escalera desaparecía en algún remoto rincón del primer piso y del techo acristalado colgaban, imponentes, tres o cuatro casacas militares muy antiguas. Era lo más parecido al corral de comedias de Almagro que había visto hasta entonces, salvando las distancias espacio-temporales, claro.

Me identifiqué en el mostrador y expliqué lo mejor que pude el asunto que me llevaba hasta allí. Como no me salía más que un hilo de voz, atemorizada como estaba por el entorno, el dependiente tuvo que pedirme amablemente que esperara un momento mientras iba a buscar a su superior. Así fue como conocí a William Carson, el propietario de la firma, el mismo que rubricaba aquella carta en la que me ofrecía un treinta por ciento de descuento en el precio habitual de sus productos.

Resultó ser un hombre de unos cuarenta años, alto, bien plantado, tremendamente atractivo, con mucha clase y una perfecta dicción británica. Me ofreció una copa de brandy, un té o un Martini, lo que yo soliera tomar a esa avanzada hora de la mañana, mientras aguardábamos, me dijo, a que el

joven duque de Noland terminara de probarse el traje.

—¿El duque de Noland está aquí? —exclamé con visible inquietud.

—Sí, *young lady* —asintió—. Está en el probador del tercer piso, dando los últimos retoques a su traje. Como sabe, en Gieves & Hawkes son de rigor dos pruebas y una última visita para comprobar que el corte es impecable.

—En ese caso será mejor que me vaya y vuelva en un rato —traté de escabullirme—, cuando el duque haya terminado y...

Pero en ese momento escuché la voz de Nelson pronunciando mi nombre desde el segundo piso. Alcé la cabeza y lo vi asomado a la barandilla, enmarcado por dos columnas de madera, sonriente y despeinado. Bajó trotando por la escalera y al llegar hasta donde estábamos el señor Carson y yo, me saludó con un firme apretón de manos.

—El traje ha quedado perfecto —felicitó muy contento al sastre—. Deberíamos celebrarlo con una copa de champán.

Carson hizo mutis por el foro y nos quedamos frente a frente, Nelson Noland y yo, algo cohibidos al principio, y más relajados después, en cuanto brindamos por el éxito de nuestro reportaje. Mientras preparaban el paquete y la factura, tuvimos tiempo para charlar.

—¿Cómo va tu tesis sobre las aves anseriformes de la familia Anatidae? —le pregunté haciendo un gran esfuerzo de memoria.

Nelson bajó la vista.

—De momento... —se encogió de hombros—, digamos que el proyecto está en pausa. Con todos los preparativos de la boda... ya te imaginas.

—Ya me imagino —asentí.

—Muchas gracias por el traje —dijo, cambiando de tema—. Ni en mis mejores sueños hubiera concebido tanta generosidad por vuestra parte. ¿Soy un caso excepcional o siempre que hacéis una sesión de fotos compráis ropa tan elegante?

Comprendí entonces que la abusiva idea de forzarme a gastar la fortuna que costaba aquel traje a medida había partido de Teresa Trotti, no de Nelson. Cómo no me había dado cuenta hasta entonces, conociendo al personaje, es algo que aún hoy me cuesta entender.

—Tu caso es excepcional, por supuesto —le aseguré en tono de guasa, para que creyera que estaba bromeando—. ¿Qué tal por el Caribe? —Ahora

era yo la que quería cambiar de tema.

—¿Cómo sabes que...?

—Soy periodista, ¿recuerdas?

Me miró de arriba abajo.

—No me habrás colocado un microchip, como en las películas de espías —se burló.

Sonreí, alcé las cejas, volví a bajarlas, le clavé la vista:

—Te tengo vigilado —le advertí—. Pórtate bien o todo quedará recogido, para siempre, en mis archivos.

Se rio. Terminó la copa de champán de un último trago y la dejó, vacía, sobre la bandeja de plata en la que nos la habían servido. Se despidió con un par de frases amables. Me recordó que nos esperaban en Noland Towers a primera hora de la mañana del día 14; es decir, dos días más tarde, que ya habían empezado a llegar los camiones.

—¿Qué camiones?

—Han traído muebles, flores y no sé cuántas cosas más. Está siendo todo un acontecimiento, este reportaje tuyo. Cara y Teresa están al borde de un ataque de nervios. ¿Por qué crees que me he escapado a Londres?

Lo vi salir por aquella puerta rodeada de hiedra. Con su gabardina y su paraguas, sus andares de animal montuno, su espalda erguida y el pelo, como siempre, revuelto. Maldije mi suerte. Aquel hombre me gustaba tanto que era imposible ignorar el desbarajuste de sentimientos que me provocaba su cercanía física. Cosas de la química, me dije; si Oriana Fallaci se hubiera enamorado de Kissinger, su entrevista tampoco habría sido fácil.

En eso reapareció William Carson. Venía a paso ligero. Traía el gesto algo desencajado.

—Su hermana está al teléfono —me soltó sin consideración—. La han detenido y dice que necesita que vaya cuanto antes a la comisaría del aeropuerto para pagar la fianza.

Se me atragantó el champán.

Como el señor Carson se me había quedado mirando con una ceja levantada al tiempo que se acariciaba la barbilla a lo Sherlock Holmes, me vi obligada a explicarle que mi hermana no era una delincuente, ni mucho menos, sino un alma cándida que probablemente se había metido en un lío sin

comerlo ni beberlo. Por mi culpa, añadí, por ayudarme a mí con unos Valentinos que nos habían retenido en la aduana.

—Voy por mi sombrero y mi paraguas —dijo y salió corriendo hacia el interior de sus dominios.

Un par de minutos después, aquel hombre se había transformado en el mítico James Bond. Llevaba puesto uno de los trajes a medida de Gieves & Hawkes con raya diplomática, bolsillo del que asomaba un pañuelo de hilo, corbata oscura y camisa blanca, impoluta, gemelos de plata con sus iniciales, y juraría que tirantes en lugar de cinturón, zapatos lustrosos de cordones, gabardina abierta, sombrero clásico y paraguas negro. Un *gentleman* de tomo y lomo, vaya.

Caballeroso, me abrió la puerta de su Aston Martin DB5 metalizado y me vi rodeada por un perfume mezcla de cuero y colonia masculina, tabaco de pipa y madera. ¿Dónde ocultaba el señor Carson la pistola?, me dije, y disimuladamente registré con la vista la guantera, en la que solo descubrí unas gafas de sol con cristal polarizado, de las que se usaban entonces para practicar el distinguido deporte del esquí alpino.

—¿Le gusta esquiar? —le pregunté para romper el hielo, mientras él, al volante, rebasaba ampliamente el límite de velocidad permitido y se movía como un tiburón entre los demás vehículos de la autopista.

—¿A quién no? —me contestó sin apartar la vista de la calzada—. No conozco sensación más estimulante que la de bajar el pico Schilthorn subido en unos esquís. O deslizarse por las pistas de Gstaad o de St. Moritz cuando el sol empieza a decaer y el cielo se vuelve de color rosa. ¡Ah! Los placeres del *après-ski* —añadió en un perfecto francés—, la *raclette*, el Martini, la chimenea encendida y una bella mujer con la que conversar y... ¿Sabía usted que el anterior duque de Noland, el padre de lord Nelson, era un experto esquiador?

—Sabía que fue uno de los primeros británicos en explorar el Polo Norte y en cruzar el océano Ártico y que estuvo a punto de morir de inanición.

—Si no hubiera sido porque esos perros le sirvieron de alimento... —suspiró Carson—. ¡Qué noble animal, el perro! —Asentí horrorizada—. Pero además —continuó—, en su juventud, el duque de Noland fue campeón de *slalom* y de salto alpino. Tenía un amigo italiano, un príncipe o conde de

Acquarone, creo, que poseía un fabuloso castillo en un recóndito enclave de los Dolomitas al que solo podía accederse en avioneta. Un auténtico peligro. Todo el mundo daba por hecho que tarde o temprano acabaría perdiendo la vida en un accidente aéreo. Pues no. Acquarone tuvo un final mucho más dramático. —Tomó aire—. Fue asesinado.

—¿De verdad?

—Sí. Aquel fue un caso muy comentado en su momento. Al igual que el Gran Gatsby, el conde apareció flotando en la piscina de la mansión que tenía en Acapulco la familia de su mujer. Le habían disparado cinco tiros a bocajarro.

—¡Qué espanto!

—Hubo una investigación y al final confesó la dueña de la casa, es decir, su suegra. Durante los once años que pasó en prisión y los que le restaron de vida mantuvo que aquella muerte se había debido a un desafortunado accidente.

—Y tanto... en fin —dije—, cinco tiros, por accidente...

—La cuestión es que, después de aquella tragedia, Noland abandonó el deporte del esquí y se dedicó en cuerpo y alma a las carreras de coches. ¿Lo conoció usted?

—¿Al duque de Noland? Desafortunadamente, no.

—Era un auténtico *gentleman*. Un aventurero. Un galán. Se casó por última vez a los ochenta años. Nosotros le diseñamos el chaqué. Era uno de nuestros mejores clientes.

Nos quedamos en silencio. Él, probablemente, rememorando al difunto Tristan Noland y yo mortificándome con la idea de que muy pronto, y para su enorme satisfacción, William Carson recibiría un nuevo encargo: otro chaqué de boda para otro duque de Noland; en este caso Nelson. Mi Nelson.

Con la nostalgia instalada en el Aston Martin llegamos por fin al aeropuerto, en cuyas mazmorras —si es que existen galerías y calabozos en un lugar como Heathrow— tenían prisionera a mi hermana. Preguntamos por la comisaría de policía y allí nos encaminamos con paso firme.

—Usted déjeme hablar a mí —me ordenó mi James Bond particular con tanta seguridad en sí mismo que no tuve más remedio que obedecerle sin rechistar.

El oficial que nos atendió tenía cara de buena persona a la que el género humano ha logrado convencer de que tal cosa no existe. Nos acompañó hasta un despacho donde, por fin, pude abrazar a mi hermana. La noté bastante abatida y avergonzada; con las mejillas enrojecidas y los ojos húmedos. Me fijé en que iba vestida con un palabra de honor de seda roja, largo hasta el suelo, más propio de una fiesta en París que de un arresto policial. No hizo falta que me diera ninguna explicación. Me bastó con recordar la historia de la tía Flora y su escaramuza en la frontera franco española cargando con las compras ilegales desde Biarritz.

—En un descuido del agente de aduanas logré colarme en el almacén, encontré el baúl, me puse el vestido y salí disimulando —me relató mientras míster Carson se ocupaba de rellenar un sinfín de documentos, haciendo figurar el nombre de su prestigiosa sastrería en la casilla del importador y salvándonos así de dormir esa noche en el calabozo.

—Y te pillaron. Obvio.

—Pues no sé por qué.

—Hombre —le dije—, porque nadie va por un aeropuerto enfundada en un Valentino.

—¡Huy que no! —se revolvió—. Los ingleses van en tren a todas partes. A Ascot, a Wimbledon... ¿Por qué no iban a poder ir elegantes en un avión?

Al señor Carson le compramos una Pluma Estilográfica S.T. Dupont 007 James Bond, PVD, Edición Limitada; el único accesorio exclusivo del legendario agente secreto que pudimos permitirnos, y se la llevamos esa misma tarde a la sastrería. Él nos entregó el traje de Nelson dentro de una funda con las iniciales G & H impresas en blanco. Nos despedimos de nuestro héroe con un abrazo apretado —más español que británico— y le juramos que algún día regresaríamos convertidas en un par de ricachonas y le encargáramos un montón de trajes a medida para nuestro querido y desinformado padre, al cual jamás comentamos nada sobre el pequeño incidente aduanero que casi nos cuesta un disgusto.



Una vez resuelto este y otros problemas menores que se fueron sucediendo durante las horas posteriores y cuya mención no viene al caso, si no es para dejar constancia de las múltiples dificultades a las que tuvimos que enfrentarnos mi hermana y yo, y que a punto estuvieron de acabar con nuestras fuerzas y nuestros ahorros, logramos subirnos al tren de cercanías que nos llevaría hasta la localidad de Haddenham, cargando con nuestras dos maletas, el baúl de Valentino, el traje de Gieves & Hawkes, la Olivetti portátil, la grabadora y un señor muy serio y muy silencioso que se identificó como el custodio del collar de Bvlgari y que, en efecto, llevaba un maletín esposado a la muñeca, el cual colocó en su regazo, rodeó con ambos brazos y no perdió de vista ni un momento en todo el trayecto. Como solo hablaba italiano, y más concretamente un dialecto indescifrable de alguna provincia montañosa, no cruzamos con él más que un par de palabras de cortesía y lo dejamos tranquilo y absorto en sus pensamientos. En la estación lo buscamos por si quería compartir un taxi con nosotras, pero había desaparecido de la vista, así que decidimos ponernos en marcha, las dos solas, hacia nuestro hotel.

Tenía un bonito nombre francés: Le Manoir aux Quat’Saisons, dos estrellas Michelin obtenidas por su buena cocina y la garantía de pertenecer a la cadena Relais & Chateaux, la favorita de mi padre, el promotor de la idea de alojarnos allí.

«Muy cerca del pintoresco pueblo de Great Milton —leyó en el catálogo de la asociación hotelera más exclusiva del mundo— se encuentra esta aristocrática casa de campo, situada en un paraje de gran belleza natural, que cuenta con treinta y dos *suites* y habitaciones de lujo, escuela de cocina, campo de golf, de croquet y tiro al plato...».

Protestamos. Le aseguramos que cualquier Bed & Breakfast de la zona sería suficiente para satisfacer nuestros gustos, todavía tan básicos y poco exigentes, pero él se empeñó en que fuéramos allí porque —según nos dijo— quería saber de primera mano en qué se diferenciaba aquel rosbif que tanto reconocimiento merecía por parte de los franceses, del que solíamos tomar en casa de mi abuela.

Aquella noche lo pedimos para cenar, acompañado de Yorkshire *pudding*, con mucha salsa y patatas nuevas. A nuestra mesa se sentaron, además, el gran Mario Testino, el decorador Michael Smith y el señor italiano con su maletín. El resto del equipo se encontraría con nosotros al día siguiente en Noland Towers, ya que viajaban desde Londres en el primer tren de la mañana.

Mario Testino se llevó el tenedor a la boca y durante unos segundos permaneció en silencio, con los ojos cerrados.

—Esto es delicioso —suspiró al fin y se puso a recordar su infancia limeña—. En la parrilla familiar —nos explicó—, nunca faltan los ayacuchos, o corazones de res, que se ensartan en un palito de caña, se aderezan en ají panca y se toman acompañados de choclo, papa, chicha morada o chicha de jora. En los veranos, en nuestra casa de El Barranco, nos juntábamos todos los hermanos (somos once, yo soy el mayor), a disfrutar de las carnitas y la puestecita de sol. A tomar chupe de camarones, lomo saltado, pollo a la brasa y, por supuesto, el pisco con limón. ¡Camarero! —exclamó—. ¿Qué tal si nos prepara unos pisco sour? ¿Lo saben mezclar o quiere que entre yo a la cocina?

Vimos desaparecer a Testino tras la puerta de doble hoja de la cocina y

regresar unos minutos más tarde con una bandeja en la que traía cinco copas de pisco con soda de limón y hielo. Después de la primera remesa vino la segunda, y la tercera, y a las dos de la madrugada, el director del hotel, que había estado bebiendo con nosotros, nos preguntó delicadamente si no iba siendo hora de irnos retirando a nuestras habitaciones, puesto que habíamos pedido el desayuno a las siete y no iba a dar tiempo a que se nos bajara el punto. El señor encadenado al maletín subió dando tumbos por las escaleras, Testino y Smith, en cambio, conservaron intacta la compostura y la dignidad, y mi hermana y yo logramos mantenernos en equilibrio, apoyándonos la una en la otra, hasta que llegó el ascensor. Hubiera sido una velada inolvidable, de no haber sido porque, a la mañana siguiente, ninguno recordábamos muy bien lo ocurrido la noche anterior.

Me levanté con el cuerpo agarrotado y los nervios a flor de piel: mi reputación profesional, que hasta entonces era inexistente (lo cual no es ni bueno ni malo, pero le sirve a uno para dormir tranquilo y despertar sin sobresaltos), estaba a punto de ponerse a prueba. Mis días de cómoda y despreocupada infancia laboral habían terminado y había llegado la hora de demostrar mi valía.

Pero ¿cómo hacerlo —me angustiaba—, sin arriesgar la delicada salud de mi pobre corazón? Tendría que enfrentarme, grabadora en mano, a Nelson Noland y preguntarle todo aquello que no quería saber: ¿dónde se conocieron? ¿Cuándo dio comienzo su romance? ¿De qué modo le entregó el anillo? ¿Qué es exactamente lo que le enamoró de ella?

Sus respuestas, intuía, me dolerían como bofetadas y, además, tendría que soportar la cara de satisfacción de Teresa Trotti de Visconti, la cual, seguramente, lo interrumpiría todo el tiempo para comentar entre risas detalles insignificantes de su *dolce vita*.

Me asustaba descubrir dentro de mí tanto rencor y tan puro hacia una mujer a la que todavía ni siquiera conocía en persona.

Detestaba su voz, su pelo rubio, su piel clara y perfecta, su metro ochenta, sus cien centímetros de contorno, sesenta de cintura, noventa de cadera y treinta y ocho de pie (datos que ella me había revelado, convenientemente, para que yo se los trasladara a Valentino, o para recochineo, vaya usted a saber), su inmensa fortuna, su barco, su Caribe, su calle empedrada de

Portofino y su boca enredándose en la de Nelson.

Odiaba a mi padre diciendo: «¡Qué chica tan elegante es Teresa Trotti!», y a mi revista elogiando su estilo y belleza, o refiriéndose a ella como protagonista absoluta del baile o de la fiesta, reina de la noche, estrella entre las estrellas, espectacular, impactante o sencillamente perfecta.

A bordo de la furgoneta alquilada por los ayudantes de Testino, que vinieron a recogerlo al hotel y amablemente nos hicieron sitio entre los paraguas de luz y las pantallas cromáticas, llegamos a eso de las nueve de la mañana a Noland Towers, donde ya nos esperaba Cara, envuelta en una gruesa capa de marta cibelina, para darnos la bienvenida a su antigua residencia.

Hacía mucho frío, pero un tímido sol de febrero asomaba entre las ramas vacías de los robles, tan llenas de musgo y gotas de lluvia que parecían haber sido adornadas con miles de bombillitas de colores.

La visión del imponente edificio nos sobrecogió a todos, y en contraposición, la delicada figura de Cara, sonriente, acogedora, nos trasladó a una época lejana y bella, en la que príncipes austrohúngaros y princesas rusas se paseaban por los jardines de sus palacios o cazaban en sus bosques.

A mí me dedicó el abrazo más largo, más sincero y más apretado. Lo noté. Después saludó a Testino en italiano, lengua que él dominaba a la perfección. Charlaron animadamente sobre la legendaria gesta de Tristan Noland y su paso memorable por la cordillera de los Andes, allá por el treinta y siete, a lomos de una mula que murió de vieja al llegar a Ollantaytambo.

—Pero entren, por favor, hace frío.

La casa había sido transformada por la varita mágica de Michael Smith en cuestión de días. Había perdido parte de su encantadora decadencia, la cual había sido sustituida por muebles recién tapizados, sin rastro de polvo, cortinas menos pesadas, piezas estratégicamente escogidas en anticuarios de postín, y una simetría sospechosa, allá donde antes los muebles, descolocados, campaban por sus respetos. Smith se movía como un felino, entornando los ojos para descubrir anacronismos o incoherencias, con los brazos siempre ocupados con jarrones, tibores, cojines, libros... colocando unas flores aquí, un escabel allá, abriendo y cerrando puertas y ventanas y dirigiendo al cuerpo de casa, que ese día parecía estar bajo sus órdenes, o más

bien, bajo su hechizo. Pronto se unió a aquel baile Mario Testino, en busca del elemento básico de su arte: la luz. Identificaba los rincones en los que el sol entraba en ángulo agudo, iluminando las partículas del aire. Utilizaba a sus asistentes como modelos, desplegaba sus enormes paraguas metálicos, disparaba el *flash* y calculaba la intensidad necesaria para el diafragma de su Nikon.

—Esto parece el set de una película de Hollywood —dijo Cara, divertida, saltando por encima de unas mantas de piel que alguien había tendido en el suelo.

Y era cierto. Solo faltaba la cámara de James Ivory inmortalizando la escena. Lástima que, simultáneamente al desarrollo de estos acontecimientos, el prometedor cineasta se encontrara en Powderham Castle, al sur de Exeter, en el condado de Devon, filmando la película que lo elevaría a la gloria: *Lo que queda del día*, con Anthony Hopkins en el papel de Stevens, el mayordomo más disciplinado del mundo, y Emma Thompson en la piel de la señorita Kenton, sufridora y víctima de la reprimida personalidad de Hopkins.

—Teresa está arriba, terminando de peinarse y vestirse —nos fue explicando la duquesa de Noland a mi boquiabierta hermana y a mí según nos iba introduciendo, poco a poco, en las tripas de la mansión—. Nelson ha salido a dar un paseo. Todo este lío le saca un poco de quicio. Él es más amigo del silencio y la calma. Pasa horas y horas encerrado en su biblioteca, estudiando la vida y costumbres de las aves... a veces nos burlamos de él diciéndole que tiene la cabeza llena de pájaros.

Celebró semejante ocurrencia con una cruel carcajada, pero a mí no me hizo ninguna gracia. Mi hermana, que es muy educada, fingió una risa de campanitas que le salió forzada.

¿Cómo era capaz Cara de mofarse de la pasión de Nelson? ¿No se daba cuenta de lo importante que eran para él las barnaclas y los gansos, y las grullas y las ocas? ¿No había sido precisamente lo mismo: una pasión desmesurada por la aventura, el peligro y la inseguridad, lo que tanto había admirado en su marido?

En un salón más pequeño y apartado del bullicio, había preparado un té para dos. Le rogó a mi hermana que nos esperara allí un momento, si no le

importaba, que tenía algo muy confidencial que decirme, y me llevó a un rincón del pasillo en penumbra. Qué misteriosa, pensé para mis adentros. Y qué precaución tan absurda, separarme de mi hermana, a la que por supuesto, inmediatamente después, pensaba contar el secreto de Cara palabra por palabra, por muy escandaloso que fuera.

Cara me observó risueña, sin decirme nada.

—Me estás asustando —le dije.

—Tengo que darte una noticia muy inesperada.

Me mostró su mano derecha y contemplé estupefacta el solitario más ostentoso jamás soñado. El diamante que lo conformaba debía de pesar medio kilo. Lo lucía orgullosa, casi bailando, y no podía apartar la vista de su tesoro.

—¡Tomasso me ha pedido que me case con él! —me reveló feliz, rematando la frase con un profundo suspiro, igual que haría una quinceañera a la que acabaran de besar por primera vez.

Entonces volvió a abrazarme, y yo le devolví el abrazo, sinceramente, feliz por ella y su nueva ilusión, pero recordando a la vez la imagen de aquella revista abierta por la foto de Tomasso Trotti que descubrí en su casa y el trazo firme con el que había rodeado su nombre. Era la misma marca con la que mis hermanos y yo, de niños, señalábamos los juguetes que más nos gustaban en el catálogo de Navidad de El Corte Inglés.

Pensé, qué mal pensada, que allá donde ponía el ojo, ponía la bala, mi buena amiga Cara. Que se había propuesto atrapar a un millonario y lo había logrado en el plazo récord de unos pocos meses de viudedad. ¡Qué aguililla! ¡Qué lince! ¡Qué cazadora de fortunas estaba hecha!

—Seguro que estás pensando que soy una arribista.

—¡Ni por asomo!

—Pero déjame que te cuente la historia desde el principio, para que veas lo equivocada que estás. En general, me da lo mismo que piensen de mí lo que quieran. Pero tú no.

Nos sentamos en un poyete de madera junto a la ventana. A nuestros pies, el jardín romántico de Noland Towers y el caminito entre robles que conducía al pabellón de caza, la fuente en el centro, el bosque al fondo, las cuadras a la derecha y la algarabía de coches y camiones cargados con el atrezo para las

fotos, flores y paquetes.

Cara echó la vista atrás, se puso cómoda, tomó aire.

—Tomasso Trotti fue mi primer amor —declaró y esperó a ver qué cara ponía yo—. No lo sabe nadie —añadió.

Me contó que lo había conocido en el verano del sesenta y tres, en Cernobbio, y que fue tanta la ternura y tan intenso el romance que ninguno de los dos volvió a ser el mismo. Que se escondían y se amaban bajo las parras y las glicinias, aquel verano y los tres o cuatro siguientes, hasta que la madre de él los descubrió besándose en el embarcadero de su villa y envió al chico a estudiar a Suiza. Cara no era un buen partido, dictaminó: carecía de abolengo y de apellido.

—La familia Trotti procede de Nápoles, no sé si lo sabes. El abuelo de Tomasso regentaba un pequeño negocio de ultramarinos cerca del puerto. —Cara sonrió para sus adentros—. No descienden de ningún rey de Italia, ni nada parecido. Y eso es lo malo. Cuanto más humilde el origen, peor. Más exigentes se vuelven las madres con las novias de sus hijos.

Al principio esperaba sus cartas, que llegaban, clandestinas, desde el internado, con la promesa de escapar de su encierro y fugarse con ella a España, a Grecia, a la cumbre más alta y más escarpada de los Alpes, donde nadie pudiera encontrarlos jamás.

Pero aquella correspondencia fue interceptada en algún momento y confiscada y Tomasso Trotti terminó sus estudios en una universidad de Boston, donde se dejó querer por otras mujeres y descubrió que no hay un solo tipo de amor, sino infinitos.

—Su madre se puso muy contenta cuando emparentó con los Visconti de Milán. La boda duró tres días. El matrimonio, veinticuatro años.

—Parecían felices.

—Lo fueron. Del mismo modo que lo fui yo con mi primer marido, y muchos años después, con Tristan. Felices hasta el límite. Eso no tiene nada que ver.

Llegados a este punto, la puerta del saloncito donde habíamos abandonado a mi hermana frente a una humeante taza de té se abrió de golpe y nuestra conversación fue interrumpida de manera abrupta. No conocí el resto de la historia hasta que, pasados unos días, Cara me envió una carta

muy larga en la que me explicaba todos los detalles: cómo había sabido, gracias a un telegrama de su prima Filippa, que Valeria Visconti había muerto fulminada por un infarto de miocardio mientras practicaba su deporte favorito, el croquet (la dolencia cardiaca y el ejercicio de dicha actividad no tenían en realidad nada que ver, pero como el telegrama permitía un cierto número de palabras por un precio estándar y la prima Filippa era de las ahorradoras, había aprovechado la ocasión para entrar en pormenores).

En aquel momento, Cara estaba casada con Tristan Noland y pasaba sus días supervisando la construcción del pabellón de caza estilo rococó que su marido estaba erigiendo para gloria de ambos. Aquella iba a ser su contribución póstuma —o casi— al patrimonio familiar y la prueba imborrable de su paso fugaz por esta vida, una vez que sus huellas de alpinista intrépido desaparecieran de las laderas del Kilimanjaro y ya nadie recordara sus hazañas. Estaba ocupada, sí, pero cuando recibió la inesperada noticia del fallecimiento de Valeria Visconti, los planos del edificio se le cayeron de las manos.

Sintió por una parte alivio, porque nunca se sabe lo longeva que puede llegar a ser una millonaria italiana —«Las hay que superan los cien años de vitalidad ininterrumpida», escribió—, y por otra parte angustia, dada la falta de coordinación entre aquella muerte prematura y su reciente matrimonio. La idea de casar con un señor tan proveyecto le había resultado cómoda: le permitía entregarse durante unos años a otro hombre, sin necesidad de renunciar del todo a un posible futuro junto a Tomasso Trotti. Según las leyes de la Naturaleza y la probabilidad, Tristan Noland habría de abandonar este mundo mucho antes que Valeria Visconti, lo cual le proporcionaría a Cara la ocasión de recuperar a su amor primero.

Se conoce que entre la infinidad de maneras de querer a la que Cara se había referido se incluía esta tan rocambolesca de esperar pacientemente hasta que saltara la liebre.

Pero al fallecer Valeria antes que Tristan, había surgido un peligroso paréntesis amoroso en el solitario panorama de Tomasso Trotti y bien sabido es que el dolor del viudo es corto pero agudo. Cara sufría pensando que si la buena muerte no se daba prisa en llevarse a Tristan —el cual, al fin y al cabo, ya había cumplido más de ochenta fogosas primaveras—, vendría otra mujer

a ocupar su lugar en la casa de Tomasso.

Al final hubo suerte.

En mayo de 1992, poco antes de nuestro encuentro providencial en París, Tristan había sufrido una angina de pecho.

Aquella dolencia, unida a una antigua afección cardiaca, el asma, la tos y las dificultades para respirar que le atenazaban desde hacía algún tiempo, le estaba volviendo vulnerable. Empezaba a derrumbarse, igual que un gigante de piedra, y se daba cuenta de que si no encontraba un remedio eficaz para sus males, terminaría sus días inválido y miserable, vagando como un fantasma por los corredores de Noland Towers.

Acababa de desposar a Cara, una vivaracha italiana, treinta años más joven que él, y no estaba dispuesto a renunciar a los placeres de aquel matrimonio postrero. Así que se puso en manos del doctor Nick K. Terret, investigador puntero en enfermedades cardiovasculares, el cual estaba desarrollando un nuevo fármaco y necesitaba voluntarios para sus pruebas clínicas.

Noland era demasiado añoso para someterse a semejante experimento, pero sus contactos y su reputación de hombre de mundo le precedían y finalmente logró acceder al tratamiento a pesar del riesgo que entrañaba para su supervivencia, el mayor de su vida, incluyendo su famosa expedición al Ártico y su cruce a pie de la cordillera de los Andes.

Se atiborró pues de citrato de sildenafil y constató, lo mismo que el resto de los pacientes del doctor Terret, que si bien su corazón continuaba latiendo a duras penas, su virilidad había despertado del letargo al que la había condenado su mala salud. Amanecía cada mañana con la sorpresa del atributo envarado, guiñándole un ojo, se diría, y la alegría del cuerpo de Cara al otro lado del lecho conyugal.

También para ella fue una desconcertante novedad, a la vejez viruelas, que supo aprovechar con gran satisfacción y contento.

Sabía, o imaginaba, que las duquesas cincuentonas como ella cuchicheaban a sus espaldas sobre la aparente fragilidad de Tristan; que lo llamaban carcamal, viejo decrepito y cosas peores. Y ella, sin poder compartir con nadie aquel secreto inverosímil, se reía a carcajadas de lo equivocadas que estaban. No recordaba mayores placeres que los que le

proporcionaba Noland, bien cumplidos los ochenta.

Hubo suerte —me aclaró—, porque una mañana después del acto, Nelson se llevó la mano al corazón y murió feliz. Con una sonrisa de oreja a oreja y la hermosa visión del *derrière* de Cara como última imagen de su azarosa existencia.

En aquellos días se cumplían exactamente tres años desde que Tomasso Trotti se había quedado viudo. El infarto de miocardio que le arrebató a Valeria fue idéntico al de Tristan, aunque motivado por diferentes agentes: ella no experimentaba con sulfatos ni citratos; lo suyo fue más bien un desastre hereditario.

El caso es que, al final, los astros se alinearon para permitir el reencuentro entre los viejos amantes, veinticinco o veintisiete años después de su primer intento. Ya sin una madre limitadora ni un futuro incierto. Con suficiente experiencia como para reconocer la llama que todavía ardía y el destino común al que esta vez no renunciarían por nada del mundo.

Todo esto me lo relató, como digo, en una carta que me exigió destruir después de leer. Yo obedecí su deseo, claro.

Pero volvamos a aquella mañana en Noland Towers, cuando fuimos interrumpidas por mi hermana.

Cara, con un rápido movimiento del pulgar, le dio la vuelta al anillo, de modo que el diamante descomunal quedó oculto entre el resto de sus dedos, carraspeó delicadamente cuando vio salir a mi hermana del saloncito de té, se acomodó el peinado, se estiró la falda de tubo y me dedicó una última mirada con la que me vino a decir: «No se te ocurra contarle nada de esto a nadie. Al menos hasta que pase la boda de Nelson y Teresa. Después, lo gritaremos a los cuatro vientos. No esperaremos ni a que regresen de su luna de miel».

—¿No deberíamos ir a ver cómo va la cosa? —dijo mi hermana.

Recorrimos en silencio el camino de vuelta hacia el salón, donde ya todo estaba listo para recibir a la estrella.

Al irrumpir en la escena tuve la sensación de que nuestra llegada estropeaba un poco la tensión dramática que se respiraba allí. Todos se volvieron hacia la puerta conteniendo la respiración, expectantes, alerta, anticipando la entrada de Teresa Trotti convertida en una reina y, decepcionados, tuvieron que conformarse con nuestras tres caras de despiste.

Alguien propuso: «Vayamos a esperarla al pie de la escalera», y hacia allí salimos todos trotando, una comparsa de cómicos bastante patéticos al encuentro con la diosa.

Teresa Trotti de Visconti apareció como en un sueño, luciendo el vestido rojo de Valentino que en ella no tenía peso, más bien flotaba, o la perseguía escaleras abajo, una extensión de su belleza etérea, y observé que se había recogido el pelo rubio en una trenza griega, de las que inventaron en el Olimpo, y que de los lóbulos de sus orejas pendían unos candelabros encendidos, y que alrededor de su cuello titilaban los mil diamantes del collar que —ahora comprendía— merecía ser custodiado por un ejército entero de siniestros hombres grises.

Mario Testino empezó a aplaudir, y los demás, que permanecíamos hipnotizados, le acompañamos con nuestras palmas. «¿Qué demonios hago yo aplaudiendo?», creo que me pregunté cuando desperté del trance. Y entonces me volví hacia mi hermana para susurrarle al oído: «Te quedaba muchísimo mejor a ti».

—¡Eres una auténtica princesa! —exclamó Testino, cámara en ristre, que había subido tres o cuatro escalones y comenzado a disparar de manera compulsiva—. ¡No te detengas, sigue bajando, bella! ¡Baila conmigo, yo te acompaño, creo que me estoy enamorando de ti!

Teresa se reía, complacida, mientras, sugerente, descendía por aquella escalera, deslizando su mano lánguida por la balaustrada de caoba, enseñando, de vez en cuando, la punta de sus zapatitos de cristal.

No sé cuánto tiempo duró aquel espectáculo de danza libre en el que se enredaron fotógrafo y luminaria, y al que el resto asistimos en calidad de *voyeurs*. Los perseguimos por la casa, subimos y bajamos cien escaleras, nos recostamos en el sofá, lanzamos los zapatos a estrellarse contra las lámparas de araña, frotamos nuestras manos en el calor del fuego, extendimos una manta de visón frente a la chimenea y allí nos recostamos, a beber champán directamente de la botella de Mœt & Chandon perdida la vergüenza y la compostura, se nos deshizo el peinado y los mechones rubios acariciaron nuestros hombros, nos retocaron el maquillaje una y otra vez porque nuestros labios dejaban marcas rojas en el borde del vaso, y nuestros párpados pesaban demasiado para mantenerlos abiertos.

—¡Perfecto, sublime! —exclamó Testino, y ese grito de guerra significó que la primera parte de la sesión había terminado, que era hora de cambiar el vestido y la escenografía—. ¿Dónde está el duque de Noland? —quiso saber el fotógrafo—. Deberíamos comenzar cuanto antes con los retratos de pareja.

Cara se vio obligada a intervenir.

—No tardará en llegar —le excusó—, salió temprano y prometió que regresaría a mediodía.

—¡Pero, madame, eso nos deja muy pocas horas de luz! —protestó Testino.

Uno de sus asistentes se adelantó, diligente, y propuso hacer en su lugar las fotografías de Teresa a caballo.

—¿A caballo? —soné como una garceta, lo reconozco. Teresa Trotti se giró con cara de disgusto hacia mi rincón.

—¡Qué descuido, todavía no os he presentado! —exclamó Cara, y tomando mi mano y la de Teresa, nos obligó a estrecharlas, aunque se notaba a la legua que ninguna de las dos estábamos cómodas con el arreglo. Yo, a mi vez, le presenté a mi hermana, al tiempo que me encomendaba a todos los santos para que no se le ocurriera hacerle la reverencia.

—*Nice to please you* —le soltó mi hermana, a la que luego, pacientemente, expliqué que una de dos: o *Nice to meet you* o *Pleased to meet you*, pero jamás la estupidez que acababa de salir de su boca. «¿Te crees que soy tonta o que no sé inglés?», me respondió ella entre risas...

Teresa Trotti era una de esas personas que más que darte la mano, te la abandonan, de manera que eres tú el responsable de menearla, como si estuviera dormida o muerta, de flácida que te llega. Subida en aquellos tacones y con los quince o veinte centímetros de altura que nos separaban, yo parecía su súbdita, arrodillada, y ella la reina que me estaba tolerando como buenamente podía.

—¿Me acercas el agua, por favor?

Impulsada por una fuerza extraña, superior a mi voluntad, corrí hacia la mesa junto al sofá y le serví agua helada en un vaso. Bebió y me sonrió.

—Gracias —dijo—. ¿Te importa dejar otra vez el vaso en la mesa?

¡Ay, tonta de mí! Obedecí de nuevo, y lo habría hecho mil veces, si ella me lo hubiera pedido. O le habría abrochado el botón de arriba, o soltado el

nudo del cinturón, o sujetado el mechón de pelo con una horquilla, o limpiado el brillo de la frente con un pañuelito de papel. Pero no hizo falta. Para eso había más gente, servil y adulatora, revoloteando a su alrededor y haciendo realidad todos sus deseos antes, incluso, de que ella los formulara.

Dentro de mí se fue instalando una persona diferente: la actriz desenfocada de Woody Allen, borrosa y opacada ante la luz de la estrella, tal era el poder de Teresa Trotti.

Me pregunté cómo era de extenso el radio de su dominio y descubrí que llegaba lejos, muy lejos: yo, que siempre he sentido un gran respeto hacia el noble arte de la equitación —por no decir un miedo visceral—, me sorprendí ofreciéndome voluntaria para sujetar un foco a lomos de un caballo, mientras Teresa, vestida de amazona, era fotografiada llevando las riendas de otro.

—¿Alguien sabe montar a caballo?

—¡Yo!

—¿Tú? —Mi hermana no salía de su asombro.

—¿Podrías seguir a la yegua de Teresa con este reflector, a, digamos, metro y medio de distancia?

No hizo falta que me cambiara de ropa ni de calzado; ya conocía la etiqueta de Noland Towers y en esta ocasión había llenado mi maleta con mis mejores prendas de campo. Elegantes, claro. Compradas en la armería donde me conocían desde niña. Llevaba pantalones elásticos de pana y botas de caña alta de cuero repujado, y un chaquetón impermeable muy bonito en cuyo bolsillo encontré un cartucho disparado.

Suelo guardar cartuchos disparados por todas partes. Me encanta el olor a pólvora que desprenden cuando todavía están calientes. Los recojo del suelo, en cuanto el cazador abre la escopeta, y me los llevo de inmediato a las fosas nasales. Inspiro y noto el perfume a tomillo, o a jara, o a tierra mojada, o a trigo húmedo, mezclado con el del humo que sale del cartucho. Pasábamos muchas tardes de verano tirando al plato en lo alto de un cerro sembrado de lavanda. Mi padre era el mejor tirador del mundo. Mi héroe de niña. El campeón. Ganaba copas inmensas y sabrosos jamones en las fiestas del Carmen y su foto salía todos los años en el periódico local.

Nos trasladamos en manada hasta las cuadras. Teresa se había disfrazado de amazona inglesa, hostigadora del zorro, con una chaqueta de *tweed*

ajustada en la cintura y unos pantalones blancos de montar que le hacían un trasero divino. Eso dijo Testino.

A ella le correspondió una yegua blanca, diría que española, y a mí un monstruo negro con los ojos inyectados en sangre.

Me fijé en que mi hermana se había puesto a rezar entre dientes —me dio la impresión de que llevaba un rosario en el bolsillo—; y se lo agradecí, aunque pensé que la precaución era excesiva. Había un mozo agarrando las riendas de mi caballo y otro vigilando todos mis movimientos.

¿Por qué no sujetaron ellos el foco, aquellos mozos de cuadra, fornidos y vigorosos? Creo que alguien lo sugirió, pero yo, muy digna, me hice la ofendida. ¿Qué mosca me picó? ¿Qué quise demostrarle a Teresa o a mí misma?

Fue azuzar un pelín a aquel bruto del demonio y salir galopando, todo en uno. Nada parecido a la parsimonia de mi yegua vieja, querida, que no corría porque no le daba la gana.

Alcancé a oír los gritos de mi hermana: «¡Suelta el foco! ¡Coge las riendas!». Pero en la distancia, confundidos con el ruido de los cascos, la agitación y el resoplido de mi caballo, parecían los murmullos del viento entre los árboles.

A toda velocidad, cruzamos el jardín, nos internamos en el bosque de robles y hayas con el suelo cubierto de helechos, atravesamos un sembrado que terminaba en un río caudaloso, corrimos, volamos, lancé el foco a hacer puñetas, clavé las rodillas en los flancos de mi montura y le rogué a Dios, a gritos, que lo hiciera parar, lo cual no sirvió más que para animar al animal a seguir corriendo, más deprisa, en pos de un zorro imaginario o una liebre invisible, o una reala de perros de caza.

Llegados a este punto sería estupendo que sonara una música de fondo; algo compuesto por John Williams por ejemplo, que se fundiera con mi voz y sirviera para introducir en el plano la imagen de Nelson Noland acaparando de pronto toda la pantalla, con su mirada de águila, su mandíbula apretada y los puños sujetando con fuerza las riendas de su propio caballo al galope.

Nelson, que había escuchado mis gritos desde lo alto de una colina, bajó como una centella ladera abajo, se puso a mi altura, agarró la brida de mi monstruo y logró detenerlo, igual que hubiera hecho Superman o míster

Darcy en medio de una tormenta de rayos y truenos. Lástima que ese día luciera un tímido sol y la escena no resultara tan dramática como podría haber sido en un día de lluvia.

Nos miramos de frente, ambos con la respiración entrecortada, y noté que Nelson me reconocía a pesar de la congestión de mis músculos faciales. Parpadeó, dijo: «Pero...», y yo no pude darle ninguna explicación porque sin venir a cuento me eché a llorar como una niña pequeña y aterrada.

—No llores, compañera —me rogó, incómodo.

Y entonces hizo algo sumamente inesperado. Desde su silla de montar se inclinó hacia mi caballo y me abrazó.

Yo dejé descansar mi cabeza en su hombro derecho. Olía igual que el cartucho de mi bolsillo, a monte, a animal salvaje. Y estaba caliente, tenso, húmedo. Lamento confesar que llené de mocos su camisa de franela.

Entonces escuchamos los cascos de otros dos caballos a nuestras espaldas. Los mozos de cuadra habían salido al rescate.

—¡Todo está bien! —les tranquilizó Nelson desde lejos—. ¡Ella está bien! ¡Está conmigo!

De lo que vino a continuación no soy capaz de ofrecer demasiados detalles porque aún hoy me resulta difícil distinguir la realidad de la fantasía. Creo que Noland me tranquilizó con palabras bonitas y que me hizo reír cuando terminé de llorar.

Desmontamos ambos y caminamos despacio, cruzando un prado muy verde hasta un camino entre árboles. Desde allí, bajando campo a través, llegamos a una carretera secundaria, la que llevaba hasta el pub de la corona, el escudo y el león donde, el día del entierro de su padre, vimos a Nelson derrumbarse ante una pinta de cerveza.

—¿Puedo invitarte a una tila?

—Muy gracioso.

Pero, de cualquier modo, nos sentamos los dos a la mesa de madera del jardín trasero, la que se asomaba al estanque, atamos los caballos a un árbol y Nelson entró en el pub y salió con un par de tazones humeantes.

—Chocolate caliente con azúcar y canela —anunció—. Especialidad de la casa.

Así logramos templar mis nervios —los dientes todavía me castañeaban

un poco— y de paso entrar en calor, porque hacía un frío tremendo.

Le puse en antecedentes sobre el lamentable estado en el que encontraría su casa a nuestro regreso: la muchedumbre a las órdenes de Testino, las brillantes ideas de decoración del señor Smith, la desesperación de las floristas y la inminente llegada del *catering* con el avituallamiento para aquella especie de ejército hambriento. Le advertí que le esperaban con mucha impaciencia, que quedaban ya muy pocas horas de luz.

Entonces, al acercarse Nelson el tazón a los labios, me fijé en que llevaba una argolla en el dedo anular.

¡Ya está!, pensé, ya han intercambiado los votos, ya se han comprometido formalmente. Ya habrán fijado la fecha y el lugar de su boda; ya estarán encargadas las invitaciones y avisado el *wedding planner*.

Nelson me pilló examinando el anillo. Buscó mi mirada, la sostuvo durante un instante, como si supiera lo que estaba pasando por mi cabeza, y luego se frotó las manos.

—¿Cómo está Teresa? —preguntó.

—Espectacular.

—Pues habrá que ir a comprobarlo.



De vuelta en Noland Towers, los vi juntos por primera vez. Y tengo que reconocer que conformaban la pareja más fantástica del mundo. Subieron a cambiarse de ropa y cuando volvieron a bajar parecían los protagonistas de una superproducción de cine.

Cara se emocionó tanto que soltó un gritito al verlos.

—No te olvides de las mermeladas —me recordó al oído—. ¿Crees que podríamos colocarlas sobre la mesa, justo ahí, donde ella está apoyando el brazo? Es importante, ¿sabes?, para Nelson, quiero decir.

Asentí, ¿qué otra cosa podía hacer? Era su única condición.

—Tomasso se ha hecho cargo de la distribución de la marca para toda Italia —me aclaró en voz baja—. Pondrá a la venta las compotas y mermeladas de Noland Towers en los supermercados de la familia. Es una buena noticia.

Volví a asentir.

—Entre tú y yo —me confió—, la verdad es que de ello depende la supervivencia del patrimonio de Nelson. Todas estas propiedades históricas, estos latifundios... no se sostienen si no es con un negocio rentable que los

respalde. Son deficitarios, por sistema. Y lo poco que gana dando clase y escribiendo tratados sobre patos no creo que sea suficiente ni para comprar la comida de los caballos. —Hizo una pausa, arqueó las cejas—. Después de las mermeladas probaremos suerte con las verduras orgánicas y luego, ¿quién sabe?, galletas, salsas... Ya lo están haciendo, y con muchísimo éxito, el príncipe de Gales y Paul Newman.

«Solo que en su caso es con fines benéficos», pensé yo mientras asentía por tercera vez, igual que San Pedro, que negó tres veces a Cristo antes de que cantara el gallo.

Hablé con la estilista, le expliqué el caso y ella, discretamente, colocó dos tarros de mermelada entre las botellas de Chardonnay. Al verlo, Mario Testino contrajo el gesto, pero se encontró con mi cara de angustia, mis hombros encogidos, mi ruego silencioso, e hizo de tripas corazón. Michael Smith, en cambio, ajeno como estaba a nuestra pequeña conspiración, puso el grito en el cielo.

—¡A qué viene esta aberración! —exclamó, lanzándose en plancha contra la mesa.

Y fue entonces cuando Nelson se dio cuenta de lo que ocurría. Me dedicó una mirada furiosa, la cual redirigí yo, como vil soplona, hacia su madrastra. Cara salió de puntillas por la puerta entreabierta mientras Nelson, indignado, se levantaba, agarraba los tarros y los lanzaba a estrellarse contra el sofá. Afortunadamente, claro, porque los mullidos cojines de pluma de oca que Smith había colocado por toda la casa hicieron las veces de red protectora y salvaron los muebles del desastre.

Aquello resultó tan violento que la misma Teresa dio un respingo dentro de su vestido corto bordado en cristales Swarovski y dejó escapar un suspiro de incomodidad.

—¡Nellie! —se quejó con voz de tonta—. ¿Has perdido la cabeza o qué te pasa?

—¡Eso debe de ser! —replicó Nelson y acto seguido abandonó la escena dando grandes zancadas y murmurando entre dientes.

No hubo manera de tomar ni una sola fotografía más de la pareja. Tuvimos que conformarnos con las dos imágenes magníficas que Testino había logrado captar en los diez minutos escasos en los que tuvo a Nelson a

su merced.

Una de las dos, por suerte, pudimos utilizarla como portada. En ella Teresa miraba coquetamente a la cámara mientras Nelson clavaba sus ojos color avellana en la belleza insuperable de su prometida.

Fue una portada antológica; un éxito rotundo, histórico, por el que recibí las más calurosas felicitaciones. Periodistas de postín hablaron de mí en sus programas de radio, alabando el estilo, la oportunidad y la calidad de la producción. Mis padres me invitaron a cenar en Horcher, pedí ensalada de perdiz, solomillo Strogonoff a la mostaza de Pommery y Baumkuchen. Un camarero me colocó un cojín bajo los pies, otro me sirvió vino tinto de Rioja y mi padre se empeñó en descorchar una botella de champán para brindar por mi primer éxito.

Yo, sonriendo por fuera, sentía que me moría por dentro.

El resto de aquel tortuoso día en Nelson Towers transcurrió —como era de esperar— entre la satisfacción indisimulada de Teresa y la ausencia también indisimulada de Nelson, el cual se cambió de ropa, se puso el mismo jersey raído que llevaba el día en que lo conocí y volvió a internarse en el bosque. Como al irse tenía cara de pocos amigos, no me atreví a recordarle que debía contestar a las preguntas de mi entrevista. Tuvo que ser Teresa quien respondiera por los dos. Se sentó a la mesa de nogal de su dormitorio ante una bandeja de pequeños sándwiches cortados en cuadraditos, tomó uno de pepino, haciendo pinza con los dedos, y se dedicó a mordisquearlo mientras parloteaba.

O no tuvo en cuenta mi cara de hambre, o prefirió ignorarla, porque en ningún momento me ofreció un bocado. El último alimento que había ingerido yo aquel día había sido el chocolate caliente al que me había invitado Nelson después del susto, y de eso hacía más de tres horas.

Los demás miembros del equipo de producción, al que se había sumado Cara Noland, elegantísima con un vestido negro, ajustado, se encontraban en ese momento dando buena cuenta del magnífico menú escogido por mí y pagado por la revista. Consistía en varias ensaladas, diversos sándwiches, rollitos de salmón ahumado, dados de pechuga de pavo con mostaza de Dijon, pasteles fríos de carne en gelatina y una tabla de quesos franceses, algunos al aroma de trufa y otros a las finas hierbas.

Hasta el lugar donde nos encontrábamos Teresa y yo llegaban sus voces alegres, sus risas y sus felicitaciones por el trabajo bien hecho. Mi hermana me contó que Testino pronunció unas palabras de agradecimiento y que el siniestro hombre del maletín derramó una lágrima.

No lo sé. Yo estaba sentada ante mi peor pesadilla, constatando que estaba igual de guapa con la cara lavada que recién maquillada y haciendo un gran esfuerzo por resultarle encantadora, mientras vigilaba que la grabadora funcionase, que los dientes de la casete girasen con normalidad, que no se terminase la cinta, que la pregunta que viniera a continuación no la hubiera respondido ya anteriormente, que no le ofendiera mi manera de indagar en su vida privada y que no se me olvidara averiguar lo más importante:

—¿... Y han decidido ya la fecha y el lugar de su boda?

—Sí. El 5 de junio, en Villa Trotti.

Esa respuesta fue para mí lo mismo que una condena a muerte. Quedaban menos de cuatro meses para que Nelson pasara a ser oficialmente suyo. En su dedo anular también había un anillo en el que brillaba un solitario —mucho más pequeño que el de Cara, sí, pero igualmente envidiable.

Tuvimos un desencuentro a tenor de la sortija:

—No voy a decirle cómo me entregó el anillo; eso es privado. Solo le contaré que fue la declaración de amor más romántica del mundo. Jamás imaginé que Nelson fuera capaz de arrodillarse en público y... ¡espere, no escriba eso, acabo de faltar a mi promesa de no entrar en detalles!

—No se preocupe, no voy a...

—¿Podría, por favor, borrar esto último de la grabadora?

—No es necesario, de veras. Confíe en mí, no voy a utilizarlo.

—Ya —contrajo el gesto—. Pero bórrelo.

Detuve la grabación, rebobiné.

—¡Bórrelo! ¿Me oye?

—¡Que sí! —repliqué en un tono demasiado agudo para resultar amable.

—¡Vaya, qué modales! —me recriminó Teresa—. Veo que tiene usted muy poca paciencia. O muy poca experiencia. Dígame la verdad. ¿Había hecho esto alguna vez antes?

—Claro que sí, muchísimas veces —mentí—. Además, no hay ningún motivo de preocupación —le aclaré—. El duque de Noland y yo hemos

llegado a un acuerdo por el cual no se publicará nada que él no haya leído con antelación.

—¿Y ese apaño suyo me incluye también a mí? ¿Podré aprobarlo yo antes de que salga publicado?

Por no entrar en discusiones estériles sobre la diferencia entre leer y aprobar, le respondí que había dado por hecho que ella estaría con Nelson cuando recibieran el borrador y que trabajarían juntos en las correcciones. A eso no me respondió más que con un frío asentimiento.

—Escriba que el anillo es una pieza única, diseñada en 1794 para Carolina de Brunswick, esposa de Jorge IV, reina consorte de Inglaterra y Hannover. Supongo que conoce su historia. ¡Ah, que no! ¿No la conoce? Es una historia fascinante y el nexo de unión entre nuestras dos familias. A ver, le cuento, tome nota: el suyo fue un matrimonio de conveniencia. Ella era hija de un acaudalado duque alemán y él estaba a punto de perder la corona por derrochador y mujeriego. No tuvo más remedio que desposarla, a pesar de que en cuanto la vio sintió una terrible repulsión hacia ella: dijo que era fea, que olía mal, y pidió que le sirvieran un brandy. La noche de bodas estaba tan borracho que rodó de la cama al suelo y durmió como un perro, a los pies de ella. Después trató de desacreditarla acusándola de todo tipo de indignidades y logró apartarla de su única hija: la princesa Charlotte. Carolina de Brunswick, despechada, viajó entonces a Italia y compró una villa magnífica a orillas del lago Como; la Villa del Garrovo, que pertenecía a la viuda del marqués de Calderara, una exbailarina de la Scala de Milán llamada Vittoria Peluso, la cual le presentó al joven y atractivo ayudante de cámara Bartolomeo Pergami, barón de Franchina y antepasado mío por línea materna. Se hicieron inseparables. Compartieron techo y lecho, o eso se dijo entonces, y formaron la pareja más derrochadora, excéntrica y escandalosa de su época. ¿Que dónde está el nexo de unión con los Noland? Muy fácil, apunte: el primer duque de Noland era cuñado de la reina Ana de Inglaterra, prima segunda de Jorge IV.

—Veo que le interesa la historia —se me ocurrió apostillar después de semejante exposición.

—No mucho —replicó, sin dejar de contemplar el anillo de Carolina de Brunswick—. Pero me gusta conocer la historia de las cosas que poseo.

Me dio un coraje tremendo oírle hablar en esos términos de Nelson. Entiendo que se refería al anillo, pero lo dijo en tono petulante, como si ocultara una segunda intención, dañina y afilada, y pretendiera que yo la insinuara entre líneas. ¿Matrimonio de conveniencia? Enseguida me vino a la mente la conversación de las duquesas en París: «... y un agujero en el banco del tamaño de una galaxia». Me di cuenta entonces de lo oportuno de la fortuna Trotti para la supervivencia de la casa Noland, y en mi cabeza, de repente, surgió la duda.

Cara acababa de poner a Nelson en evidencia con el empeño aquel de colar los botes de mermelada en nuestras fotos. Me había puesto al corriente —solapadamente— de los problemas financieros por los que atravesaba el joven duque y de la intervención providencial del futuro suegro en la economía familiar. Había sido ella la artífice del encuentro entre Nelson y Teresa; efectos colaterales —o eso creía yo hasta ese momento— de su interés por Tomasso Trotti.

—Y sabiendo lo infeliz que fue aquella princesa... —me lancé a degüello, lo reconozco—, ¿no teme que su anillo pueda traerle mala suerte?

—No soy supersticiosa, si es a eso a lo que se refiere —me respondió altiva—. Y además, no creo que Carolina de Brunswick fuera tan desgraciada como usted piensa. Después de todo llegó a ser reina de Inglaterra y disfrutó de los placeres prohibidos con su amante italiano. ¿No le parece?

También me dijo otras cosas: que amaba muchísimo a Nelson, que lo suyo había sido un flechazo de los de novela rosa, que estaba deseando que llegara el día de su boda y que muy pronto, cuanto antes, sí, le gustaría tener hijos.

La misma pregunta, la de los hijos, la respondió Nelson por fax:

«La historia centenaria del ducado de Noland, el patrimonio de la familia y la continuidad de nuestro apellido dependen ahora de mí. Soy consciente de que soy el último eslabón de una larga dinastía y es mi deber asegurar su futuro».

Ya suponía yo que las preguntas respondidas por fax no resultarían tan espontáneas como si la entrevista hubiera podido hacerse cara a cara. Pero en el caso de Nelson necesité una gran dosis de imaginación para conseguir que un lector del siglo XX pudiera asimilarlas y digerirlas con normalidad. Las

intercalé con las declaraciones de Teresa y utilicé las armas del periodismo moderno, al estilo Truman Capote en *A sangre fría* (salvando las distancias, claro), de manera que el texto quedó a medio camino entre la realidad y la fantasía; «novelado», podría decirse, y así logré que la historia de amor entre Nelson y Teresa pareciera un cuento de hadas y las voces de uno y otra resultaran verosímiles en el contexto. Encaje de bolillos, en fin.



La mañana siguiente a nuestro regreso de Inglaterra estábamos mi hermana y yo desayunando, como de costumbre, magdalenas mojadas en leche y unas legítimas y acreditadas tortas de aceite de Inés Rosales, y comentando algunos detalles de nuestra aventura, cuando apareció nuestra abuela recién levantada.

Para entonces, yo ya había puesto al corriente a mi hermana de la noticia del compromiso entre Cara Noland y Tomasso Trotti, su añorado primer amor. Le había descrito con metáforas y símiles (juzgué que las palabras no eran suficientes) la opulencia de aquel diamante colosal. La había obligado a jurarme que no repetiría a nadie la información confidencial que compartíamos, y ella, llevándose la mano al pecho y cubriendo con ella su medalla de la Virgen de Lourdes, había declarado: «Puedes estar segura de que no contaré nada».

También habíamos examinado juntas y llegado a la misma conclusión — negativa— el asunto de la intervención del futuro suegro en los asuntos financieros de Nelson. A las dos nos parecía que Nelson corría el riesgo de convertirse en la secuela del protagonista de *Ojos negros*: un pobre diablo

dependiente de la fortuna de su mujer. Sus aspiraciones marchitas, su dignidad herida, su hombría en entredicho. Un holgazán, un parásito, un mantenido. ¿Qué sería de su carrera docente, de su espíritu científico?

Pero lo que de verdad habíamos analizado al detalle, lo que habíamos sometido al microscopio, vaya, era la auténtica naturaleza del romance entre Nelson Noland y Teresa Trotti de Visconti. No nos fiábamos de la italiana. A las dos nos había dado la impresión de ser una gran actriz: dulce con Nelson, melosa con Testino, dominante conmigo y aviesa de intenciones en general.

El negocio de los matrimonios por conveniencia es más viejo que el mismo mundo: a lo largo de los siglos ha salvado coronas, unido reinos o librado haciendas de la ruina a cambio de proporcionar títulos nobiliarios, abrillantar orígenes dudosos o abrir las puertas de los reductos reservados a la alta sociedad.

El caso del duque de Noland parecía de libro. Mi teoría se completaba: «Niño solitario ávido de cariño que crece lejos de casa, abandonado a su suerte por un padre adicto a la adrenalina, construye una coraza de protección alrededor de su frágil corazón para que nadie descubra lo sencillo que es herirle, desarrolla una pasión obsesiva por las aves, dedica a ellas cada momento, cada pensamiento, cada latido, cada bocanada de aire, y se deja seducir por una bella mujer que le es indiferente... para asegurar la pervivencia de su apellido y conservar el patrimonio de su familia».

Por parte de Teresa, en cambio, la cosa estaba menos clara, pero era igualmente verosímil, teniendo en cuenta que tal y como me había insinuado Cara: «Nadie puede presumir de una fortuna amasada a base de vender verduras, fiambres y ultramarinos, por muy fabulosa que esta sea».

Emparentar con un duque inglés de los de Orden de la Jarretera, escudo de armas, casa solariega, club social, antepasado ilustre y ascendencia real es, tal vez, la opción ideal para un «primer matrimonio», sobre todo si la dama en cuestión es casquivana y vividora y tiene previsto conservar el apellido del marido después del divorcio.

En esas estábamos, digo, cuando aparecieron mi abuela, su bata, su caniche, su Chanel número 5 y su porte de reina, zapatillas de noche con tacón, media melena caoba ondulada y suelta, peineta de perlas y brillantes y dijo:

—O Jackie Kennedy.

—¿Qué?

—También era periodista.

Una de las habilidades más asombrosas de mi abuela consiste en no perder jamás el hilo de una conversación, por muchas voces que la comporten o mucho tiempo que transcurra entre una intervención y otra. Probablemente adquirió esta virtud durante su juventud en Palencia, cuando —según dice— todas las tardes se reunían más de veinte primos a merendar en la casa de sus padres y el griterío se escuchaba por toda la calle Mayor.

—Igual que Véronique Passani —nos aclaró—. ¿No estábamos hablando de jóvenes periodistas que sedujeron a los hombres a los que entrevistaron?

—Ciertamente —respondí.

—No está claro que ella lo entrevistara. Se dice que se conocieron en una cena. Pero sí es cierto que Jackie trabajaba entonces como reportera y fotógrafa para el *Washington Times Herald* y seguramente le hizo alguna pregunta para su columna diaria sobre actualidad. Él era senador, soltero, bien parecido. Ella hablaba francés; había estudiado en la Sorbona, procedía de una familia acaudalada, tenía *charme* y le interesaba la política. Eran perfectos el uno para el otro. Hacían una pareja preciosa.

—Pues las malas lenguas...

A mi abuela se le demudó el gesto. Un sentimiento de ira incontenible se hizo dueño de su otrora dulzura y el espíritu de Escarlata O'Hara volvió a encarnarse en ella. Apretó mandíbula y puño. Golpeó la mesa haciendo temblar platillos, tazas y cucharillas.

—¡Nunca hagáis caso de las malas lenguas! —nos reprochó indignada—. Siempre habrá personas malintencionadas, envidiosas y dañinas tratando de ensuciar las historias bonitas o desacreditar a las buenas personas.

—Vamos, abuela —argumentó mi hermana—, no te creerías que se casó con Onassis por amor, ¿verdad?

—Poco importa lo que yo crea o deje de creer. No era mi historia. Era la historia de una mujer que había presenciado el asesinato de su marido. Una criatura atemorizada, necesitada de cariño y protección. Y de un hombre que podía darle todo eso y mucho más. ¿Quién soy yo para juzgar los motivos que los llevaron al altar? ¿Por qué debería creer antes la versión desagradable

que el cuento de hadas?

Temí —por la salud del caniche— que súbitamente se levantara de la silla en la que estaba sentada, así que le prometí solemnemente que me conduciría siempre guiada por aquella filosofía del periodismo amable.

Y a partir de ese momento me obligué a mí misma —y a mi hermana— a erradicar de nuestras conciencias la teoría que habíamos empezado a concebir sobre Teresa y Nelson.

Jamás volveríamos a insinuar que el suyo pudiera ser un apaño de conveniencia y trataríamos de asimilar que su amor era puro como la nieve virgen. Lástima que algunas veces la voluntad campe por sus respetos y sea indoblegable, por mucho que uno se esfuerce en dominarla. A pesar de que nunca volvimos a hablar del tema en voz alta, nos bastaba con cruzar la mirada para saber que la sospecha continuaba allí, en lo más profundo de nuestro común entendimiento.

A raíz de la publicación del reportaje, muchos medios de comunicación internacionales se hicieron eco de la noticia. Teresa Trotti de Visconti era una de las jóvenes casaderas con más atractivo para las revistas de sociedad, belleza y moda del momento. Su estilo se analizaba al detalle y era imitado por muchísimas chicas de su edad. Se la consideraba una especie de gurú del buen gusto; se copiaban sus peinados de rizos deshechos, sus colgantes de dorado macizo, sus zapatos planos y sus sempiternas gafas de sol. Hasta hubo una casa de moda que fabricó un bolso con cierre en doble T especialmente diseñado para ella: el «Teresa T», que se convirtió rápidamente en el último grito en complementos.

Fue por su miedo a enfriarse la garganta que se pusieron de moda los pañuelos de seda anudados al cuello y por su reticencia a enseñar los tobillos, que se comenzaron a usar calentadores de lana. Por su extravagancia a la hora de estirar las mangas de las camisas, que comenzó a estilarse llevarlas largas y probablemente fueron sus clavículas exageradas las que dieron lugar a las hombreras.

Un día de viento se colocó una diadema en la cabeza y al día siguiente se agotaron las existencias de diademas en Italia.

Dijo que era más elegante tener poco pecho y muchas niñas adquirieron la costumbre de caminar encorvadas para disimular sus nacies

protuberancias.

La primicia de su compromiso con el joven duque de Noland, un desconocido aristócrata inglés con más abolengo que la mismísima duquesa de Alba, pilló a todo el mundo por sorpresa. De la noche a la mañana, Nelson saltó a la luz pública como el novio formal de Teresa Trotti de Visconti. Se escribieron infinidad de artículos sobre su educación elitista, su doctorado por la Universidad de Oxford, las legendarias hazañas de su padre, la frágil salud de su madre y la vitalidad de su madrastra. Se remontaron en su árbol genealógico hasta que lograron emparentarlo con arzobispos de Canterbury y reyes medievales. Se fotografió la propiedad de Noland Towers desde un helicóptero y en la foto que salió publicada en uno de los tabloides más populares del Reino Unido, yo reconocí la figura de Nelson tratando de esconderse de las cámaras entre los cañaverales de la laguna.

Supuse que Cara estaría feliz con el revuelo mediático. Las mermeladas de Noland Towers se estaban haciendo famosas al mismo tiempo que su propietario. Sobre todo el nuevo sabor, a rosas, conmemorativo del feliz acontecimiento, que llevaba en la etiqueta del tarro un retrato de Nelson y Teresa rodeados por un corazón.

A mí me llegó por correo ordinario a finales de marzo, dentro de una cajita azul y con una tarjeta de Scriptum en la que la duquesa me deseaba, por adelantado, unas felices Pascuas.

Siguiendo un impulso inexplicable, me presenté en casa de mi abuela materna con el tarro en cuestión y una cara de Dama de las Camelias que a ella no le pasó desapercibida.

—Ya te advertí sobre los amores no correspondidos —me recordó.

—Sí. Lo hiciste.

—Mi tía Carmen...

—... se quedó para vestir santos.

—Por tonta.

Untó la jalea rosada, gelatinosa, en la tostada de pan de molde. Se la llevó a la boca y la saboreó con los ojos cerrados. Le asombró el gusto a flores. Repitió aquello de que los ingleses son unos auténticos maestros en el arte de inventar mermeladas, y cuando más concentrada estaba en el placer que le proporcionaba el dulce, se le ocurrió una grandiosa idea.

—Te invito a comer mañana.

¡Ay de mí! Acepté aquella invitación con una candidez asombrosa.

Creí que mi abuela trataba de levantarme el ánimo con un suculento almuerzo, y no me di cuenta de que se trataba de una encerrona hasta que me vi delante de un *soufflé* de queso y de un lechuguino con corbata de lana, que se apellidaba Mazarino, igual que su ilustre antepasado; el famoso cardenal que sucedió a Richelieu como primer ministro de Francia.

Resultó que sus bisabuelos habían sido vecinos de los míos en San Sebastián. Su amistad se remontaba a los años anteriores a la guerra, cuando alquilaban toldos colindantes en la playa de la Concha. Mi abuela nos relató una anécdota inverosímil sobre cierto registro militar del que salieron todos airoso gracias a que las chimeneas de una casa y otra se comunicaban a medio tiro y lograron burlar a los soldados saltando de un lado al otro.

Mazarino escuchaba la historia sin perder ripio, aunque de vez en cuando apartaba la vista de la narradora —o sea mi abuela—, para clavarla en mí. Cuando le llegó el turno, juzgó interesante ilustrarnos sobre los capítulos más desconocidos de la biografía de su tatarabuelo.

—Muy poca gente sabe que Giulio Mazzarini estuvo a punto, ¿verdad?, de casarse con la hija de un usurero de Alcalá de Henares, ¿verdad?

Utilizaba aquella coletilla muy a menudo, tal vez por una necesidad inconsciente de darse ánimos a sí mismo. También intercalaba palabras en francés cuando uno menos lo esperaba. Era el ser humano más redicho con el que había coincidido hasta entonces, superando con creces a la labia insufrible del cronista oficial de la noble villa de Salamanca, hombre de letras y gran amigo de mi abuelo, que venía a visitarnos algunos domingos después de misa.

—Se había educado en el colegio de los jesuitas de Roma, donde fue un *étudiant brillant*, pero al llegar a cierta edad se volvió un *bon vivant*, aficionado al juego, ¿verdad?, y a otras diversiones, así que lo enviaron a España para que estudiara derecho canónico. Allí se enamoró de la hija de su prestamista y, ¡voilà!, decidió contraer matrimonio con ella. Afortunadamente, su mejor amigo se lo impidió y...

—¿Por qué afortunadamente? Tal vez habría sido muy feliz casándose con ella —reliqué yo, más por fastidiar que por otra cosa.

—Pero la historia habría perdido a uno de sus grandes hombres, ¿verdad?

Mazarino había traído *marrons glacés*. Nos los sirvieron con el café, en una bandejita de porcelana, y mi abuela no paró de alabarlos, como si los hubiera cocinado él en persona en lugar de comprarlos en la misma confitería en la que solía encargarnos yo. Para amenizar la sobremesa, no se le ocurrió otra cosa que mostrarnos su habilidad al piano. Era un virtuoso del instrumento. Se sentó muy tieso dándonos la espalda, tomó aire y nos deleitó con una de las piezas para clavicémbalo de Johann Sebastian Bach. Ahí se equivocó. Lamento admitir que nunca en mi vida he podido soportar la música barroca, especialmente las composiciones para órgano y clavecín. Si hubiera nacido en el siglo XVIII y me hubiera librado de ser quemada en una hoguera acusada de brujería, cosa que dudo dada mi afición a las infusiones de hierbas, habría preferido morir en la horca antes que soportar un concierto completo de música de cámara. Por suerte, al carecer de partitura, el muchacho se vio obligado a detener su arrebató artístico después de quince o veinte minutos. Durante todo aquel tiempo, yo estuve recordando el mágico momento en el que Nelson Noland me llevó a conocer la capilla de su colegio y logró conmoverme con su interpretación de las canciones de Aretha Franklin. Se me debió de quedar cara de arrobó, porque mi abuela malinterpretó la expresión y creyó que había tenido éxito en su misión de casamentera. Al despedirnos, en el rellano de la escalera, me guiñó un ojo en señal de complicidad mientras Mazarino se agachaba a besar su mano.

El ascensor de la casa de mi abuela se fabricó en el año 1905. Era un Stigler de caoba y cristal, con copete, tres puertas, asiento de terciopelo rojo y herrajes niquelados. El último grito, vaya. Hacía ruido de engranajes, crujían las bisagras y tardaba tres minutos de reloj en bajar los seis pisos. Aterrizaba con un brinco de vértigo en una especie de jaula que se abría desde dentro. Divertido para jugar con los primos a ganarle la carrera al ascensor antes de que llegara al cuarto piso, o para apretar el botón de emergencia en mitad del viaje, pero no para quedarse atrapada con un extraño, menos aún si se trataba del descendiente más rancio del ilustre cardenal Mazarino. Contuve la respiración durante todo el trayecto, detalle que no le pasó desapercibido al lechuguino.

—Veo que tienes miedo a los ascensores —dijo, acercándose

peligrosamente a mi zona de confort.

—¡Qué va!

Debí haberle dicho que sí. Que me daban pánico los espacios cerrados, igual que a mi abuela paterna, que sufre de claustrofobia y no consiente viajar sola en uno de estos inventos modernos. Pero al contradecirle de aquella manera, supuso que mi tensión era de otra clase. Todavía se pegó un poco más a mí. Menos mal que por fin pasamos el principal y llegamos a la entreplanta, donde terminaba nuestro viaje.

—Un día de estos te llamaré para invitarte a cenar —me amenazó al despedirse, y al ir a besarme, castamente en la mejilla, no sé qué movimiento hizo, que me desequilibré y acabó propinándome un húmedo ósculo en el ojo derecho. Tuve que parpadear varias veces para limpiar esclerótica, córnea, pupila e iris, que se me habían empañado.

Cumplió su promesa. Durante cinco días seguidos telefoneó a mi casa con una insistencia tal que se me acabaron las excusas. «¡Te llama Mazarino!», se escuchaba mañana, tarde y noche para mortificación personal y deleite de mis hermanos. Finalmente decidí agarrar el toro por los cuernos y acabar con aquel acoso.

—Está bien. ¿Dónde?

—Donde tú quieras.

—El mesón del Paleto, mañana a las diez. No llesves corbata, que no pega. Protestó un poco por mi elección, desde su punto de vista desafortunada.

—¿No prefieres el Saint James, el Palacio de Anglona o incluso el Príncipe de Viana?

Pero mi plan estaba ya en marcha. No había vuelta atrás.

—He dicho el mesón del Paleto, o lo tomas o lo dejas.

Lo tomó, claro, se había hecho ilusiones, y por ese motivo, nos encontramos él con una camisa de hilo, recién planchada, y yo con mi vieja cazadora vaquera forrada de borrego que hacía un siglo que no sacaba del altillo y que olía —si he de ser sincera— un poquito a naftalina. Claro que en ese templo del aceite frito no era posible distinguir otro aroma que no fuera el procedente de los fogones; es decir, el de las gambas al ajillo, el montado de lomo, los pimientos de Padrón o la chistorra de Navarra. Nos asignaron una mesa diminuta junto a la pared. A Mazarino se le notaba algo fuera de lugar;

miraba a su alrededor como si temiera que alguien le propinara una paliza sin venir a cuento, solo por su pinta de niño de papá, y noté que le resultaba difícil escoger su cena entre las sugerencias del chef.

—Me vas a traer unas croquetitas de salmón —le dijo al camarero—, y a la señorita, lo que ella desee, ¿verdad?

Entonces fue cuando dio comienzo mi maniobra de disuasión. Me armé de valor y me encomendé a mi bisabuela paterna, que era muy capaz de comerse un cerdo entero, ya fuera asado, guisado o convertido en morcillas y chorizos, y que era muy aficionada a mojar el pan en la salsa de las asadurillas. Se sentaba, como una reina, presidiendo la mesa del comedor, y si éramos menos de veinte primos decía que estábamos muy solos. Desde su atalaya vigilaba lo que comía cada uno de sus nietos y biznietos y a todos regañaba por igual: a unos por desganados, a otros por tragaldabas, y al final, siempre protestaba amargamente porque todas las noches su puré era de color verde. Se quejaba: «¿No hay más colores, solo el verde, para estos insípidos purés que me obligáis a tomar? ¡Que me hagan unos huevos fritos, unas chuletillas o una sopa de ajo!».

—A mí, tráigame, por favor, un plato de oreja. Muy crujiente.

El resto, como es de imaginar, consistió en una velada carente de conversación, porque cada vez que Mazarino sacaba un tema, yo contraatacaba dándole un buen mordisco a aquella oreja de cerdo, que tenía forma de oreja, y crujía, y a él parecía que los ojos se le iban a salir de sus cuencas. Hasta creo que la chupeteé con regodeo mientras preguntaba —retóricamente pero en voz alta y con la boca llena— si antes de cocinarla la habrían limpiado bien por dentro.

Ninguno de los dos pedimos postre. Fue la cena más rápida de la historia. Nos despedimos para siempre en la esquina de la calle Palafox. Él había aparcado su coche en la glorieta de Bilbao y yo insistí muchísimo en que prefería volver caminando a casa.

—Ha sido una *soirée* muy interesante, ¿verdad?

—*Bien sûr* —respondí en la lengua de sus antepasados, ya que él se empeñaba en hablarme medio en francés, y acto seguido, desapareció de mi novela sin más.



Solo faltaban siete días para que dieran comienzo las vacaciones de Semana Santa, cuando mi padre volvió a llamarme a su despacho y por segunda vez en menos de cuatro meses me enseñó un juego de diapositivas que me revolvió el poco estómago que me quedaba después del episodio de la oreja de cerdo.

En esta ocasión se podía ver a Nelson y a Teresa besándose en la tercera cubierta del yate *Valeria V* (tratándose la uve de la inicial del apellido Visconti y no de un cinco en números romanos como todo el mundo daba por hecho, considerando que el millonario más rico de Italia podía perfectamente ser propietario de otros cuatro buques idénticos a aquel).

La agencia de prensa aseguraba que los novios se encontraban navegando por el archipiélago de las Bahamas, «donde el padre de la novia, el magnate de los negocios Tomasso Trotti, acaba de adquirir, por la astronómica cifra de veinte millones de dólares, una paradisiaca isla privada como regalo de bodas para su hija. La isla, conocida como Cayo 43-2, situada en la cadena de Exuma, a unos ochenta y cinco kilómetros al sureste de Nassau, cuenta con varias playas de arena blanca y aguas cristalinas y dos fabulosas villas con

jacuzzi al aire libre».

Me desplomé sobre la butaca giratoria gemela a la de mi padre y me desinflé, derrotada, frente a él, con el panel de diapositivas en la mano. Mi padre no era consciente de que mi vínculo con Nelson Noland iba más allá del mero interés profesional. No se le había pasado por la cabeza, vaya, la idea de que hubiera podido enamorarme de un muchacho, al que —en esto tenía razón— solo había visto dos o tres veces en toda mi vida.

Yo le hablé de Véronique Passani y de Jackie Kennedy, pero no se conmovió con ninguna de las dos historias. Él estaba convencido de que mi amor platónico seguía siendo el bajista de Durán Durán, desde que a los quince años me obligó a cambiar de sitio el póster que había colocado encima del cabecero de la cama. «Ni que fuera Jesucristo», me había reprochado, y yo había tenido que conformarme con colgarlo detrás de la puerta del armario. Mi madre entraba todas las noches a darme un beso y siempre encontraba el armario abierto de par en par. Yo decía que era para que se ventilaran los jerséis.

Pero la historia del póster le anduvo rondando a mi padre mucho tiempo por la cabeza. Tanto es así que un par de años después me sorprendió concediéndome permiso para asistir al concierto que ofreció Duran Duran en el Palacio de los Deportes de Madrid, a pesar de que aquel acontecimiento reunía, en una sola noche, en un solo lugar, la mayor cantidad de amenazas imaginables para un experto en previsión de riesgos como él: avalanchas, peleas, drogas, muerte por falta de oxígeno, muerte por deshidratación, contagios de todo tipo, robo a mano armada, secuestro, violación, asesinato, el derrumbe del estadio o que saliera ardiendo el escenario.

«Puedes ir siempre que no te separes de tus primos», me impuso como única condición. Lo que yo no sabía era que, a mis espaldas, él había contratado los servicios de una empresa de seguridad privada y me había asignado dos agentes de paisano, fuertes como bueyes, con la misión de vigilar cada uno de mis movimientos y no separarse de mí en toda la noche. Supongo que el contrato incluía también la protección del resto de mis acompañantes, aunque ninguno de ellos la necesitara, dada su condición física y su juventud. De hecho, si hubiéramos puesto a pelear primos contra guardaespaldas, dudo mucho que estos últimos hubieran salido bien parados;

ya he dicho que crecí rodeada de primos muy machotes.

—No tengo nada que hacer —me lamenté amargamente, derrotada en aquella silla giratoria gemela a la de mi padre—. Es imposible competir con alguien como Teresa Trotti.

Mi padre levantó la vista de sus papeles.

—Una isla privada —me dijo él, que fue un niño hiperactivo sin diagnosticar— debe de ser la cosa más aburrida del mundo. Te aseguro que en menos de tres días tiene uno que estar deseando volver a casa. No me parece un buen plan, pasarse el día mirándose a la cara, sin nada que contarse, nada que hacer... por su bien espero que se hayan llevado algún juego de mesa. ¿Te sabes el chiste del náufrago que se encuentra con Claudia Schiffer en una isla desierta y...?

—¿El de «ponte este bigote, Claudia»?

Nos echamos a reír a carcajadas, sin importarnos que de vez en cuando entrara alguno de mis compañeros en el despacho y se contagiara de nuestras risas. Cuando volví a mirar aquellas fotografías y me detuve en la blancura de la arena, el azul del mar, la belleza de las palmeras cuajadas de cocos y el rastro inconfundible de las huellas de dos pares de pies descalzos sobre la playa, repetí para mis adentros las sabias palabras de mi padre: «Vaya tostón», y como, en cierto modo, su pasión por la Naturaleza y el apego que sentía hacia la tierra que le vio nacer —la árida meseta castellana— se asemejaban bastante a la manera de ser de Nelson, me convencí de que aquellos días en el paraíso y aquel regalo de bodas aparentemente envidiable acabarían convirtiéndose en un auténtico infierno para él.

Mi padre me vio salir del despacho con una determinación nueva en la mirada. «Eres tenaz», me había dicho unos meses antes, sin imaginar que esa frase despertaría a la bestia que dormía en mi interior. Lo dejé enfrascado en la tarea de confeccionar las páginas que abrirían la nueva edición de nuestra revista: un extenso reportaje sobre la ceremonia de entrega de los Oscar que se habían celebrado la noche anterior en el Dorothy Chandler Pavilion de Los Ángeles y en la que el film *Belle Époque* de Fernando Trueba se había alzado con la preciada estatuilla a la mejor película extranjera.

Sobre las mesas del despacho grande se amontonaban las más de dos mil fotografías que habíamos ido recibiendo durante aquella noche en vela y que

todavía seguían llegando a la redacción; unas procedentes de las agencias internacionales de prensa y otras que nos entregaban en mano los *courriers* recién aterrizados en el primer vuelo de la mañana.

Era divertido abrirles la puerta de la oficina a estos jóvenes mensajeros a los que financiábamos parte del precio de su billete a cambio de transportar nuestras fotos; casi todos estudiantes mochileros, muy despistados, que chapurreaban el español y preguntaban dónde podían encontrar un alojamiento barato en Madrid.

Aquel día, a mí me encomendaron la tarea de escribir un texto de dos columnas sobre las vacaciones de la princesa Diana y sus hijos en una estación de esquí austriaca. Se les veía contentos, a pesar del acoso de los fotógrafos y de los problemas familiares que también arrastraban por la nieve.

En una de las imágenes, al fondo, algo desenfocado, me pareció reconocer a William Carson luciendo sus gafas de sol polarizadas. Se deslizaba por la montaña en un perfecto estilo, con los esquís en paralelo y totalmente vestido de negro, mochila incluida.

Puede que se tratara de un escolta de la princesa, no digo que no, pero también es posible que mi 007 particular hiciera horas extras fuera de la sastrería y en su tiempo libre se dedicara a proteger a los miembros de la familia real. O tal vez su trabajo en G & H no fuera más que una tapadera para ocultar su auténtica misión de agente secreto.

En esas estaba yo, distraída con la descripción de la banda trenzada bicolor que se había colocado Lady Di en la cabeza, y tratando de pensar lo menos posible en las paradisiacas islas privadas que brotan aquí y allá, caprichosamente, en el océano Atlántico, cuando sonó el teléfono y era nuestro guarda mayor, para informarme de la repentina e inesperada muerte de mi perro.

Aquello sí fue un golpe bajo.

Para desgracias como esa, la vida debería tener la decencia de avisar con unos días de adelanto y darle a uno, al menos, la oportunidad de despedirse como corresponde de uno de los seres más bondadosos que nos regala.

Mi perro era un braco alemán marrón chocolate, narigudo, algo flaco, que tenía la mirada del color de la miel y olor a maíz tostado en los pies, al que había visto nacer una noche de abril, doce años antes, en el séptimo lugar de

un parto múltiple e inacabable, junto a sus trece hermanos mellizos, en el sofá verde del salón del cuarto de juegos.

Con toda mi dedicación lo alimenté a base de biberones primero y de carne picada después y lo consolé el día en que lo separaron de su madre. Conservé sus dientes de leche en un cofre almohadillado. Le enseñé a cazar atando con hilo invisible una piel de conejo que restregaba por el suelo. Le pillé en plena sesión amorosa con la perra del pastor y le salvé de morir ahogado cuando se lo llevaba la corriente, lanzándome al agua helada del río en noviembre. Él, a cambio, me lamió los codos ensangrentados la mañana sin suerte en la que me caí de la bicicleta sobre los macizos de piedras y ortigas, y me recibió todos y cada uno de los días de su vida con un saludo de esos a los que se refería Walt Disney cuando dijo que si hay una cosa en este mundo que nadie ha podido comprar con dinero, esa es el vaivén de la cola de un perro.

Había sido una muerte dulce e indolora, pero solitaria. Me hubiera gustado haber estado a su lado, acariciándole la cabeza y diciéndole palabras bonitas mientras se acababa su vida, igual que hice cuando daba comienzo, cerrando así el círculo de nuestra feliz historia en común.

El guarda me preguntó si lo enterraba y dónde.

—Subiendo al páramo por el camino del valle, hay una charca a la derecha, debajo de unos robles, ¿sabes cuál te digo?, y de ahí sale un senderito que llega hasta un castaño muy grande, el de la fuente fría, sí, que ahora todavía no tendrá hojas sino tal vez retoños, pero la tierra es blanda y la sombra, en verano, es la más agradable del monte porque cuando sopla viento del norte lo tapa la ladera que tiene detrás, y si viene del sur, que es el bueno, se queda entre las ramas. Ahí lo entierras, junto al tronco, y le pones una piedra grande encima para que yo sepa dónde está y para que no lo saquen los jabalíes. ¿Tiene los ojos cerrados...? Pues ciérraselos, si no te importa. Y una cosa más: la foto que tengo en mi cuarto, en mi mesa de noche, mira a ver si alguien me la puede mandar a Madrid en el coche de línea, por favor.

La fotografía a la que me refería la había tomado mi hermano el verano anterior, y en ella aparecíamos mi perro y yo abrazados como los grandes amigos que éramos, en la linde de un trigal durante un descanso entre mano y mano de una mañana de codornices. Los dos sonreíamos (la sonrisa canina es

algo que no sale en las fotos, pero se nota), yo llevaba el morral y él un collar de cuero, a juego con la canana de mi padre.

Retrataba, lo puedo asegurar, el momento más grato en la vida de un perro de caza. Misión cumplida; la pieza descubierta, señalada, azuzada y cobrada. Y la recompensa: la cálida mano del amo entre sus orejas, la felicitación al compañero, buen trabajo muchacho, el orgullo en mis ojos, que fui quien le enseñó primero.

Con esa fotografía —que llegó a mi casa cuando todavía me quedaban unas cuantas lágrimas y me sirvió para agotarlas todas—, encargué unas tarjetas con reborde negro para enviárselas como recuerdo a mis primos. Ellos también habían crecido tirándole de las orejas y lo querían casi tanto como yo. Hice treinta. Repartí veintiocho. Una me la quedé yo y la última se la mandé a Cara junto con una carta en la que le contaba lo desesperada que estaba por no ser capaz de creer en la existencia de un cielo para perros, con lo que consuela pensar que algún día volveremos a encontrarnos con nuestros seres queridos en algún lugar allende las nubes.

Su respuesta llegó a vuelta de correo, con la tinta violeta todavía húmeda. Me consolaba diciendo que ella sí creía en la vida eterna de los animales a los que amamos. «Si no por su alma —que aunque pura y limpia, pudiera ser mortal—, sí por las necesidades de la nuestra para ser feliz en el más allá. Yo no imagino un paraíso en el que no existan los perros o los caballos», me aseguraba, y me contaba la historia de los valientes huskies siberianos que salvaron a Tristan Noland de morir de hambre y frío durante su expedición al Polo Norte.

Aquel dramático episodio, al que ya se había referido William Carson mientras conducía su Aston Martin camino del aeropuerto, resultaba de lo más espeluznante si Cara Noland, armada con su bolígrafo de tinta violeta, se afanaba en relatarlo con pelos y señales. No me pareció la mejor manera de reconfortar a alguien que sufre, la verdad, pero le agradecí la premura y la intención, y más aún, la frase con la que terminaba su carta: «Nelson está tomando el té conmigo y me pide que te haga llegar su más sentido pésame».

Yo ya sospechaba que Nelson Noland tenía un corazón sensible escondido en alguna parte de su anatomía. Lo que no podía imaginar era que un par de días después de la carta de Cara llegara otra, procedente también de

Inglaterra, con el aspecto inconfundible del correo aéreo: el característico sobre blanco enmarcado en rojo y azul y un recuadro en el que podía leerse: «*By Air Mail*». La letra del remitente era pequeña, apretada y redonda, y la tinta era negra; más gruesa en algunos trazos que en otros, como suele ocurrir cuando se usa pluma estilográfica.

La abrí con el cuchillo de untar la mantequilla y a mi hermana, que estaba sentada al otro lado de la mesa del desayuno, se le puso cara de garza a punto de zamparse un pez. «¿Quién te escribe, oh, misterio, desde la remota Albión?», parecía estar pensando ella que algunas veces consigue morderse la lengua antes de meter la pata. Pero mi cara de sorpresa y rubor respondió a su pregunta sin necesidad de formularla.

—¿Es de Nelson Noland? —adivinó.

Junto con el papel doblado en cuatro, encontré una fotografía de un setter inglés corriendo hacia la cámara con una liebre en la boca. Era un perro simpático, como todos los de su raza, con las orejas negras y el cuerpo moteado, lunares en las patas y flecos en la cola.

«Se llama Alistair —me contaba en su carta—. Es el quinto Alistair de la familia. Su padre fue mi primer perro, mi más leal compañero, y él es el mejor amigo que tengo. Creo que entiendo cómo te sientes, o al menos soy capaz de imaginarlo, porque si perdiera a Alistair, probablemente me vendría abajo».

—Debí haberle abrazado el día en que nos lo encontramos llorando —sentenció mi hermana, que no había resistido la tentación de leer las palabras de Nelson por encima de mi hombro.

—¿Sabes? —le confesé—. Él me abrazó a mí cuando estuve a punto de caerme del caballo.

Resulta que hasta ese momento no había informado a mi hermana del pequeño detalle de aquel abrazo tan tierno, los dos a lomos de nuestros respectivos caballos, en medio de un páramo solitario. ¿Por qué? No sabría explicarlo.

—¿Cómo? —se indignó, con razón—. ¿Me estás diciendo que tu amor platónico te estrechó entre sus brazos, que pudiste sentir el calor de su piel, escuchar el latido de su corazón y hasta percibir el olor de su ropa... y que todavía no me lo habías contado?

—Bueno —mentí—, no le di importancia. Se trataba de un momento muy dramático, hazte cargo. Por parte de Nelson fue más un gesto de consuelo que otra cosa, como si fuera mi hermano mayor, o mi primo.

—No pretenderás que me crea eso —protestó ella, más lista que una ardilla—. Lo que te pasa es que temes que el hechizo desaparezca si lo pronuncias en voz alta. Vamos a ver —me señaló con la cuchara—. ¿Qué sientes cuando recuerdas su cuerpo abrazado al tuyo, su mano palmoteando tu espalda o su aliento junto a tu oreja? —No pude responder, tal era el estado de conmoción de mi cabeza—. Y sin embargo, te acabas de delatar. — Me miraba exactamente igual que la señorita Marple al culpable del asesinato de turno, de un modo tan elocuente que hubiera sido imposible dar marcha atrás.

—Sentí...

—¿Que te disolvías?

—Sí.

Entonces comprendí que esa pequeña parcela de papel doblada en cuatro, portadora de unas pocas frases de consuelo, era lo mismo que un segundo abrazo de Nelson, cálido y amoroso. Y volví a percibir el olor a monte procedente del cuello de su camisa: nueces, tomillo, jara, trigo húmedo. Y cuando levanté la vista del papel debía de tener cara de pasmo, sonrisa estúpida, sudores fríos.

Lo supe de repente: «Le importo».

—No me hubiera escrito si le resultara indiferente. No me llamaría compañera, ni me descubriría su lado sensible. Que se le ha muerto el perro, pensaría. ¡Una lástima, pobre chica! Pero no caminaría hasta la oficina de correos, no compraría sobre y papel, no rellenaría su plumín con tinta negra, no me dedicaría la fotografía de su fiel Alistair, ni se preocuparía de llevar el sobre en el bolsillo de su camisa, esperando el momento de confiarlo al correo, introducirlo en uno de esos buzones colorados que nunca aparecen cuando uno los necesita, ni pasaría todo ese tiempo pensando... en mí.

—No hay duda de que le importas —reconoció mi hermana—. Me di cuenta en cuanto os vi volver cabalgando juntos. Igual que Teresa Trotti. Ella también lo notó. Me fijé en la rabia con la que se mordía el labio inferior.

—Estoy convencida de que no se quieren —afirmé en voz alta y firme,

desobedeciendo la promesa que le había hecho a mi abuela unos días antes—. El suyo será un matrimonio de conveniencia, ni más ni menos.

—¿De verdad piensas eso? —me preguntó. Y yo entendí que era una pregunta retórica. Ella, igual que yo, se había dado cuenta de que existían algunas incongruencias en el papel que tanto Nelson como Teresa se empeñaban en interpretar cuando estábamos presentes—. «Algo huele mal en Dinamarca» —remató con ironía.

—Nelson necesita dinero y Teresa un apellido distinguido.

—Pues solo se me ocurre una solución. —Mi hermana es una persona que siempre está dispuesta a utilizar el humor como arma arrojadiza—. Que vayas a la boda, te coloques estratégicamente en uno de los bancos del fondo y cuando el cura diga eso de «hable ahora o calle para siempre»...

—¡Me levantaré y gritaré que le amo!

—¡Y él se girará hacia ti, dejará plantada a Teresa Trotti en el altar, echará a correr, te tomará en sus brazos y huirá contigo a lomos de un caballo blanco que estará esperando en la puerta de la iglesia!

—¿No podría ser un coche? —respondí yo, más prudente.

Nos tomamos unos minutos para reflexionar, antes de regresar a la cruda realidad. Aquella boda se celebraría, se amaran de veras o no, en poco más de dos meses y medio, y yo, probablemente, escucharía en silencio la mentira de su promesa eterna, «hasta que la muerte os separe», sin poder detener el curso de los acontecimientos. Impotente, con el corazón deshilachado, incapaz de volver a enamorarme, porque no habría nadie tan perfecto para mí como el duque de Noland.

—¿Y no crees que este noble, en el fondo, es muy poco noble? —Mi hermana me sacó de mi ensimismamiento con esa frase lapidaria—. Si lo fuera, no estaría dispuesto a vivir una mentira. No se comprometería con una mujer de la que no está enamorado, ni le juraría amarla en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza...

—No es una cuestión de nobleza —argumenté yo con muy poca convicción—, sino de una idea del deber que ni tú ni yo podemos concebir. Para él es fundamental proteger el legado de su familia, una responsabilidad que ha recaído en él como último descendiente vivo de los Noland.

—¿Por encima de su felicidad personal?

—Por encima de todo.

—No me convences —dijo mi hermana poniendo punto final a nuestra conversación mañanera y dejándome a solas con la foto del perro, la carta de Nelson y las legítimas y acreditadas tortas de aceite de Inés Rosales—. Este chico no me gusta. Al menos no para ti. Tú te mereces un hombre que tenga claro lo que es importante en la vida y lo que no lo es.

Y en ese punto, mi hermana tenía toda la razón. ¿Cómo podía estar enamorada de alguien capaz de casarse por dinero?

Pero lo estaba. Igual que muchas mujeres les perdonan a sus hombres las borracheras, o las infidelidades, yo estaba dispuesta a perdonarle a Nelson aquella debilidad suya de haber decidido contraer matrimonio con la Trotti.



Poco después de salir mi hermana del comedor, apareció mi madre vestida con la ropa que usaba para jugar al golf y me encontró sola y reflexiva, con la carta de Nelson todavía entre las manos. Vio la fotografía del perro y se figuró que aún penaba por mi buen amigo peludo, así que se vio en la necesidad de iniciar una conversación intrascendente para distraerme de la tristeza.

—¿Qué te parece la historia de Camilla Parker-Bowles y el príncipe Carlos?

En esa época, mi madre —poseedora de un inexplicable don para los idiomas que le permitía leer sin problemas en inglés, francés, portugués, italiano, alemán y holandés— era la responsable de elaborar diariamente un resumen de prensa y de guardar todos los recortes que juzgaba de interés en unos archivadores de cartón que ocupaban toda la pared trasera de su despacho.

Desarrolló una alergia al polvo, o al papel de periódico —nunca lo supimos a ciencia cierta—, así que trabajaba con guantes de látex y mascarilla quirúrgica, lo cual, unido a su cara de concentración y a lo

meticuloso de su labor de tijera, le daba aspecto de cirujana jefa en medio de una operación a corazón abierto.

De tanto leer noticias —muchas veces sensacionalistas—, se puede decir que se curó de espanto, ella que había sido siempre de lo más pudorosa, y de vez en cuando se le escapaba algún comentario chocante, que nos desarmaba a todos y nos hacía desternillarnos de risa.

—¡Un tampón! ¿Te lo puedes creer?

Se refería, claro está, a la transcripción literal, en los tabloides, de una conversación telefónica en la que el príncipe de Gales informaba a su amante del deseo que le embargaba de ser su támpax.

Aquella historia se conocía desde el 14 de enero del año anterior; es decir, quince meses antes de la conversación que estábamos manteniendo, lo cual constituía la prueba irrefutable de mi teoría de la distracción.

—Hay nuevos datos —se apresuró a añadir a la vista de mi cara de recelo—. Ahora se sabe que su relación se remonta al año 1970, cuando coincidieron en un torneo de polo y ella le contó que su bisabuela, Alice Keppel, fue la amante de su tatarabuelo, Eduardo VII. ¡Figúrate qué manera de presentarse, como si se le estuviera ofreciendo! Entonces él se encaprichó de ella y la invitó a pasar unos días en la residencia de los Mountbatten, en Hampshire, un maravilloso lugar llamado Broadlands donde se organizaban las mejores partidas de caza de toda Inglaterra. A ella le apasionaba cazar. Era su mayor diversión. Esa y la de volver loco de celos a su novio, el oficial de caballería Andrew Parker-Bowles. Carlos y Camilla fueron amantes durante algunos meses, pero entonces, inopinadamente, mientras él estaba embarcado en una fragata, ella se casó con Parker-Bowles haciendo añicos sus ilusiones. ¿Sabes cómo se enteró el príncipe? ¡Pues porque leyó la noticia en el *Times*!

—Asombroso —concedí, genuinamente impresionada.

—Después de eso, Carlos le suplicó que abandonara a su marido y volviera con él. Pero ya era demasiado tarde. Ambos sabían que el heredero al trono de Inglaterra no podía casarse con una mujer divorciada. Acuérdate del duque de Windsor, que se vio obligado a...

—Renunciar a la corona por Wallis Simpson, sí.

—Así que decidieron reanudar su relación, ahora adúltera, la cual, aunque

se suponía que era secreta, la conocía todo su entorno. Carlos y Camilla eran amantes; lo habían sido siempre, sin importarles el marido de ella, las relaciones fugaces de él, las obligaciones oficiales, o las habladurías. ¿Te puedes creer que fue la propia Camilla quien ayudó al príncipe a buscar novia?

—Pero siguieron viéndose después de la boda de Carlos...

—¡Claro! La princesa Diana se enteró de todo durante el viaje de novios. Pobrecita. Los oyó hablando por teléfono y encontró unas fotografías en la cartera de su marido. Además, descubrió que los gemelos que había usado el príncipe el día de su boda llevaban grabadas dos letras entrelazadas: las dos ces de sus iniciales.

—Así que le fue infiel desde el primer día. —Mi madre asintió compungida—. ¿Qué opina papá?

—Él tiene su propia teoría sobre que Carlos era muy joven cuando se obnubiló con la chica mayor, con experiencia en... —bajó la voz y dijo «la cama»—, mientras ella, al que de veras deseaba era al apuesto oficial; más maduro e interesante que el príncipe. Defiende a Diana a capa y espada, ya sabes cómo es tu padre.

—Un caballero español.

Cuando salió de la habitación, remolcando su bolsa de palos por el pasillo, y me abandonó con mi carta y mi café ante la monumental mesa del comedor de nuestra casa, empezaron a asediarme unos pensamientos inquietantes sobre la posibilidad de convertirme no ya en esposa, sino en amante secreta de Nelson Noland. Y para mi estupor, la idea no me resultó tan repulsiva y aterradora como debería. Al menos, no tanto como la de perderle para siempre después de su fiasco de boda.

En una especie de ensoñación, aturdida por los vapores del café, imaginé toda una vida construida alrededor de esta esperanza tan indigna.

Viviría en el *cottage* de Noland Towers que mi hermana habría decorado con gran profusión de estampados florales y colores pastel. Me arroparía con edredones suecos, cultivaría rosas en el jardín y me alimentaría de mermeladas y confituras. Estaría siempre disponible para Nelson y esperaría con ansiedad el momento en el que él, a caballo, empapado por la lluvia de otoño o dorado por el sol de agosto, vinera a visitarme impulsado por la

fuerza de su deseo incontenible. Nos amaríamos como animales hambrientos, a zarpazos, hasta quedar satisfechos y agotados, felices y apaciguados.

En ese escenario de saltos de cama y lencería de encaje, me sentí mucho más identificada con Camilla Parker-Bowles que con Diana Spencer. ¡Al diablo con las convenciones y las apariencias! ¡Viva la libertad, viva la pasión! Que a esta tierra solo venimos una vez y es nuestro deber luchar por lo que ansiamos, no importan el precio, ni la vergüenza, ni el esfuerzo, ni los muros que haya que derribar, ni los daños colaterales.

—¿Estás bien?

Mi hermano me observaba desde el vano de la puerta, con la cabeza ladeada y cara de preocupación. Por lo visto me había encontrado hablando sola, dando puñetazos sordos contra la mesa y mirando al infinito.

—Estaba pensando en voz alta —me excusé.

—Pues parecías Golda Meir pronunciando un discurso ante las Naciones Unidas —comentó antes de volver a esfumarse de mi vista.

Esta referencia a la película protagonizada por Ingrid Bergman, que habíamos visto juntos el sábado anterior en *Sesión de tarde*, y que tanto había impresionado nuestro joven y maleable espíritu, hizo que se prendiera en mí la llamita de la cordura y me vino a advertir sobre mi falta de principios.

¿Dónde quedaban los valores con los que había crecido, amarradita a ellos igual que una planta de tomates a sus tutores?

Habían desaparecido. Qué tremendo. A la primera de cambio estaba dispuesta a renunciar a todos los pilares de mi existencia.

Y peor todavía, ¿quién me aseguraba que esta nueva actitud mía con respecto al amor no se repetiría cada vez que me encontrara ante una situación semejante? ¿Me convertiría en una de esas periodistas sin escrúpulos que extorsionan, amenazan y hasta se dejan sobornar a cambio de destapar o callar una noticia? ¿Renegaría de mis raíces? ¿Apostataría de mi fe? ¿Me libraría del peso de la conciencia?

¡Qué aliviada vida la del amoral —me dije—, que no transita por este mundo acosado por los remordimientos y el dolor de corazón!

Lo malo —asumí resignada— es que la mía, mi conciencia, como ya he explicado antes, tiene cierta tendencia a campar a sus anchas, y si algún día tuviéramos que enfrentarnos juntas al conflicto moral del adulterio, lo más

probable sería que ella acabara imponiéndose. Y que no valiera la pena, vaya.

Como conclusión a todo lo anterior entendí que la única posibilidad que me quedaba para no morir de pena y soledad en un futuro lúgubre lejos de Nelson era la de lograr conquistar su corazón en el corto plazo de los dos meses y medio que restaban para su boda.

Es decir, que volví al lugar de partida sin haber encontrado una solución.

En contra de lo que pueda parecer, todas estas reflexiones tan profundas se encadenaron en un par de minutos, si no menos.

El café aún estaba caliente cuando me llevé la taza a los labios y recuperé la noción del tiempo.

Si antes tenía algunas dudas sobre la conveniencia o no de responder a la carta de Nelson, ahora veía con toda claridad que mi mejor baza estaba en la escritura —medio en el que me sentía como pez en el agua—, y en cuanto engullí la última magdalena ensopada —que hacía el número cuatro, creo—, me puse manos a la obra.

Así fue como dio comienzo una relación epistolar, a la antigua usanza, entre Nelson Noland y servidora, que nos sirvió a los dos para descubrir en el otro a un interlocutor tan sorprendente como fascinante.

Rescaté del cajón inferior de mi escritorio el papel de cartas que no había vuelto a utilizar desde los tiempos remotos de mi romance literario con Matt y que recordaba haber comprado en París, en uno de esos puestecitos de libros de viejo que brotan como champiñones a las orillas del Sena. Era anticuado, novelesco —como el hecho mismo de escribir cartas en la era del fax y las comunicaciones vía satélite—, y el tono amarillento de su cartulina áspera animaba a explayarse en los detalles más nostálgicos.

Rememoré para él algunas de las aventuras que había vivido junto a mi perro, como aquella vez que me llevó casi a rastras hasta un escondrijo en el monte y me señaló el hallazgo de tres bebés de erizo cuya madre yacía muerta a un lado. Me fijé en que la pobre bola de púas inerte y mi buen amigo compartían heridas sangrientas; ella en el vientre, él en el hocico, y supe que el más probable autor de su trágico final había sido el mismo que ahora gemía arrepentido y me mostraba a los huérfanos, a ver si a mí se me ocurría qué podíamos hacer por ellos.

Eran las criaturas más desvalidas de la creación. Hubo que alimentarlos,

primero con biberones de leche y después con todo tipo de frutas y verduras; sobre todo sandías, que devoraban como auténticos heliogábalos después de revolcarse en su propio excremento. Cuando los sacábamos de la caja de cartón donde dormían para que pasearan por el jardín, mi perro los pastoreaba, como si fueran de su propiedad, o al menos estuvieran bajo su responsabilidad.

Jamás permitió que nadie diferente a mis primos, hermanos o a mí misma se acercara a menos de tres metros de sus protegidos. Los defendía gruñendo y enseñando los dientes, como una auténtica fiera, y solo se relajó, por fin, el día en que los devolvimos a la Naturaleza, ya adultos y listos para regresar a la vida salvaje que les correspondía. Tanto mi perro como yo los vimos internarse en el mismo bosquecillo donde los encontramos, y nos despedimos de ellos con lágrimas en los ojos, imaginándoles una vida dichosa, en libertad.

Encontré una fotografía de los tres erizos bebés cubiertos con churretes de sandía y la incluí también en el sobre. Le confesé a Nelson que la visita a su casa —la primera, no el espanto de día que pasé durante el reportaje— me había trasladado a aquellos tiempos en los que todo mi horizonte se reducía a las sorpresas que me deparaba el campo: pajarillos alicortos, cachorros de perro extraviados, un cernícalo que comía carne cruda de mi mano o una araña tigre a la que se le ocurrió tejer su tela y hacer su nido en el arbusto más próximo al ventanal del comedor, espectáculo aquel tan fascinante como aterrador.

Al echar el sobre al correo me sentí igual que a orillas del río de mi infancia, lanzando el sedal al agua con la esperanza de que algún pez desprevenido picara el anzuelo. Existía la posibilidad de que Nelson ignorara el gusanito que le ofrecía, claro —la pesca es un deporte de suerte y paciencia, pero al contrario de lo que temía, al final no tuve que esperar más que una semana a su respuesta, y teniendo en cuenta lo congestionado que andaba el servicio postal en aquel entonces, puede decirse que llegó a vuelta de correo.

En su carta, Nelson compartía conmigo algunos de sus propios recuerdos, y para mi sorpresa, en todos ellos aparecía su padre, Tristan Noland, el explorador, transformado en una especie de superhéroe, autor de las más

increíbles hazañas.

«No sé por qué había creído que la relación que tuviste con tu padre había sido más bien distante», le dije en la siguiente carta que le envié.

«Te equivocabas —me corrigió—, mi padre y yo siempre fuimos los mejores amigos, compañeros de aventuras y confidentes. Él ha sido la persona más importante de mi vida. Me descubrió la belleza de África, el misterio de Asia y los placeres de América. Con él aprendí a disfrutar de la buena mesa y a diferenciar un vino bueno de uno malo. Él me enseñó a valorar algunas cosas que a otros chicos de mi edad les resultaban indiferentes: el olor a tierra húmeda o la suavidad de la arena cuando se camina descalzo por la playa, por ejemplo. Cuando perdí a mi madre estuve llorando a escondidas durante semanas, pero no fue hasta el día en que murió mi padre cuando me sentí huérfano de veras».

Un día se me ocurrió preguntarle por su tesis doctoral y él, encantado de que alguien distinto a los extravagantes especímenes del departamento de zoología, mostrara interés por su trabajo, me hizo llegar una copia de las seiscientos ochenta páginas que llevaba escritas. Descubrí entonces que Nelson, además del meticuloso investigador que ya conocía, era un artista innato: había dibujado a plumilla todos aquellos patos que le obsesionaban tanto, con una maestría asombrosa, deteniéndose en los detalles más insignificantes, como algunas variaciones genéticas en la membrana interdigital de un pato pecos que observó en las Antillas.

«¿Diste con el pato mutante cuando estuviste en Bahamas?», se me ocurrió preguntarle, casi sin malicia.

Me respondió entusiasmado, con otra carta larguísima en la que me relataba los pormenores del avistamiento, una mañana muy temprano, antes incluso del amanecer, después de haber pasado toda la noche en vela tomando notas para su compendio de aves anseriformes de la familia Anatidae, en un refugio que se había construido él mismo con cañas y hojas de palma a la orilla de una laguna que encontró por casualidad mientras exploraba el interior de la isla.

Su emoción era tan genuina y contagiosa que me entraron ganas de dedicar el fin de semana siguiente a merodear por los acuíferos de mi campo, libreta y lápiz en mano, para ver si descubría una nueva especie, o al menos,

una mutación desconocida.

Pero cuando leí su carta por segunda vez, caí en la cuenta de algo que en una primera lectura me había pasado desapercibido: Nelson había pasado gran parte de su tiempo en la paradisiaca isla de playas desiertas y románticos atardeceres a solas pintando patos.

Me pregunté cómo se habría tomado Teresa Trotti semejante desplante. No creía que ella hubiera acompañado al tarado de Nelson en sus expediciones. Más bien la imaginaba furiosa, abandonada debajo de una sombrilla, sin teléfono, ni manera de comunicarse con el mundo exterior, aburrida hasta el extremo, tal y como había vaticinado mi padre.

Sentí tanta satisfacción ante esta perspectiva que me animé a responder a Nelson con una frase arriesgada: «Me hubiera encantado acompañarte».

Supongo que él se lo tomó como un deseo inocente, pero no era esa mi intención, sino la de marcar una diferencia de base con la Trotti: «Mientras que ella desprecia tu pasión, yo la comprendo y la valoro. Déjame ser tu Sancho Panza. Te llevaré la lanza y el morral y caminaré a zancadas detrás de tus huellas, como suelo hacer cuando sigo a mi padre por el monte. Él, como el tuyo, también me descubrió a mí el olor de la tierra mojada y la suavidad de la arena».

Esto último no se lo escribí, claro, pero sí lo pensé cuando introduje la carta en el buzón después de besar el sobre.

Cada día me sentía más cerca de Nelson Noland. Le iba adivinando algunas particularidades chocantes, como la incapacidad absoluta de recordar un solo nombre —lo que dificultaba muchísimo sus relaciones sociales—, o su falta de memoria para las películas que veía de vez en cuando en la cineteca de Haddenham.

Empezaba a conocer su gusto literario, que era muy selectivo y básicamente se reducía a Julio Verne, H. G. Wells y Rudyard Kipling —es decir, los autores favoritos de su padre—, aunque me aseguró que estaba abierto a nuevas posibilidades y yo le recomendé que empezara por leer a Saint Exupéry, a Karen Blixen, y que no se perdiera el delicioso relato de Roald Dahl sobre sus aventuras como piloto de guerra.

«Desde allí —le dije—, recorreremos un camino asombroso, ya verás, que te proporcionará grandes satisfacciones. Ojalá pudiera ver qué cara pones

cuando leas por primera vez a alguno de los maestros del realismo mágico. Cuando sepas, por ejemplo, dónde están Macondo y la isla de la Gorgona».

Un nostálgico fin de semana de aquellos que pasábamos en el campo, encontré junto al río una pluma moteada con algunos reflejos azules y una fina pelusa blanca y se me ocurrió un juego: «Dentro de este sobre encontrarás una pluma. Ganarás un punto si logras identificar al exótico propietario de tan bonito adorno». Me respondió bastante críptico con dos líneas nada más: «Sibón europeo. ¿Cuántos puntos necesito para conseguir el premio?».

Sin perder un minuto preparé el siguiente envío, esta vez con una pluma que extraje del cojín en el que estaba sentada: «Veinte puntos y el premio es tuyo», escribí. Su carta llegó cuatro o cinco días más tarde: «Me mandaste una pluma de cojín, tramposa. Ganso común. ¿Cuál es el premio?». «¡Una funda de edredón nórdico para que lo rellenes de plumas!», me burlé entre muchas exclamaciones.

Pero aquel día le había conseguido una pluma rarísima de pato mandarín, arrancada sin permiso del lomo de un pobre animal disecado, propiedad de mi abuelo paterno —coleccionista de todo lo oriental— para lo que tuve que levantar una pesadísima urna con la ayuda de mi hermana y cómplice.

«¿De dónde has sacado esto, compañera? ¿De un zoo? —me interrogaba atónito—. Es un pato mandarín y solo en rarísimas ocasiones habitan por esas latitudes tuyas».

Me hizo gracia. Evidentemente había aceptado el reto. Pero no se limitaba a jugar a las adivinanzas conmigo; él también había ideado un concurso para mí: «En este sobre te hago llegar una página de un libro. A ver si descubres de quién es la pluma». Era tremendamente fácil: «Evelyn Waugh, compañero, *Retorno a Brideshead*. Punto para mí. Pero me parece lamentable que mutilas una de las mejores obras de la literatura universal solo por el placer de desafiarme, así que te devuelvo tu hoja planchada, para que vuelvas a pegarla donde estaba. Espero que no hayas sido tan cafre como para arrancarla de un ejemplar de la Biblioteca Bodleiana». Él me tranquilizó doblemente: «Encontré el libro abandonado y hecho trizas en un banco de la calle Turl, cerca de Scriptum. Pero ya que insistes, lo recompondré y lo leeré con atención, para comprobar si es tan bueno como dices. La pluma que me

has enviado esta vez es de cisne negro».

A pesar de mis protestas, Nelson continuó incluyendo una página suelta de algún libro, en cada una de las cartas que me hizo llegar a partir de entonces.

Puede decirse que durante un tiempo nos escribíamos a diario. Sin esperar la respuesta a nuestra misiva anterior, ya estábamos sellando la siguiente. Yo me volvía loca buscando plumas por el campo y él trasquilando libros. Y los dos éramos unos auténticos maestros en el arte de adivinar. Ambos logramos los veinte puntos en el plazo de un mes.

Pero entonces metí la pata. «La próxima vez que te vea, te llevaré tu funda de edredón —se me ocurrió escribirle un día—. ¿La quieres para cama individual o de matrimonio?».

Reconozco que fui un poco torpe con semejante pregunta. Debió de alterarle muchísimo, puesto que jamás recibí respuesta y a partir de entonces nuestra comunicación se cortó en seco.

Lo pasé mal. Me arrepentí de cada una de mis palabras.

Tal vez —me consolé después de un sofoco— se había dado cuenta de que estábamos jugando con fuego.

Como no quería resultar patética, yo también abandoné el placer de enviarle cartas. Guardé las tuyas en un cofrecito sobre mi mesa de noche para poder releerlas cuando me sintiera enloquecer de angustia. El tiempo pasaba volando. Solo quedaban cuarenta días para la boda y yo tenía que pensar en una nueva estrategia para conquistar a Nelson.



La suerte me sonrió aquel día en forma de fotógrafo ocioso.

Estaba esperándome fumando, sentado en la silla de mi despacho, y al verme llegar, se levantó de un brinco, apagó el cigarro y me soltó a bocajarro que aquel jueves, «mis amigos» Teresa Trotti y Nelson Noland harían una aparición estelar previa a la boda con ocasión de los World Music Awards que entregaría la princesa Carolina de Mónaco en el principado.

La gala se celebraba todos los años desde hacía cinco y por su alfombra roja habían desfilado artistas de la talla de Michael Jackson, Madonna o Whitney Houston, quien en esta ocasión, subiría al escenario para interpretar la canción *I will always love you*, banda sonora de la película *El guardaespaldas*, que tan bien conocíamos todas las enamoradas de Kevin Kostner.

Le aclaré, para que constara, que a mí Kevin Kostner me parecía que tenía cara de bobo y que su papel en aquella película era patético, pero le agradecí con una efusividad desmedida que se hubiera acordado de mí al conocer aquella información.

Me hizo prometerle que si lograba que me enviaran a cubrir la gala

insistiría en que me acompañara él y no otro de los fotógrafos de la casa porque, por motivos de salud mental, necesitaba salir de vez en cuando de Madrid y ver mundo.

Entré como una exhalación en el despacho de mi padre y arrollé sin quererlo al caniche de mi abuela que se había lanzado al ataque, enloquecido protector de su dueña, a emprenderla a mordiscos con mis tobillos. Hubo intercambio de pareceres entre aquel falderillo y servidora, para qué negarlo, pero cuando hube recobrado el resuello y por fin pude explicarle a mi padre el motivo de mi excitación —el reportaje que me permitiría volver a ver a Nelson—, para mi sorpresa, encontré en mi abuela a mi más ferviente partidaria.

—¡Montecarlo! —exclamó—. ¡Jamás se debe desaprovechar una ocasión para viajar a Montecarlo! —Suspiró, y en una especie de trance, sin dejar de acariciar al perro, rememoró sus días de romance junto a mi abuelo por la Costa Azul—. Que vayan las niñas —insistió—, será un viaje que no olvidarán jamás. Es su momento. Yo, por ejemplo, recordaré toda la vida aquella vez que mi hermano mayor me llevó con él a Santander como me había prometido. ¡Qué noches! ¡Qué bailes...!

Mi padre, en cambio, se hizo el remolón. Me aseguró que lograríamos muy buen material sin necesidad de enviar un fotógrafo a Mónaco, utilizando el servicio habitual de las agencias de prensa, y me dijo que tampoco hacía falta que viajara hasta allí un redactor, menos aún su indefensa criatura, es decir, yo.

Me puse furiosa. Más que el caniche. ¿Cuándo iba a terminar aquella sobreprotección a la que me tenía sometida? ¿No le había demostrado ya suficientemente mi valía?

Como digo, mi abuela intervino en mi defensa. A ella le parecía muy lícita mi petición. Consideraba que una bonita imagen de los novios, cuando quedaba exactamente un mes para su boda, podría ser una portada muy vendedora. Si confiábamos solo en el trabajo de las agencias, era muy posible que dicha fotografía llegara tarde o no llegara jamás. En cambio, nuestro fotógrafo, que sabía perfectamente lo que queríamos, lograría captar el romanticismo de la pareja, la espontaneidad de sus gestos y sus miradas. Esto último lo dijo guiñándome un ojo, en cuanto mi padre bajó la vista a sus

papeles.

—¿Os he contado alguna vez que cuando se casaron Rainiero y Gracia Patricia, alquilamos una avioneta para que las fotos llegaran a tiempo?

Se colocó estratégicamente, a espaldas de mi padre, y de vez en cuando le acariciaba la coronilla, método infalible para ablandar sus defensas.

—Tu abuelo era un periodista de raza —dijo, dirigiéndose a mí pero apelando a mi padre—. Tenía instinto, intuición. En aquella época, te puedes imaginar, alquilar una avioneta era algo así como hacerse con una nave espacial... El fotógrafo aterrizó en Torrejón y trabajamos durante toda la noche. ¡Aventajamos a los periódicos! —Se situó entonces frente a mi padre—. ¡Estas niñas son dignas nietas de su abuelo! —exclamó—. ¡En esta familia, si hay que ir a Mónaco, se va!

Tan vehementes nos pusimos, tan intensa es la fuerza ejercida por una madre y una hija aplicando presión al unísono sobre un mismo ser humano, que mi padre terminó por rendirse y capitular:

—Eres tenaz —protestó—. Que te acompañe tu hermana.

Pero antes de darme permiso para comprar billetes de avión y reservar habitaciones de hotel, me ordenó que me asegurara de que los novios asistirían a la gala, no fuera a ser todo aquel embrollo una entelequia del fotógrafo, ávido de aventuras.

Preferí utilizar el cauce habitual de mis indagaciones sobre Nelson, es decir, su madrastra, Cara, en lugar de telefonar a Noland Towers como hubiera sido, quizá, más lógico.

El silencio epistolar de los últimos días me asustaba y temía que pudiera extenderse también a nuestra comunicación verbal, así que marqué el número de la residencia de Cara en Belgravia y esperé pacientemente hasta que la doncella logró ponerme al habla con ella.

—Apunta mi nuevo número de teléfono —me pidió después de su efusivo saludo de siempre—, he vendido esta casa y me he comprado un *pied-à-terre* en Park Lane. Por fin vuelvo a Italia, *amore*, a mi tierra.

—¿Vas a vivir con Tomasso?

—No hasta que nos casemos, pero mientras llega el día, como es muy generoso, me ha regalado un ático maravilloso en la milla de oro, con vistas al *duomo*. Apunta el número —insistió—. Le he explicado, y ha comprendido

perfectamente, que tener un *pied-à-terre* en Londres es esencial.

Charlamos durante unos minutos sobre los preparativos de la boda, el vestido color gris perla que ella —que, a falta de madre, fungiría como madrina de Nelson— había escogido en Valentino, y el tocado que luciría en la cabeza.

Me contó que Teresa se estaba ocupando personalmente de todos los detalles. El novio, acompañado por sus mejores amigos, llegaría a Villa Trotti cruzando el lago, a bordo de una Riva clásica, preciosa, y la novia lo estaría esperando asomada al balcón —«como Romeo y Julieta», apuntó—. Los casaría el arzobispo de Milán, el cóctel se serviría en la terraza superior, en la logia, entre las dos bibliotecas, el banquete en el jardín, el baile en el mirador que se orienta al atardecer, y estaba previsto que a media noche, como fin de fiesta, estallaran centenares de fuegos artificiales sobre el lago.

Me costaba trabajo respirar. Solo imaginarme a Nelson vestido de chaqué a bordo de una Riva me causaba una angustia insoportable.

—¿Irás a la entrega de los premios de la música? —la interrumpí antes de que empezara a hablarme de la noche de bodas y del viaje de novios.

Tal vez cambié de tema con demasiada brusquedad, pero es que no podía soportar aquella tortura ni un minuto más.

—¿A Montecarlo? —Cara no se esperaba mi pregunta, lo noté por el tono de extrañeza en su voz—. No conoces a Tomasso —se quejó—, es un ermitaño. No le divierten las fiestas, ni los bailes... solo quiere estar con sus tres o cuatro amigos del alma y con su familia. Dice que la *jet set* le agota, le aburre, le disgusta.

—Me encanta tu Tomasso —repliqué—. Y estoy bastante de acuerdo con su manera de pensar.

—Claro. —Cara no daba crédito a mis palabras. Carraspeó antes de verbalizar su decepción—. Pero para mí se terminaron las diversiones. En fin.

El ocaso de su vida social era una auténtica debacle para Cara. Mucho debía amar a Tomasso Trotti para estar dispuesta a renunciar a su preciado mundo de palacios y salones. Él era un empresario adicto al trabajo, que prefería una cena íntima, antes que una de esas *soirées* a lo Gran Gatsby a las que estaba acostumbrada Cara, y disfrutaba más de la soledad de su villa lombarda, que de los cruceros que de vez en cuando organizaba en su yate o

de los viajes exóticos.

—Todo lo contrario a Tristan —suspiró Cara, nostálgica.

Ella no iba a asistir a los premios, no, pero Nelson y Teresa sí viajarían a Mónaco y ocuparían un lugar privilegiado en la mesa presidencial, junto al príncipe Alberto y la princesa Carolina.

Todavía charlamos un buen rato más. Me acordé de pedirle que me dictara también los datos postales de su nueva dirección para poder seguir enviándole nuestra revista, que tanto le gustaba, y a raíz de esto estuvimos repasando juntas las últimas novedades de la crónica social, deteniéndonos más concretamente en el disparatado romance entre John-John Kennedy y Daryl Hannah, la bellísima sirena que alborotaba el corazón de Tom Hanks en *Un, dos, tres, splash*.

Cara sostenía que aquel *affaire* acabaría definitivamente con la delicada salud de Jackie, muy amenazada ya por la enfermedad y los disgustos. La viuda de América llevaba meses luchando contra un cáncer linfático, prácticamente recluida en su apartamento de la Quinta Avenida y reconfortada por el amor otoñal del joyero Maurice Tempelman, con quien agotaba sus últimos días paseando de la mano por Central Park.

Desafortunadamente para ella —defendía Cara—, el chico no había heredado la extraordinaria clarividencia de su padre para los negocios y la política, pero sí su carisma, su atractivo para las mujeres y su inclinación natural hacia las actrices rubias y las cantantes sensuales como Madonna y Sarah Jessica Parker.

—Hay ciertas cosas que jamás se olvidan —me dijo refiriéndose, supongo, a las infidelidades del presidente con Marilyn Monroe—. Se pueden perdonar, se pueden comprender y hasta excusar, pero no olvidar. Eso no.

Una vez confirmada la presencia de Nelson y Teresa en la fiesta monegasca, me puse manos a la obra con la organización del viaje y envié las pertinentes solicitudes de acreditación.

Una semana después aterrizamos mi hermana, el fotógrafo y yo en el aeropuerto de Niza y desde allí nos trasladamos en taxi al principado.

Era un cálido y soleado viernes de principios de mayo. En la pequeña ciudad costera, ya estaban en marcha los preparativos para el Gran Premio de Fórmula Uno que se celebraría unos días después y el bullicio de las calles

era enorme. Los Ferrari, Maserati y Bugatti bajaban rugiendo por las curvas del peñón y se detenían frente al Casino, donde sus orgullosos propietarios permitían a los viandantes fotografiarse delante de sus bólidos.

La ciudad estaba repleta de jeques árabes escoltados por sus séquitos infinitos. El puerto deportivo se había engalanado con banderines y luces de verbena. Se organizaban fiestas en las cubiertas de los yates, en las terrazas de los hoteles, en los parques y jardines. Fiestas inacabables que duraban más que la misma noche y que tenían lugar en locales subterráneos de los que emergían los trasnochadores a media mañana, aún vestidos con las galas de la noche anterior y muy bien acompañados por las mujeres más voluptuosas de la Tierra.

La prostitución y la droga eran tan populares como el champán y el caviar, y no solo se toleraban, sino que estaban bien vistos; igual que el juego a gran escala o los negocios turbios.

Nuestro hotel era muy lujoso —no fui capaz de encontrar una sola habitación libre a un precio razonable en esa época del año—, y en su interior había galerías comerciales y vitrinas en las que se exponían joyas maravillosas.

Nuestro balcón se asomaba al mar. Al atardecer. A los fabulosos barcos amarrados en el puerto. Al Yatch Club y al Beach Club y a los exclusivos restaurantes al aire libre que empezaban a abarrotarse de clientes.

Para aquella ocasión, mi abuela se había empeñado en regalarnos sendos vestidos de noche a mi hermana y a mí.

Se encargó personalmente de que sus nietas no desmerecieran en comparación con el resto de las invitadas a aquella gala tan elegante, porque —según nos dijo—, además de enviadas especiales, íbamos en calidad de representantes de la familia, y durante varios días nos llevó como dos colegialas, de la mano, podría decirse, a conocer el mundo de la alta costura madrileña en el que ella se movía como Pedro por su casa.

Nos desplazábamos las tres en su llamativo Mercedes Benz 280 color gris con tapicería de cuero rojo, pilotado por el hombre que me enseñó a conducir desobedeciendo todas las normas de tráfico.

—Déjame el volante un poquito, anda —le rogaba yo con diecisiete años recién cumplidos cuando llegábamos al semáforo del paseo del Pintor

Rosales—. Solo las curvas del parque, te lo prometo, nos cambiamos antes de cruzar la autopista.

—Como nos pille la policía me meterán en la cárcel, ¿es eso lo que quieres? —replicaba él, haciéndose el escandalizado.

Pero yo le aseguraba que en el caso remoto de que acabara en Soto del Real, iría todos los días a visitarle y le llevaría caramelos de café con leche y libros —él era muy aficionado a ambos placeres.

Entonces, en la plaza, junto a la fuente inmensa, detenía el coche, e incómodo, me pasaba los trastos. «¡Más despacio!», gritaba aterrado cuando venía algún camión de frente. Y al llegar a la autopista, siempre, sin excepción, yo volvía a mis ruegos: «Subimos y bajamos otra vez, ¿vale?», y él que no, y yo que así no me iba a sacar el carné en toda la vida, y tanto insistía yo y tan zalamera me ponía que al final él claudicaba.

Jamás le contamos a nadie nuestro secreto. No nos convenía a ninguno de los dos. Pero gracias a las curvas de Rosales, logré aprobar el examen de conducir a la primera.

A Móstoles me llevó él en el Mercedes de mi abuela. Se quedó dentro del coche mientras yo pasaba la prueba y cuando le comuniqué, dando saltos de emoción, que nuestros días de vivir peligrosamente al margen de la ley habían terminado, él se alegró más que yo misma y me regaló su llavero de la Virgen del Pilar para conmemorar la ocasión.

Mi vestido era fabuloso. Terminaba en unos graciosos volantes de moiré de seda azul celeste y llevaba la camelia de Chanel prendida en el pecho. El de mi hermana era negro, con la espalda abierta, la cintura muy ajustada, una abertura lateral hasta la mitad del muslo y un lazo de satén sobre el hombro derecho.

Nos alborotamos bien el pelo y lo moldeamos con espray fijador, nos maquillamos intensamente con *rouge* de labios, nos adornamos con pendientes enormes y cadenas doradas y, a eso de las siete de la tarde, nos habíamos transformado en dos esculturales bellezas —o casi— perfectamente mimetizadas con el entorno.

El fotógrafo, al vernos, sufrió un electroshock —eso dijo— de la impresión.

Excuso entrar en detalles sobre el lamentable estado de mi corazón

durante todo el trayecto a pie, desde nuestro hotel hasta el Casino de Montecarlo. Mi hermana, que de vez en cuando me tomaba disimuladamente el pulso, llegó a preocuparse de veras. No solo por la velocidad de mi flujo sanguíneo, sino también por la palidez de mi rostro y mi respiración entrecortada.

—Ta va a dar un síncope —me advirtió mientras subíamos por la legendaria escalera.

A los medios acreditados nos habían citado una hora antes del comienzo de la gala para poder comprobar nuestra identidad, acompañarnos hasta nuestros asientos, explicarnos los pormenores del evento, entregarnos el dossier de prensa y una pluma muy bonita de regalo. Se nos advirtió que las grabadoras estaban prohibidas, así como las cámaras de fotos, especialmente las que tuvieran *flash* incorporado. Se nos rogó silencio durante la entrega de los premios; ya habría tiempo —nos tranquilizaron— para acercarse a los ganadores después del acto, en el cóctel de celebración que tendría lugar en el Salón del Imperio.

A los fotógrafos se les asignó un lugar preferente a un lado del escenario, pero se restringió la entrada al cóctel a unos pocos, entre los cuales se encontraba el avisado reportero gráfico de mi revista, capaz de camelarse a cualquier organizador de eventos del mundo con su don de gentes y su cara dura.

Desde su posición estratégica, en uno de los escalones más altos de la grada de prensa, me hizo la señal de triunfo con dos dedos en uve y comprendí que lograríamos esa foto a la que se refería mi abuela: los novios comiéndose con los ojos, mientras bailaban muy acaramelados. Se me encogió el estómago, para qué negarlo, solo de pensarlo.

El Casino de Montecarlo, iluminado como estaba, parecía de oro. También la fuente de la rotonda anterior, en forma de inmensa ruleta de flores y manantiales, lanzaba chorros de agua dorada sobre la plaza. Los curiosos se arremolinaban en las aceras, en la terraza del hotel de París y en la entrada del Hermitage, sin saber muy bien a qué se debía el alboroto de aquella noche; si a un baile, una boda, o a la presencia de alguna estrella de Hollywood o de alguna mítica banda de *rock and roll*.

El interior era tan lujoso como abigarrado, con sus altísimos y barrocos

techos, murales titánicos y gigantescas lámparas de cristal de Bohemia.

Mi hermana y yo nos acomodamos en nuestras butacas de terciopelo rojo y comentamos que, a juzgar por las miradas y galanterías que nos habían dedicado los turistas que nos hacían pasillo en la acera, habíamos logrado nuestro propósito de mimetizarnos con el entorno. Parecíamos un par de millonarias acostumbradas a ocasiones como aquella, hastiadas incluso, y no las dos advenedizas que seríamos toda la vida aunque nos invitaran a un millón de fiestas, a las que estaba a punto de estallarles el pecho de la emoción.

El mío —mi pobre corazón— latía arrítmicamente anticipando el inminente encuentro con Nelson Noland. ¡Qué sorpresa! —pensaba decirle—. ¡No imaginaba que coincidiríamos aquí esta noche! Y él, al verme convertida en una Cenicienta de carne y hueso, caería fulminado de amor por mí y se arrepentiría por fin de su absurda idea de casarse con la Trotti.

Pero qué ilusión tan vana. La algarabía de los fotógrafos disparando sus *flashes* y la excitación del público, que se giró al unísono hacia el fondo del salón, anunció la entrada de las verdaderas estrellas de la noche.

La princesa Carolina hizo su aparición envuelta en una especie de halo luminoso y a su lado descubrí a Teresa Trotti de Visconti, enfundada en el vestido más *sexy* y llamativo que uno pueda imaginar, la espalda desnuda, el trasero glorioso, brillando toda ella como una antorcha con el titilar de cientos de cristales o piedras preciosas, la melena rubia desparramándose como una cascada de oro sobre sus hombros, y esos ojos de gata, esos labios tan rojos, esa manera de andar, como si flotara, tan dueña del espacio y del tiempo...

Caí a plomo en mi asiento. Escondí la cara entre las manos.

Me perdí la estampa espectacular de Prince irrumpiendo en el teatro con un dos piezas amarillo, el pelo en el pecho, la cadena de oro.

La de Whitney Houston, elegantísima con un vestido ajustado, blanco y negro, la de Patrick Swayze, el inolvidable protagonista de *Dirty Dancing*, la actuación de Ray Charles al piano, y la tierna entrega de un premio a Jordy, el intérprete de *Dur, dur d'être un bébé*, de manos de Claudia Schiffer, que para ponerse a su altura tuvo que arrodillarse en el escenario, mostrando, sin darse cuenta, sus indiscretos encantos al público.

—¿Quién va a escribir la crónica? —me regañó mi hermana, clavándome el codo en el costado.

—Yo...

—¡Pues estate atenta!

Pero yo, hipnotizada por la luminosidad del vestido y la melena de la Trotti, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera mi lucha desigual. Un par de metros detrás de la italiana, charlando con el príncipe Alberto de vaya usted a saber qué cosa, vi pasar a Nelson Noland, arrebatador con un *smoking* negro hecho a medida en Grieves & Hawkes y el pelo peinado hacia atrás, los ojos de águila y los andares de jaguar.

Notaba la cabeza a punto de estallar. Odiaba mi vestido, mi pelo, mi cara y mi estatura. Me sentía tan poca cosa que desaparecí, engullida por aquel asiento de terciopelo rojo, y no supe cómo ni cuándo terminó la gala y se nos condujo, como a un rebaño de ovejas emperifolladas, hacia el Salón del Imperio, donde se servía el cóctel. Un camarero muy simpático me puso una copa de champán en la mano, esperó a que me lo bebiera de un trago y me entregó una segunda copa sin hacer ningún comentario.

Miré a mi alrededor. El salón se había llenado de bulliciosos monegascos que disfrutaban de las exquisiteces confeccionadas por algún chef galardonado con tres estrellas Michelin.

A falta de otra alegría, decidí disfrutar del menú. Me llevé a la boca un canapé de foie trufado y caramelizado que me supo a gloria y, después, un diminuto *soufflé* de parmesano seguido de un flancito de consomé *gelée* con caviar y huevo de codorniz.

Entre bandeja y bandeja, a cada cual más deliciosa, vi que mi hermana había hecho buenas migas con un muchacho de aspecto agradable, rizos en el pelo y sonrisa galante. Hablaban de vino, no había más que ver cómo lo cataban en unas enormes copas de Borgoña a pequeños sorbos, saboreándolo con deleite antes de tragarlo. Y cómo lo contemplaban al trasluz, lo agitaban, lo disfrutaban.

Esa relación amorosa de mi hermana con el buen vino era una de las dos cosas que más envidiaba de ella. La otra, su pasión por la ópera, que la elevaba a un universo vedado para mí y la unía espiritualmente a mi madre y a mi abuela materna de un modo íntimo y sobrenatural.

Daba la sensación de que el muchacho del pelo rizado tenía acceso también a ese mundo suyo de placeres exquisitos.

Mientras los contemplaba con disimulo y pensaba para mis adentros que hacían una pareja muy linda, me metí distraídamente en la boca un buñuelo crujiente y sabroso que casi desborda el aforo de mi cavidad bucal y lo mastiqué a dos carrillos.

—¡Hola, compañera!

La voz de Nelson me acarició la nuca, igual que una ráfaga de aire. Me giré con la boca llena y lo encontré tan cerca de mí que noté perfectamente cómo la sangre se condensaba en mi cara y me ponía más colorada que las cortinas de terciopelo rojo del salón.

—No te atragantes —se burló divertido—. Esperaré pacientemente hasta que consigas engullir lo que sea que te acabas de zampar. De verdad que no entiendo lo flaca que estás con todo lo que comes. —Logré sobrevivir a aquel canapé y recobrar me de la sorpresa a tiempo de escuchar su siguiente pregunta y quedarme de piedra—: ¿Por qué dejaste de escribirme?

—Yo no dejé de escribirte —protesté como pude—. Fuiste tú el que no respondió a mi última carta. Creí que te habías cansado del juegucito.

Nelson frunció el entrecejo. Se acercó todavía unos centímetros más a mi cara.

—Yo esperé, y esperé, y esperé —dijo—. Pero nada.

Dado el volumen de trabajo del servicio postal en la era previa al correo electrónico, no era difícil que ocurrieran catástrofes como aquella. Bastaba con un pequeño error en algún punto del proceso de distribución para que se malograrán negocios, se enrarecieran amistades o se truncaran historias de amor como la nuestra. En ocasiones, dos o tres semanas después de haber sido enviada, una carta retornaba a su remitente con la palabra «desconocido» escrita en letras rojas en el sobre. Para entonces ya la noticia se había quedado vieja, el enfermo había pasado a mejor vida, el arrepentido había perdido toda esperanza de reconciliación, o el amigo se había quedado en casa preguntándose por qué no había sido invitado a tal o cual celebración.

Estaba claro que, en nuestro caso, la mala suerte había dado al traste con nuestra relación epistolar. ¿O habría sido, quizá, una mano negra la que había hecho desaparecer aquella última carta en la que le preguntaba a Nelson si

prefería un edredón de soltero o de casado?

—Yo también esperé —reconocí tímidamente—. Me divertía mucho recibir las hojas que arrancabas a esos pobres libros. Yo, al menos, encontraba las plumas en el suelo. No tenía que martirizar a ningún pato.

—Los libros no tienen sentimientos —replicó y echó mano del pañuelo que llevaba doblado en el bolsillo—. Tienes un pegote de algo en la barbilla —dijo, y acto seguido, con ternura infinita, me limpió la cara con sus iniciales.

—Claro que tienen sentimientos —protesté—. Precisamente, están repletos de ellos; desbordados, inundados. Los libros son recipientes de sentimientos. ¿O es que acaso no leías las páginas que me enviabas antes de meterlas en el sobre?

Nelson sonreía mientras me contemplaba fijamente.

—Te he echado de menos —confesó torpemente, bajando la voz y clavando la vista en el suelo.

Sería el champán o que el queso parmesano siempre me ha sentado fatal. Lo cierto es que aquel salón, sus ocho *chandeliers* de cristal de Bohemia, sus colosales frescos y todas sus molduras doradas empezaron a dar vueltas y más vueltas a mi alrededor. Estuve a punto de desmayarme del gusto: ¿Nelson Noland me había echado de menos?

Tomé aire. Iba a decirle que yo también lo había extrañado muchísimo. Que la diferencia entre la felicidad y la desdicha radicaba en la existencia o la ausencia de sus cartas. Que sin ellas moría de asfixia, de hambre y de frío. Que aclarado el motivo de mi silencio, le rogaba que restableciera de nuevo la única vía de comunicación que permitían las circunstancias de nuestras vidas encontradas.

Iba a decirle todo eso, lo prometo, pero lo único que salió de mi boca fue un tartamudeo ininteligible.

Y menos mal. Porque en ese mismo instante, la inconfundible voz de Teresa Trotti con su tonillo irritante y su permanente altivez rompió la magia de nuestro encuentro, con una frase perfectamente bien modulada:

—¡Nellie, quiero irme al *château*!

No era que no me hubiera visto —me encontraba a unos escasos veinte centímetros de su vestido de sirena—, sino que, durante los últimos meses,

había desarrollado una habilidad magistral para ignorar todo aquello que no estuviera a su altura. Su desdén se había convertido en un arte.

—¿Te acuerdas de...?

Me recorrió con la mirada. De arriba abajo.

—Bonito vestido —concedió después del escrutinio, como toda respuesta—. ¿Dónde demonios se ha metido Bruno?

Nelson me pidió perdón sin palabras. Se encogió discretamente de hombros sin dejar de mirarme, asegurándose de que su novia no se percatara de nada.

—¡Ahí está! —exclamó la Trotti. Y señaló con la mano del anillo de compromiso al chico de pelo rizado con el que conversaba mi hermana—. ¡Bruno! —gritó—. ¡Vámonos ya!

El muchacho se estremeció al oír la orden de la tirana. Se giró hacia donde estábamos nosotros y asintió. Después se acercó trayendo a mi hermana con él.

Resultó que su nombre era Bruno Contadino, el mismo que el del vino que esa noche estábamos disfrutando con la cena y que se elaboraba en el *château* de su familia, en la Provenza. Hacía tres años que se dedicaba en cuerpo y alma al negocio que habían fundado sus abuelos. El derecho fiscal, materia en la que su padre era toda una autoridad, le parecía árido y deprimente. Prefería vivir entre viñas, asediado por las lluvias, las plagas y otras inclemencias de la Naturaleza.

—Bruno es hijo del asesor fiscal de mi padre —aclaró Teresa. Y me pareció que dejaba caer aquella información con desprecio, como si de alguna manera considerara que también el hijo estuviera a su servicio.

Tomasso Trotti solía alojarse en el *château* Contadino junto con su familia siempre que algún asunto —normalmente relativo a sus movimientos bancarios— le reclamaba en el principado. «Teresa y yo nos conocemos desde que éramos niños —explicó Bruno—. Podría decirse que hemos crecido juntos».

—Estamos pasando unos días en su casa y hay un buen trecho hasta el *château* —se excusó Nelson.

—Nos vamos —insistió Teresa.

—¡Hasta mañana, entonces! —se despidió mi hermana, muy ufana.

La atravesé con la mirada. ¿Qué estaba diciendo? Al día siguiente, a primera hora de la mañana, debíamos tomar el vuelo de regreso a casa. Nuestra misión en Montecarlo había llegado a su fin.

—Bruno nos ha invitado —me informó como si tal cosa mientras el rostro de Teresa Trotti se descomponía de rabia.

—Os espero. No os vayáis a perder por el camino —dijo Bruno al tiempo que emprendía la marcha detrás de Teresa, que, sujetándose el vestido para evitar pisarlo, se encaminaba, a grandes pasos, hacia la salida.

Nelson, tan sorprendido como yo, me miró sin decir nada y sonrió antes de desaparecer de mi vista.

Nos quedamos solas en aquel salón mi hermana y yo. En medio de centenares de personas y ensordecidas por el alboroto que nos rodeaba, pero solas, al fin y al cabo. Dos estatuas de piedra, la respiración entrecortada y la sangre congelada. Inmóviles y perdidas en el mismo laberinto.

—¡Estoy enamorada! —exclamó ella de repente.

No era necesario que lo gritara a los cuatro vientos. Cualquiera que la viera, arrobada como estaba, lo hubiera adivinado, incluso sin conocerla. Pero yo, que había crecido con ella y la había visto suspirar de amor por Christopher Lambert durante los últimos siete años, y había soportado el suplicio de su fanática obsesión, y había maldecido el día en que nuestros padres nos llevaron a ver *Los inmortales* y a comer una *pizza* en la calle Orense, yo, que la conocía mejor que a mi propia sombra, supe, en el instante mismo en el que vi su cara de alelada, que había caído —como cae un soldado en el campo de batalla— mortalmente herida de amor por Bruno Contadino.

Me habló, atropelladamente, de sus ojos claros, su pelo rizado, el acento italiano con el que chapurreaba el español, su sonrisa adorable y el modo transparente con el que le había desnudado el alma, y le había permitido bucear en su interior. Había descubierto, en los escasos cinco minutos que había durado su conversación, a un hombre arrebatador, interesante y viril, de sentimientos sinceros, sin doblez ni malicia, enamorado de la vida, sencillo y naturalmente elegante, conocedor del mundo, amante de la gente, buen amigo, buen hijo, listo, emprendedor, valiente, protector, honesto y leal.

—¿Pero de qué habéis hablado? —le pregunté, admirada de que hubiera

llegado a conocerlo tan profundamente en tan poco tiempo.

—De vinos —respondió ella como si aquello lo explicara todo.

En ese momento, nuestro fotógrafo, al cual habíamos perdido de vista al comienzo de la gala, nos despertó de golpe de nuestra ensoñación. Venía muy alterado, cargando con sus bártulos y con la cámara colgada de una cincha al cuello.

—He logrado una fotografía increíble —nos dijo, secándose la frente con una servilleta de papel—. Una escena de lo más inesperada. Ya veréis cuando revele este carrete.

—¿Un beso? —crucé los dedos tras la espalda para que me dijera que no, que no había habido tal cosa. Que Nelson y Teresa eran fríos como el hielo, indiferentes, distantes.

—Mejor que un beso —respondió.

Traté por todos los medios de arrancarle el secreto de aquella fotografía antológica, la que probablemente aparecería en la portada de la siguiente edición de nuestra revista y serviría para ilustrar la crónica que yo escribiría esa misma noche, desvelada y aturdida, ante mi máquina portátil Olivetti, esa que hacía un ruido de mil demonios al teclear y que cada vez que llegaba al final de una línea hacía sonar una campanita desquiciante. Mi hermana trataría de dormir tapándose los oídos con la almohada, y yo le recordaría que la idea de quedarnos un día más en Montecarlo había sido suya y no mía, y que mi texto tendría que llevarse el fotógrafo en el primer vuelo de la mañana si queríamos que llegara a tiempo para el cierre de la edición.

Él se negó en redondo a desvelarme el contenido de la imagen. Dijo que daba mal fario hablar de una fotografía antes de revelarla. Que ya la veríamos a su debido tiempo. Y que íbamos a «flipar».

Después de despedirme de él en la puerta del Casino, regresé al salón a rescatar a mi hermana, que se había quedado pasmada, apoyada en una columna de mármol, suspirando de amor por Bruno. La conduje, como si estuviera sonámbula, hacia el ropero, donde habíamos abandonado nuestros chales de *pashmina*, y desde allí a la mítica escalera que termina en la plaza de la fuente con forma de ruleta.

Llegamos a nuestro hotel pasada la medianoche. Ella cayó a plomo sobre la cama y yo desempolvé la Olivetti y comencé a teclear, sentada al escritorio

Luis XVI desde el que uno podía asomarse al aristocrático patio. Juraría — aunque también puede ser que lo soñara— que en una *suite* frente a la mía se encendió una luz y reconocí la silueta inconfundible de Mick Jagger abalanzándose sobre una corpulenta y voluptuosa mujer de cabellos indómitos.

Algo de cierto tuvo que haber en aquella sorprendente visión mía, puesto que horas más tarde coincidí con la rubia en el salón del desayuno y todavía no se había recuperado de los estragos de la noche en danza. Devoraba con ansia brioches y cruasanes como si llevara siglos sin comer y a pesar de que había tratado de someter los rizos de su melena leonina con horquillas y fijadores, su cabeza seguía pareciendo un huso de algodón de azúcar.

Mi hermana bullía de actividad. Todavía no eran las nueve y ya había contactado con un servicio de alquiler de coches, cancelado nuestros billetes y conseguido unos nuevos en el último vuelo de la noche. También había elaborado un detallado mapa que nos conduciría hasta el *château* Contadino, que quedaba lejos, pero no demasiado; a unos ciento veinte kilómetros de Montecarlo por la carretera de la costa, atravesando Niza, Antibes, Cannes y desviándonos hacia el norte en Fréjus, antes de llegar a Saint-Tropez, en dirección a un encantador pueblecito de los de mercadillo y callejuelas, desde el que partía un camino que se internaba en un bosque y desembocaba en el viñado.

Desde el punto más elevado del trayecto, vimos cómo el río, de color chocolate, se retorció y se desparramaba sobre los campos verdes, ya brotados, de cereales y alfalfas. Vimos el ganado pastando, los lugareños disfrutando del sol primaveral, y escuchamos, a lo lejos, el tañido de las campanas de alguna iglesita donde, seguro, olería a romero y a espliego.

Conducía yo, que de las dos era la más dueña de mis sentidos y a pesar de todo notaba el estómago contraído y no podía parar de mordisquearme los pellejillos junto a las uñas. Mi hermana continuaba en un estado casi catatónico, con aquella cara de pasmo que se le había quedado desde la noche anterior. Aseguraba que algún día se casaría con Bruno Contadino. Que era cierto eso que nos decían nuestras abuelas y que a nosotras nos parecía imposible: «El día que conozcas al hombre de tu vida, lo sabrás. No tendrás duda, ni vacilarás. Lo sabrás de un modo sobrenatural e inexplicable. Porque

las almas se llaman, se reconocen, se añoran, y cuando por fin se encuentran, no existe nada ni nadie en este mundo que pueda separarlas».

Por mi parte, yo temía, al mismo tiempo que anhelaba, el momento de volver a ver a Nelson. Me preguntaba si realmente era una buena idea la de irrumpir de aquel modo en el nido de amor que Bruno Contadino había dispuesto para la pareja.

A esas alturas de la película, estaba claro que Teresa Trotti me aborrecía con la misma intensidad con la que yo idolatraba a su prometido. Aunque no debía de ser la primera vez que se topaba con una infeliz, como yo, dispuesta a robarle el novio al menor descuido, la simpatía que mi humilde, insignificante y bajita persona despertaba en él debía resultarle inconcebible, y por lo tanto peligrosa. No hay nada más aterrador que aquello que no sabemos explicar.

—Gira a la derecha —me indicó mi hermana señalando el mapa—. Según esto, ya estamos llegando.

—Llevas la camisa mal abrochada y unas gafas de sol puestas y otras en la cabeza —le advertí.

Al edificio principal se accedía atravesando un camino flanqueado por camelias. Era una casa antigua, de piedra dorada, por cuya fachada trepaban los rosales. Habían pintado los marcos de las ventanas de color azul lavanda y a los costados se levantaba dos torreones cilíndricos. Un porche cubierto por una parra muy espesa daba la bienvenida a los visitantes.

Eran las once de la mañana. Mi hermana hizo sonar alegremente la bocina del coche anunciando nuestra llegada.

—¡Pero qué haces! ¿No ves que pueden estar dormidos todavía?

Una de las ventanas del piso superior se cerró de golpe, haciendo mucho ruido. Un perro ladró al otro lado del jardín.

Bruno Contadino se asomó a un balcón y nos dio la bienvenida desde arriba. Estaba descalzo, se abotonaba trabajosamente los vaqueros y llevaba una camisa blanca, abierta sobre el torso desnudo. Mi hermana me clavó las uñas en el brazo.

—Bajo enseguida —se disculpó—. Esperadme ahí mismo. No os mováis. —Y antes de desaparecer de nuestra vista añadió guiñándonos un ojo—: Estáis muy guapas esta mañana.

Él sí estaba guapo. Tuve que reconocérselo a mi hermana. Contadino era un hombre verdaderamente atractivo. Nos dio la bienvenida con unos besos italianos que olían a agua de colonia y gel de ducha y nos condujo a su casa, que era acogedora y cálida. Nos contó que, de recién casada, su madre se había ocupado personalmente de decorarla y que gracias a eso había descubierto su auténtica vocación. Con los años se había convertido en una de las más solicitadas interioristas de Roma.

Había una fotografía de su familia enmarcada sobre una mesa, a la entrada. En ella se veía a un señor elegante, sentado en un cómodo sofá, rodeado por una prole magnífica: una mujercita muy menuda y siete muchachos guapos, fuertes y sanos, como Bruno.

—Yo soy el cuarto —nos explicó y nos fue señalando uno a uno a sus seis hermanos: Andrea, Enrico, Aldo, Salvatore, Guido y Paolo.

Andrea Contadino, el mayor, resultó ser un célebre piloto de carreras, famoso por sus excentricidades dentro y fuera de los circuitos de competición. Solía aparecer en las páginas de sociedad de nuestra revista, rodeado de bellas mujeres y presumía de haber seducido a muchas de ellas.

Enrico y Aldo formaban parte de su escudería. Viajaban con él alrededor del mundo y aprovechaban el éxito de su hermano para hacer negocios. En ese momento, según nos contó Bruno, sus tres hermanos mayores se encontraban precisamente en España, preparándose para participar en el Gran Premio de motociclismo que tendría lugar dos días más tarde, el 8 de mayo, en el circuito de alta velocidad de Jerez de la Frontera. Como favorito, en la categoría de 125cc, se presentaba el japonés Kazuto Sakata, con un prototipo de Aprilia que en lugar de correr volaba, lo cual reducía bastante las posibilidades de victoria para Andrea Contadino; no así las de conocer «bellas españolas como vosotras», en palabras de Bruno.

Los tres hermanos estaban solteros, formaban un equipo sólido y compacto, eran jóvenes, guapos, divertidos y adinerados. Y los tres compartían con Bruno los rizos indómitos y los ojos claros.

Salvatore trabajaba junto a su padre en el despacho de asesores fiscales con más renombre de Italia. Estaba casado con una exitosa abogada matrimonialista con la que esperaba un bebé para después del verano. Guido estudiaba bioética en la Universidad Católica de Roma. Y Paolo todavía iba

al colegio; uno muy elitista, el Beau Soleil, de Suiza.

Todo esto nos lo contó Bruno, orgulloso de su familia, frente a un succulento desayuno mediterráneo: pan de hogaza recién tostado, bañado en aceite de oliva, tomate fresco, *mozzarella* de búfala y jamón de Parma, acompañado con café y zumos de fruta. El aroma procedente del horno de leña habría despertado hasta al ogro más dormilón de cualquier cuento de hadas; creímos que Nelson y Teresa bajarían corriendo a dar buena cuenta del festín, pero curiosamente ninguno de los dos apareció antes de que Bruno nos propusiera dar un paseo por la propiedad.

Recorrimos primero el jardín, con sus parterres de flores y sus fuentes de piedra, su puentecillo de madera y su laguna invadida de nenúfares. Después el bosque en el que, según nos aseguró Bruno, coexistían en libertad los jabalíes y los corzos, aunque, tímidos como son esos animales, no nos cruzamos con ninguno de ellos en nuestro camino. En el límite de la finca había un mirador que se asomaba a los campos de labranza y al río, que dibujaba curvas entre álamos y chopos inmensos.

—En realidad, hace menos de un año que vivo aquí —nos explicó Bruno—. Estudié en la Universidad de Ciencias Agrarias de Milán y al terminar la carrera vine a poner en práctica los conocimientos que yo suponía más que suficientes para dirigir este pequeño negocio. Me equivocaba. No sabía por dónde empezar. Menos mal que el enólogo, hombre de infinita paciencia, me está enseñando todo lo que es necesario saber sobre el arte de elaborar vinos. Y el capataz me ha puesto al día de la situación económica de la empresa, que no es muy boyante, pero tampoco desesperada.

Mi hermana, que más que escucharle, bebía sus palabras como si fueran néctar divino, emitió un suspiro bastante revelador. Estaba claro que no era su intención disimular los sentimientos que Bruno Contadino despertaba en su joven corazón. Y a él tampoco parecía incomodarle semejante adoración.

—¿Y no te sientes un poco solo, aquí, lejos de tu familia y tus amigos, sin nadie con quien compartir tus preocupaciones y tus alegrías? —le soltó, ante mi completo asombro—. ¿No echas de menos la compañía de una mujer que te ayude, que te cuide, que te quiera?

¡Madre mía! Se estaba poniendo en evidencia ante un hombre al que había conocido la noche anterior. Solo le faltaba presentarse voluntaria para

el puesto de esposa abnegada.

—No creo que haya muchas chicas dispuestas a vivir aisladas en medio del campo —respondió Bruno—. Esta vida es dura. El invierno se hace largo. Las tardes eternas.

—A mí me encanta el campo —insistió ella—. Viviría toda la vida en medio de un bosque y te aseguro que no echaría de menos la civilización. Prefiero una tarde de lluvia junto a una buena chimenea, que una noche de fiesta en cualquier ciudad del mundo.

—Tampoco es que no salga nunca de aquí —aclaró Bruno—. Intento viajar a menudo. No quiero convertirme en un ermitaño. Tengo un apartamento en Roma al que voy de vez en cuando. Así mantengo el contacto con mis amigos y mis padres.

Mi hermana volvió a suspirar. Él le rodeó la cintura con un brazo y seguimos caminando los tres por el senderillo entre matorrales.

Empezaba a notar que sobraba en aquella escena. Reduje el paso y me quedé rezagada, a propósito, para concederles una mayor intimidad. Creo que ninguno de los dos me echó de menos, concentrados como estaban en su conversación a media voz.

Cuando por fin atisé la casa a lo lejos, carraspeé y les dije que si no les importaba me iba a adelantar un poco, y que no se preocuparan por mí, que los esperaba plácidamente sentada a la sombra de la parra. Les pareció una idea estupenda.

Avancé a grandes zancadas hasta que los perdí de vista. Crucé pensativa el jardín y las fuentes, los parterres de flores y el camino entre camelias y llegué a la conclusión de que, en asuntos de amores, mi hermana era mucho más hábil que yo.

Hay veces en la vida en las que es necesario actuar con rapidez. Y esta era una de ellas. Si dejaba escapar la oportunidad que le brindaba el destino, era muy probable que no volviera a encontrarse con Bruno Contadino en mucho tiempo. ¿Qué importaban los reparos y las apariencias? ¿Por qué no correr el riesgo? Al fin y al cabo, lo peor que podía ocurrir era que el chico la rechazara. Pero daba la sensación de que a él también le gustaba mi hermana. ¿Por qué hacerse la interesante, entonces?

«Mírate a ti —me dije—. Llevas meses mareando la perdiz. Jugando al

perro y al gato con Nelson Noland. Escondiéndole tus auténticos sentimientos mientras se acerca el día de su boda. ¿Y si él también tuviera sus dudas? ¿No es cierto que algunas veces da la sensación de que le gustas?».

Todo eso iba pensando rodeada de camelias, cuando levanté la vista y lo encontré de pie, con los brazos en jarras, esperándome al final del camino.

—Buenos días —me saludó.

Tuvo que notar el salto mortal de mi corazón equilibrista.

—Me estaba preguntando dónde os habíais metido los tres —dijo—. Teresa pide disculpas pero está postrada en cama con un horrible dolor de cabeza, le ocurre con frecuencia, y no bajará hoy a comer.

«¿Postrada?». Nelson y su inglés medieval, pensé, y me reí para mis adentros.

—Cuánto lo siento —mentí. Y luego añadí en tono de broma—: Mi hermana ha secuestrado a Bruno. Pide un rescate desorbitado. No creo que podamos pagarlo.

—Entonces solo quedamos tú y yo. ¿Te apetece dar un paseo a caballo?

Me reí con ganas, aunque a día de hoy no estoy segura de que Nelson hablara en broma. Él, al principio, se sorprendió un poco, pero después supongo que recordó el bochornoso episodio en Noland Towers y cambió de plan. Me pidió que no me moviera de donde estaba, desapareció en el interior de la casa y cuando volvió a salir traía un cesto de mimbre en la mano.

—¡Te traigo el aperitivo!

A pocos metros de la casa había un tilo que proporcionaba una sombra fantástica. Nos sentamos, apoyados en el tronco, y Nelson me preparó una rebanada de pan con aceite y finas lascas de trufa negra. Al parecer aquel era un exquisito manjar, solo comparable en precio y delicadeza al caviar iraní o al foie de oca.

Lamentablemente, a nuestro bocado le faltaba la sal marina, ingrediente esencial, y por eso a los dos nos pareció algo soso el invento. Nos dedicamos, en su lugar, a beber vino tinto, a palo seco, directamente de la botella. Y al final, se nos soltó la lengua.

Yo le confesé —lamento admitirlo— que Teresa Trotti me parecía un poquito insoportable. Lo contrario a su galantería de *gentleman*, tan arrebatadora. ¿Qué era lo que le gustaba de ella?

Nelson bebió un trago largo. Se limpió la boca con la manga de su camisa azul, apoyó la cabeza en el tronco y me dijo:

—Nuestra unión es muy conveniente para los dos.

Me puse hecha una fiera. Hasta creo que le grité un poco. Y él soportó con paciencia mi perorata.

—No te equivoques, yo amo a Teresa —me aseguró—. La respeto muchísimo. Admiro su inteligencia, su fortaleza y su honestidad. Y además me siento físicamente muy atraído por ella. Creo que hacemos una buena pareja. ¿Tú no lo crees?

Estuve callada un minuto entero. Hubiera querido decirle que no. Que su unión me parecía horrible. Que no tenían futuro juntos.

—Yo no soy un hombre muy aventurero —continuó Nelson sin esperar mi respuesta—. Disfruto de la paz y la tranquilidad. En eso se puede decir que soy el polo opuesto a mi padre —sonrió—. Y me gusta rodearme de personas decididas, que transmitan seguridad. Así es Teresa. Una mujer extraordinaria.

No sé qué resorte se activó en mi cabeza, o si la orden vino de otra parte de mi cuerpo o de mi alma. El caso es que, al oírle hablar en aquellos términos de la insufrible Trotti, noté un calor muy raro, como de rabia contenida, que me subió por el cuello, hasta estallar en la boca convertido en una observación tremendamente cruel:

—¿Y no te importa que ella no esté enamorada de ti?

Nelson se revolvió en su sitio.

—¿Por qué dices eso?

Se enfadó. Lo entiendo. Fui una insensata.

—¿Quién te crees que eres para juzgar a Teresa? Ni siquiera la conoces. ¡Por Dios santo!

Intenté tragarme mis palabras. Le pedí mil disculpas.

—No sé por qué lo he dicho —balbuceé—. No tengo ninguna razón para pensar algo así. Debe de haber sido culpa del vino. Seguro que ella te quiere muchísimo. Perdóname, Nelson. Por favor, perdóname.

Él se levantó dejándome sola, allí sentada, con la cesta de mimbre y la botella de vino a medio beber. Si le hubiera picado una víbora, no se habría mostrado tan dolido y aturdido. Se fue dando tumbos por aquel jardín,

arrastrando los pies cabizbajo y meditabundo.

Durante la comida —raviolis rellenos de mascarpone con aroma de trufas y milanesa de ternera a la parmesana— continuó igual de taciturno. Bruno se burló de él llamándolo aristócrata aburrido, mientras, descaradamente, hacía manitas con mi hermana por debajo de la mesa.

Nos despedimos después del café con la promesa de volver a vernos muy pronto.

La empalagosa parejita había hecho planes para reunirse tres días más tarde en Jerez de la Frontera, asistir a la carrera de motos en la que participaría el famoso Andrea Contadino, disfrutar de la fiesta flamenca, la primavera andaluza, los vinos y tapas, e incluso del mar, que quedaba a pocos kilómetros del circuito.

—Papá y mamá antes se mueren que dejarte ir sola a Jerez.

—Pues me quedaré en Cádiz, en casa de los tíos.

Estaba muy claro que mi hermana había encontrado a su alma gemela. Y así me lo fue relatando en el vuelo de vuelta. Igual que la lechera del cuento, ella se imaginaba ya casada con Bruno Contadino, viviendo feliz en el viñedo, ayudándole a cultivar la tierra con sus providenciales conocimientos de agricultura, esperándole con la cena preparada y tres o cuatro niños de ojos claros y pelo rizado. Alimentándose de trufas y vino tinto, bajando al pueblo los días de mercado y los domingos a misa, montando a caballo por las vastas extensiones de tierra, bañándose en el río en verano y refugiándose del frío en los brazos de su gran y único amor.



Me extrañó que, a primera hora de la mañana, mi padre quisiera que me reuniera con él urgentemente en el despacho. No le habíamos visto al llegar, porque era bien pasada la medianoche, ni durante el desayuno, que él tomó de prisa y corriendo, ni cuando salió precipitadamente de casa oliendo a loción para después del afeitado, con su infalible jersey de lana y su falta de ojo para combinar los colores.

Lo saludé con un beso muy apretado. No hay en este mundo otro abrazo comparable al de un padre. Nadie que lo iguale; amigo, novio, marido o hijo. Nadie. Él tenía en la mano uno de esos sobres de color sepia en los que los fotógrafos solían entregarnos el material. Supe sin que él me lo dijera que contenía el reportaje de Montecarlo. Algo grave había sucedido. No había más que ver lo incómodo que parecía.

—¿Dónde está el fuego? —dije para tratar de relajar el ambiente.

Sacó un montón de fotografías y por un momento pensé en esas películas de detectives privados. La manida escena en que el marido descubre que su mujer le es infiel, o que el político es corrupto o que el testigo ha sido comprado. Me enseñó una de ellas sin decirme nada.

Lo primero que vi fue la cabeza llena de rizos de Bruno Contadino, inclinado sobre una mujer que lo besaba apasionadamente.

Levanté la vista de la imagen y clavé los ojos en la conmoción de mi padre. ¡Horror!, pensé, el desalmado de nuestro fotógrafo había tomado una fotografía de mi hermana en pleno arrebató amoroso... y se la había mostrado, sin consideración, al hombre a quien más podía disgustar aquel espectáculo.

Me extrañó. Que yo supiera, tal escena no había tenido lugar aquella noche. Mi hermana no era de las que se dejan besar a la primera de cambio, y además, yo no le había quitado los ojos de encima en todo el tiempo que estuvimos en el Casino.

—¿Cuándo hizo esta foto? —logré decir cuando me recuperé del susto.

—¿Sabes quién es el chico?

—Sí. Se llama Bruno Contadino.

—¿Pero lo conoces?

—Lo conocimos esa noche. Era el dueño del vino que se servía con la cena. Un chico estupendo —me apresuré a aclarar, a pesar de que el gesto de mi padre era muy grave—. No te disgustes, papá, está loca por él. Creo que no he visto a nadie igual de enamorada que ella en toda mi vida.

—¿Pero cómo puedes decir eso —replicó atónito—, si se va a casar con otro hombre en menos de un mes!

Mi padre me miraba sin dar crédito a mis palabras. Se le estaban rompiendo los esquemas delante de mis narices. Con razón. Le arrebaté el resto de las fotografías y las fui pasando una a una. Resultó que quien se escondía detrás de los rizos de Bruno Contadino no era mi hermana, no, sino la sinvergüenza de Teresa Trotti de Visconti, rompiendo de un solo beso los dos corazones que yo más quería: el de mi hermana y el de mi Nelson.

—¡Qué hija de puta! —Era la primera vez en mi vida que utilizaba palabras malsonantes delante de mi padre y él acusó el golpe. Se estiró el jersey, como solía hacer cuando algo le incomodaba y después se desplomó en su butaca y me pidió que me sentara a su lado.

—Esta situación es muy desagradable —me dijo—. Tú, que has llegado a intimar bastante con el duque de Noland, eres tal vez la más indicada para decidir qué hacer. ¿Crees que deberías advertirle a él, o tal vez a tu amiga

Cara?

—No lo sé.

—También podemos ignorar el asunto. Romper las fotos, no decir nada a nadie, y cruzar los dedos para que esto haya sido un desliz sin importancia. Y esperar que los novios se casen y sean muy felices. Yo, la verdad, creo que eso sería lo más recomendable. Nosotros no tenemos autoridad moral para intervenir en una situación tan íntima y delicada. Además, ya sabes que las personas son muy proclives a matar al mensajero. Pero, en fin, lo dejo en tus manos.

Me quedé muda.

—¿Y dices que está loca por él? —se extrañó—. ¿Cómo lo sabes?

Le expliqué que al ver la fotografía, así oscura y borrosa, había confundido a Teresa con otra persona. Una chica encantadora que él nos había presentado como su novia. Mentí. No me arrepiento. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Delatar a mi hermana? Bastante iba a tener la pobre con el jarro de agua fría que se le venía encima.

Porque, si bien no estaba segura de qué debía hacer en el caso de Nelson, sí tenía muy claro que mi obligación fraternal era destrozarle las ilusiones a mi adorada hermana pequeña. Por mucho que me doliera, no podía permitir que Bruno Contadino la engañara de esa manera tan miserable.

Volví a casa. Ella salió a abrirme la puerta. Quería contarme que Bruno acababa de llamar por teléfono, que habían estado más de media hora hablando, que ninguno de los dos se decidía a colgar, que...

Entonces advirtió mi cara de araña fumigada, de perro apaleado, de hormiga pisoteada.

—¿Qué ocurre? ¿De dónde vienes?

Yo tenía ganas de abofetear al sinvergüenza que le estaba tomando el pelo.

—Tu Bruno ha resultado ser un cerdo —balbuceé—. Y el amante de Teresa Trotti, para colmo. Papá me acaba de mostrar la prueba irrefutable. La estaba besando en el Casino.

—¿Pero antes o después de conocerme a mí?

No esperaba esa reacción. Tampoco semejante pregunta.

—Qué sé yo —protesté—. Dos minutos antes o dos después de conocerte.

¿Acaso importa eso?

—Claro que importa —murmuró y se derrumbó en el sofá.

Las lágrimas manaron, como era razonable, un par de minutos después del silencio más opresivo del universo. Lo contrario me habría extrañado muchísimo. Habría sido como clavarle a alguien un puñal en el corazón y no infligirle daño alguno, ni herida, ni desmayo, ni muerte. Menos mal que teníamos a mano los pañuelillos de papel que dejaba desperdigados mi abuela por toda la casa; lloró tanto que se podría haber inundado el salón.

Mi hermano se asomó a ver qué pasaba y nos encontró penando. No dijo nada. Se limitó a girarse sobre sus talones y cerrar con cuidado la puerta del salón. Tantos años como único varón de la camada le habían enseñado que la mejor manera de evitar un conflicto con las mujeres era dejarlas en paz. Nosotras, a cambio, le cuidábamos con esmero, desviviéndonos por su comodidad, aunque no siempre dábamos en el blanco. En cierta ocasión mi hermana le convenció para que le permitiera cortar el pelo. «Te voy a dejar guapísimo», le aseguró. Y durante varios días, de los trasquilones, si lo veías de lejos, parecía que tuviera el pelo rizado.

Cuando por fin se secó el manantial, entre hipos y sollozos, mi hermana consiguió recuperar el habla.

—¿Desde cuándo crees que son amantes? —se mortificó, aplastando el pañuelo entre los dedos.

Yo hubiera deseado acompañarla en el llanto, pero es que nunca he sido capaz de desahogarme de esa manera. Todavía almacenaba las lágrimas que debería haber derramado por mi perro, las del entierro de la tía Dolores y las que de niña no me brotaron por mis abuelos. Lo de Tristan Noland fue una inexplicable mancha en mi expediente, ya lo dije.

—Me temo que desde siempre —inventó el embrión de novelista que, sin saberlo, yo llevaba dentro—. Piénsalo. Han crecido juntos. Probablemente él fue quien le dio a Teresa su primer beso.

—¿Habrán hecho el amor en el estanque de los nenúfares? —Mi hermana desvariaba, pero al menos era original en sus fantasías.

—Seguro que sí —le seguí la corriente—, entre nenúfares, viñedos y camelias.

Los años habían ido pasando y su relación derivando en algo sucio,

seguro —esto lo añadí yo mientras mi hermana se llevaba el pañuelo a los ojos—. Teresa era como una mantis religiosa, muy capaz de devorar al macho después de la cópula, o al menos, esa era la sensación que me daba a mí. Coleccionaba trofeos, hacía promesas falsas y destrozaba ilusiones.

—¿Quién nos iba a decir a nosotras que llegaríamos a odiar tanto a la misma persona, por el mismo motivo?

—La unión hace la fuerza —le recordé—. No lo olvides.

Podríamos haber tramado un plan maquiavélico para deshacernos de Teresa Trotti y liberar a nuestros hombres de sus garras. Pero, por más que pensamos, no se nos ocurrió nada que no tuviera efectos secundarios negativos para ellos. Si delatábamos a Teresa ante Nelson o le mostrábamos las fotografías a Cara, Bruno sufriría las consecuencias del escándalo y Teresa, probablemente, quedaría absuelta de todo mal. Nelson se vendría abajo. Pasarían muchos años hasta que pudiera volver a enamorarse.

Si la envenenábamos con cianuro —cosa que propuso mi hermana en un arrebato—, probablemente los acusaran a ellos cuando la policía descubriera el enredo y acabarían los dos presos en la isla de Santa Elena, como Napoleón, o tratando de fugarse del castillo de If, como el conde de Montecristo. ¿Seríamos nosotras entonces lo suficientemente valientes como para confesar nuestra culpa?

Debíamos de tener el cerebro un poco embotado aquel día, porque después de mucho cavilar, al final la decisión que tomamos fue la de huir de Madrid y refugiarnos en la soledad del campo. Así era como ahogábamos nuestras penas en aquellos tiempos. Así y empachándonos de helado Häagen Dazs, que había llegado a España procedente del Bronx, y se había extendido como la pólvora por todo el territorio nacional con la misión de curar el mal de amores.

Vinieron con nosotras nuestros preocupados padres, ignorantes del motivo de nuestra tristeza y no sé si por una especie de selección natural o por una estrategia diseñada por ellos, el desconsuelo filial se lo repartieron de la siguiente manera: mi padre me pidió a mí que lo acompañara al monte para fotografiar el nido del águila y mi madre se llevó a mi hermana de paseo, hasta un cruce de caminos por donde ella aseguraba que en cierta ocasión pasó Juana la Loca cargando con el féretro de su amado Felipe el Hermoso.

Desde hacía varios años, una magnífica pareja de águilas reales anidaba en una encina que quedaba en un valle frondoso, y mi padre había encontrado la manera de observarlas desde una ladera próxima sin ser descubierto. Había colocado un trípode en el punto exacto donde debía acoplarse el teleobjetivo y había desbrozado un poco el terreno para abrir camino hasta allí. Pero era esencial ser tremendamente cauteloso. El águila —la reina del monte— estaba siempre ojo avizor, atenta al menor ruido o movimiento extraño que pudiera alterar la paz de su nido.

—No es que tengan muchos enemigos —solía comentar mi padre—, y sin embargo, las águilas reales son los animales más tímidos y recelosos del mundo. Si descubrieran que su escondite ha sido localizado, lo abandonarían para siempre.

Caminábamos, pues, los dos, en silencio absoluto, tratando de evitar el crujido de la hojarasca, agachados, casi invisibles, escondiéndonos detrás de los arbustos, y sentíamos que el corazón se nos aceleraba según nos acercábamos al puesto de vigilancia.

Mi padre cargaba con el teleobjetivo, yo con la cámara de fotos.

El fin de semana anterior, él había logrado fotografiar a la hembra empollando los huevos. Dos huevos blanquísimos, en perfecto estado, que había puesto cuarenta y cinco días antes; lo cual significaba que ya deberían haber eclosionado o que estarían a punto de hacerlo. La futura mamá llevaba mes y medio sin moverse del nido, alimentándose gracias a los conejos que dos veces al día le traía su amoroso marido con absoluta devoción.

—Son monógamas, ¿lo sabías? Escogen una pareja y le son fieles durante toda su vida. Solo en el caso de que una de las dos muriera, la otra buscaría una nueva compañera.

—¿Cuál de las dos es la que caza, la hembra o el macho?

—Mientras la hembra empolla los huevos, el macho es el que se encarga de conseguir el alimento. Ella permanece en el nido hasta que los pollos tienen cuatro o cinco semanas. A partir de entonces, salen a cazar los dos.

—¿Juntos?

—Sí. No se separan nunca.

Mi padre terminó de instalar trabajosamente el teleobjetivo, lo orientó hacia el nido, pasó un buen rato calibrando las lentes, haciendo girar las

ruedecillas, respirando a veces, a veces sosteniendo la respiración, y finalmente vi cómo se transformaba su cara en una sonrisa de satisfacción.

—¡Han nacido! —susurró—. Puedo verlos a los dos. Tienen el plumón blanco y la madre está con ellos.

Se apartó y me hizo una señal para que le diera la cámara y otra para que mirara a través del visor.

El nido era una construcción muy sólida de palos entrelazados, oculta entre las ramas de la encina. A sus pies quedaba el valle y estoy segura de que desde allí se veía media provincia. El águila permanecía tumbada, casi inmóvil, pero era cierto que, de vez en cuando, de su costado asomaba lo que parecía una diminuta cabeza blanca cubierta de plumón. No era una madre tierna sino más bien amenazante. Tenía el pico terminado en curva de guadaña y la mirada severa. Estaba en guardia.

Enfoqué la lente directamente a sus ojos de rapaz. Eran del color de la miel, sin blanco alrededor, con la pupila redonda y dilatada, y estaban enmarcados por lo que se asemejaba a unas cejas en actitud de ceño fruncido. Sopló el viento y el águila giró la cabeza. Se me quedó mirando de frente. Tan intensa y directa fue su mirada que sentí la necesidad de apartar la vista. Los ojos de Noland se habían clavado en los míos.

—Tiene ojos de águila —murmuré.

—Qué guapa es, ¿verdad? —añadió mi padre, un poco extrañado ante mi comentario de Perogrullo.

En el silencio del monte, sonaban, como gotas de lluvia, los disparos de la cámara. Ningún animal parecía alarmarse por ello. Nos sobrevolaron las torcaces y los zorzales, se asomó un conejo a la boca de su madriguera y detrás de nosotros escuchamos nítidamente el gruñido de, al menos, dos jabalíes.

—Con las alas desplegadas llegan a tener dos metros de envergadura —me fue contando por el camino de vuelta, imitando el vuelo de las águilas con su mano libre—. Se lanzan contra sus presas a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, ¿puedes creerlo?

Después de un buen rato, cambió de tema. O tal vez fui yo la que comenzó a hablar de trabajo. El caso es que al llegar a la fuente, nos paramos a beber y él sin muchas alharacas me preguntó:

—¿Has pensado ya qué vas a hacer con lo que hemos descubierto sobre Teresa Trotti y el italiano ese...?

—Bruno Contadino —le interrumpí.

—¿Pondrás a Noland sobre aviso?

Bajé la vista, agité con un palo el barro que descansaba en el fondo de la fuente para enturbiar el agua. A pocos metros de allí estaba enterrado mi perro, bajo el castaño. Pero no me apetecía acercarme. Nunca he sido aficionada a visitar tumbas, ni a llevar flores a los cementerios. Nunca he soportado expresiones como: «Ahí está el abuelo, descansando junto a la abuelita, tal y como él quería». Yo soy más bien de las que piensan que los seres queridos levantan las alas y abandonan este mundo; lo sobrevuelan, lo contemplan, igual que las águilas reales, desde algún lejano punto de la bóveda celeste. Y supongo que les dará risa vernos perder el tiempo delante del armario de piedra en el que abandonaron el abrigo.

—Creo que no —me encogí de hombros—. No soy una chismosa.

Él me rodeó los hombros con su brazo. Llevaba puesto el único chaquetón que le recuerdo. Uno de color verde con algo de cuero en alguna parte.

—Así me gusta —asintió.

No volvió a salir el tema del beso prohibido, pero sí hablamos sobre los preparativos del reportaje de la boda. Serían necesarios dos equipos de fotógrafos: uno para los retratos y otro para la ceremonia y la celebración. Este segundo equipo tendría, a la fuerza, que contar con tres cámaras: una en el embarcadero; para tomar imágenes de la llegada de los invitados a la península de Lávedo, otra a la puerta de la iglesia y una tercera en el interior del templo. El mismo fotógrafo que haría guardia en el embarcadero se trasladaría después al mirador donde se serviría el cóctel, bajo la balastrada entre las dos bibliotecas de Villa Trotti, y cuando terminara la ceremonia, los otros dos cámaras se situarían estratégicamente: uno cerca de la mesa presidencial y el otro junto a la pista de baile.

El artista encargado de retratar a los novios volvía a ser Mario Testino, pero en esta ocasión había sido contratado directamente por la familia, para alivio mío y del presupuesto editorial. También se había ocupado Tomasso Trotti de nuestro alojamiento, en un encantador hotelito con vistas al lago, en

el pueblo más cercano a su propiedad, el pintoresco municipio de Lenno.

—Villa Trotti ha pertenecido a los Visconti desde el año 1796, cuando un antepasado de Teresa, Giuseppe Arconati, se la compró al cardenal Durini. Nunca había cambiado de manos ni de nombre hasta que Valeria Visconti se casó con Tomasso Trotti y este adquirió la totalidad de la propiedad para regalársela a ella. Como Teresa es hija única, lo más probable es que su próximo dueño se apellide Noland —le conté a mi padre mientras atravesábamos el monte.

—¿Cómo os trasladaréis desde el hotel a la villa?

—En taxis acuáticos. Está todo bajo control —le tranquilicé—. Habrá fuegos artificiales, ¿sabes?

Me debió de notar la voz triste, porque sin venir a cuento sentenció:

—«No está hecha la miel para la boca del asno».

También comentamos la necesidad de trabajar a toda prisa y la posibilidad de adelantar la edición para llegar cuanto antes a los kioscos. Nuestros competidores no tendrían acceso al interior de la fiesta, pero sí a las fotografías de los invitados navegando a bordo de las diez Rivas clásicas que habían sido alquiladas para la ocasión, el desembarco desde el lago, y lo que pudieran conseguir los *paparazzi* con teleobjetivos de precisión, apostándose en algún árbol cercano a la villa o vaya usted a saber desde dónde.

Si a los novios se les ocurría asomarse al mirador, era muy probable que los captaran desde alguna lancha motora; sobre todo en el momento de los fuegos artificiales.

—Por ese motivo, para ganar tiempo —anunció misterioso—, te voy a hacer un regalo.

—¿Ah sí?

—Un ordenador portátil —anunció.

Y por la manera como lo dijo me dio la impresión de que repetía aquellas palabras de memoria, como si pertenecieran a un idioma desconocido.

—Espero que sepas lo que es porque yo no tengo la más remota idea, pero tu hermano me ha asegurado que es un invento increíble. —Sacó un papel doblado del bolsillo de su chamarra y leyó—: Un PowerBook 150 de Apple, con procesador de textos y pantalla en color. ¿Quieres ver la foto?

Aquel objeto del futuro, lo más cercano a la tecnología extraterrestre que

uno podía imaginar en aquella época, resultaba todavía más anacrónico en el entorno de enebros y castaños en el que nos encontrábamos.

Consistía en una especie de cofre de color gris que se abría gracias a un sistema de bisagras, igual que una caja de música, y contenía un teclado, una bola giratoria y una pantalla negra. Solo unos pocos afortunados tenían acceso a objetos como aquel.

Mi padre fue testigo de la transformación de mi ánimo, del estado más rastrero al más eufórico. Di saltos de alegría, grité y reí, lo abracé y lo besé, lo despeiné, le arranqué el papel de la mano y lo remiré, como si fuera un espejismo y estuviera a punto de desaparecer de mi vista.

—Por lo visto, se puede enviar lo que vas escribiendo por teléfono, o algo así —trató de explicarme.

—Por internet —le corregí con cariño. Y no hizo falta que le diera las gracias. Estaba claro que con aquel regalo había conseguido comprar mi felicidad.

Mi madre, en cambio, no obtuvo el mismo resultado con mi hermana.

A pesar de todos sus intentos por animarla a base de escucha y paciencia, y de relatarle, pormenorizado, el desventurado caso de la tía Carmen —la que se quedó para vestir santos por culpa de un amor no correspondido—, no logró librarla del infierno en el que penaba.

El domingo, a las once de la mañana, la encontré llorando a lágrima viva delante de la primera cadena de Televisión Española, que retransmitía en directo, desde Jerez de la Frontera, el Gran Premio de motociclismo. Ni el dramático final de una telenovela venezolana la hubiera alterado de aquella manera. Mis padres se preocuparon muchísimo. No entendían la relación que podía existir entre una carrera de motos y su incomprensible disgusto.

—¿Tú sabes por qué llora tu hermana? —me interrogó mi madre cuando logró arrinconarme en un pasillo.

Le di una respuesta vaga sobre un desengaño amoroso sin importancia.

—Se le pasará, no te angusties.

Pero terminó el fin de semana y ella seguía sufriendo, suspirando, arrastrando los pies y encorvando la espalda.

Volvimos a Madrid, ella en silencio rumiando su pena y yo, toda egoísta, relamiéndome de gusto ante la perspectiva de mi flamante computadora

nueva.

Mi hermano, que se había quedado en la ciudad con el pretexto de unos exámenes y la esperanza de encontrarse por casualidad con la chica que le robaba el sueño, vino a abrirnos la puerta. Lo notamos un poco fastidiado.

—Ya te vale —le recriminó a mi hermana a modo de saludo.

La casa olía a rosas. Lo juro. Igual que aseguran que ocurre cuando muere un santo. A rosas y a lirios, a nardos, a gardenias, a magnolias, a flores exóticas traídas de otros continentes, a jazmines y madreselvas.

Se apartó para dejarnos pasar y parecía que había crecido un jardín en nuestro salón.

—Todo el maldito fin de semana atendiendo al florista —se quejó haciendo aspavientos con las manos—. Y respondiendo al teléfono, que no ha parado de sonar. Tu novio está tarado.

—¿Novio? —mi padre tensó las orejas. Me recordó un poco a mi perro, que en paz sobrevuele nuestras cabezas, cuando algo excitaba su olfato de cazador.

Mi hermano estuvo a punto de irse de la lengua. Hubiera sido catastrófico que hubiera pronunciado el nombre de Contadino en voz alta, pero fui rápida clavándole el codo en las costillas, y él, sagaz como es, comprendió la necesidad de ser discreto.

—O admirador secreto, o lo que sea —reculó.

Mi hermana estaba paralizada, boquiabierta, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Se detuvo ante cada pétalo de cada flor, los acarició uno a uno, y poco a poco, como si se estuviera rompiendo un hechizo de bruja mala, fue despojándose del peso que cargaba sobre los hombros.

La única que conservó la cordura fue servidora.

—No caigas en la trampa —la previne. Y lo hice sinceramente, sin más intención que la de evitar un desastre todavía mayor—. Recuerda que es un cerdo, mentiroso, miserable y mezquino.

Pero ella me respondió con un suspiro idiota.

Ante semejante falta de voluntad por su parte, me impuse la desagradable tarea de colgarle el teléfono a Contadino cada vez que llamara y la de destruir sus cartas antes de que mi hermana pudiera caer en la tentación de leerlas. No fue una decisión tomada a la ligera, sino consensuada con ella en un

momento de lucidez.

—Si tú no me ayudas, acabaré por perdonarle —reconoció lastimosa.

—Y él te engañará de nuevo tarde o temprano —le aseguré—. No se me quita de la cabeza que Teresa Trotti me habló de una antepasada suya llamada Carolina de Brunswick, que llegó a ser reina de Inglaterra gracias a un matrimonio concertado... sin renunciar por ello a los placeres que le proporcionaba su amante italiano.

—¿Así te lo dijo?

—Palabra por palabra. Te lo juro.

Las flores siguieron llegando a razón de dos ramos diarios durante los siete días siguientes. Temí que el día menos pensado Bruno Contadino se plantara en persona en nuestra casa, y para evitarlo, resolví mantener con él una conversación decisiva que le desanimara de una vez por todas. Me aposté junto al teléfono, esperé su llamada mañanera y con cajas destempladas le grité:

—¡Como vuelvas a llamar o a enviar flores a esta casa, sinvergüenza, te denuncio a la policía por acosador!

Después, colgué el auricular con bastante ímpetu, lo reconozco.

Es posible que técnicamente no se le pueda llamar «conversación» a esta muestra de violencia verbal, pero la cuestión es que dio resultado. Bruno Contadino se rindió. Desistió de su asedio al corazón de mi hermana. Y sus cartas cesaron, sus flores se marchitaron y el teléfono enmudeció.



Nosotras nos distrajimos de nuestros desengaños amorosos gracias al PowerBook de Apple —el cual tuvimos que aprender a domar como si fuera un caballo de carreras— y a la avalancha de trabajo que se nos vino encima con el asunto de la organización del reportaje.

Durante varios días nos transformamos en una especie de agencia de viajes dedicada a la difícil tarea de trasladar a Italia a tres fotógrafos y cuatro ayudantes junto a sus pesados, carísimos y frágiles equipos.

También nos ocupamos de solicitar al hotel un servicio de taxis acuáticos con los que nos moveríamos con rapidez por el lago —las carreteras, estrechas y sinuosas, eran demasiado peligrosas— y evitaríamos que cualquier imprevisto nos impidiera entregar el material a tiempo.

Los carretes de fotos viajarían en el primer avión de la mañana —ya teníamos contratado un *courrier* mochilero dispuesto a no pegar ojo en toda la noche—, y el texto lo enviaría yo misma a través de las mágicas redes de internet antes del amanecer.

Con el consejo y la financiación de mi abuela, compramos algunas prendas de ropa elegantes, para no desmerecer el día de la boda, rodeadas,

como estaríamos, de las mujeres más glamurosas del planeta. Y zapatos, y bolsos, y gafas de sol, y hasta un rizador de pelo eléctrico.

—¿Habéis pensado en un regalo para los novios? —se le ocurrió a mi abuela frente al escaparate de una carísima tienda de decoración, famosa por sus bronces—. De alguna manera deberíais agradecerles la deferencia que nos hacen permitiéndonos publicar su boda.

Me asomé con ella a aquella vitrina. ¿Un toro de lidia? ¿Un enganche de caballos andaluces? Entonces me fijé en una pequeña pieza colocada en un rincón. Tenía su gracia. Representaba un puesto de caza, con la escopeta apoyada en un asientito vacío y un manajo de perdices colgando de un gancho. Y lo más curioso; un setter inglés, sentado en sus cuartos traseros, esperando impaciente a que regresara el amo.

—¿Qué os parece ese de ahí?

Lo enviamos a Noland Towers dentro de una bonita caja de cartón azul, envuelta en papel de seda, e imaginé la cara de Nelson cuando lo abriera. ¿Se acordaría quizá de mis ganas de acompañarlo durante sus largas noches de vigilia, anticipando el milagro de las barnaclas?

Para entonces confieso que había perdido toda esperanza de conquistar el corazón del duque de Noland. Quedaban exactamente quince días para la boda y la situación no podía ser peor: después de nuestro desastroso cambio de impresiones a la sombra del árbol de las trufas, no había vuelto a tener más noticias de Nelson que las que nos llegaban a través de las agencias de prensa, y estas resultaban bastante desalentadoras.

Un día trajeron unas fotografías tomadas a través del escaparate de la sastrería Gieves & Hawkes, en las que, de refilón, podía intuirse al novio probándose su chaqué, y me sorprendió descubrir que el chaleco era de un original color mantequilla. También hubo imágenes de Teresa Trotti saliendo del *atelier* de Valentino, acompañada por Cara Noland, radiante de felicidad. La agencia de prensa explicaba que ambas irían vestidas por el mismo diseñador y que la buena relación entre ellas era innegable. «Tras el fallecimiento de su madre, la inolvidable Valeria Visconti, Teresa parece haber encontrado en la madrastra de su futuro marido, Cara Noland, a su mejor aliada», explicaba el texto.

Otro día, los *paparazzi* italianos lograron captar desde un helicóptero los

preparativos en Villa Trotti: decenas de personas trabajaban ya sin descanso en los arreglos del jardín y estaban construyendo un bonito arco cubierto de rosas al final del embarcadero. Desde el agua era fácil distinguir algunos detalles, como la romántica iluminación de los árboles del camino hasta la doble biblioteca o los conjuntos de flores que colgaban de los balcones.

Teresa me llamaba de vez en cuando al teléfono de la oficina para preguntarme cosas absurdas o para advertirme sobre algunos de sus invitados. Había unos cuantos políticos italianos que «preferirían» no aparecer en ninguna foto y un par de caballeros que rogaban no ser fotografiados junto a sus acompañantes, no fuera a ser que se molestaran sus santas esposas. Nuestras conversaciones solían ser frías y desagradables.

—Nos gustaría tomar alguna fotografía de la novia durante los preparativos: mientras la peinan o al colocarle el velo.

—¿Qué velo?

—Disculpe —me defendí—. Había dado por hecho que habría un velo.

—Pues no lo hay. Y deje de dar las cosas por hecho.

No parecía muy feliz, la verdad. No era una novia al uso, dulce e ilusionada. Daba más bien la sensación de que todo lo relativo a su boda la angustiaba. Estaba harta de tanto jaleo y hastiada de que la persiguieran los *paparazzi* —así me dijo haciéndose la víctima.

Su cara de mal humor aparecía a menudo en las portadas de las revistas, pero siempre endulzada por titulares halagadores que destacaban su belleza indiscutible, su elegancia, su *chic* y su *glam*. Parecía una estrella de cine de las de antes, tenía ojos de Grace Kelly, labios de Marilyn y melena de Lana Turner. Era la novia del siglo.

Lástima —para ella— que el 19 de mayo, cuando ya nadie hablaba de otra cosa que no fuera su boda, otra mujer —mucho más arrebatadora y famosa que Teresa Trotti, según defendieron encarnizadamente algunas publicaciones— le robara el protagonismo: Jacqueline Kennedy, la viuda de América, fallecía en su residencia de Manhattan, y el mundo entero desviaba la vista de Italia para dirigirla a Nueva York.

En mi casa, el teléfono comenzó a sonar a las cuatro y media de la madrugada. El timbre, estridente, nos despertó a todos, pero nadie se sobresaltó porque aquella noche nos habíamos acostado sabiendo que a

Jackie le quedaban horas, o minutos, que ya había entrado en coma, que sus hijos no se apartaban de su lado y que la Quinta Avenida preparaba un luto de sol gélido para el día siguiente.

Mi padre, con su bata de cachemir —regalo anual de mi abuela—, contestó la llamada en voz queda, asintió un par de veces, y al colgar reparó en el coro de pijamas que le contemplaba desde la puerta.

—Acaba de morir —dijo sin pronunciar el nombre de la difunta.

—¿Puedo escribir la crónica? —me ofrecí, el sueño roto y la excitación a flor de piel.

Mi abuela, que siempre tenía un pañuelo a mano, se enjugó unas lágrimas sinceras y mi hermana —la reina de la inteligencia emocional— se la llevó al sillón para que se desahogara a gusto.

El fax, ese miembro silencioso de mi familia, cobró vida de repente y empezó a vomitar papeles, haciendo un ruido de mil demonios.

Mi madre, por una vez, desconectó los auriculares de su radio portátil y nos permitió escuchar la BBC en alto. La noticia había atravesado el océano y había alcanzado las costas británicas. Las emisoras españolas tardaron cinco minutos más en anunciar lo que nosotros ya sabíamos.

—La crónica la va a escribir el redactor jefe —me explicó mi padre, paciente—, pero tú puedes echarle una mano con la documentación. Ve recopilando toda la información que consigas y, en cuanto amanezca, me llamas y te pones a su disposición.

—A la orden, mi capitán —obedecí, dedicándole un saludo militar.

—Los demás, a la cama —decretó. Eran pasadas las cinco de la mañana y a esas horas no se podía hacer nada para aligerar el trabajo del día siguiente.

Me preparé un café, le pedí prestada la radio a mi madre, me coloqué junto al fax, delante de mi flamante ordenador y casi a tiempo real me fui enterando de los detalles de aquella muerte tan madrugadora.

Jackie había abandonado el hospital el día anterior porque quería morir en su cama, rodeada por sus hijos y de la mano de su último compañero, Maurice Tempelman. Discretamente, íntimamente.

Nancy Tuckerman, amiga del alma y eficaz portavoz de la familia, con expresión temblorosa —que pude escuchar casi en directo a través de las ondas—, se enfrentó al ejército de cronistas y curiosos que se arremolinaban

ante la marquesina del número 1040 de la Quinta Avenida y pronunció las palabras temidas: «Acaba de morir Jacqueline Kennedy Onassis», y acto seguido, ya entre lágrimas: «Parecía dormir... dormir para siempre».

Todo aquello lo apunté en mi cuaderno lleno de anotaciones, sensaciones, subrayados y traducciones libres. A primera hora de la mañana, antes de que llegara el redactor jefe, ya lo estaba yo esperando en su despacho con un dossier desproporcionado de recortes caóticos.

—¿A qué hora falleció exactamente?

—A las diez y cuarto, hora de Nueva York.

—¿Quién estaba con ella?

—Sus hijos, por supuesto, Caroline y John-John, que no se han movido de su lado desde hace meses. Y su cuñado Edward Kennedy, y su amiga Nancy, claro, y también el joyero Tempelman, qué caballero más discreto. Y por la mañana se vio entrar al sacerdote Georges Bardes, de la parroquia de los jesuitas, que queda a pocas manzanas de allí, en Park Avenue, y ya no ha vuelto a salir. La casa ha estado todo el día en silencio, con las cortinas cerradas. ¿Sabes que el apartamento tiene quince habitaciones? ¿Que desde todas ellas se puede ver el Central Park?

—Buen trabajo, niña —me felicitó mi jefe después del interrogatorio al que me sometió, que más parecía un examen oral que un intercambio de información—. Escribe tú la parte del funeral y lo firmamos juntos. ¿Quieres?

Él era un maestro. En la facultad de periodismo se leían sus textos. Se veneraban. A su lado, yo era la aprendiz más afortunada de la Tierra.

—¿Cómo voy a firmar contigo, maestro!

Pero él se empeñó, me hizo sitio, y aquella crónica escrita a dos manos se publicó con mi nombre detrás del suyo.

En cuanto llegaron las impactantes fotografías del funeral en la iglesia de San Ignacio de Loyola y las del entierro en el cementerio de Arlington frente a la llama eterna, junto a su esposo, el inolvidable presidente y a sus dos bebés malogrados: Arabella y Patrick, y pudimos contemplar el rostro doliente de John-John, a la sazón el guapo oficial, que jamás estuvo tan atractivo como aquella mañana bajando las escaleras del templo, abrazando a su hermana Caroline, tras los restos mortales de su madre, mi padre tomó la

decisión de adelantar la edición.

Era lunes, 23 de mayo, y el féretro, de caoba, lo habían engalanado con un arreglo de helechos verdes sobre los que se dibujaba una cruz hecha de florecillas blancas. Caroline se arrodilló para depositar una rosa sobre el ataúd, y John-John lanzó un beso al aire. Aquella imagen impactante fue la portada de nuestra edición especial.

El miércoles estábamos en la calle y el jueves en los hogares de varios cientos de miles de lectores. El sábado, con el reparto de la tarde, me llegó una extensa carta de Cara.

«Te escribo todavía con lágrimas en los ojos», me confesó dramática, y me la imaginé sentada al escritorio de su *pied-à-terre*, escogiendo las palabras y plasmándolas en el papel de *Scriptum* con tinta violeta y letra de buena persona.

El desahogo de Cara ocupaba cinco cuartillas escritas por ambas caras. Comenzaba con un relato inverosímil sobre el día en el que coincidió con Jackie Kennedy, por casualidad, en el Beach Club de un famoso hotel de Porto Cervo. «Iba de incógnito —me contó—, vestida con una especie de kaftán y con media cara cubierta por unas enormes gafas de sol. Pero yo, que siempre he sido muy buena fisonomista, me di cuenta enseguida de quién era aquella dama tan distinguida. Incluso debajo de aquel turbante hindú y descalza como estaba, el estilo y la personalidad de Jackie eran inconfundibles. La saludé como si fuéramos amigas de toda la vida —ya sabes que a veces soy un poco impetuosa—, y ella aceptó mi invitación a tomar un refresco. Me explicó que su barco, el *Christina O*, había atracado aquella misma mañana en Porto Rotondo, que ya estaba saturada de tanto mar, que tenía mal de tierra, y que había decidido quedarse en una *suite* del hotel durante dos o tres días, para descansar un poco de la intensidad de la vida a bordo».

En su carta, Cara reproducía palabra por palabra aquella conversación. La atesoraba como uno de sus más valiosos recuerdos y según me dijo, todavía podía saborear el gusto amargo del Mare Rosso que pidió Jackie para ambas.

«En aquella época —te hablo del año 1971—, se intuía que la señora Onassis no era feliz. Su matrimonio la agobiaba, lo mismo que el encierro en la isla de Skorprios o las interminables horas de navegación. Las amistades de

su marido la desagradaban por zafias y groseras, y la relación con sus hijastros, Alexander y Cristina, no podía ser más distante. No sé por qué se explayó conmigo, que al fin y al cabo no era más que una extraña. Supongo que necesitaba confiar en alguien y se identificó con la joven e inofensiva italiana, víctima también de un amor frustrado. Yo, que jamás osaba pronunciar el nombre de Tomasso Trotti en voz alta, aquella mañana se lo conté todo. Con pelos y señales. Y ella, no lo olvidaré jamás, me dijo: no hay mayor fortuna en esta vida que la de haber conocido el amor verdadero».

Digo que el relato me resultó bastante inverosímil porque según me dieron a entender las duquesas en París, Cara Noland nunca fue una millonaria ociosa de las que en los años setenta pululaban por la Costa Esmeralda. Ella misma me había reconocido que su idilio con Tomasso Trotti se había truncado, precisamente, por carecer del abolengo y la fortuna que la madre de él ambicionaba. Si había algo de cierto en aquella narración —me dije—, también había gato encerrado. Tal vez Cara Noland trabajó durante algún tiempo como ama de llaves del hotel Cala di Volpe; o quizá —una opción más novelesca— se enroló en un barco a las órdenes de un déspota capitán del que huía despavorida cuando se cruzó casualmente con Jackie en el puerto, o —lo más probable— hizo suya una historia ajena, escuchada en una de esas tardes de té con pastas en el Savoy a alguna de sus amigas aristócratas.

Las palabras de Jacqueline Kennedy, sin embargo, tenían todos los visos de ser ciertas. Más aún a la luz de las cartas que ella misma escribió, a modo de catarsis, poco después del asesinato de su marido y que se reeditaron en los días posteriores a su muerte: «Jack era carismático, magnético, eléctrico, y todo el mundo lo sabía. Cuando entraba en algún lugar, todas las mujeres se volvían a mirarlo y todos los presentes se levantaban para hablar con él. Era como un híbrido; una mezcla entre un hombre y una criatura sin autocontrol. Siempre tuve la impresión de que libraba un combate interno, desgarrador, entre ser una buena persona o perderse las oportunidades que la vida podía ofrecer a alguien tan magnífico como él. Y en ese sentido, yo lo comprendía y lo amaba. Lo amaba. Lo amaba. Lo amaba».

«Jackie me invitó a subir a bordo del *Christina O* —continuaba narrando Cara en su extensa carta. ¿Habría servido, tal vez, como azafata de lujo en

aquel crucero?—. En la primera cubierta estaba la famosa piscina que habrás visto mil veces fotografiada, esa que tiene dibujada, con azulejos, una escena de la antigua mitología griega: un coloso, un guerrero, un toro mastodóntico. Cuando subimos a bordo y nos hicimos a la mar, la señora pidió que la llenaran de agua. Sonó un motor y el suelo de lo que hasta entonces yo había confundido con una pista de baile, descendió poco a poco, descubriendo cuatro paredes también de azulejos y permitiendo que entrara el líquido elemento por los cuatro costados, hasta convertirse en una fabulosa piscina de agua salada. En quince minutos nos habíamos adueñado de más de un millón de litros de océano. Luego supe que, para sus fiestas, Aristóteles Onassis iluminaba el fondo y lo llenaba de langostas vivas, las cuales servían de cena a sus invitados. Era divertido escoger y atrapar con un bichero a la desafortunada víctima que uno se zamparía inmediatamente después, a la brasa, acompañada por un exquisito vino blanco.

»Jackie me mostró las dieciocho *suites* del yate; a cada cual más lujosa, y nos sentamos en los famosos taburetes tapizados con piel de pene de ballena, en el bar de Ari, a tomar unas mimosas.

»Aquellas excentricidades me parecen hoy algo peripatéticas. ¿Qué loco forraría sus muebles con prepucios colosales y con qué objeto? Pero entonces, joven e inexperta como era, me fascinaron y me prometí a mí misma que algún día sería dueña de un barco como ese.

»Tengo que confesarte que hoy en día, cuando paseo por el puente del *Valeria V* (el yate de Tomasso, ya sabes), con sus setenta metros de eslora, sus tres cubiertas, dos piscinas y helipuerto, pienso en aquella criatura que era yo entonces, a la que tanto deslumbraron la luz de Jacqueline Kennedy Onassis y su existencia regalada de lujos y derroches, y sonrío para mis adentros, satisfecha. Yo poseo el único bien que ella ambicionaba por encima de todo: el amor verdadero».

Al llegar a esa frase, que Cara había subrayado con doble trazo, me recosté en el sofá algo deprimida. La conclusión a la que llegaba mi amiga — una mujer de más de cincuenta años— era para mí tan elemental como respirar. Por supuesto que no hay nada comparable al amor, vaya descubrimiento. La tragedia, precisamente, radicaba en que el mío, mi «amor verdadero», estaba a punto de casarse con la persona equivocada, eliminando

así, de un plumazo, tres oportunidades de felicidad: la suya, la mía y la de la odiosa Teresa Trotti de Visconti.

Di entonces la vuelta a la cuartilla y sentí lo mismo que un calambre, al ver el nombre de Nelson repetido una y otra vez en los dos últimos párrafos de la carta.

«Hace poco tiempo descubrí en Nelson y Teresa la llama de ese amor del que te hablo —relataba Cara—. Fue al principio de conocerse, cuando se vieron por primera vez en aquella fiesta en Roma. Yo estaba presente, ya te conté, y fue como un choque de trenes, una aleación perfecta, una atracción animal, una fusión inevitable. Los seguí con la mirada a través del salón hasta la puerta de salida y me asomé a la ventana para continuar espíándoles. En la escalera del palacete se dieron el primer beso. En la calzada el segundo. Reclinados en la fuente el tercero y en el interior del coche los cinco siguientes. Desde ese día no hubo fuerza humana que los separara. Vivieron un romance épico, magnético, escondiéndose de los fotógrafos, dándoles esquinazo, de Roma a Londres, de Londres a Roma, dos prófugos hambrientos y olvidados del mundo».

Al llegar a esa frase me entraron ganas de vomitar. Qué asco me dieron esos besos primeros. O qué envidia, qué se yo. La cuestión es que quise morirme de pena y estuve a punto de estrujar el papel, hacer con él una bola y lanzarlo lejos de mi vista. Afortunadamente, seguí leyendo.

«Me pregunto dónde quedó aquella pasión —se lamentaba la duquesa, para mi asombro—. Ya no se esconden, ni se desean como antes. Hablan de su boda como de algo ajeno; una puesta en escena, un trámite que han de cumplir para seguir adelante con sus intereses divergentes. Parecen, más bien, dos hombres de negocios a punto de firmar un contrato millonario. Serán los nervios previos al gran día, lo comprendo, discusiones de enamorados sin importancia, o que la vida todo lo moldea y lo transforma. Pero algunas veces Teresa se muestra caprichosa y Nelson, egoísta. Nelson, insensible y Teresa, insustancial. Teresa, prepotente y Nelson, indiferente. Estoy cansada. Digo tonterías. Las escribo. No me las tengas en cuenta. Pero, amiga, prométeme que cuando encuentres al hombre de tu vida lucharás por él con uñas y dientes.

»Pienso en Jackie Kennedy —concluía en sus dos líneas finales—. En

aquello que me dijo hace años. Supongo que se habrá reencontrado con su añorado Jack en lo alto del cielo. Bien por ella».

Creo que leí aquellas cuartillas más de mil veces.

Era un sábado tormentoso que terminó en aguacero y a mí las bajas presiones me dan dolor de cabeza, así que decidí salir a pasear bajo la lluvia y, a medio camino, por el puente de Juan Bravo, cerré el paraguas y disfruté de una providencial ducha fría que me empapó el pelo y la ropa y me convirtió en un pajarito aterido.

Por la noche me subió la fiebre —siempre he sido propensa a la inflamación de anginas—. Pasé el domingo en cama y el lunes temprano vino mi tío el médico —primo hermano de mi padre y ángel de la guarda de toda la familia— a que le enseñara el gáznate. Me diagnosticó una amigdalitis aguda provocada por mi imprudencia temeraria.

—A quién se le ocurre —fueron sus palabras textuales— salir a la lluvia en mayo. ¿No sabes el refrán que dice: «Hasta el cuarenta de mayo...»?

—«... No te quites el sayo» —traté de responderle con el último hilo de voz que me quedaba. Tenía la campanilla pegada a la garganta y una especie de caparazón blanco en lugar de tragaderas.

—Siete días en cama. Antibióticos, gárgaras, analgésicos, antipiréticos, dieta blanda, mucho líquido, pocas visitas —fue su receta.

—Tendrán que ser cinco días —protesté entre escalofríos—. El viernes me voy a Italia.

—No te lo recomiendo —me advirtió—. Pero allá tú. También te recomendé que no te pusieras tan guapa y ya ves el caso que me hiciste.

Aquella noche sentí que me ahogaba. No podía tragar, ni respirar. Tenía la garganta en llamas, empapé las sábanas y temblé de frío. Las dos o tres horas que logré dormir, soñé que estaba en Noland Towers, atrapada en el pabellón de caza, viendo, a través de la ventana, a Nelson y Teresa besándose bajo la lluvia. ¿Cómo describía la duquesa su pasión primera? «Un choque de trenes, una aleación perfecta, una atracción animal, una fusión inevitable...». Así imaginaba mi mente enferma la escena de los enamorados. Pero al terminar el beso, Teresa abría una boca muy grande y devoraba a Nelson, comenzando por los pies y terminando por la cabeza, convertida en una boa gigantesca, del tamaño de un yate de lujo, con sus tres cubiertas y su

helipuerto.

¡Ay, qué noche tan dramática! Todos mis fantasmas acudieron a visitarme. Si me hubiera llamado Mary Shelley, habría escrito el monstruo de Frankenstein de una sentada, sin necesidad de alucinógenos.

Mi hermana, mi madre y mi abuela entraron en mi cuarto con el alba y se apostaron ante el lecho del dolor. Yo deliraba. Llamaba a Nelson con voz de alma en pena. Insultaba a Teresa. Maldecía a Bruno Contadino y, muy agitada, pronunciaba frases inconexas sobre maletas, impresoras, motoras acuáticas y reservas de hoteles.

—No te alteres —trató de tranquilizarme mi hermana—. Todo está bajo control. Confía en mí. Duerme. Descansa.

La pobre se hizo cargo de todos los detalles de nuestro viaje y el del equipo sin mi ayuda. Soportó estoicamente las groserías de Teresa Trotti al teléfono, a pesar de que también ella, lo mismo que yo, hubiera dado cualquier cosa por poder asfixiarla con sus propias manos. Apretar ese cuello tan blanco y tan cubierto de perlas y fulares, retorcerlo, descoyuntarlo... ¿O fue ese tal vez uno de mis sueños febriles?



El viernes, 4 de junio, a las diez de la mañana, me levanté de aquella cama de enferma con el pelo tan enredado que hizo falta toda la paciencia de mi madre y un cepillo de púas gruesas para dominarlo, las piernas temblando y la cabeza dándome vueltas. Pero eso sí: con la determinación de hacer mi trabajo como un robot. En modo automático, inerte y programado para ir, ver y vencer.

—¿De verdad te encuentras bien? —me preguntó mi hermana en el taxi, camino del aeropuerto, observándome con cara de asco—. Estás pálida como un fantasma, ojerosa, flacucha, desmadejada.

—Gracias —repliqué—. Tú, en cambio, estás fantástica.

—He ido a la peluquería.

—Ya lo he notado.

Se pasó la mano por el pelo y dijo:

—Por si acaso.

No hizo falta que le preguntara a qué se refería con aquel «por si acaso» tan idiota. Su cara de pánfila hablaba por sí sola. Mi atribulada hermana tenía la esperanza de toparse con Bruno Contadino en algún momento del fin de

semana. No había más que verla. Hasta se había pintado las uñas.

—¿Crees que estará invitado? —suspiró sin nombrarlo, consciente de que por mucho que me indignara su actitud, yo no podía alzar demasiado la voz.

—¿Y qué si lo está? —repliqué de mal humor—. A lo mejor se escapa al cuarto de baño a enrollarse con la novia.

—Hija, qué cínica te has vuelto —se molestó y dejó de hablarme durante un buen rato.

Su silencio me permitió reflexionar un poco sobre el asunto de sus amores contrariados. Tal vez ella también creía haber encontrado su alma gemela y no estaba dispuesta a rendirse sin prestar batalla. O quizá, lo mismo que yo unos meses antes, empezaba a contemplar el adulterio como la opción menos mala.

En el remoto caso de que llegara a casarse con él, ¿consentiría mi hermana que Bruno y Teresa siguieran viéndose a escondidas? ¿Miraría hacia otro lado? ¿Se haría la tonta?

Vaya perspectiva desagradable la nuestra: yo en el *cottage* alimentándome de las migajas de cariño que me arrojara Nelson, y ella en el *château* temiendo el momento en el que Bruno decidiera partir a Roma «para ver a sus amigos». Seríamos como el sol y la luna: cuando yo amara, ella penaría. Cuando yo penara, ella amaría. Nos llamaríamos por teléfono:

—¿Cuándo tiene previsto tu marido marcharse de nuevo a Italia? —le preguntaría yo con la esperanza de que ella me respondiera que pronto, muy pronto.

—En cuanto tu amante le dé permiso a la zorra de su mujer —me contestaría ella, rabiosa.

—¿Me prestarás esos días el salto de cama de La Perla?

—No va a ser posible. Está hecho jirones.

Mi mente enferma inventaba diálogos macabros y situaciones de vodevil en las que nos juntábamos todos en Nochebuena y nos cruzábamos por los pasillos de la casa, en paños menores, formulando combinaciones matemáticas de cinco elementos tomados de dos en dos.

Vomitó durante el vuelo. No me extraña.

—No me digas que estás bien, porque estás hecha una piltrafa —se compadeció mi hermana.

Y hombro con hombro, mientras el avión descendía hacia el aeropuerto de Milán, compartimos las dos, como dos tontas, nuestro común mal de amores.

Luego tuvimos tiempo para enjugarnos las lágrimas en los numerosos formularios que tuvimos que rellenar. Lo de viajar con focos, paraguas de luz y fondos cromáticos es peor que solicitar plaza en una universidad americana. La nube de fotógrafos que nos acompañaba (siempre me ha gustado el término «nube» referido a un enjambre de reporteros gráficos) blandía justificantes y garantías para demostrar que el equipo no había sido robado y que contábamos con los correspondientes permisos de trabajo. Las autoridades se empeñaron en abrir mi maleta y la de mi hermana, sospechosas, dijeron, por su tamaño y sobrepeso, y al descubrir nuestros flamantes vestidos nuevos no daban crédito a la elegancia que estábamos a punto de desplegar gracias a la generosidad de nuestra abuela. Afortunadamente, en esta ocasión, conservábamos los recibos de las exclusivas *boutiques* de la calle Ortega y Gasset y no nos vimos de nuevo en la angustiada situación aduanera que vivimos en Londres.

Precisamente estaba yo rememorando aquel episodio, cuando me pareció divisar a lo lejos, ataviado con un traje de perfecta elaboración y unas modernas gafas de sol polarizadas, al mismísimo señor Carson. Al reparar en que aquel individuo cargaba con una pesada funda para trajes de Gieves & Hawkes, no me quedó duda alguna sobre su identidad. Corrí a su encuentro con auténtica alegría. Según me acercaba a él, le calculé algunos años menos de los que le había adjudicado el día que lo conocí en su tienda de Savile Row. Estaba moreno y guapo, tostado por algún sol extranjero al que había tenido acceso durante sus vacaciones tardías de Semana Santa. Me fijé en que su pelo no era tan oscuro como yo recordaba, sino entreverado de mechones dorados y en que en esta ocasión lucía sobre la mandíbula cuadrada el principio de una barba que le daba un aspecto tremendamente interesante.

—¡Míster Carson! —le grité a una distancia de cuatro o cinco metros, para su desconcierto británico. Él se giró y, en cuanto me reconoció, transformó su cara de sorpresa en una atractiva sonrisa.

—¡Usted aquí! —exclamó.

—De nuevo volvemos a encontrarnos en un aeropuerto —lo saludé—,

pero no se preocupe, que esta vez no estoy en apuros. Usted también viene a la boda del duque de Noland, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado? —bromeó, refiriéndose al abultado equipaje con el que viajaba.

—¡Qué cargado le veo! —observé—. He contratado un coche de diez plazas. Ya sabe, para los fotógrafos, para mi hermana y para mí y...

—¡Ah, no me diga que también está aquí su hermana, la delincuente! —me interrumpió divertido.

—Pues sí. Ya ve. No sabemos estar la una sin la otra —dije. Y luego le ofrecí el único sitio libre que quedaba en nuestro vehículo y un lugar para sus trajes en el diáfano espacio del enorme maletero.

—Se lo agradezco de corazón —respondió—, pero el asunto del coche ya lo tengo resuelto. ¿Se alojarán en el Belvedere?

—Sí. ¿Lo verá por allí?

—Desde luego —se despidió—. Creo que todas las habitaciones del hotel han sido reservadas para los invitados del señor Trotti. Será divertido.

Una vez a bordo de la furgoneta Volkswagen Carabelle que nos esperaba a la salida del aeropuerto y cuando estábamos a punto de incorporarnos a la autopista de peaje, nos adelantó por la izquierda, igual que una centella, a tal velocidad que parecía que nosotros viajábamos en burro, un Porsche 911 turbo, descapotable, blanco, igualito al que conducía la malvada Melissa de *Falcon Crest*, con William Carson al volante.

Estuve a un tris de saludarle con la mano a través del cristal de mi ventana empañada, pero entonces sentí algo parecido al pudor y preferí esconderme detrás del libro que estaba leyendo, a la sazón *Crónica de una muerte anunciada*.

El bólido de Carson desapareció de mi vista antes de que pudiera despertar a mi hermana para que corroborara semejante visión. Empezaba a creer que todo aquello era producto de mi mente alterada por las drogas (me refiero a los antibióticos, antipiréticos y analgésicos, no se vayan a malinterpretar mis palabras), pero al llegar a nuestro hotel, después de un sinfín de curvas, me fijé en que el Porsche blanco, descapotable, estaba estacionado junto a la puerta de entrada, lo cual vino a demostrarme que el espejismo era real.

A través del ventanuco de la Carabelle, cuando por fin abandonamos la autopista y nos aventuramos por las carreteras secundarias, contemplamos atónitas uno de los rincones más hermosos de la creación. Era tal la belleza de aquel lugar que se encogía el alma, y los ojos se empañaban igual que el vidrio al recibir el aliento de nuestro asombro. La carretera —ya lo he dicho— era estrecha y retorcida, peligrosísima. Atravesábamos pueblos abigarrados de callecitas empinadas, empedradas y en uno de ellos tuvimos que desviarnos por un camino de cabras debido a que la crecida de un torrente había derribado una casa muy vieja, despojándola de la fachada, y desde fuera se veían los muebles y los cuadros. A nuestra derecha, de vez en cuando, entre las copas de los castaños, aparecía el contorno plata y azul del lago de Como, refulgente, con llamaradas deslumbrantes que nos cegaban. Un horizonte de colores en escalera que subían desde el suelo a la cumbre. Una alfombra de árboles de limones y de naranjas, acacias, nísperos, cerezos, higueras preñadas de frutos y parras.

A nuestra izquierda, las cumbres todavía nevadas de las montañas, a un lado Italia, al otro Suiza, con sus aldeas alpinas, sus vacas pastando, sus huertos y sus iglesias encaramadas a las rocas.

La orilla del lago aparecía respuntada por las villas más señoriales que uno pueda imaginar, todas ellas dueñas de embarcaderos de piedra desde donde se accedía al agua fresca y limpia, para nadar o navegar a bordo de canoas, barcas de remos, veleros o motoras magníficas que de vez en cuando rompían el silencio del valle con su estruendo de trescientos caballos al galope y cruzaban de norte a sur o de este a oeste, dejando un rastro de estelas semejantes a las de los aviones en el cielo.

Habría sido un viaje placentero de no haber sido por las uñas de mi hermana clavándoseme en el brazo en cada curva del camino, o porque cada vez que nos cruzábamos con otro vehículo, ella se santiguaba, como si estuviéramos a punto de perder la vida. Tampoco las conversaciones a gritos y las risotadas de los fotógrafos —bendita camaradería la de los cámaras— ayudaban al relajo, porque superaban con creces los decibelios de mi *walkman* Sony y sus voces se mezclaban con la de Leonard Cohen en una desagradable polifonía vocal.

Por fin llegamos a eso de las siete de la tarde al hotel Belvedere donde,

como he dicho, reconocí el coche de míster Carson. Nos salió a recibir una amabilísima italiana, de nombre Fabrizia, que nos condujo directamente a nuestras habitaciones sin tener que pasar por el mostrador de recepción, ya que formábamos parte del grupo de invitados de los Trotti y por lo tanto disfrutábamos de un trato especial.

—Por deseo de la familia Trotti tengo el placer de invitarlas a cenar en la veranda, junto al resto de los huéspedes vip.

—¡Qué amables! —dijo mi hermana, aceptando la invitación por las dos.

Sospecho que, en su fuero interno, esperaba encontrarse con Contadino bajo la glicinia, porque si no, no comprendo su insistencia. Hasta se arrodilló para rogarme, por Dios santo, que la acompañara al restaurante, que moría de ganas de cenar a la luz de la luna, bajo el cielo estrellado de Lombardía, en aquel enclave escondido, un plato de pasta fresca con pesto, o salsa de tomate, o cualquier delicia culinaria de esas que con tanta maestría preparan los italianos.

—Por lo visto, esto verde que amarga un poquito se llama rúcula —me explicó con la boca llena, las dos sentadas a una mesa iluminada tan solo por una vela, después de claudicar yo y concederle el capricho de bajar a cenar.

Era la primera vez que probábamos aquella hierba sabrosa, que tan bien combinaba con el parmesano y la *bresaola* y que aún no había llegado a nuestro país, donde, por otra parte, bastante teníamos ya con la asombrosa incorporación del kiwi neozelandés a nuestra tradicional dieta mediterránea.

Yo permanecía ojo avizor por si aparecía Bruno Contadino, ya que ella, débil de espíritu, corría el peligro de caer de nuevo en sus redes. Al menos, con mi sensatez a su vera, el donjuán lo tendría más difícil.

Por suerte, no hubo riesgo. Entre los más de trescientos comensales, no estaba Bruno.

Quienes sí vinieron a saludar, cuando empezaban a servir los postres, fueron Tomasso Trotti y Cara Noland, en calidad de padrino y madrina, respectivamente, de Teresa y Nelson, y se pasearon por la veranda, tomados del brazo, como una pareja muy compenetrada, deteniéndose unos minutos en cada mesa.

Si continuaban mostrándose públicamente en esa actitud tan cariñosa —pensé—, me iba a quedar sin mi siguiente exclusiva: la noticia del

compromiso de los tortolitos cincuentones. Cara pareció adivinar mis pensamientos, porque desde lejos me guiñó un ojo y me señaló disimuladamente el anillo de compromiso, que había girado de manera que el diamante quedaba escondido entre sus dedos. Vino enseguida a nuestra mesa, pidió al camarero que le consiguiera una silla y se sentó a charlar con nosotras.

—Va a ser el reportaje más fantástico de vuestra historia —me aseguró mientras mordisqueaba un palito de pan de nuestro cesto—. Villa Trotti está preciosa, toda engalanada para la boda. Parece un jardín encantado, repleto de lucecitas y cubierto de flores blancas. Ya están colocadas las mesas, bajo unos toldos que recuerdan las velas magníficas de los barcos, y no sabéis cómo ha quedado de espectacular la galería: han colgado ocho lámparas de cristal de roca del techo y han cubierto de hiedra las columnas. ¡Y qué decir de la capilla! Van a iluminar las vidrieras desde fuera para no perder el efecto de los colores, tan bonitos, al anochecer. Teresa se vestirá de novia dentro de la casa y bajará a pie por el camino que atraviesa el jardín hasta la iglesia. Nelson la esperará en el altar. Cuando llegue, doblarán las campanas de los dos campanarios a la vez. ¡Un espectáculo!

—¿A qué hora pueden ir los fotógrafos? —le pregunté, muy práctica y muy automática, yo—. Necesitan llegar al menos con tres horas de antelación, para comprobar las luces y eso, ya sabes.

—Diles que a las cinco.

—De acuerdo. Iré con ellos y volveré al hotel a cambiarme de ropa.

—¿Qué te vas a poner?

—Un Blumarine.

—¿Lo has comprado en Milán? —aventuró, como si yo pudiera escoger la capital europea donde adquirir mi fondo de armario—. La *boutique* de la via della Spiga es mi favorita —dijo—. Soy muy amiga de Anna. Fuimos juntas al colegio, en Carpi.

—¿Te refieres a Anna Molinari?

—La misma. Una mujer valiosísima. Su madre, Odette, era también amiga de mi madre. Las dos eran de Módena. Y su marido, Gianpaolo, es divino.

—¿Está Bruno Contadino invitado a la boda? —nos interrumpió mi

hermana, ansiosa e impertinente.

Cara se estremeció —nos dimos cuenta las dos— al oír el nombre de Bruno en voz alta.

—¿Quién? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—Nadie —me apresuré a responderle mientras pegaba un pisotón por debajo de la mesa a mi atolondrada hermana.

—¿Te refieres al hijo de Gianguido Contadino, el abogado?

—¡Sí! —exclamó ella, haciendo como si no le doliera el pie.

—¿Lo conocéis?

—Es amigo de mi hermana —repliqué.

—Ese Bruno tiene muchos amigos —dijo ella—. Demasiados.

Tomó otro palito de pan del cestillo y lo partió por la mitad. Sonrió.

—Sí. Está invitado.

Maldita sea. Aquellas dos palabras bastaron para que mi hermana perdiera el contacto con la realidad. Se quedó alelada, contemplando el reflejo de la luna en el agua del lago, en silencio. Y yo noté que Cara se daba cuenta de todo. Me dedicó un fruncimiento de cejas y yo le respondí con un encogimiento de hombros.

Tomasso Trotti vino al rescate. Cara me lo presentó, orgullosa de su conquista, como el atractivo y galante signore Trotti, padre de Teresa. Yo estuve a punto, lo juro, de hacerle una reverencia.

Tenía porte de artista, planta de triunfador. Era rubio, como su hija, claro de ojos y sonreía igualito que Robert Redford en *Una proposición indecente*. En el bolsillo de su chaqueta asomaba un pañuelo de seda. Alrededor del cuello, llevaba una corbata elegante y su traje era digno de Gieves & Hawkes.

Me pareció un hombre afable. Sentí lástima por él, soportando a diario los caprichos de su niña mimada. Nos saludó con simpatía, nos deseó una agradable estancia en el Belvedere y nos convocó para el día siguiente, a las ocho en punto, en Villa Trotti.

Me agradó que no se refiriera en ningún momento al motivo que nos había llevado hasta allí y que nos tratara con la misma cortesía que al resto de sus invitados. Caí en la cuenta de que Cara nos había presentado con nuestro nombre y apellidos, sin hacer alusión a la razón profesional de aquel encuentro. Le había dicho: «Estas son mis amigas, Tomasso, unas niñas

encantadoras. Vienen de España». Se lo agradecí. Para mí ella también era una buena amiga. Muy por encima de cualquier cuestión diferente a la del cariño sincero.

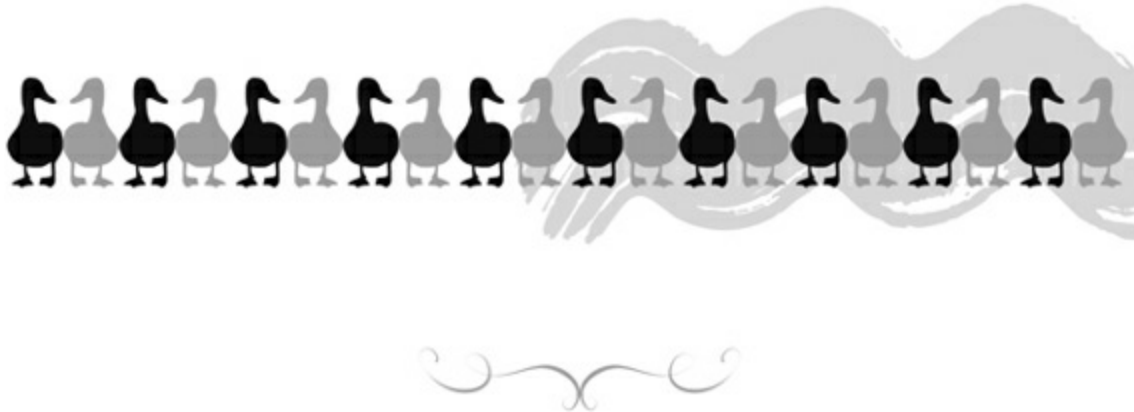
Después de la cena escolté a mi hermana de vuelta a la habitación. Noté que flotaba, todavía aturdida y ruborizada.

—Bruno Contadino es un cerdo, te recuerdo —le hice saber antes de apagar la luz de la mesita de noche.

—Sí, pero mañana se casa su amante —suspiró—. Acuérdate de lo que siempre dice papá: hasta la boda todo vale. Pero después la cosa cambia. Ya no hay tonto que valga. —Debió de darse cuenta entonces del efecto nocivo de sus palabras en mi ánimo, porque con voz muy suave me preguntó—: ¿Y tú, cómo lo llevas?

Yo me hice la dormida para no tener que contarle que tenía el corazón hecho trizas, las lágrimas sofocadas en la garganta, el alma dolorida, el cuerpo congelado y la seguridad de que al día siguiente a las ocho en punto moriría de pena, ante la perspectiva de perder a Nelson para siempre.

«Ya no hay tonto que valga», decía ella, qué gran verdad. Yo sí respetaba y defendía el sacramento del matrimonio, y sabía que por mucho que jugara con la fantasía, ideando encuentros clandestinos en *cottages* imaginarios, nunca me mezclaría con un hombre casado, por mucho que me doliera ver al amor de mi vida unido para siempre a una mujer despreciable. Además, el noveno mandamiento de la ley de Dios, según recoge el catecismo de la Iglesia católica, dice que no codiciarás a la mujer de tu prójimo, y esta frase, traducida por la madre Sagrario a nuestra realidad de alumnas obedientes, significa que a los hombres casados no se les mira, ni se piensa en ellos, ni se los desea, incluso si son actores de cine o cantantes de *rock*.



¿He aludido ya a mi facilidad para conciliar el sueño en cualquier circunstancia? ¿He contado que en cierta ocasión me quedé dormida de pie, en el estadio Santiago Bernabéu, en medio de un estruendo de protestas y cánticos? La cosa consiste en evitar dos factores: el hambre y el frío, y como aquella noche ni el uno ni la otra formaban parte de mis preocupaciones, pasé diez horas en brazos de mi amigo Morfeo, mientras el lago se desperezaba al otro lado de la ventana. Cuando recobré la conciencia había logrado deshacerme de los restos de mi reciente enfermedad, las articulaciones habían dejado de dolerme y volvía a respirar con normalidad. Mi hermana me miraba fijamente recostada en tres almohadas muy mullidas.

—Eres la peor compañera de viaje que conozco —me reprochó—. Llevo dos horas despierta, esperando a que resucites. Y tengo algo que contarte.

—Soy toda oídos.

—A eso de las siete —me relató— ha llegado una lancha. Si quieres verla, asómate a la ventana porque está amarrada al pivote del embarcadero.

—Se dice «cornamusa» —repliqué mientras saltaba de la cama y me aproximaba al balcón.

Hacia una mañana clara y veraniega, a pesar de que todavía estábamos a principios de junio. El lago había amanecido en calma, tranquilo, desierto. Desde nuestra habitación se veía la piscina, que quedaba justo debajo del balcón, rodeada por un jardín muy verde y una docena de tumbonas de madera orientadas al sol.

Mi hermana estaba en lo cierto. En el embarcadero había una Riva clásica, flotando apacible, sin nadie a bordo.

—Vale. La veo —dije—. ¿Y qué?

—No te vas a creer quién la conducía a toda velocidad.

—Prueba.

—¡Carson!

Sonreí. Tuve que ponerle al día sobre mi encuentro casual con nuestro particular 007 en el aeropuerto y revelarle a quién pertenecía el cochazo que estaba aparcado a la entrada del hotel.

—Supongo que habría ido a entregarle el chaqué a Nelson —suspiré.

—¿A las siete de la mañana? ¡Pero si todavía era de noche!

No se le fue de la cabeza, en toda la mañana, la idea de que en la vida de Carson había zonas oscuras de difícil explicación. Llegó a inventarle una misión secreta; de espía a las órdenes de su majestad (o, en este caso, a las de Tomasso Trotti) en la que él solito evitaría una catástrofe urdida por la mafia calabresa para sabotear la boda.

—Tal vez Tomasso Trotti no sea trigo limpio —llegó a insinuar, moviendo las cejas de arriba abajo.

Yo la dejé desvariar todo lo que quiso. Al menos había dejado de obsesionarse con Bruno Contadino. Para entonces nos habíamos apropiado de las mejores tumbonas, nos habíamos disfrazado de mujeres objeto con unas enormes pamelas de rafia y unas glamurosas gafas de sol y habíamos solicitado al camarero sendas piñas coladas, obsequio, como todo lo demás, de nuestro generoso anfitrión.

Frente a nuestro hotel cruzaban de vez en cuando las barcas de turistas camino de Bellagio, y las dos, emulando a las reinas europeas, los saludábamos al pasar, agitando unos vistosos pañuelos de seda.

—Me siento igual que Anita Ekberg en *La dolce vita* —le comenté a mi hermana—. Si nos viera Fellini, nos daría un papel.

No duró demasiado nuestro *dolce far niente*. A la hora de comer ya nos estaban agobiando los fotógrafos con sus prisas por instalar el equipo en Villa Trotti. Engullimos rápidamente una ensalada de *mozzarella* y poco después me despedí de mi hermana, a la que dejé sola en nuestra habitación con la orden de irse peinando y vistiendo para no hacerme esperar cuando yo regresara a eso de las seis y media.

—Buena suerte —me deseó, abrazándome antes de cerrarme la puerta en las narices.

La hora de la verdad había llegado. Era trágico. A pesar de tener de mi parte, seguro, a varios santos en el cielo, empezando por mis abuelos, pasando por la tía Carmen y la tía Dolores y terminando por Tristan Noland (aunque la santidad de este último, dada la condición azarosa de su vida, estaba en entredicho), no había sido capaz de evitar el desastre: Nelson estaba a punto de escapárseme para siempre. Habría que ir pidiendo a las Ediciones Paulinas la colección completa de las vidas de Santa Teresa y San Ignacio de Loyola, para ir abriendo boca.

Mi futuro de felicidad se desvanecía, lo mismo que mis esperanzas, mi alegría y mi vocación de ser, algún día, madre y esposa.

Mi precavida hermana había contratado unos taxis acuáticos para que nos trasladaran junto con todos los bultos, desde el Belvedere hasta Villa Trotti y, en efecto, tres pilotos nos esperaban impacientes al mando de sus lanchas, para cumplir con su labor. Eran robustos y tostados de piel, como corresponde a los descendientes de los *barcaioli*, los barqueros que en la Antigüedad cruzaban aquel lago a golpe de remo.

La península de Lávedo, donde se levantaba imponente la Villa Trotti, quedaba a muy pocas millas del hotel. De hecho, desde el embarcadero, se adivinaba la punta, con los dos campanarios visibles, y algunas de las flores de las que nos había hablado Cara. Pero según nos aproximábamos a la fortaleza y poco a poco iba apareciendo el resto de la villa, con sus edificios decimonónicos, sus dos embarcaderos de piedra, y la logia, o galería, de la que colgaban, imponentes, las ocho lámparas de cristal de roca, noté que mi espíritu se elevaba, escapaba de mi cuerpo y sobrevolaba, como un águila real, aquel castillo de cuento.

En la escalinata, junto a las rocallas, nos esperaban unos mozos

uniformados que ayudaron solícitos con las maniobras de atraque. Me fijé en una inscripción muy antigua y algo desvaída, que decía en italiano *fa ciò che vuoi*, lo que traducido al español significa: «Haz lo que quieras». «Irónico», pensé.

Ya en tierra nos salió a recibir mi amiga Cara, vestida con un estiloso *wrap dress* de Diane von Fürstenberg cuyo precio estimé en varios cientos de miles de pesetas.

—Perdonad mi aspecto —se disculpó—. Todavía no estoy lista para la boda.

Nos acompañó, muy amable, hasta la galería superior, desde la cual se contemplaba una vista inigualable del lago y las montañas.

—¿Quieres que te enseñe la propiedad? —me propuso.

¡Cómo iba a rechazar tal ofrecimiento!

Primero me mostró las dos bibliotecas, una a cada lado de la logia, repletas ambas de libros antiguos y tratados de arte, cuadernos de viaje, legajos familiares de valor incalculable, y me contó que muchos de los muebles que ahora veíamos habían formado parte de los tesoros requisados a los buques corsarios, y habían sido traídos hasta la villa por la familia Visconti a principios del siglo XIX, cuando adquirieron la propiedad, hasta entonces en manos de Luigi Porro Lambertenghi.

—Alguien debería escribir una novela sobre este lugar y sus antiguos propietarios —suspiré, inspirada por el entorno.

—¿Y por qué no sobre los presentes? —respondió.

Noté que se mordía la lengua, como si hubiera algo que quisiera contarme y no se atreviera a hacerlo, por una cuestión de lealtad o discreción.

—Algo te preocupa, Cara —le dije para animarla a hablar.

Ella dudó unos instantes, y luego me tomó del brazo y me arrinconó contra la balaustrada de piedra. Me señaló una ventana, abierta, en el edificio que quedaba a la vista, unos metros por debajo del mirador.

—Esa es la ventana de Nelson —me confió—. No ha salido de su habitación desde ayer por la tarde. Me preocupa, sí. Y mucho.

Un calorcillo como de ilusiones renovadas atravesó mi pecho.

—¿Crees que tiene dudas sobre la boda? —pregunté, intentando que Cara no notase mi alegría.

—Creo que se casará a pesar de todo —contestó—. Pero empiezo a pensar que no es una buena idea.

—¿No está enamorado?

—¡Oh, sí lo está! —replicó Cara en un volumen excesivamente alto para mi gusto—. El problema es Teresa. No la veo ilusionada. Al menos no tanto como debería. ¿Sabes que no ha querido probarse el vestido? Valentino está horrorizado...

—¿No se lo ha probado? —Yo no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Fuimos juntas a escogerlo. Ella, displicente, señaló el primero que vio. Dijo: «Ese», y después se dedicó a mordisquearse las uñas, que es una costumbre muy desagradable, por cierto. Por lo visto, no ha aparecido más por el *atelier*, y eso que la han rogado insistentemente que volviera, para ajustarle el vestido. Pero nada.

—¡Qué raro! —Yo me frotaba las manos, figuradamente, claro.

—Luego está lo de Bahamas.

—¿Qué de Bahamas?

—Que regresaron antes de lo previsto. ¿No te lo dije? —En ese momento, Cara pareció reparar en algo que hasta entonces le había pasado desapercibido. Carraspeó. Me apretó el antebrazo y confesó—: A veces me olvido de que eres periodista. No debería contarte estas cosas.

—También soy tu amiga —repliqué.

—Pues en calidad de amiga te ruego que no le cuentes a nadie lo que acabo de confiarte.

Ahí abandonó aquella conversación tan esperanzadora para mí y descorazonadora para ella. No hubo modo de arrancarle ningún secreto más, a pesar de que pasamos juntas todavía otra hora más, reunidas con los fotógrafos, analizando la lista de invitados.

Temía —y yo también, la verdad— que muchos de sus ilustres conocidos no lo fueran tanto por nosotros, españoles de pura cepa, y por eso había puesto a nuestra disposición los conocimientos del Gotha italiano de una simpática compatriota suya, de nombre Isabella Gala, muy aficionada a la crónica de la alta sociedad. Ella sería mi sombra y la de mis muchachos aquella noche. Nos aconsejaría sobre quién merecía ser inmortalizado y quién no y nos proveería de datos referentes a su estado civil presente y pasado, el

monto estimado de su fortuna, la procedencia de esta, la de su amistad con los Trotti, las conexiones con España, si las hubiera, y los vínculos con otras familias aristocráticas, que las había.

Para ponernos al día sobre las personalidades procedentes de la Gran Bretaña, también había hecho venir de Londres a un tal Benson, que había servido como mayordomo en casa del duque de Pearl hasta el día de su fallecimiento. Este Benson era un anciano respetable al que le costaba seguir mi paso y el de mi equipo por las escarpadas escaleras de Villa Trotti, así que para evitar que ralentizara nuestro ritmo, convine con él un código de signos no verbales y le rogué que no se moviera de un balcón visible desde cualquier ángulo, en toda la noche. El dedo señalador sería nuestra mejor baza, seguido del pulgar hacia arriba, que significaba «elemento interesante cuya historia te relataré más adelante»; el pulgar hacia abajo, que daba a entender que el individuo en cuestión no formaba parte del selecto grupo de los escogidos para ser nombrados en mi reportaje; y por último el pulgar atravesando el gaznate, que advertía de un gran peligro motivado por la personalidad plúmbea o cansina del interfecto o interfecta, personaje este que no suele faltar en las bodas de postín (ni en las otras). Le agradecí sinceramente esta clasificación somera. Le aseguré que me facilitaba muchísimo la tarea.

Entre los nombres que reconocí, dispuestos en riguroso orden alfabético en la lista de invitados, se encontraban algunos de los aristócratas ingleses que habían asistido el año anterior al funeral por el eterno descanso del alma de Tristan Noland; a la sazón los duques de Gloucester, los príncipes Michael de Kent, los vizcondes de Linley, las hermanas Mitford y los duques de Marlborough. Tampoco faltaban mis duquesas, las alegres comadres de París, a las que Cara había invitado básicamente para presumir. «Son divertidas — me reconoció—, pero me consta que algunas veces hablan mal de mí a mis espaldas».

No encontré muchos nombres que no estuvieran precedidos por un apócrifo de algún título nobiliario o seguidos por un apellido de postín. Bajo el aséptico tratamiento de m^{is}ter, solo localicé a Carter, el «principal» de Hertford College y a otros dos o tres individuos, que supuse serían los miembros del departamento de zoología de la Universidad de Oxford. Entre los italianos había apellidos muy sonoros: por supuesto, los Visconti y sus

primos los Brandolini y también los Confaloneri, los Agnelli y los Borromeo. Del resto no me sonaba ninguno; muchos eran nombres árabes indescifrables, otros supuse que rusos.

Pasadas las seis y media, Cara se despidió de mí con un par de besos sonoros. Alguien —probablemente su peluquera— la llamó a gritos desde una ventana del edificio principal, sin importarle que todos los presentes nos enteráramos de que los bigudíes ya estaban listos, querida, y que el tiempo volaba.

—Deberías marcharte tú también —me recomendó, excitada y alegre—. No sea que llegues tarde a la boda del siglo.

Obedecí su consejo. Me encaminé de vuelta hacia el embarcadero donde me esperaba, solícito, el taxista al volante de su transporte acuático.

—*Dove, signorina?*

—*Al hotel Belvedere, prego.*

Refrescaba un poco y el sol comenzaba a caer pesadamente de lo alto de las montañas, derramando su luz por las laderas. Me volví a mirar por última vez hacia la ventana de Nelson. La vi entreabierta, oscura, solitaria y triste.

Nada me hacía sospechar que algo muy gordo se estaba cociendo, en ese mismo instante y desde hacía un buen rato, en el interior de mi habitación. Por eso el susto fue mayúsculo cuando abrí la puerta con mi propia llave y me encontré con la escena de mi hermana recostada en la butaca y enredada en los brazos, los rizos y los labios de Bruno Contadino. Él la besaba con ansia, con pasión, casi podría decirse que con violencia, aunque tal vez este efecto fuera sencillamente el resultado de su naturaleza italiana.

—¡Cáspita! —exclamé (o algo parecido)—. ¡Menos mal que estáis vestidos!

Hubiera sido muchísimo peor encontrarlos desnudos, si bien aquella posibilidad era remota, dada la educación puritana de mi hermana. Al escuchar mi alarido, los amantes detuvieron su fogosidad a duras penas y me miraron algo aturdidos desde la butaca.

—Te acuerdas de Bruno, ¿verdad? —inquirió absurdamente mi hermana.

—¡Cómo iba a olvidarle! —respondí estupefacta, rememorando las infames fotografías en las que le recordaba en idéntica situación, pero encaramado a la Trotti.

—Tienes que escuchar la historia que acaba de contarme —dijo mi hermana, recompuesta ya del sofoco.

Él, tímidamente, se incorporó, se estiró el jersey y se quedó callado frente a mi cara de furia.

—¡Cuéntaselo, Bruno! —le animó mi hermana.

Bruno Contadino, los rizos despeinados y el jersey dado de sí, se pasó la mano por el pelo y me pidió que tomara asiento, no fuera a ser que me desmayara de la impresión. Él, a su vez, se sentó al borde de la cama, tenso y abatido, y comenzó su relato con la mirada clavada en la alfombra.

—El día que conocí a tu hermana comprendí que nunca antes había conocido el amor verdadero. Hasta ese momento había creído que lo que sentía por cierta persona...

—¡Teresa Trotti! —gritó ella desde la butaca.

—Sí, por Teresa. Creía que la amaba. Desde que era niño. Desde los diez años. Nunca había podido sacármela de la cabeza hasta la noche en la que os vi a las dos en el Casino de Montecarlo. Ella había sido mi amor platónico primero, y luego mi...

—... amante —completó mi hermana al notar su incomodidad.

—Durante los últimos siete años, cada vez que nos veíamos, volvíamos a las andadas. Ella era como una adicción para mí, y yo suponía que también para ella hasta que... en fin.

—Hasta que Teresa le confesó que estaba enamorada de otro hombre —dijo mi hermana.

El relato se detuvo durante más o menos treinta segundos. El tiempo que tardó mi mente en procesar aquellas palabras. Teresa Trotti le había reconocido a Bruno Contadino que amaba a Nelson.

Durante meses, equivocadamente, yo había supuesto que el motivo de aquel matrimonio no era otro que la conveniencia mutua, el dinero, la posición social y la adquisición de un apellido aristocrático que diera lustre a una fortuna de procedencia vulgar. Desde mi punto de vista, las palabras de Cara, la actitud de Teresa y aquel enfado de Nelson a los pies del árbol donde comimos trufas habían apoyado mi hipótesis. Ahora entendía que estaba en un error. El enamoramiento existía. Era cierto y correspondido.

—Entiendo —murmuré.

—Yo sabía que se iba a casar —continuó Bruno—, pero mi amor era tan rastrero que estaba dispuesto a aceptar el papel de amante si era necesario. Lo que no podía consentir era que ella no me quisiera con exclusividad, con verdad, aunque el nuestro fuera un amor clandestino, secreto e inconfesable.

—La noche del Casino fue definitiva —añadió mi hermana alegremente, como si no se diera cuenta de cuánto me dolían a mí aquellas palabras.

—Sí —reconoció Contadino—. Aquella noche nos despedimos Teresa y yo para siempre. Yo la besé por última vez, siendo consciente de ello y convencido de que, a pesar de que se me rompía el corazón en pedazos, era mi decisión y mi deber abandonarla. Dejarla ir.

—¡Qué dices, alma de cántaro! —protesté yo—. Tu adorada Teresa es una mentirosa, para que lo sepas. Yo misma la vi enrollándose con un sobrino de Khashoggi en...

—¡No es posible! —replicó Bruno—. ¡No puedo creer que estuvieras allí! Teresa me lo confesó al día siguiente, arrepentida y avergonzada. Ese ha sido el único desliz de toda su vida. Incluso probó aquella noche la cocaína, ¿lo sabías? Estuvo al borde del precipicio, tocó fondo. Se juró a sí misma que jamás volvería a mezclarse con drogas y jeques árabes. Que no volvería a besar a un hombre si no albergaba sentimientos auténticos hacia él.

—Hasta la más honesta de las mujeres comete algún error alguna vez en la vida —la excusó mi hermana—, acuérdate de tu atleta olímpico o de mi guardiamarina...

El italiano frunció el ceño. La sombra de unos celos muy mediterráneos sobrevoló la habitación mientras yo carraspeaba y me ruborizaba un poco al recordar a Matt y su aparición inoportuna en el Turf de Oxford. ¿Qué habría pensado Nelson de mí al ver a aquel gigante propinándome un beso de oso pardo? Tal vez Teresa Trotti también merecía el beneficio de la duda, bien que me pesara a mí.

—Pero el destino me tenía reservada la sorpresa más inesperada —continuó Bruno, con un deje italiano que transformaba las des en tés y distorsionaba el tono de las frases hasta convertirlas en melodías de gondolero. No me extrañó que a mi hermana se le licuara la sangre cuando lo escuchaba hablar.

—¡Yo! —anunció ella, orgullosa.

—¡Tú, *amore!* —replicó él, los papeles definitivamente perdidos—. En el intervalo de cinco minutos, había roto la jaula de oro en la que había estado prisionero todos esos años y había *trovado* el amor de mi vida.

—Se dice «encontrado» —le corregí yo, que para la gramática soy muy puntillosa.

En ese momento, la conversación se detuvo de repente, interrumpida por el desagradable timbre del teléfono. Nos miramos a tres bandas, tratando de señalar entre nosotros a aquel que estuviera mejor capacitado para responder la llamada. Me tocó a mí, claro está. Mi hermana seguía sin aliento y Contadino no tenía excusa que justificara su presencia en la habitación de dos jóvenes solteras.

—¿Sí? —musité.

—¿Piti-Piti?

Era mi padre, obviamente, el único ser humano sobre la faz de la Tierra con licencia para llamarme Piti-Piti sin recibir un bufido a cambio. Miré el reloj. Eran las siete y cuarto. Caí en la cuenta de lo tarde que se había hecho. Aquel cruce de declaraciones había hecho avanzar el tiempo a mucha mayor velocidad de lo normal. No había otra explicación.

Ya no iba a poder rizarme el pelo como había planeado, lo cual me hacía perder la mitad de mi autoestima. Tendría que ir a la boda con el pelo tieso, lacio y pegado al cráneo, que es como Dios tuvo la feliz idea de crearme.

—¿Papá?

Lo noté incómodo, como si se le hubiera atravesado un trozo de jamón serrano en la garganta y estuviera a punto de asfixiarse. Lo imaginé al otro lado del teléfono, probablemente vestido con su ropa de campo, habiendo mezclado en su atuendo el verde musgo con el caqui, dos colores que él confundía, aseguraba que eran uno solo, y que el resto de la humanidad estaba en un error al separarlos.

Por la hora que era y la estación del año, se habría sentado en el sofá del salón, ante la mesa donde ya estaría preparada la merienda: té, bizcochos, fruta, queso, tostadas... y seguramente mi abuela y mi madre estarían observándole fijamente, atentas a sus palabras, porque, antes de llamar, habrían sido ellas las que le habrían puesto sobre aviso. Le habrían dicho: «Tú no te enteras, hijo, pero la niña está sufriendo un calvario. Esta tarde se

casa el amor de su vida con otra mujer».

Durante un buen rato lo habrían puesto al corriente de todas las conversaciones que él se había perdido por culpa de María Dolores Pradera y su costumbre de afeitarse a puerta cerrada con el radiocasete a todo volumen. «No piensa en otra cosa desde el día en que lo vio por primera vez, cuando viajó a Inglaterra para asistir a aquel entierro, ¿recuerdas? Ya volvió de allí hablando del chico, de cómo lloraba por la muerte de su padre... y luego, tras pasar tres días con él, mano a mano, en la casa familiar, vino preguntándonos por Véronique Passani y por Jacqueline Kennedy, indagando en el modo en que ellas habían logrado seducir a sus entrevistados... y luego, ese interés en viajar a Mónaco, y esa desolación cada vez que se habla de la boda. ¿Cómo no te has dado cuenta, con lo listo que tú eres para otras cosas, de que tu niña vive mortificada por culpa de Nelson Noland?».

Y él, sacudido de repente, derribado de una vez el muro que ciega a los padres con hijas enamoradizas, habría comprendido que la cuestión era seria, que verdaderamente aquella era una tarea muy difícil para mí, y habría levantado el auricular del teléfono, con la vehemencia que le caracterizaba, maldiciendo su falta de sensibilidad, su ofuscamiento, y agradeciendo al cielo que todavía estuviéramos a tiempo de evitar el desastre.

—Oye, que estoy pensando que mejor no vayas a la boda. Que no hace falta —me soltó.

—¡Cómo que no, papá, este es el reportaje más importante de mi vida!

—Nada de eso. En tu vida habrá muchos reportajes —argumentó—. Este es solo uno cualquiera. Tú coge a tu hermana y volveos a casa cuanto antes.

—Ni hablar.

—¡No seas majadera! —se enfadó—. ¡Que escriba el texto otro redactor!
—El tono fue *in crescendo*. Mi hermana me miraba fijamente, extrañada, desde la butaca. Creo que las voces que daba mi padre se escuchaban perfectamente desde donde ella estaba. La cara de Bruno era un interrogante.

—Es mi padre —susurró mi hermana—. Ya lo conocerás, te va a encantar.

Bruno no dijo nada, pero su expresión recordaba a la de un cordero degollado. Parecía estar imaginando a su futuro suegro con cara de ogro y furia sarracena.

—Es el hombre más bueno, noble y generoso del mundo.

Bruno asintió, incrédulo.

—¡No va a escribir el texto ningún otro maldito redactor! —protesté yo (la hija, no la subordinada)—. ¡Por encima de mi cadáver! ¡Este es mi reportaje, papá, y lo voy a sacar adelante cueste lo que cueste!

Se hizo el silencio. Nos desinflamos los dos. Cuando volví a hablar, mi acento se había vuelto suave, como una caricia.

—Es cierto que me va a resultar difícil —reconocí—. Pero es mi trabajo, mi vocación. Intenta olvidar que eres mi padre. Sé mi jefe, mi ejemplo. No me digas que no vaya. Dime, en cambio, cómo quieres que lo haga. Háblame como si yo fuera Oriana Fallaci y tú el director de *L'Europeo* y me estuvieras enviando de corresponsal a la guerra de Vietnam.

Aquellas palabras tan inspiradoras debieron de hacer mella en el ánimo de mi padre. Se quedó callado, suspiró.

—Quiero que seas valiente.

Me regresó el alma al cuerpo.

—¿El alcázar no se rinde, entonces? —supliqué.

—¡A por ellos, Piti-Piti! —bramó.

Y podría jurar que se había puesto en pie, ante el estupor de su madre y su mujer, que colgó el auricular con tanta fuerza que estuvo a punto de romper el aparato y que estaba sonriendo. Con satisfacción.



La que no tenía la menor intención de ir a la boda era mi hermana. No había más que verla, despeinada y avelada, ansiosa por que yo me diera prisa y le dejara vía libre para seguir reconciliándose con Bruno en la intimidad de nuestra habitación compartida.

Menuda egoísta estaba hecha. Acababa de destrozarme las esperanzas contándome que Teresa Trotti le había reconocido a su amor de juventud que estaba enamorada de Nelson, y seguía sin perder la sonrisa bobalicona con la que me estuvo observando mientras yo me cambiaba de ropa de prisa y corriendo, me enfundaba en mi Blumarine, me encajaba los zapatos cual hermanastra fea de Cenicienta, me alborotaba el pelo a ver si conseguía dotarlo de cuerpo, me embadurnaba la cara con diversos productos cosméticos, me bañaba en perfume y, temblando de nervios, buscaba el cuaderno de notas y el bolígrafo por todas partes, antes de despedirme de ella con un reproche.

—¡Hala, disfruta de tu felicidad mientras yo agonizo! —le eché en cara.

—¡Pero si todo son buenas noticias! —me respondió extrañada.

—Para ti, sí.

Y salí de aquella habitación dando un portazo, porque eran casi las ocho, los trescientos invitados habían abandonado hacía rato el Belvedere, se habían embarcado en los taxis acuáticos que ese día de junio hicieron su agosto, y se hallaban ya esperando impacientes, en el interior del templo, la apoteósica entrada de la novia —sin velo—, del brazo de su padre, mientras Nelson Noland y su madrastra, Cara, ocupaban su puesto al pie del altar y a veces, muy de vez en cuando, se giraban disimuladamente hacia la puerta por si llegaba el momento de recibir a Teresa con sonrisa torera.

Al bajar al embarcadero y comprobar que allí ya no quedaba ninguno de aquellos taxis acuáticos tan eficaces, caí en la cuenta de que lo único que no había previsto era el asunto de mi propio traslado hasta Villa Trotti. Iba a llegar tardísimo. Me perdería sin remedio la aparición de Teresa; su recorrido romántico, caminito abajo, entre las hortensias, pisando los pétalos blancos que el cortejo de damas iría arrojando a su paso. Ni podría ver —probablemente con los ojos empañados— la sonrisa de Nelson en el momento de abrirse la puerta de la iglesia y de recortarse a contraluz la silueta de su novia del brazo de su padre. Ni sería testigo del feliz encuentro de los novios ante el altar. Ni escucharía las palabras del sacerdote: «Estamos aquí reunidos, ante los ojos de Dios y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio».

En eso sonó un estruendo de mil demonios y a mis espaldas descubrí al culpable de hacer pedazos la paz del lago. William Carson, quién si no, acudía a mi auxilio, como tantas veces, a bordo de su espectacular Riva con un motor de trescientos caballos de potencia.

—¡Suba! —me gritó.

De un salto me lancé a su lado y acabé enredada en la seda de mi vestido, despatarrada en el asiento del copiloto. Carson estaba de anuncio: su pelo ondulado perfectamente peinado, sus ojos claros, la mirada fiera y esa barba incipiente tan atractiva. Llevaba puesta una cazadora de cuero, camisa blanca, reloj deportivo. En la mano derecha —la izquierda la tenía ocupada manejando el volante de la lancha— sostenía un teléfono portátil, Motorola Internacional 3200, pesado como un ladrillo y con una antena del tamaño de un puntero de profesor de EGB. Mejor que el de mi padre, ciertamente, pero bastante prehistórico aún, para lo que estaba por venir.

—Va usted a la boda, ¿verdad?

Carson asintió. Me fijé en que los dos botones superiores de su camisa estaban abiertos y que no tenía un solo pelo en el pecho.

—¿Sin chaqué?

—Voy a la boda, sí —me dijo—, pero no para asistir a ella, sino para impedirla.

Entonces algo llamó mi atención desde una de las ventanas del hotel: la mía. Mi hermana brincaba y se desesperaba mientras me hacía señales agitando el pañuelo de seda con el que habíamos pasado toda la mañana haciendo el tonto. Con el ruido del motor no se oía más que un murmullo procedente de su garganta. Agudicé el oído. Entendí: «No es de Nelson».

—¿Qué dices? —chillé con ambas manos rodeando mi boca a modo de embudo, para que me oyera.

—¡Que no es de Nelson! —repitió.

Yo no caía en la cuenta de a qué se refería con esa frase. Tuvo que gritármela todavía un par de veces más y como viera que yo me encogía de hombros, infló sus pulmones, tensó los músculos de su garganta y con ese par de cuerdas vocales que tantas esperanzas han despertado en mi madre de formar algún día un coro polifónico con las privilegiadas voces de sus hijos y sus futuros nietos, rugió: «¡¡¡¡Que no es de Nelson de quien Teresa está enamorada!!!!». Frase que retumbó por todo el lago igual que un trueno, ya que en el mismo instante de proferirla mi hermana, William Carson había apagado el motor de su lancha para poder realizar una llamada de teléfono, y las ondas sonoras rebotaron en las laderas de las montañas y en sus cumbres, derramándose como fuegos artificiales sobre nuestras cabezas.

—*Whatever you say, darling* —estaba diciendo Carson a su interlocutora a través del móvil.

Entonces volvió a encender el motor de su lancha, me rogó que me agarrara con fuerza, me tendió aquel aparato futurista, se colocó sus gafas de sol y, precedido por otro estruendo ensordecedor, se lanzó como una bala contra las aguas oscuras y amenazantes del lago.

En Villa Trotti, en ese preciso instante, comenzaron a doblar las cuatro campanas de la iglesia, anunciando que la hora de la boda había llegado, y confundiendo sus tañidos alegres con los de otros cientos de repiques

idénticos que señalaban las ocho de la tarde.

Una flotilla de embarcaciones diversas, a cada cual más estrafalaria, rodeaba el promontorio con un ejército de *paparazzi* a bordo, disparando sus cámaras a diestro y siniestro. Los teleobjetivos eran colosales. Más parecían cañones que lentes de aumento. Supuse que captarían el vertiginoso instante de nuestra llegada y temí el momento en el que mi padre las recibiera, me identificara subida en aquel meteoro con un desconocido al mando y empezara a subirle la tensión arterial.

Esquivando a los *paparazzi* por milímetros, empapándolos, desestabilizando sus precarias naves y armando un oleaje de maremoto, rodeamos la península de Lávedo a la velocidad del rayo, entre insultos proferidos en italiano. Y habría podido decirse que consumamos la carrera con un espectacular derrape, si en lugar de una lancha, nuestro bólido hubiera sido un Fórmula Uno.

Temí que nos estampáramos contra la escalera de piedra del embarcadero antiguo, más escondido que el moderno y protegido por unos arcos cubiertos de hiedra, pero Carson realizó una maniobra perfecta. Detuvo la Riva en el punto exacto, lanzó un cabo, lo amarró a un saliente y me dijo:

—Yo que usted desembarcaría.

—Creo que merezco una explicación, Carson —protesté.

Él pareció dudar antes de decidirse a hablar. Mientras tanto, echando una rápida ojeada a mi alrededor, descubrí una botella de champán francés enfriándose en una hielera y lo que parecían blinis con caviar, en una bandeja de plata.

—No le haré la historia muy larga —me advirtió—, porque no estamos en condiciones de mantener una charla de café en este momento, hágase cargo.

Después me relató con un puñado de frases —no necesitó muchas más de seis o siete— cómo había surgido aquella atracción de naturaleza inexorable entre él y Teresa Trotti, que en poco menos de cinco meses se había transformado en una arrolladora pasión.

—Ocurrió exactamente el día 12 de enero a las once en punto de la mañana, en el mismo instante en el que ella traspasó el umbral de Gieves & Hawkes y sus ojos se cruzaron con los míos por primera vez —me contó.

Ella le había explicado por teléfono que necesitaba un traje elegante para

una sesión de fotos (la mía), y habían concertado una cita para escogerlo personalmente. Aunque no solía ser ese su cometido, en esa ocasión y dado el *pedigree* de la cliente, Carson se había ofrecido voluntario para acompañarla a descubrir los misterios de su tienda. Tomaron champán, conversaron, rieron, volvieron a verse dos veces, tres... hasta que un buen día se confesaron amor del bueno.

—Teresa no quería casarse, pero temía la reacción de su padre. Es un hombre de carácter, el señor Trotti. Le prometí que el día de su boda estaría esperando su llamada con el motor en marcha. Que iría al rescate si ella me lo pedía.

Instintivamente miramos los dos hacia el teléfono móvil que descansaba en el asiento trasero. La llamada, evidentemente, se había producido.

Al llegar a este punto, un agente de seguridad se asomó al embarcadero desde el rellano superior de la escalera. Se llevó la mano al cinturón, para hacernos ver que iba armado.

—No se asuste, oiga —le tranquilicé—. Llegaba tarde y este solícito caballero me ha traído en su lancha.

Mi verdad a medias hizo efecto. El policía nos saludó desde lo alto, descendió la escalinata más calmado, sacó una lista de papel del bolsillo y después de preguntarme mi nombre, comprobó que, en efecto, yo formaba parte de los invitados. Entonces me ofreció su brazo; dijo que la escalera antigua era peligrosa, agradeció en mi nombre a míster Carson el detalle de transportarme hasta Villa Trotti y juntos ascendimos por aquellos peldaños de piedra invadidos de musgo.

En cuanto pude desembarazarme de la amabilidad del agente, ya a escasos metros de la iglesia, me dirigí disimuladamente hacia la balaustrada, desde donde se divisaba una vista parcial del embarcadero antiguo.

La Riva continuaba allí amarrada, pero Carson había desaparecido.

Levanté la vista hacia el edificio principal. Vi que la ventana de Nelson estaba cerrada y me fijé en que un bulto blanco se asomaba a un balcón lateral. No había duda, debía tratarse de Teresa, enfundada en su vestido de Valentino.

Supuse que Tomasso Trotti estaría esperando a su hija, impaciente, a los pies de la escalera, en el primer piso, probablemente acompañado por las

damitas de honor, Mario Testino, mis fotografías y algún que otro organizador de eventos al borde de un ataque de nervios. Iba a resultarles difícil a Teresa y a Carson atravesar aquel polvorín sin ser interceptados.

Entonces, lo juro, alguien lanzó una ristra de sábanas anudadas desde el balcón y por ella bajaron abrazados los dos fugitivos que, al alcanzar suelo firme, echaron a correr por la cuesta del jardín, camino del embarcadero.

Dos agentes de seguridad los avistaron de lejos, les gritaron «¡Alto!», los persiguieron al galope, saltando arbustos, derribando macetas de flores y escurriéndose con el pasto. No eran grandes atletas, sino más bien grandes *gourmets*, a juzgar por el tamaño de sus barrigas, y en ningún momento lograron aproximarse a más de cien metros de la pareja.

Por otra parte, hay que hacerse cargo de su perplejidad: se trataba de la novia, iba vestida de blanco envuelta en encajes y gasas, su melena rubia ondeaba al viento, brillaban los diamantes que colgaban de sus orejas, en el dedo anular lucía un radiante solitario y no parecía estar sufriendo un secuestro; al contrario, se aferraba a la mano de su libertador como a un salvavidas. No es de extrañar, entonces, que aquellos agentes tuvieran dudas existenciales sobre la naturaleza de su misión. ¿Debían detener a los prófugos, o facilitarles la huida?

Esta vacilación fue muy bien aprovechada por Carson. Tomó a la novia en brazos, la besó en los labios y bajó con ella a cuerdas por aquella escalera resbaladiza hasta el embarcadero. Después la ayudó a subir a bordo, saltó hasta el puesto de mando, puso en marcha el motor de la lancha y en otra maniobra magistral abandonó el lugar a una velocidad de vértigo —diría que a unos cuarenta y cinco nudos—, lo cual hizo que la Riva se fuera haciendo cada vez más pequeña, se perdiera en el horizonte, y al final solo quedara una estela de espuma y olas, como una cicatriz, cercenando el lago.

Desde mi puesto de vigilancia, asomada a la balastrada, los vi desaparecer de escena, perseguidos a corta distancia por algunas de las lanchas más potentes de los *paparazzi*.

Esas fotografías, las de la novia a la fuga, serían las más valoradas entre los agentes de prensa, pensé. Probablemente pedirían por ellas varios cientos de miles de pesetas, y por desgracia —si mi padre no lograba evitarlo—, ocuparían las portadas de muchos tabloides y de algunas de las revistas

sensacionalistas que comenzaban su andadura por aquellos días. Los titulares, con letras mayúsculas a cuerpos desorbitados, incidirían en el bochorno del duque de Noland, traicionado por su prometida en el preciso día de su boda.

Hacer leña del árbol caído es una de las aficiones más lucrativas de la prensa amarilla.

Lo siguiente que me viene a la mente es mi propia imagen vista desde arriba, como si el alma se me hubiera escapado del cuerpo y se hubiera llevado los ojos con ella, caminando vacilante hacia la iglesia, con mi vestido largo de seda azul bailando con la brisa. De la claridad a la oscuridad; del sol anaranjado de la tarde a la cavernosa penumbra. Entré en el templo sin hacer ruido, escondiéndome entre las sombras, y en cuanto mis pupilas se acostumbraron al entorno, comencé a avanzar por el pasillo central, que había sido engalanado con una alfombra roja y parecía un caminito entre flores y velas. Los bancos estaban adornados con rosas de té. Las invitadas, con las joyas más estrepitosas del universo. Muchas de ellas llevaban vestidos de seda, como el mío, con los hombros al aire, cubiertos por chales de delicado encaje. Otras habían optado por maravillar al personal con sus peinados sofisticados, tramados de diademas de brillantes o tiaras antiguas de esas que no abandonan la caja fuerte del banco más que un par de veces en la vida.

Las inglesas, menos descocadas, se habían decidido por el terciopelo. Las italianas se atrevían ya con las incipientes transparencias, y qué decir de las rusas, con sus inseparables pieles, sus hechuras de ciencia ficción, sus ojos de hielo y sus labios seductores.

Todos los hombres llevaban chaqué. Algunos de ellos se habían arriesgado con colores alegres para sus chalecos y corbatas, pero la mayoría vestía con el impecable y tradicional uniforme de la elegancia masculina.

Al final del pasillo, a los pies del altar, reconocí la figura delicada de Cara Noland, con su pelo recogido en un moño bajo, su maquillaje ligero y un vestido escotado, gris perla, ceñido a su envidiable cintura. Se volvió hacia la puerta y al verme llegar me guiñó un ojo. Estaba contenta, satisfecha. Con su sonrisa parecía decirme: «Por fin llegó el gran día, todo ha salido bien, han venido todos nuestros invitados, este será un día inolvidable».

Me fijé en que mis fotografías estaban ya en sus puestos; uno junto a la puerta y el otro cerca del altar. Ellos también me saludaron desde lejos,

haciéndome gestos con la mano.

Yo seguí marchando por el pasillo, como un reo de muerte camino del cadalso, cabizbaja y angustiada, consciente de que todo aquel escenario de armonía y felicidad estaba a punto de venirse abajo.

Sentí lástima por Cara. Pero también, aunque mi compasión pueda parecer fingida, sentí una ansiedad espantosa al pensar en Nelson.

Una cosa es alegrarse íntimamente y en secreto de que la denostada boda se viniera abajo —que sí— y otra no ser capaz de mostrar empatía por el hombre al que una ama, cuando sabe que de un momento a otro va a hacer el ridículo más espantoso de su vida.

Porque una novia abandonada ante el altar es una cuestión bastante lamentable, sí, pero un novio... eso ya es harina de otro costal. Un novio que espera, y espera, y mira para atrás de vez en cuando, anticipando el momento de recibir a su prometida, y vuelve a esperar, y consulta el reloj, y se frota las manos, y vuelve a mirar, y le entran sudores, se sofoca, desearía poder sentarse un rato, beber un sorbo de agua, mientras crece el murmullo de los trescientos testigos, extrañados por la tardanza de la novia, ¿qué habrá pasado, que no llega? Y una duquesa acalorada saca un abanico, y muchos otros la imitan, y suenan los vaivenes como aleteos de paloma. En el coro se oyen toses, alguien se aclara la voz. Hay una soprano dispuesta a entonar el *Ave María* en cuanto aparezca la novia. El arzobispo se asoma, disimuladamente, desde la puerta de la sacristía, interroga al novio con la mirada, recibe una respuesta muda y un giro de cabeza para volver a comprobar la puerta.

Un novio plantado en el altar es algo muy triste. ¿Cómo no iba yo a compadecerme de Nelson, a pesar de que en mi fuero interno, mi corazón estuviera brincando de alegría?

En esas reflexiones discurría yo cuando mis ojos —que habían regresado a sus órbitas en la mitad superior de mi rostro— se encontraron de frente con los de Nelson Noland.

¿He dicho que los suyos eran como dos avellanas? ¿Como la mirada inquietante de un águila real?

Me vio, me reconoció, me sonrió. Se encogió de hombros. Y no apartó de mí su mirada en un buen rato. Se fijó en el vestido de Blumarine, en los

hombros desnudos, en el pelo liso y negro, en la nariz que a mí siempre me ha parecido demasiado grande pero a mi abuela le encanta, en mis labios, que hubiera querido que fueran otros; los de Kelly LeBrock en *La mujer de rojo*, por ejemplo, en mi pecho, que también hubiera deseado que fuera el de otra, en la curva de mi cintura y la de mi cadera, en el empeine de mis pies y en el color anacarado de mis uñas. Desde ese punto de mi anatomía, sus ojos de ave rapaz volvieron a ascender hasta clavárseme de nuevo en las pupilas.

«Hola, compañera», leí en sus labios.

No tuve el coraje de ser yo quien le diera la espeluznante noticia de la fuga de Teresa en brazos de otro hombre. Ya se enteraría él solito, pensé. Y fui a sentarme en uno de los bancos del lado del novio —la Armada británica—, para que, en caso de guerra civil, no me ocurriera como a los alemanes de Berlín Oriental, y pudiera alinearme con los míos.

Todavía transcurrieron un par de eternos minutos más, hasta que uno de los auxiliares del arzobispo se acercó a Nelson y a Cara y les susurró algo al oído. Supongo que les pediría que lo acompañaran a la sacristía, no creo que les comunicara allí mismo la noticia.

Un murmullo de voces ahogadas se extendió por la iglesia. El sol, tímidamente, se escondió por detrás de las vidrieras y, tal y como había anunciado Cara, se encendieron unas luces artificiales que iluminaron el rosetón y la fachada, provocando la admiración de todos los presentes.

Entonces vi salir a Cara, demudada, temblorosa, pero aún dueña de su compostura, por la misma puerta de la sacristía por la que había desaparecido unos instantes antes. Se acercó al micrófono y habló:

—Amigos —la voz, firme y hasta alegre de mi amiga, no se correspondía con las señales de alarma que su rostro enviaba inconscientemente—, la novia se va a retrasar un poco. Sugiero que esperemos fuera, en la explanada, donde serviremos unos refrescos mientras termina de prepararse.

No había rastro de Nelson. La gente se percató de ello. Mientras tomaban el primer champán de la tarde, frente a la balaustrada, ante el escenario magnífico de la iglesia iluminada, se barajaron varias opciones: que Mario Testino se había retrasado con la sesión fotográfica, que Valentino había equivocado las hechuras de la novia y un batallón de costureras estaba arreglando el desaguado de prisa y corriendo...

Imaginé el angustioso momento que se estaría viviendo en el interior de Villa Trotti: llantos, gritos, maldiciones y reparto de tranquilizantes a diestro y siniestro. Me figuré a Cara derrengada en una butaca, bebiendo agua fría a pequeños sorbos y abanicándose con uno de los tarjetones del menú, mientras Tomasso, furioso, trataba de dar caza a los prófugos, poniendo sobre aviso a todos los Carabinieri de la comarca de Lario.

¿Y Nelson? ¿Cuál estaría siendo su reacción ante semejante tragedia griega? ¿Qué dicta la educación británica para casos como este?

En medio de esas elucubraciones, me pareció escuchar, de fondo, proveniente del interior de la iglesia vacía, el sonido apagado y triste de las teclas de un piano.

Hacia allí me encaminé, imaginando la escena con la que me encontraría al empujar la hoja de madera de aquella puerta. En algún rincón de la nave, probablemente en el ángulo oscuro, igual que el arpa de Bécquer, y semioculto por un arreglo floral descomunal de esos que adornaban el templo, habría un viejo piano olvidado, silencioso y cubierto de polvo. A él se habría sentado Nelson Noland con el alma rota, y le habría arrancado unas notas tristes, preludio de la opereta que daría comienzo en cuanto se hiciera pública la noticia de la fuga de Teresa con otro hombre.

Olía a flores y a cirios encendidos. El piano, en efecto, se hallaba al fondo de una pequeña capilla lateral presidida por San Antonio de Padua e iluminada por cientos de candelitas titilantes.

No me atreví a interrumpir aquel concierto tan íntimo, así que me senté al final del banco que quedaba más cerca de él, desde donde podía contemplar su espalda inclinada sobre el teclado, los músculos de su cuello en tensión, su nuca y el comienzo de su pelo.

Reconocí inmediatamente la pieza que interpretaba —*Bridge over troubled water*, de Simon & Garfunkel—, a pesar de que introducía algunas variaciones en la versión original que aún la volvían más lastimosa.

La letra me la sabía de memoria. Empecé a cantar en voz baja y Nelson se estremeció al notar mi presencia, pero no levantó la cabeza ni se giró hacia donde yo estaba. Simplemente continuó tocando, y eso a mí, me dio confianza para ir subiendo el tono poco a poco y para irme acercando despacio a él, hasta que, finalmente, se apartó un poco y me hizo sitio a su

lado en el viejo banco tapizado de terciopelo rojo.

«Cuando sientas que estás perdido. Cuando las cosas se pongan feas y los amigos no aparezcan. Yo estaré de tu parte. Cuando caiga la noche sobre ti, despiadadamente, te consolaré. Me tenderé como un puente sobre aguas turbulentas, cuando llegue la oscuridad y el dolor te envuelva».

Me fui animando, lo reconozco. Lo que empezó siendo solo un tímido murmullo acabó transformándose en una interpretación a pleno pulmón, con gallos y todo, y hasta creo que bailoteé un poco sobre mis posaderas cuando la canción cambia de tercio y empieza a hablar de sueños que se van a cumplir, y asegura que siempre navegará a su lado, y eso. Entonces Nelson tomó la mejor decisión posible: poner fin a aquel despropósito.

—Hola, compañera —me saludó abatido—. Estás muy guapa.

—Tú también.

Era rigurosamente cierto. Las dos cosas, quiero decir. Tanto él como yo estábamos fantásticos. Elegantísimos, divinos, un par de artistas de cine, vaya. (He reconocido, admitido y confesado muchas cosas a lo largo de lo escrito, en su inmensa mayoría bastante bochornosas para el pundonor de una servidora, así que espero se me disculpe que esta vez dé razón de algo objetivamente cierto y positivo hacia mi persona). Aquella tarde podían haberme comparado con cualquier belleza rutilante de fama mundial y habría palidecido a mi lado.

En cuanto a Nelson, la tristeza que emanaba de su gesto, sus ojos demasiado brillantes y el temblor inevitable en sus dedos de pianista no hacían sino dotarlo de una humanidad muy tierna. Se había quitado la chaqueta, arremangado la camisa y deshecho el nudo de la corbata. El chaleco gris permanecía perfectamente abrochado con una hebilla a la espalda.

Sentí unas ganas enormes de abrazarlo, pero me resistí.

—¿Te sabes de memoria todas las canciones del mundo? —me preguntó.

—¿Qué te apuestas?

—Todavía me debes un edredón, te recuerdo —dijo, bajando la vista de nuevo al teclado—. Me parece que en el asunto de las apuestas no eres trigo limpio.

—Es que no respondiste a mi pregunta —repliqué.

—¿Qué pregunta?

—Si lo querías para cama de matrimonio o cama individual.

Sonrió. Se lo agradecí. Podía habérselo tomado a mal.

—Individual, si no te importa —dijo.

Temí el momento en el que empezara a desahogar su pena conmigo. No hubiera podido soportar verlo llorar, balbucear palabras incomprensibles, declarar entre sollozos su amor incondicional hacia Teresa Trotti, lamentar su suerte, acariciar la idea del suicidio.

Olvidaba que Nelson era inglés. De los de pura cepa.

—¿Lo de navegar conmigo iba en serio? —preguntó de repente.

—Totalmente.

Entonces se levantó, me tendió la mano, yo se la agarré con fuerza y juntos nos dispusimos a salir de aquella iglesia vacía, por una puerta lateral que comunicaba, a través de un pequeño puente y unas escaleras, con el embarcadero de piedra. Pero cuando estábamos ya a punto de abrirla y fundirnos en negro, engullidos por la noche, una multitud de voces se levantó al otro lado de los muros de la iglesia, la puerta principal se abrió de par en par y, en tromba, volvieron a entrar los trescientos invitados.

Nelson tiró de mí hacia un rincón apartado donde había un confesionario antiguo, de los de cuatro paredes de madera labrada y ventanuco lateral con rejilla de filigrana. Yo me senté en el banquito de madera y le hice sitio a mi lado mientras él cerraba el cubículo con nosotros dos escondidos dentro.

La situación no tenía ni pies ni cabeza. Recapitulamos en susurros: Teresa había abandonado la propiedad a bordo de una Riva clásica con un sucedáneo de 007 al volante y había desaparecido en el horizonte dejando tras de sí una estela de espuma blanca —esto lo dije yo y me quedó muy poético.

Al parecer, y según me había revelado Carson, no se trataba de un secuestro (una de las opciones que hasta ese momento barajaban los Trotti), ni tampoco de una «novia a la fuga» al uso; es decir, el clásico ejemplo de la novia con pies fríos —eso lo añadió Nelson utilizando la descriptiva expresión inglesa—, que se arrepiente en el último minuto y hace mutis por el foro sin dar explicaciones a nadie, sino del fruto de una historia de amor clandestino, que tras muchos dramáticos encuentros en los que ambos se habrían jurado fidelidad eterna, por encima de posibles matrimonios o incluso

hijos... —todo esto me lo imaginé yo basándome en mi propia experiencia y la de mi hermana— había desembocado, finalmente, en una huida a la desesperada.

—Tal vez ella comprendió que jamás podría ser feliz llevando una doble vida —sugerí y traté de medir bien mis palabras, para no hacerle daño.

Lo más doloroso para Nelson —así me lo aseguró— no era la cancelación de su boda, sino el engaño al que lo había sometido Teresa durante todo ese tiempo. La honestidad era una de las cualidades que más admiraba en ella —suspiró—, y la valentía también. No entendía por qué había escogido la mentira, en lugar de una verdad dolorosa pero digna para ambos.

—Si me lo hubiera pedido —se lamentó, cubriéndose la cara con ambas manos—, yo la habría dejado ir. Desde el primer minuto —añadió.

—Tal vez ella no te temía a ti, sino a su padre —aventuré tímidamente.

Evité comentarle que esto último era lo que me había contado Carson, mientras me depositaba sana y salva en la dársena del embarcadero después de nuestra llegada de película a Villa Trotti. Pensé que probablemente no le apeteciera imaginar la escena de su única aliada allí (o sea, yo), a bordo de la misma lancha en la que acababa de fugarse su prometida, y acompañada por el hombre que había motivado aquel desastre.

—¿Crees que ya eran amantes cuando me probaba él mismo el chaqué?

—¡Qué cosas piensas! —respondí para no tener que mentirle.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? ¿Se presentará Tomasso ante toda esta gente para decirles que su hija me ha dejado plantado?

Aguzamos el oído para intentar descifrar los cuchicheos que se multiplicaban a nuestro alrededor. Una señora cuyo asiento no debía de quedar muy lejos de nuestro escondite dijo: «A mí nadie me quita de la cabeza que esta es una boda de conveniencia. Conozco bien a Cara y sé lo calculadora que puede llegar a ser». Identifiqué la voz de la duquesa inglesa de París. Vaya pájara, pensé, y así se lo hice saber a Nelson en voz baja. «Pero el duque de Noland también es un magnífico partido», protestó su interlocutora. «No creas —murmuró la duquesa—. Me han contado que tiene un agujero en el banco del tamaño de una galaxia».

Al cabo de unos minutos infernales para Nelson, en medio de aquellos susurros y chismorreos se levantó por fin una voz que, desde el altar, pidió

silencio porque, según aseguró, la boda iba a dar comienzo de inmediato.

Nelson y yo nos miramos perplejos. Abrí la boca para lanzar algún comentario estúpido, como, por ejemplo: «¡¿Qué diablos...?!». Pero, afortunadamente, el imponente sonido del órgano retumbó por toda la iglesia sin darme tiempo a articular palabra alguna.

Los invitados se pusieron en pie haciendo ruido de muebles que se arrastran, y desde la oscuridad de nuestro refugio, comenzamos a notar que algo extraordinario estaba ocurriendo: los testigos enchaquetados y engalanados, tan formales como parecían, rompieron de pronto en un estrepitoso aplauso acompañado por un griterío inexplicable.

A través de la rejilla de filigrana del confesionario, atisbamos entonces las inconfundibles figuras de Tomasso Trotti y Cara Noland, caminando juntos hacia el altar. Ella se había adornado el pelo con un elegante y discreto tocado de flores blancas y portaba un ramo de alelúes en la misma mano en la que lucía —ya sin recato— su espectacular diamante de compromiso.

Nelson, que no me había soltado desde que nos levantamos del taburete del piano, aún se aferró con más fuerza a mi brazo. Parecía querer asegurarse de que todo aquello no se trataba de un mal sueño; una pesadilla de esas que al despertar estallan como un globo inflado y lleno de harina.

—Queridos amigos, sí habrá boda —proclamó Tomasso a través del micrófono del altar—. Pero no la que habíamos previsto, ya que, desafortunadamente, mi hija ha caído enferma de repente. Nada grave —se apresuró a añadir en respuesta al creciente volumen de los murmullos—; se trata de un corte de digestión o algo relativo a la tensión nerviosa, el doctor está con ella averiguando el origen de su indisposición.

Tomó aire. Le tembló la voz.

—Por ese motivo y dado que todos vosotros habéis venido hasta aquí tan ilusionados y elegantes, y aprovechando que Villa Trotti está preparada para celebrar una fantástica boda, Cara y yo hemos decidido casarnos.

—Con permiso de su Ilustrísima, claro —añadió Cara muy zalamera, dirigiéndose al arzobispo.

Otra vez el griterío y los aplausos invadieron la nave. El religioso tomó la palabra. Hizo callar al público con un solemne gesto de sus manos. Carraspeó.

—A pesar de que no se ha abierto expediente matrimonial y que no ha habido amonestaciones, creo que este caso es excepcional, que los novios son lo suficientemente maduros como para entender la importancia del sacramento que están a punto de recibir y que podemos saltarnos, por una vez, los trámites.

Se escuchó una segunda ovación; tal vez más fuerte que la primera. El arzobispo tuvo que rogar varias veces silencio antes de terminar su pequeño discurso improvisado.

—A no ser —dijo— que alguien entre los aquí presentes conozca algún impedimento para la celebración de este matrimonio. En ese caso, quien tenga algo que decir, que hable ahora o calle para siempre.

El silencio que siguió a semejante apelación fue denso y rotundo.

—De acuerdo, entonces —sentenció—. Comencemos, si les parece, la ceremonia.

El organista interpretó una pieza alegre, la congregación entera se puso en pie y en medio de la confusión, Nelson aprovechó para abrir sigilosamente la puerta de nuestro escondite y, arrastrándome a mí con él, escapar sin ser vistos por la salida lateral del templo, la que se abría a una escalera que conducía al viejo embarcadero en desuso.

La oscuridad no era total: una luna luminosa empezaba a asomar por encima de las cumbres y su luz era suficiente para mostrarnos el camino, resbaladizo y cubierto de musgo. A un lado había una pequeña barca de remos, un cascarón enmohecido, que años atrás había pertenecido a Teresa, y de cuya existencia le había hablado a Nelson en alguna ocasión.

La botamos al agua, comprobamos que aún flotaba y nos subimos los dos, sin reparar demasiado en los posibles peligros de nuestra excursión nocturna. Nelson agarró los remos. Los soportes estaban oxidados y la madera crujía.

—Solo faltaría que naufragáramos delante de las narices de los *paparazzi* —dije.

Me pasó por la cabeza un pensamiento que desterré de inmediato: la bochornosa imagen de nuestra cutre fuga, a bordo de una barca de remos miserable, en comparación con la estilosa escapada de Carson y Teresa en su Riva. Ojalá ningún fotógrafo se percatara de que aquel par de pardillos en peligro de hundimiento éramos, ni más ni menos, que Nelson

Noland y servidora, o nos convertiríamos en el hazmerreír de la prensa internacional. Entre unas cosas y otras, a mi padre le iba a costar un cólico de riñón retirar todas aquellas fotografías del mercado. Habría que asumir los daños y esconder la cabeza bajo tierra, como hacen los avestruces, que son listísimos.

A la luz de la luna, como digo, y sin hacer más comentario que aquel mío tan tonto, nos alejamos Nelson y yo de Villa Trotti, siguiendo la línea de la costa y ocultándonos entre las sombras de los árboles de las orillas. Gracias al cielo, ningún *paparazzi* se percató de nuestra presencia. Mientras remábamos en silencio, escuchamos doblar las campanas de la iglesia anunciando que la ceremonia había terminado, y poco después, contemplamos desde el agua el espectáculo maravilloso de miles de cohetes y fuegos artificiales estallando en el cielo de Lario.

Estaba oscuro, pero podría jurar que a Nelson se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No está hecha la miel para la boca del asno —murmuré.

—¿Cómo? —se extrañó.

—Nada. Una frase que me dijo una vez mi padre y no había comprendido hasta ahora. Significa que Teresa no sabe lo que se pierde. Que no te merece, vaya.

Seguro que sonrió. No lo sé al cien por cien porque estaba muy oscuro, pero noté que el silencio que siguió a esas palabras era diferente a cualquier silencio anterior. Más dulce.

—Compañera... —susurró Nelson. Pero inmediatamente calló.

—Dime.

—Hace calor.

—Es extraño —me arriesgué—. Fuera debe de estar helando y sin embargo...

—¿Tú también te has acordado de la noche de las barnaclas?

Asentí.

—Sabes que llevo toda la vida tratando de encontrar alguna especie de ánade desconocida, ¿verdad? —Volví a asentir—. Pues de momento, lo más parecido a un hallazgo de esa naturaleza has sido tú. Eres una *rara avis*, compañera.

—Me alegro de que me hayas descubierto tú —respondí.

Juraría que estuvimos a punto de besarnos, o quizá se me cruza en la memoria una escena de *La sirenita* de Walt Disney en la que ella pierde la voz y tiene que lograr enamorar al príncipe para recuperarla. Tal vez nos faltó una romántica «estimulación auditiva»: un coro de grillos, pajarillos, tortugas y un cangrejo cantando «¡Ahora bésala!».

El caso es que no hubo tal beso. Continuamos nuestra travesía hasta el embarcadero del Belvedere en un denso aunque cálido silencio y, una vez allí, Nelson amarró el bote y me ayudó a desembarcar, consciente de las dificultades de mantener el equilibrio en aquellas condiciones: vestida con un Blumarine y tacones de fiesta.

—¿Qué harás ahora? —le pregunté sin soltar la mano que me había tendido.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Probablemente desaparecer de escena durante algún tiempo. Tal vez me vaya a pasar el verano a Groenlandia.

Una locura me nació entonces en el cerebro y saltándose cualquier filtro salió por mi boca convertida en palabras:

—¿Me llevarías contigo?

—¿A Groenlandia?

—Es que me gustaría muchísimo observar a las barnaclas cariblancas en su hábitat natural —mentí—. Yo podría ayudarte con la cámara de vídeo, ya comprobaste que soy una realizadora magnífica.

Al menos logré arrancarle una carcajada al hombre más triste de la Tierra. Me miró de arriba abajo. Aún tenía mi mano entre las suyas.

—Estás hablando en serio —comprendió.

—Totalmente.



No fue nada fácil conseguir, sobre la marcha, dos billetes para Groenlandia. Menos aún aprender a pronunciar la palabra Aqisseaqrajoq, que resultó ser el nombre del lugar donde algún listo decidió construir el aeropuerto de Nuuk; el único punto de aterrizaje y despegue de la isla.

Nos echó una mano la eficaz Fabrizia, que afortunadamente permanecía despierta y en su puesto, organizando las idas y venidas de los taxis acuáticos a Villa Trotti.

Gracias a ella, no solo logramos plaza en el primer vuelo de la mañana a París, desde donde operaba Air Greenland, sino que pudimos seguir minuto a minuto, relatado por ella misma a tiempo real, el desarrollo de la boda de Cara y Tomasso.

Nos contó que después del espectáculo de fuegos artificiales, que disfrutaron desde la balastrada de la explanada frente al lago, los invitados fueron conducidos al lugar de la cena. Fue una noche templada y sin viento, alegre, emotiva e inolvidable. Los amigos de Tomasso improvisaron brindis y discursos, las duquesas bailaron hasta la madrugada y, al filo del nuevo día, los novios partieron juntos hacia algún destino secreto para disfrutar de su

luna de miel.

—Espero que no vayan a Groenlandia —dije—. Sería un poco violento para todos.

Hubo que resolver algunos detalles prácticos, claro. Como por ejemplo, encontrar un chófer que nos llevara a Milán y enviar a un botones a Villa Trotti para rescatar la maleta de Nelson con su ropa de calle; el chaqué no es lo más apropiado para desplazarse por las escarpadas islas de Svalbard, Nueva Zembla, Vaigach y Kolgúyev. Y también hubo que despertar a mi hermana y ponerla al tanto de lo ocurrido.

Mientras Nelson se daba una ducha y descansaba envuelto en un albornoz en la habitación que le asignó Fabrizia, yo subí a mi cuarto sumida en un desbarajuste de sentimientos y emociones.

Mi hermana dormía plácidamente con una sonrisa que le cruzaba la cara de lado a lado. La primera luz del día, que entraba tímidamente por la ventana, la iluminaba a ella, cubierta con edredones, guapa, feliz, la noble criatura con la que me tocó compartir la infancia, y después la vida, con sus dosis de buena suerte y de infortunio, de alegría, emoción y esperanza. El muro de mis lamentos, el pozo de mis deseos, la niña de mis ojos, la guardiana de mis secretos.

—¡Despierta, petarda! —la espabilé con la ternura que caracteriza a las hermanas mayores a la hora de dirigirse al resto de los frutos del amor paterno.

Abrió los ojos sin perder la sonrisa. Parecía que se le hubiera quedado grabada en la cara.

—Me voy a Groenlandia, con Nelson.

Parpadeó varias veces seguidas.

—En media hora viene a buscarnos un taxi para llevarnos a Milán. Desde ahí volaremos a París y esta tarde intentaré llamar a casa desde Nuuk.

Mi bisabuela paterna, en cierta ocasión, amaneció incorporada en sus tres o cuatro almohadas a eso de las diez de una mañana de un caluroso día de julio. Mi madre, algo temerosa, llamó a la puerta de su habitación para contarle que hacía un día estupendo, con un sol radiante, y que se le había ocurrido llevarnos a los niños de excursión a pasar el día a Santander. «Solo es una hora y media de carretera —la tranquilizó—, esta tarde a las nueve en

punto estaremos de vuelta para cenar contigo». La reacción de mi bisabuela no se hizo esperar: se desmayó. Sin contemplaciones. El problema fue que aquel desmayo suyo, como digo amortiguado por cuatro almohadas muy mullidas, no surtió el efecto deseado. No logró asustarnos lo suficiente como para cancelar la excursión.

A ella me recordó mi hermana cuando le solté lo de Groenlandia. Se le abrieron los ojos como platos y se le congestionó la cara.

—¿Has perdido la cabeza! ¡Al final te has vuelto loca! —me dijo.

Y entonces caí en la cuenta de que no le había explicado lo más importante: que Nelson y Teresa no se habían casado. Que Cara y Tomasso, en cambio, sí. Que Carson había resultado ser, después de todo y tal y como sospechábamos, un agente secreto al servicio de «su majestad», la Trotti. Que las barnaclas anidan en lo alto de los riscos de las islas vecinas a Groenlandia y que yo estaba deseando ver caer a un pollo del nido desde que Nelson me explicó cómo es su vuelo suicida.

—¿Qué le digo a papá? —se agobió, llevándose la mano a la cara y cubriéndose la boca, por donde se le escapaba la angustia—. ¿Que has huido a Groenlandia, así, sin más? ¿Quién va a escribir la crónica?

—¿Es verdad! —Hasta aquel momento no había pensado en la vertiente profesional de mi aventura. No podía dejar a mi padre tirado, sin portada, ni explicación. Mi hermana estaba en todo.

Levanté el auricular del teléfono. Marqué uno de los cientos de números que sabía de memoria y una voz ronca, propia de un hombre que no madruga los domingos si no es estrictamente necesario, me respondió con un dígame en tono interrogativo.

—Buenos días, maestro —le dije al jefe de la redacción, mi amigo y mentor, aquel que me hizo sitio detrás de su firma el día del funeral de Jacqueline Kennedy, el que me llevaba de intérprete a las entrevistas en inglés y me advertía de que entrevistar es lo mismo que torear un Mihura, que hay que saber por dónde entrarle al toro, y hasta dónde se puede llegar para que no te dé una cornada.

—Dime, niña.

—Que si te cuento una historia alucinante, ¿me la escribes?

—Dispara.

Noté que se incorporaba en su cama fría, de legionario siempre dispuesto a entrar en combate y tomaba notas en una libreta, con un lapicero.

—¿Qué quieres primero —le pregunté—, la versión oficial o la real?

—¿Cuál de las dos hay que escribir?

—Hoy la oficial, supongo —le respondí—. Pero el día de mañana, cuando nos sentemos tú y yo a poner negro sobre blanco todo lo que hemos vivido juntos en esta locura de profesión que tanto amamos, le vamos a dedicar un capítulo entero a esta aventura.

Con mi padre hablé por la noche. Me refiero a la noche española, porque en Groenlandia, en junio, el sol no se mete hasta las doce menos cuarto. Nelson y yo cenamos pasadas las diez, a plena luz del día.

—Siempre me han gustado los días largos —le comenté a Nelson en el pintoresco hotel frente al lago de aguas gélidas donde nos detuvimos a descansar después de un montón de horas de marcha, cargados con nuestras mochilas y nuestros prismáticos.

—Este está siendo el día más largo de mi vida —declaró.

—Ojalá no se acabara nunca —suspiré.

Mi padre respondió al teléfono en persona. Llamé al número directo de su despacho y comprobé que todavía seguía trabajando, inmerso en titulares, sumarios y fotografías. Dando órdenes a diestro y siniestro, con el vozarrón que le caracteriza y la vehemencia que yo heredé y así me va.

—Me han traído unas fotografías de Teresa Trotti vestida de novia en una Riva —me advirtió después de una buena media hora de recriminaciones contra mi (hasta entonces) respetable persona, por haberme liado la manta a la cabeza y haberme largado con un hombre que no era mi marido, ni siquiera mi novio. «Te estás poniendo en evidencia», me reprochó indignado.

—¿Teresa en una lancha? ¡No me digas!

—Me juran los fotógrafos que el tipo al volante es su amante secreto y que se trata de una fuga de película.

Tomé aire. Yo a mi padre siempre le he dicho la verdad. Sin excepción.

—¿Y no podríamos convencerles de que el muchacho es alguien del servicio de la casa que está llevando a la novia a la ciudad para visitar al médico? —se me ocurrió—. ¿O tal vez el médico en persona, que la traslada al hospital?

—Están bebiendo champán —replicó.

—¿No cuela?

—No creo. Pero déjame que hable con ellos, a ver qué consigo.

—No hay nada que tú no consigas —le recordé.

Llegados a este punto, la conversación tomó un rumbo más personal. Al parecer, mi hermana había pasado el día flotando entre nubes, la casa había vuelto a inundarse de ramos de flores y mi hermano estaba protestando otra vez por el trajín de la puerta. Era época de exámenes, es comprensible.

—¿Tú sabes qué le pasa a tu hermana?

—Pues que se ha enamorado, papá, ¡qué le va a pasar!

—¿De quién?

—De un italiano muy simpático. Ya lo conocerás.

Se quedó en silencio al otro lado del teléfono. Yo podía imaginar perfectamente su cara de fastidio. Al cabo de un rato volvió a hablar.

—Y habiendo unos chicos tan estupendos en España, ¿os habéis tenido que ir a buscar novio, ella a Italia y tú a Inglaterra?

En aquella época, el mundo era un lugar muy grande. Las cartas tardaban varios días en llegar y para mantener el contacto con los seres queridos de ultramar hacían falta, al menos, un teléfono fijo y mucha fuerza de voluntad.

—Los obligaremos a aprender a hablar español —le prometí—. Y a vivir en Madrid. Y a pasar las vacaciones contigo. Y nos casaremos en casa, y nuestros hijos no saldrán del barrio en toda su vida, y...

Nelson, que llevaba un rato mirando con curiosidad hacia el rincón donde estaba yo al teléfono, señaló su reloj y me hizo un gesto que significaba date prisa, ya se está poniendo el sol.

—Adiós, papá —le dije—. Te quiero muchísimo. Siempre serás el hombre de mi vida. Dale un beso a mamá, a mis hermanos y a las abuelas.

Colgué con los ojos empañados, qué tontería, ni que me estuviera despidiendo de él para siempre. Pero en cierto modo, era consciente de que, en mi vida, una nueva etapa daba comienzo en ese instante, que la criatura recién salida del cascarón que estaba a punto de dar un salto al vacío y tal vez romperse la crisma era yo.

—Es la hora de las barnaclas —me recordó Nelson señalando el horizonte—. Aparecerán en cualquier momento. Vendrán a dormir al lago.

Yo le seguí por el camino pedregoso que conducía hasta la orilla del lago. Él me ayudó cuando tropecé, me tapó con su chaqueta para que no pasara frío y despejó un escondrijo entre la maleza donde nos sentamos, muy juntos, a esperar.

Entonces habló:

—Todo esto, compañera...

No quise interrumpirle. Nelson arrancaba despacio y frenaba en seco. Era como el Mercedes 280 de mi abuela paterna o como el ascensor de la casa de mi abuela materna.

—Todo lo que he vivido últimamente —continuó renqueante—, me refiero a conocer a Teresa, la boda, el reportaje en tu revista, en fin... Pienso que tal vez forme parte de una especie de plan universal.

—¿Para que pudieras escarmentar de la experiencia? —aventuré yo.

—No.

Me miró a los ojos y los vi anaranjados, por el reflejo del sol que se ponía sobre el agua del lago. Creí que no se iba a atrever a decir en voz alta lo que estaba pensando. Dudó. Y al final, dijo:

—Para que pudiera encontrarte a ti.

Me incliné sobre él muy despacio. Tenía entendido que los ingleses no saben besar. Pero en el momento en que nuestros labios se rozaron, sentí un calor tremendo procedente de su boca, y sus manos me rodearon, su cuerpo entero se enredó con el mío y los dos dejamos de respirar, de pensar, de ser individuos independientes, y nos convertimos en una sola persona, un solo elemento.

Fue un beso antológico, cuya magistral ejecución hubiera merecido ser inmortalizada por un *paparazzi* espabilado que nos hubiera seguido, sigiloso, cauto, invisible, para inmortalizar el momento desde algún escondrijo en la copa de un árbol o detrás de un matorral.

Pero lo cierto es que para la prensa internacional, Nelson Noland había perdido todo interés. Sin Teresa Trotti a su lado, no era más que uno de esos excéntricos aristócratas ingleses que pasan media vida en el campo y la otra media enterrados entre un montón de libros de zoología. Es decir, ni más ni menos que lo que yo anhelaba: un claro del bosque, una manta de cuadros, un par de perros, tres o cuatro niños sanotes y con los mofletes colorados, unas

botas de goma, un picnic en una cesta de mimbre, unos prismáticos y un bando de gansos cruzando el cielo azul.

Mientras nos besábamos, escuchamos a nuestras espaldas el aleteo de las barnaclas cariblancas. Se presentaron, igual que la otra vez, precedidas por un estrépito de graznidos y revoloteos. Se posaron en el agua del lago y bailaron, dando vueltas y más vueltas sobre la pista líquida, sin incomodarles nuestra presencia allí. Tal vez ajenas a que una pareja enamorada había invadido su territorio, o tal vez aceptando, generosa y naturalmente, la suerte de compartirlo con nosotros.

Lástima que aquel beso primero fuera tan largo. Nos perdimos el espectáculo irrepetible. Cuando quisimos darnos cuenta, las barnaclas ya se habían marchado. Había vuelto a amanecer.